COMO SI FUERA UN RÍO

SHELLEY READ

narrativa
salamandra

Shelley Read

COMO SI FUERA UN RÍO

Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega

narrativa
salamandra

Para Richard y Kathryn,
mis padres y las luces que me guían
Para Avery y Owen,
mi inspiración
Y para Erik,
mi siempre

Llega un día en que les dices al bosque,
al mar, a las montañas, al mundo:
ya estoy preparada.

Annie Dillard

Prólogo

Imaginad el negro fondo de un lago y lo que yace en él. Los desechos arrastrados por los ríos o lanzados desde las barcas van ablandándose y descomponiéndose. Unos peces de gesto ofendido nadan su extraña vida lejos de los anzuelos; su respiración es indistinguible de su movimiento. Imaginad zonas de algas que danzan como ágiles doncellas a quienes nadie observa. Quedaos a orillas de un lago, donde las olitas intentan alcanzar vuestros zapatos, e imaginad lo cerca que estáis de un mundo tan silencioso y ajeno como la luna, fuera del alcance de la luz, del calor, del sonido.

Mi casa está en el fondo de un lago. Nuestra granja yace allí, enfangada; sus restos podrían confundirse con un pecio. Unas truchas lustrosas merodean por lo que queda de mi dormitorio y por el salón donde la familia se reunía los domingos. Los establos y los abrevaderos se pudren. El alambre de espino, enredado, se oxida. La tierra antaño fértil se ahoga ahora en la inactividad.

Un mero apunte historiográfico de la construcción del embalse Blue Mesa podría representar el proyecto como algo heroico, como parte de la ambiciosa idea de llevar las valiosas aguas de los afluentes del río Colorado al árido sudoeste. Tal vez fueron las buenas intenciones las que taponaron el salvaje río Gunnison y lo convirtieron en un lago, pero la historia que yo conozco es diferente.

Solía dejar que el agua me cubriera hasta las rodillas en este tramo del Gunnison, cuando el río todavía bajaba rápido y espumoso por el valle donde nací, sobre el que se alzaba el extenso y solitario parque natural Big Blue. Sabía cómo despertaba mi pueblo, Iola, todas las mañanas, con sus fragantes desayunos y el ajetreo de sus granjas y ranchos. Sabía cómo el amanecer iluminaba el lado oriental de Main Street para luego ir ascendiendo poco a poco hacia el centro del pueblo, cruzar las vías del ferrocarril y el patio de la escuela y

alumbrar la única vidriera redonda, azul y roja, de la diminuta iglesia. Cronometraba mi vida guiándome por el sordo silbido del tren de las 9.22 h, las 14.05 h, las 17.47 h. Conocía todos los atajos, a todos los vecinos. Sabía cuál era el árbol viejo y retorcido que producía sistemáticamente los melocotones más dulces de la granja de mi familia. Y sabía, quizá mejor que la mayoría de la gente, lo triste que era aquel lugar.

Las buenas intenciones trasladaron el cementerio de Iola a lo alto de un monte (cada una de las lápidas de mi familia con sus correspondientes restos mortales, o en eso confiábamos), donde todavía sigue, tras una valla blanca de hierro torcida y combada por el peso de la nieve. Por otra parte, las buenas intenciones también inundaron por completo Iola, Colorado.

Imaginaos un pueblo silencioso, olvidado, descomponiéndose en el fondo de un lago que en otro tiempo fue un río. Quizá os preguntéis si las alegrías y las penas de un lugar desaparecen a medida que las aguas ascienden y se lo tragan, pero yo os aseguro que no. Los paisajes de nuestra juventud nos crean, y los llevamos dentro de nosotros, clasificados según lo que nos dieron y lo que nos robaron, grabados para siempre en la persona en la que nos convertimos.

PRIMERA PARTE

1948 - 1949

1

1948

No era nada del otro mundo.

Al menos a primera vista.

—Disculpa —dijo el joven. Tiró de la gastada visera de su gorra de béisbol con un índice y un pulgar sucios—. ¿Por aquí se va a la pensión?

Así de sencillo. Una pregunta anodina hecha por un desconocido desaliñado que subía por Main Street justo cuando yo llegaba al cruce con North Laura.

Llevaba las manos y el pantalón de peto manchados de negro, y deduje que debía de ser grasa de motor, o tierra de los campos, aunque era un negro demasiado oscuro para ser ninguna de esas dos cosas. Tenía las mejillas mugrientas. Al resbalarle por la cara, el sudor había revelado su tez oscura. De debajo de la gorra asomaba el pelo negro y liso.

Hasta ese momento, aquel día de otoño había sido tan insulso como las gachas de avena y los huevos fritos que les había servido a los hombres para desayunar. No había notado nada inusual mientras me ocupaba de la casa y de los dóciles animales de los corrales, recogía dos cestos de melocotones tardíos en la fría mañana y hacía mi reparto diario tirando del desvencijado carro que llevaba enganchado a la bicicleta, para luego regresar a casa a preparar la comida. Pero ahora comprendo que, bajo la aparente normalidad, lo excepcional siempre está al acecho, como el mundo profundo y misterioso que se oculta bajo la superficie del mar.

—Por aquí se va a todas partes —contesté.

No pretendía ser ocurrente ni llamar su atención, pero su postura al

detenerse y su sonrisa ligeramente torcida demostraban que mi respuesta le había parecido graciosa. Se quedó ahí plantado, mirándome de un modo que hizo que me estremeciera por dentro.

—Lo digo porque es un pueblo muy pequeño. —Quise arreglar las cosas, aclarar que yo no era de esas chicas en las que los chicos se fijaban; al verme, ninguno se habría parado en una esquina para lanzarme una sonrisa.

Los ojos del desconocido eran oscuros y brillantes como las alas de un cuervo. Y bondadosos; eso es lo que mejor recuerdo de sus ojos, desde aquella primera ojeada hasta la última e intensa mirada: emanaban una dulzura que parecía brotar de lo más hondo de su ser y derramarse como el agua de un manantial rebosante. Me estudió unos instantes sin dejar de sonreír; luego volvió a tirar de la visera de su gorra y siguió andando hacia la casa de huéspedes de los Dunlap, cerca del final de Main Street.

No le había mentido: aquella acera en mal estado, la única, llevaba a todas partes. Además de la casa de huéspedes de los Dunlap, teníamos el Hotel Iola para la gente elegante y la taberna para los bebedores en la parte de atrás; la gasolinera Standard, la ferretería y la oficina de correos, todo ello regentado por Jernigan; la cafetería que siempre olía a café y a beicon, y la Pequeña Gran Tienda de Chapman, donde, además de los comestibles habituales, había un mostrador con platos preparados y mucho comadreo. En el lado oeste de la calle se alzaba el alto mástil de la bandera, entre la escuela donde yo había estudiado y la iglesia de madera blanca donde todos los domingos se sentaba nuestra familia, acicalada y circunspecta, cuando aún vivía mi madre. Más allá, Main Street se lanzaba de cabeza contra la ladera del monte, igual que un punto tras una frase corta.

Yo iba en la misma dirección que aquel desconocido (a sacar a rastras a mi hermano de la cabaña de detrás de Jernigan's, donde jugaban al póquer), pero no quería seguirlo de cerca. Me detuve en la esquina e hice visera con una mano para protegerme del sol de la tarde y observarlo mientras él se alejaba. Andaba despacio, con despreocupación, como si el siguiente paso fuese su único destino,

balanceando los brazos y con la cabeza ligeramente rezagada. Llevaba una camiseta blanca y sucia que se le ceñía al cuerpo bajo los tirantes del pantalón de peto. Era delgado y tenía los hombros musculosos de los peones.

De repente, como si hubiese notado que lo estaba mirando, se dio la vuelta y me lanzó una sonrisa que destacó, deslumbrante, en su sucia cara. Aspiré bruscamente al advertir que me había descubierto, y me subió una sensación de calor por el cuello. Él se tiró de la gorra como había hecho antes y siguió caminando. No podía verle la cara, pero estaba casi segura de que todavía sonreía.

Aquél fue un momento fatídico, lo comprendí más tarde. Porque yo habría podido desviarme y continuar por North Laura, irme a casa y ponerme a preparar la cena. Habría podido dejar que Seth regresara tambaleándose él solo a la granja, que entrara a trompicones por la puerta delante de papá y del tío Og y que recibiera su merecido. O al menos habría podido cruzar al otro lado de la calle y dejar que algún coche y la hilera de chopos americanos que ya amarilleaban se interpusieran entre nuestras respectivas aceras. Pero no lo hice, y eso lo cambió todo.

Lo que hice fue dar un lento paso adelante, y luego otro, sintiendo instintivamente la importancia de cada decisión de levantar, extender y posar el pie.

Nadie me había hablado nunca de los asuntos del corazón. Cuando falleció mi madre, yo era demasiado pequeña para que ella me hubiese revelado esos secretos, y de todas formas dudo mucho que los hubiese compartido conmigo. Era una mujer discreta y decorosa, devota de Dios y de las convenciones. Por lo que recuerdo, nos quería mucho a mi hermano y a mí, pero sus demostraciones de afecto se ceñían a unos parámetros muy estrictos, y nos controlaba inculcándonos un profundo temor a la sentencia que todos obtendríamos el día del Juicio Final. Alguna vez yo había atisbado en ella aquella pasión que tan celosamente ocultaba, como cuando nos azotaba el trasero con el matamoscas de goma negra o cuando se incorporaba después de rezar y se enjugaba a toda prisa el sutil rastro de las lágrimas, pero jamás la vi besar ni abrazar a mi padre. Aunque

ambos gobernaban la finca y a la familia como dos socios eficaces y bien compenetrados, nunca presencié entre ellos ninguna muestra del amor romántico entre hombre y mujer. Para mí, ese territorio misterioso estaba sin explorar.

Con esta excepción: estaba mirando por la ventana del salón un lluvioso anochecer de otoño, justo después de cumplir doce años, cuando el sheriff Lyle detuvo su largo automóvil blanco y negro en el mojado camino de grava y se acercó vacilante a mi padre, que trabajaba en el jardín. A través del vaho de mi aliento, que empañaba el cristal, vi a papá derrumbarse lentamente y quedar arrodillado allí mismo, en el barro. Yo estaba esperando ver llegar a mi madre, a mi primo Calamus y a mi tía Vivian, que habían ido a repartir melocotones a Canyon City, al otro lado de las montañas, y tardaban más de lo que habría sido normal. Mi padre también los estaba esperando, tan nervioso por su demora que se había pasado toda la tarde rastrillando las hojas mojadas que, en circunstancias normales, habría dejado allí para que fertilizaran el césped durante el invierno. Cuando papá se hundió bajo el peso de las palabras de Lyle, mi joven corazón comprendió dos verdades inmensas: que los tres miembros de mi familia que faltaban no regresarían a casa y que mi padre amaba a mi madre. Ellos nunca me habían hablado del amor ni lo habían exhibido ante mí, pero entonces me di cuenta de que sí lo habían experimentado, aunque fuese a su manera, con suma discreción. De sus sutiles interacciones —y de los ojos insondables y sin lágrimas de mi padre cuando, poco después, entró en la casa y, con gesto sombrío, compartió la noticia del fallecimiento de mi madre con Seth y conmigo— aprendí que el amor es un asunto privado, un asunto que dos personas deben cultivar, e incluso llorar, a solas. Les pertenece a ellas y a nadie más, como un tesoro secreto o un poema íntimo.

Más allá de eso no sabía nada, y menos aún de los comienzos del amor, de esa inexplicable atracción hacia otra persona, de por qué algunos chicos podían pasar a tu lado sin que te fijaras en ellos y, de repente, uno tiraba de ti con una fuerza tan poderosa como la de la gravedad y, a partir de ese momento, no sentías otra cosa que no fuera deseo.

Apenas me separaba media manzana del chico que recorría la misma acera estrecha de aquel pueblecito remoto de Colorado a la misma hora que yo. Mientras lo seguía, iba pensando que, aunque yo no supiera de dónde había salido él ni de qué lugar ni con qué experiencias, ambos habíamos vivido diecisiete años —él quizá un poco más, quizá un poco menos— completamente ajenos a la existencia del otro. Y entonces, en ese preciso instante y por alguna razón, nuestras respectivas vidas se habían cruzado con la misma rotundidad que North Laura y Main.

Se me aceleró el corazón cuando la distancia que nos separaba se redujo de tres casas a dos, y luego a una, y me di cuenta de que él estaba aminorando poco a poco el paso.

No sabía qué hacer. Si yo también reducía la marcha, él advertiría que estaba adaptando mi ritmo al suyo y prestándole demasiada atención a un desconocido. Pero si seguía caminando a un ritmo normal, pronto lo alcanzaría, y entonces ¿qué? O peor aún, lo adelantaría y notaría su mirada clavada en mi espalda. Él se fijaría en mis andares desgarbados, en mis piernas desnudas y en mis zapatos de piel gastados; en mi uniforme escolar granate, que se me había quedado un poco pequeño; en mi anodina y lisa melena castaña oscura, que no me había lavado desde el pasado domingo.

Así que reduje el paso. Y, como si estuviésemos unidos por una cuerda invisible, él hizo otro tanto. Aminoré un poco más, y él también; ya casi no se movía. Entonces se quedó completamente quieto y yo no tuve más remedio que imitarlo. Y así nos quedamos, como dos estatuas absurdas en medio de Main Street.

Me dio la impresión de que él se había detenido sólo para divertirse. A mí, en cambio, me paralizaron el miedo, la indecisión y los primeros y desorientadores rumores del deseo. Apenas hacía unos minutos que conocía a aquel chico —lo que había tardado en recorrer menos de una manzana del pueblo— y, sin embargo, mis tripas ya se estaban removiendo como los guijarros de un arroyo.

No oí a la rechoncha mujer del médico ni las ruedas de acero del cochecito de bebé con el que venía hacia mí por detrás. Cuando la señora Bernette y su hijita aparecieron de pronto a mi lado e

intentaron adelantarme, me asusté como una ardilla.

La señora Bernette me sonrió intrigada y arqueó las finas cejas para indicar una pregunta tácita, al mismo tiempo que pronunciaba un lacónico «Torie».

A duras penas conseguí saludarla educadamente con una inclinación de cabeza, pero no me acordé de cómo se llamaba la niña ni alargué la mano para alborotarle el rubio cabello con cariño.

El desconocido dio un furtivo paso a un lado para dejar avanzar a la señora Bernette. Ella lo miró de arriba abajo con curiosidad y esbozó una sonrisa cuando él se tocó la gorra y dijo: «Señora.» Entonces ella me miró a mí frunciendo el ceño, como si tratara de resolver un acertijo, hasta que por fin se dio la vuelta y continuó calle arriba con sus andares de pato.

Lo cierto es que aquel chico y yo éramos un acertijo. Y el acertijo era el siguiente: ¿qué dos cosas, una vez atadas, comparten un solo destino? La respuesta: dos marionetas colgadas de la misma cuerda.

—Victoria —dijo él con desenvoltura cuando por fin se dio la vuelta hacia mí y me miró a la cara—. ¿Me estás siguiendo? —Al parecer, ahora le correspondía a él hacerse el listo: sonrió jactándose de su propio ingenio, como lo había hecho antes al malinterpretar mi respuesta.

Balbuceé como una chiquilla a la que han sorprendido robando cinco centavos, antes de responder con un escueto: «No.»

Él cruzó los morenos brazos y no dijo nada. Yo no sabía si estaba cavilando sobre su pregunta o sobre mí, o tal vez sobre la casualidad del encuentro.

Cuando ya no pude soportar más aquel incómodo silencio, me enderecé fingiendo una serenidad que no sentía y pregunté:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Presto atención —me contestó. Era franco, pero en cierto modo también modesto—. Victoria —repitió despacio, como si sólo lo hiciera por el puro placer de que las sílabas rodaran por su boca—. Un nombre digno de una reina.

Su encanto desentonaba con su apariencia desaliñada y, pese a que hice todo lo posible por fingir indiferencia, él se dio cuenta de lo que

estaba pensando. Expresó la invitación con sus oscuros ojos antes de formularla, y entonces dijo:

—¿Quieres caminar conmigo? Me refiero a aquí —señaló a su lado —, como es debido.

Me bloqueé, porque sí, claro que quería caminar a su lado y, sin embargo, el decoro o la simple torpeza adolescente me incitaban a reprimirme. O quizá fuese una premonición.

—No, gracias —contesté—. No puedo... es decir... ni siquiera sé cómo...

—Wil —dijo antes de que yo pudiera preguntárselo—. Me llamo Wilson Moon. —Dejó que su nombre completo invadiera mis oídos unos instantes; luego avanzó hacia mí tendiéndome la mano—. Encantado de conocerla, señorita Victoria. —De pronto se puso muy serio, esperando a que yo diera un paso hacia él y colocara mi mano en la suya.

La timidez me hizo dudar, y entonces hice una reverencia. No sé quién de nosotros se sorprendió más. No saludaba con una reverencia desde que era pequeña e iba a las clases de catequesis, pero aquel gesto fue lo único que se me ocurrió, teniendo en cuenta el miedo que me daba tocarle la mano. Inmediatamente después me sentí ridícula y supuse que él se reiría de mí, pero no fue así. Su sonrisa se ensanchó, reluciente, inmensa y sincera, pero en absoluto burlona. Asintió con un gesto de complicidad, bajó la mano, la deslizó en el bolsillo de su sucio pantalón de peto y se quedó inmóvil ante mí.

Allí plantada, suspendida por su mirada, yo todavía no podía entenderlo, pero después supe que Wilson Moon no experimentaba el tiempo igual que el resto de los mortales; de hecho, ni el tiempo ni unas cuantas cosas más. Nunca se precipitaba ni movía las manos con nerviosismo, y tampoco creía que un momento de silencio entre dos personas fuese un recipiente incómodo que hubiese que llenar a toda costa con palabras triviales. Casi nunca pensaba en el futuro, y mucho menos en el pasado, pero recogía el presente con ambas manos para admirar sus detalles, sin disculparse y sin sentir que debía ser de otro modo. Aquel día, petrificada en Main Street, yo aún no sabía nada de todo eso; sin embargo, tendría ocasión de descubrir la sabiduría de su

actitud y, con el tiempo, aplicar esa sabiduría cuando más la necesitara.

De modo que sí, aquella tarde de octubre cambié mi respuesta y acepté la invitación para caminar por Main Street con un chico llamado Wilson Moon, que ya no era un desconocido.

Aunque la conversación se limitó a una serie de comentarios corteses y el paseo fue breve, cuando llegamos a la pensión de los Dunlap y subimos los gastados escalones del porche ninguno de los dos quería marcharse. Me quedé con él en el desvencijado umbral; el corazón me latía muy deprisa.

Wil no me contó gran cosa sobre sí mismo. Hasta cuando le pregunté si Wil, el diminutivo de Wilson, se escribía con una ele o con dos, él se encogió de hombros y me respondió: «Como prefieras.» Lo que sí descubrí aquel día sobre Wilson Moon fue que había estado trabajando en las minas de carbón de Dolores y que se había escapado de allí.

—Me harté de ese sitio —me contó—. Oí dentro de mi cabeza una voz que me decía: «Vete. Vete ahora mismo.»

Me explicó que los vagones de carbón que cubrían la línea de Durango a Silverton estaban llenos y listos para que los arrastraran y que, cuando sonó el largo, agudo e insistente silbido del tren, sintió que lo llamaba a él. Lo único que sabía era que aquellos vagones iban a algún sitio distinto de donde se encontraba. Cuando el tren se puso lentamente en marcha, trepó por la herrumbrosa escalerilla de un vagón y saltó a lo alto de un negro y cálido lecho de carbón. Su capataz lo vio y persiguió el tren un rato, chillando, lanzando maldiciones y agitando con furia el sombrero, pero el capataz y las minas pronto se redujeron a unas manchas que se veían a lo lejos, y Wilson Moon orientó la cara al viento.

—¿Ni siquiera sabías adónde ibas? ¿Dónde acabarías? —le pregunté.

—Eso no importa mucho —replicó—. Todos los sitios son igual de buenos, ¿no?

El único sitio que yo conocía era Iola y las tierras que rodeaban un tramo recto y ancho del río Gunnison. El pueblecito estaba acurrucado

entre las estribaciones del parque natural Big Blue, al sur, y las imponentes montañas Elk al oeste y al norte. Hacia el este, un mosaico de fincas y ranchos se extendía como una larga cola a lo largo de la orilla del río. Mi hermano y yo habíamos nacido en la granja que papá había heredado de su padre, en la alta cama de hierro que ocupaba la mitad de la habitación pintada de amarillo pálido del fondo de la casa; una habitación que sólo se había utilizado para parir y para alojar a las visitas hasta que el tío Og vino a vivir con nosotros después del accidente. Nuestra finca no era especialmente bonita y tampoco muy grande: sólo tenía diecinueve hectáreas, que albergaban los establos, la casa y un camino de grava largo como el aullido de un lobo. Aun así, desde el establo hasta la línea que trazaba la valla de la parte de atrás, nuestras tierras poseían el único huerto de melocotoneros de todo Gunnison County, que producía unos frutos gruesos, rosados y dulces. Las onduladas orillas de Willow Creek labraban la frontera este de nuestra propiedad; sus gélidas aguas provenían directamente de la nieve de las montañas, ansiosas por derramarse entre nuestros árboles y nuestras modestas hileras de patatas y cebollas. Por la noche, el riachuelo cantaba una nana detrás de la ventana de mi dormitorio y me ayudaba a conciliar el sueño en la cama con cabecero de barrotes, en la que había dormido casi todas las noches de mi vida. Mis relojes más fiables eran el sol alzándose sobre el lejano monte Tenderfoot y el largo pitido de los tres trenes que pasaban todos los días por la estación de las afueras del pueblo. Sabía con qué inclinación entraba el sol de la tarde por la ventanita de la cocina y cruzaba la mesa de pino alargada en las mañanas de invierno. Sabía que los azafranes y las moradas espuelas de caballero serían las primeras flores silvestres que aparecerían en la finca cada primavera, y que las adelfillas y las varas de oro serían las últimas. Sabía que una docena de golondrinas risqueras descendían hacia el río cada vez que eclosionaba una efímera, y que en ese preciso instante una trucha arcoíris se alzaría al lance de papá. Y sabía que las tormentas más violentas y oscuras, amenazadoras como el demonio, casi siempre llegaban de los montes del noroeste, y que todos los pájaros cantores, los cuervos y las urracas se callaban justo antes de que el cielo descargara.

De modo que no, en mi opinión no todos los sitios eran igual de buenos, y no entendía por qué aquel chico parecía ignorar por completo el concepto de hogar.

—¿Y tu equipaje? —le pregunté, intrigada por el modo de vida de los vagabundos.

—Lo mismo. —Se encogió de hombros y sonrió, como si supiera algo sobre los equipajes que yo desconocía, lo que al final resultó ser cierto.

Él me enseñaría lo auténtica que podía llegar a ser una vida despojada de todo salvo de lo esencial, y que, cuando aprendías a vivir así, lo único que importaba realmente era la voluntad de seguir adelante. Si me hubiera dicho eso entonces, yo no habría sido capaz de creerlo. Pero el tiempo pone las cosas en su sitio.

No se me ocurría ninguna excusa para entrar con él en la casa de huéspedes de los Dunlap. Aunque no hubiera ido acompañada por un forastero, las chicas no entraban en la pensión sin una razón bien fundada y una escolta de confianza. Además, se acercaba la hora de cenar y todavía me quedaba la desagradable tarea de sacar a Seth de la cabaña donde estaba jugando al póquer y llevármelo a casa antes de que papá regresara de embalar el heno del señor Mitchell.

Con un suspiro, di a entender que había llegado la hora de separarnos: «Bueno...», pero no me moví del sitio. Esperaba que él captase la idea e hiciera el siguiente movimiento, pero una vez más se quedó quieto, adoptando una actitud relajada, sonriéndome y mirando de vez en cuando al cielo como si leyera algo escrito en las nubes filamentosas del atardecer.

—Creo que será mejor que me vaya —dije por fin—. Tengo que preparar la cena y demás.

Wil volvió a mirar al cielo y me preguntó si quería que quedáramos al día siguiente. Así yo podría enseñarle la zona y después iríamos a comernos un trozo de pastel o algo así.

—Al fin y al cabo, eres la única persona a la que conozco en este curioso pueblecito —añadió.

—Bueno, en realidad no me conoces —dije yo—. O al menos, no demasiado.

—Claro que sí. —Me guiñó un ojo—. Eres la señorita Victoria, reina de Iola.

Se inclinó e hizo un floreo con la mano, como si le hiciera una reverencia a un miembro de la realeza, y yo me reí. Luego se enderezó y me miró tan fijamente que creí que iba a derretirme como el chocolate bajo los últimos rayos de sol que llegaban sesgados al porche. No dijo nada, pero sentí que sabía cosas imposibles sobre mí. Se me acercó un poco. Percibí por primera vez su olor almizclado, intenso y misteriosamente tentador, y fijé la mirada un instante en sus ojos oscuros e inescrutables.

¿Cómo había podido vivir diecisiete años sin plantearme jamás si me conocían? Nunca se me había ocurrido pensar que alguien pudiese asomarse al fondo de las cosas y encontrarte a ti allí. En los polvorientos escalones de la pensión me sentí transparente, expuesta a la luz de un modo que jamás había imaginado antes de conocer a Wilson Moon.

Retrocedí con timidez; luego accedí a encontrarme con él al día siguiente. Quería más, como cuando ansías más luz después de que el sol haya estado demasiado tiempo oculto tras las nubes. Pero antes de que llegásemos a planear nada —ni hora, ni sitio, ni objetivo—, una voz que yo conocía muy bien salió lanzada hacia mí desde el centro de Main Street y me golpeó como una piedra.

—¡Torie!

Allí estaba mi hermano Seth. Se tambaleaba en medio de la calzada y sujetaba el cuello de una botella de cerveza marrón con la mano izquierda.

—¡Apártate de ese hijo de puta asqueroso, Torie! —dijo arrastrando las palabras. Apuntaba a Wil con la botella, derramando cerveza y dejando manchas oscuras en la calzada de tierra.

—Es mi hermano. Está borracho —le dije en voz baja a Wil, y me di la vuelta rápidamente.

Bajé a toda prisa los escalones de la entrada de Dunlap's, me despedí con un crispado «Tengo que irme» y corrí junto a Seth antes de que provocase algún incidente.

—¿Quién es ese desgraciado? —gruñó Seth con un Lucky Strike

colgando de los labios y mirando a Wil como si estuviese preguntándoselo a él y no a mí.

—Nadie —le contesté.

Lo empujé por la calle agarrándolo por los hombros, como si sujetara las riendas de una mula rebelde, y lo dirigí de nuevo hacia el cruce de North Laura y Main. Pese a que Seth era un año más joven que yo, cuando cumplió los quince ya me superaba en estatura, y seis meses más tarde había crecido como mínimo otros cinco centímetros. En todo caso, yo no era alta y, comparado con los otros chicos de su edad, Seth seguía siendo bajito y fornido; tenía la constitución y el temperamento de un boxeador. Hice todo lo posible para alejarlo de la vista de Wil y de los otros curiosos y llevármelo a casa.

—El chico sólo me ha preguntado por una dirección —mentí, aunque quince minutos atrás esa afirmación habría sido cierta—. Está de paso.

—Indio hijo de puta...

—Hueles que apestas, Seth —le corté—. Peor que la pocilga que más te valdría estar limpiando cuando llegue papá.

—Por mí, papá se puede ir a la mierda —replicó él arrastrando las palabras, envalentonado por el alcohol.

Le dio una fuerte calada al cigarrillo y lo tiró al suelo.

—Por una vez, haz el favor de obedecer. Así nos ahorras problemas a todos. —Pisé el Lucky Strike, miré por encima del hombro y vi que Wil seguía en el porche de la pensión, observándome como si yo fuese un relato de misterio.

—Antes de que yo acepte órdenes de una inútil como tú, esos cerdos saldrán volando de su asquerosa pocilga. Ni se te ocurra pensar que puedes...

—Cállate, Seth —dije en voz baja—. Cierra la boca.

No soportaba seguir escuchándolo. En ese momento lo odié como nunca. Mi odio ya tenía algo que ver con Wil. Siempre había tenido algo que ver con papá y con el tío Og, y con la madre, el primo y la tía que ya estaba empezando a olvidar. Pero la aversión que sentía hacia Seth era dura y áspera como un cardo, y cada día que pasaba estaba más afilada.

Empecé a empujarlo con todas mis fuerzas por la espalda. Le pegué, tropezó hacia delante, le pegué otra vez y se puso a renegar y a quejarse mientras seguía dando tragos a la cerveza, pero en ningún momento se volvió contra mí. Probablemente estaba tan borracho que no le importaba, o quizá sabía tan bien como yo que tenía que llegar a la pocilga antes de que el sol se ocultase detrás de las montañas.

Torcimos por North Laura. En el tramo final, el sendero estrecho y trillado que conducía a nuestra finca serpenteaba por la maleza, dejaba atrás un extremo de la parcela cubierta de pinos de la loca Ruby-Alice Akers y atravesaba un prado. Era el camino más rápido para ir de nuestra granja al pueblo, y Seth y yo lo habíamos recorrido juntos infinidad de veces. Cuando éramos críos, nuestra madre le encargaba a Seth que me vigilara cuando recorríamos aquel sendero, ya fuese de ida o de vuelta. Sencillamente porque era un niño: no importaba que fuera más pequeño y mucho menos responsable que yo. Al hacernos mayores, empecé a vigilarlo yo a él, no porque nadie me lo pidiera sino porque tenía que hacerlo, por mi bien y por el suyo, así como por el de papá. Pero por mucho que me esforzara, no podía salvar a Seth de sus propias trastadas, y estaba harta de intentarlo.

Me lo llevé por el sendero; yo empujaba y él tropezaba y maldecía. Entonces soltó la botella de cerveza, y, antes de que mi cerebro pudiera registrar que la botella estaba en medio del camino, la pisé de lleno y salí despedida hacia delante, tirando a Seth al suelo y cayendo yo también sobre la cadera y el codo derechos. Pequeños detalles tontos: un chico borracho que se despista, una botella que cae, un tobillo torcido, la manga de un vestido rota. Pero suelen ser esos pequeños y fatídicos giros los que alteran nuestra vida más profundamente: el tentador pitido de un tren de carbón, la pregunta de un desconocido en un cruce, una botella marrón tirada en el suelo... Por mucho que intentemos convencernos de lo contrario, no podemos escoger el momento de nuestra transformación como si escogiéramos el melocotón más maduro y apetitoso de una rama. En el incesante tropezar que nos lleva hacia nosotros mismos, cosechamos lo que nos dan.

Me quedé tirada en el suelo, desorientada. Seth soltó una risita y

luego se calló. El dolor se extendía por la parte inferior de mi pierna. Levanté el pecho del suelo poco a poco e, inmediatamente, Wil deslizó los brazos por debajo de mí con la seguridad de un novio que levanta a su novia. Y aunque no había umbral que atravesar —sólo el campo de varas de oro marchitas y unas hierbas altas y quebradizas—, recuerdo aquel instante como nuestro preludio. No me sobresalté cuando me tocó, no protesté por su suave abrazo cuando me alzó sin esfuerzo y me sostuvo contra su torso manchado de carbón, no cometí la estupidez de intentar andar con un tobillo torcido que ya comenzaba a hincharse.

—Me has seguido —me limité a decir.

—Sí —se limitó a responder él mirando a Seth, que se había quedado inconsciente y estaba tendido sobre un costado en el margen del sendero—. ¿Qué hacemos con él? —me preguntó.

—Que se vaya a la mierda —contesté, y Wil se echó a reír. «Que se vaya a la mierda», repetí mentalmente, sorprendida tanto por mi rebelde decisión como por mi lenguaje. Estaba decidida a dejar a mi hermano durmiendo en el suelo y a permitir que aquel desconocido me llevara en brazos.

Temblaba como una hoja. No sé si era de dolor, de rabia o porque sentía las primeras chispas del amor —tal vez por todo eso—, pero mi cuerpo se estremecía como si Wil me hubiese sacado de un lago helado. Me agarraba con fuerza a su fibroso cuello; él balanceaba ligeramente la cabeza para compensar la presión de mis brazos, y parecía que estuviese expresando su aprobación. Me sentía liviana y confiada como una niña. No era propio de mí aceptar tan deprisa ayuda y protección, sin desconfiar en absoluto de las intenciones de un chico al que acababa de conocer. Y, sin embargo, no había ninguna duda: la niña a la que él llevaba en brazos era yo. Recorrimos el sendero que yo conocía como la palma de mi mano, pero de una forma que jamás había experimentado, sintiendo que todo a mi alrededor estaba sutilmente transformado. Tal vez mi padre ya estuviese esperándome en la granja, y sin ninguna duda el tío Og estaría sentado en su silla de ruedas junto a la ventana o en el porche, como hacía la mayoría de los días, de modo que probablemente ambos

iban a ser testigos de que aquel forastero me estaba llevando en brazos por el prado. Y aunque durante muchos años había temido los juicios de mi padre y la ira del tío Og, en esos momentos no me importaba lo que pudiesen pensar ni cómo pudiesen reaccionar. Comparados con la inmensidad de los brazos de Wil alrededor de mi cuerpo, papá, Og, la autoridad y el decoro perdían importancia. Hasta las montañas que nos rodeaban, hasta las consecuencias: todo parecía insignificante.

Aquella mañana, de la granja había salido una niña normal y corriente en un día normal y corriente. Todavía no podía identificar qué era aquel nuevo mapa que se había desplegado dentro de mí, pero sabía que regresaba a mi casa diferente. Me sentía como debían de haberse sentido los exploradores a los que había estudiado en la escuela al otear una costa lejana y misteriosa desde su mar aparentemente eterno. Como una Magallanes de mi propio interior, de pronto no sabía lo que había descubierto. Apoyé la cabeza en el ancho hombro de Wil y me pregunté de dónde y de quién provendría aquel muchacho, y cuánto tiempo se quedaban los vagabundos en un sitio.

2

Primero apareció la casa, blanca, y luego los destartalados gallineros, la pocilga y el establo gris y remendado donde guardábamos los aperos y los cestos de recolectar y donde estaba la cuadra de nuestro caballo, *Abel*. No se había pintado ningún edificio ni ninguna valla desde el verano anterior al accidente. A decir verdad, se habían hecho muy pocas cosas como es debido desde entonces, y ahora, cinco años más tarde, sin mi primo Calamus para encargarse del mantenimiento y sin mi madre para supervisarlo, la granja había pasado de ser una sábana de lino blanco a convertirse en un saco de arpillera para patatas. La transformación había sido tan gradual que yo no la había advertido plenamente hasta ese momento, al tratar de percibir el escenario como debía de estar percibiéndolo Wil. Toda mi vida se concentraba en aquella granja, y cuando él la vio por primera vez, me sentí dejada y deteriorada.

Me habría gustado decir: «En realidad no somos así...», o «yo no soy así, pero hubo un accidente y...». Sin embargo, la prueba se alzaba ante nosotros como una proclama definitiva de la decadencia de mi familia. Además de los destartalados edificios, había un hermano borracho tirado en el suelo a nuestras espaldas y, ahora, el herrumbroso camión de mi padre, que subía traqueteando por el largo camino. Papá salió por la portezuela del conductor y empezó a andar hacia nosotros. Su forma de caminar revelaba que estaba furioso. Al mismo tiempo vi al tío Og salir con su silla de ruedas al desconchado porche, sin duda con la esperanza de ver desde más cerca la bronca inminente. Me quedé en los brazos de Wil, incapaz de lavar la imagen que él estaba viendo ni de correr con él hasta la parte de atrás, donde estaba nuestro melocotonar, lo único hermoso que quedaba en la granja. Cerré los ojos, previendo en la aproximación de papá la colisión definitiva de mi vida con la de Wil.

Sorprendentemente, la colisión llegó por detrás.

Seth se había despertado. Nos había seguido con sigilo, preso de una tensa espiral de ira que se fue desatando hasta convertirse en una fuerte embestida sobre la espalda de Wil. Ahora la pelea que tuvo lugar a continuación me parece irreal, pues mi recuerdo es una versión borrosa y a cámara lenta de lo que realmente ocurrió. Recuerdo detalles que todavía no puedo explicarme: que Wil se las ingenió para ponerme fuera de peligro y dejarme con suavidad en el suelo, como si flotáramos; o que los dos chicos empezaron a girar sobre mí formando un pequeño tornado y que Wil danzaba como un pájaro en el aire para evitar los furiosos puñetazos de Seth. Recuerdo con claridad el único y potente puñetazo con el que Wil derribó a Seth, que se quedó en el suelo renegando y sangrando por la nariz; y recuerdo ver llegar a mi padre jadeando, levantar a Seth y colocarse entre los dos contendientes con los brazos extendidos, como un árbitro.

Seth jadeaba y empujaba la palma de la mano de papá con el pecho, maldiciendo a Wil y tratando de alcanzarlo. Wil se retiró con calma, mirando a Seth como un lobo que, convencido de su superioridad, vigila a su presa.

—¡¿Se puede saber quién demonios eres, chaval?! —le gritó papá a Wil; entonces ordenó a Seth que se calmara y lo agarró por el cuello de la camisa.

—Wilson Moon, señor —respondió Wil con serenidad, sin apartar la vista de Seth y tocándose la gorra, que milagrosamente no se le había caído de la cabeza.

—Eso para mí no significa nada —dijo papá.

—Sólo estoy de paso, señor.

—¿De paso con mi hija en los brazos y mi hijo siguiéndote? —preguntó papá con aspereza, desconcertado y receloso.

—Sí, señor —contestó Wil, y a modo de explicación se limitó a añadir—: A ella la he recogido del suelo, a él he intentado capearlo.

Papá me echó un vistazo y vio mi tobillo hinchado y mi vestido roto, pero ni siquiera me miró a los ojos en busca de corroboración, y entonces me preguntó:

—¿Te ha hecho daño este chico?

—No, papá. Ha sido culpa de Seth. Este chico me ha encontrado herida en el suelo y sólo estaba ayudándome a volver a casa.

—¡Mentira! —saltó Seth—. Ese hijo de puta nos ha seguido desde el pueblo para ponerle sus sucias manos encima. —Intentó apartar a mi padre con renovado furor, lanzando puñetazos al aire hacia Wil y gritando—: ¡Te mataré, hispano de mierda!

Papá sujetó a Seth con más fuerza y, con el ceño fruncido, volvió a mirarnos a mí, a Wil y otra vez a mí. Le ordenó a Seth que se callara y me preguntó con solemnidad:

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto que no, papá —insistí—. Seth está borracho, nada más.

—Eso salta a la vista. —Papá miró con desaliento a su hijo, quien, rendido por fin a la fuerza con que lo sujetaban, colgaba del puño de mi padre y, enfurruñado, daba patadas en el suelo como un niño furioso.

Papá volvió a mirar a Wil de arriba abajo; luego hizo un gesto con la mano que tenía libre y dijo:

—Largo de aquí, chico, y no quiero volver a verte cerca de mis tierras ni de mi familia. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, señor. Más claro que el agua —dijo Wil tocándose la gorra.

Sin mirarme, dio media vuelta y echó a andar hacia el pueblo con paso firme. El horizonte de color lavanda fue absorbiéndolo hasta que su silueta se hizo diminuta y desapareció. Me pregunté si se dirigiría a la vía del tren. Si para él todos los sitios eran igual de buenos, quizá en cualquier otro punto de la línea le fueran mejor las cosas que en el pueblo donde vivía Seth. No se me ocurrió pensar que, mientras su figura iba reduciéndose y alejándose, él estaba pensando lo contrario: que Iola se había convertido en un lugar mucho mejor que cualquier otro, no un lugar del que debería huir por culpa de Seth, sino un lugar donde le gustaría quedarse por mí.

—Mientras me alejaba —me reveló más tarde, cuando estábamos los dos acurrucados bajo las mantas de su cama—, iba pensando qué podía hacer para volver a verte.

A veces lamento que no siguiera andando para subirse al primer tren que pasara por la estación.

Indignado, papá volvió a empujar a mi hermano, que fue tambaleándose hacia la pocilga sin protestar. Luego papá se agachó, me levantó del suelo con gran esfuerzo y me llevó hacia la casa. Comparado con Wil, lo sentía huesudo y desmadejado, menos lastrado por mi peso que por los años de lucha desde que había fallecido mi madre. No me atreví a rodearle el cuello con los brazos como había hecho con Wil por temor a tirarlo al suelo. Mi padre se había ido deteriorando poco a poco, igual que la finca, y en sus brazos, tan fuertes en otro tiempo, me sentía como si fuera a lomos de una mula vieja y endeble. Quería decirle que me dejara en el suelo, que podía continuar a la pata coja, pero sabía que él se negaría, y a papá no le gustaba derrochar las palabras.

El tío Ogden soltó un largo y agudo silbido cuando papá subió conmigo los gastados escalones del porche y pasó junto a su silla de ruedas para entrar por la puerta. La sonrisa siniestra de Og revelaba que había disfrutado con el espectáculo, que no le importaba ni lo más mínimo que me hubiese hecho daño y que abrigaba esperanzas de que hubiese más problemas, algo que desgraciadamente acabó sucediendo. Papá no le hizo caso y me llevó adentro, me tumbó en el sofá y se fue a la cocina a llamar al doctor Bernette. Apoyé la pierna en los cojines de muselina cosidos a mano por mi madre y me dispuse a esperar.

Mi madre llamaba a aquella habitación «el salón». Sólo teníamos permiso para utilizarlo los domingos por la tarde, cuando mi primo, mi hermano y yo, recién llegados de la iglesia, estábamos limpios y sumisos. Yo había jugado horas y horas a las damas con Seth y Cal en el tablero de madera, con nuestros larguiruchos cuerpos tendidos en la alfombra trenzada del salón mientras mi madre estudiaba la Biblia en la mecedora del rincón y mi padre leía el periódico o dormitaba en el sofá de lana de color ocre. Muchas veces la tía Vivian, que vivía de alquiler en la ciudad, venía a visitarnos. Pasaba el rato cosiendo e intentaba mantenerse callada, pero hacía frecuentes pausas para contarnos alguna historia que hubiera leído en la revista *Collier's* o que hubiera visto en el noticiario que ponían antes de la película en el cine

de Montrose. De no haber sido por ella, yo nunca habría sabido que existía un sitio llamado Hollywood ni habría oído los cantarines nombres de sus estrellas: Errol Flynn, Basil Rathbone, Greer Garson o mi favorito por sus sílabas redondas y suaves, Olivia de Havilland, una mujer que por fuerza tenía que ser tan bella como su nombre. Mi madre decía que todo aquello eran tonterías, pero eso hacía que cada chisme que la tía Viv compartía con nosotros fuera aún más delicioso. A veces Viv convencía a mi madre para que nos dejara escuchar las comedias de Laurel y Hardy por la radio. Los chicos y yo reíamos a carcajadas, hasta que Seth se ponía nervioso de tanto hacer el ganso y acababa pegando a Cal o revolcándose por el suelo con él, y entonces mi madre nos ordenaba que apagásemos la radio y nos echaba del salón. Aunque a regañadientes, yo obedecía y me marchaba, pues estaba acostumbrada a que me consideraran culpable por asociación, y la tía Viv se disculpaba lanzándome una mirada de complicidad.

Acompañada por aquellos fantasmas, esperé en la silenciosa penumbra a que llegara el doctor y me examinara el tobillo, y pensé que, si mi madre me estuviera observando desde algún mirador celestial, a pesar de la situación me regañaría por haber puesto la pierna encima del sofá. En la pared que ahora tenía enfrente había un estante blanco donde estaba expuesta la colección de cruces de porcelana de mi madre. Debajo colgaba uno de sus versículos de la Biblia bordados con suma destreza —mamá había hecho varios y los había distribuido por toda la casa a modo de inspiración y advertencia —, y en aquél había dos manos juntas en posición de oración y rodeadas por el salmo: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe. Juan 3:30.» Comprobé, un poco avergonzada, que había una capa de polvo en la parte superior del marco de madera. En la pared opuesta, otro bordado con un ribete de flores azules rezaba: «He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros. Isaías 49:16.» Recordaba vagamente haber oído un sermón sobre ese salmo en la iglesia, y que mi madre había estirado un brazo hacia mí, que estaba sentada a su lado en el banco, y me había apretado apenas el muslo antes de volver a entrelazar las manos con sumo decoro sobre el regazo.

A través de los visillos del salón veía un lado de la cabeza del tío Og y uno de sus gruesos hombros, que sobresalía del alto respaldo de madera de su silla de ruedas. Se metió una bola de tabaco de mascar en la mejilla y se quedó mirando desde el porche el camino que había tomado Wil, como si todavía alcanzase a distinguir su silueta. Cada pocos minutos levantaba una lata de café roja y se la acercaba a los labios para escupir, y a continuación bebía un trago de su petaca de plata.

Ogden había cortejado a la tía Viv en aquel mismo salón, aunque entonces era tan diferente que a mí me costaba un trabajo enorme relacionar al estudiante joven y encantador que en el pasado había venido de visita con el hombre traumatizado que se consumía en el porche. Viv y él se habían conocido en 1941 en un baile de primavera de la Universidad Estatal de Gunnison, donde Og estudiaba. Vivian y dos amigas suyas habían ido a la fiesta sin que nadie las invitara: todas iban en busca de un romance, y todas habían conseguido encandilar a un estudiante que poco después se arrodillaría ante ellas para proponerles matrimonio. Según nos contó Vivian cuando vino a desayunar a nuestra cocina la mañana después del baile, exaltada como una cría, su estudiante era el mejor de todos.

Le di la razón el sábado de la semana siguiente, cuando trajo a Og a cenar a nuestra casa. Viv me había dicho que el chico no era tan guapo como Clark Gable en *Sucedió una noche*, pero sí irresistible como el Fred Astaire de *En alas de la danza*. Yo no había ido nunca al cine, así que no estaba segura de a qué se refería hasta que vi a Og salir de un Pontiac rojo y recorrer el sendero de nuestro jardín con tanta ligereza que parecía que sus zapatos marrones y blancos no tocaran el suelo. Viv dio un gritito y salió a recibirlo; los rizos castaños que llevaba toda la tarde retocándose estaban tan impregnados de laca que ni siquiera oscilaron. En la puerta, Og le estrechó la mano a papá y le entregó un ramo de flores a mi madre. Con una pajarita roja en el cuello y con la risueña Viv colgada del brazo, entró brincando en nuestra casa como una liebre emperifollada.

Habló con entusiasmo toda la tarde, cautivando a mi familia con un relato tras otro de sus aventuras. Hasta mi madre, notablemente

impresionada por su fervor y sin duda preocupada por su salvación, rió un par de veces ante su ingenio. Yo no conocía a nadie que hubiese visto salir el sol en el Gran Cañón, escalado hasta los cuatro mil metros en la cercana cordillera de San Juan o montado en una silla metálica colgante y descendido por una ladera nevada con dos tablas atadas a los pies en el norte de Idaho. Ogden había hecho todas esas cosas y algunas más con su hermano Jimmy, y daba la impresión de que, mientras nos lo contaba, era capaz de revivir la emoción de cada una de aquellas escapadas. Llegó incluso a levantarse de la mesa para demostrarnos su estilo con los esquís, poniendo los brazos en forma de L, sujetando unos bastones imaginarios, flexionando las rodillas y haciendo oscilar las caderas. Imitaba el ruido de la nieve y esquiaba por la ladera de su memoria mientras los demás lo observábamos con los cubiertos en el aire y Vivian sonreía de oreja a oreja.

El sábado siguiente Og trajo a Jimmy a cenar y, para gran regocijo de los más pequeños, yo incluida, el teatro continuó. Jimmy era un par de años más joven que Og, tenía la misma agilidad que su hermano y una tendencia aún mayor a los arrebatos. Se espoleaban el uno al otro como Bergen y McCarthy y llenaban nuestra casa de risas y alegría.

Og y Vivian se casaron poco antes de la cosecha de ese año. Decoramos la iglesia con cintas de color rosa claro y con las campanitas moradas que mi madre y yo habíamos recolectado en el borde del huerto. Jimmy estaba de pie al lado de Ogden esperando a que Viv recorriera el pasillo, y ambos sonreían como si en cualquier momento fuesen a echarse a reír a carcajadas.

Ninguno de los presentes aquel día en la iglesia de madera de Iola habría podido predecir que, tres meses más tarde, unos políticos de la otra punta del mundo decidirían bombardear un puerto hawaiano del que nunca habíamos oído hablar, y que debido a ello Ogden y Jimmy tendrían que ir a la guerra.

Cuando yo tenía unos cinco años, la noticia de que al banquero de Montrose, el señor Massey, se le había calado el reluciente Auburn Speedster de color marfil en las vías del tren de Iola había corrido como la pólvora por el pueblo. Decían que una locomotora lo había

destrozado, y que el señor Massey había quedado aplastado en el asiento del conductor, con el coche enroscado a su alrededor como un capullo; otros rumores afirmaban que las ruedas del tren lo habían decapitado, o que había salido despedido del descapotable y se había estrellado contra el parabrisas de la locomotora, desde donde había mirado a los ojos al maquinista antes de exhalar su último aliento. Lo que pasó en realidad fue que el señor Massey saltó del coche antes del impacto y resultó ileso, pero la historia ya se había hecho tan rocambolesca que, antes de que finalizara el día, casi todos los vecinos del pueblo habían ido hasta las vías en coche, en bicicleta o a caballo, para ver con sus propios ojos el machacado Speedster. Yo había salido a repartir melocotones con papá y con Cal, e iba sentada en un cesto puesto del revés entre sus dos asientos cuando papá se desvió por una carretera que no solíamos tomar y nos llevó más allá de la estación y cruzó las vías. El magnífico automóvil —en otro tiempo tan admirado cuando pasaba por Main, porque representaba un vínculo con otro tipo de vida que los vecinos de Iola ni siquiera podían plantearse— se había transformado en un montón de chatarra, poco más que una enorme lata aplastada.

La guerra le hizo a Ogden lo mismo que aquel tren le había hecho al elegante automóvil del señor Massey: había cogido algo de una belleza y un potencial excepcionales y lo había aplastado. Un año más tarde, el accidente que se llevó a Cal, a Vivian y a mi madre le hizo lo mismo a mi familia. Descubrí a una edad muy temprana lo tenaz que puede llegar a ser la desgracia. A través de la ventana del salón, con cada furioso escupitajo marrón que lanzaba en la lata y con cada trago de whisky, Og me recordaba que no debía confiar en las apariencias para buscar indicios de lo que podía deparar el futuro.

Cuando mi padre gritó desde la cocina que el doctor Bernette estaba en camino y se marchó a hacer sus tareas cerrando de un portazo la puerta mosquitera, yo casi me había olvidado de mi tobillo lesionado. Pensaba en Wil y sopesaba mi deseo de volver a verlo contra la cruda certeza de que lo más sensato habría sido olvidarme para siempre de él mientras todavía era un ser completo y hermoso.

3

No me había roto el tobillo. El doctor Bernette me lo envolvió con una venda ancha y blanca y me ordenó que no pusiera el pie en el suelo durante unos días. Su coche todavía no había llegado al final del largo camino de nuestra casa cuando desobedecí sus órdenes y, saltando a la pata coja, fui a la cocina a preparar la cena. Y menos mal que lo hice, porque, con lesión o sin ella, papá, Og y Seth se presentaron a las siete en punto como todas las noches, dando por hecho que yo tendría la cena lista. La había preparado a toda prisa —ternera frita cortada en tacos con col de nuestro huerto, un cuenco de panecillos que habían sobrado de la noche anterior, cuatro mazorcas de maíz con mantequilla y los últimos trozos de una tarta de melocotón de hacía dos días—, pero nadie protestó.

Lo único que se oyó durante la mayor parte de la cena fue el ruido de los cubiertos contra los platos y, de vez en cuando, un eructo del tío Og. Seth, cabizbajo, intentaba ocultar su nariz hinchada y amoratada y engullía la comida a grandes bocados. O la pelea le había abierto un apetito voraz o quería levantarse de la mesa cuanto antes. Vació el plato en la mitad de tiempo que los demás y se levantó nada más acabar.

—Esta noche no sales, hijo —dijo papá antes de que Seth tuviese la oportunidad de anunciar sus planes.

—¿A ti qué más te da? —replicó Seth, entornando los ojos como si las luces de la cocina fuesen demasiado intensas. Su desfigurada nariz le había dejado el rostro prácticamente irreconocible.

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió papá mientras untaba mantequilla en un panecillo.

Luego le dio un gran mordisco y se puso a masticar despacio, con la mirada fija en el trozo de mesa vacío que lo separaba de Seth.

Mi hermano, nervioso, trasladaba el peso del cuerpo de un pie a

otro. Mi padre engulló el trozo de panecillo, le dijo que se sentara y añadió:

—No hemos acabado de cenar.

Mi madre había gobernado a nuestra familia según las estrictas reglas de la etiqueta, el metodismo y el sentido práctico. Ella decía que había una forma correcta y una forma incorrecta de hacerlo casi todo, desde la manera de comportarse en la mesa, de hablar o de coser, hasta la forma correcta de extender la mayonesa en el pan de un bocadillo, de sacudir las alfombras o de decirles a las gallinas que pusieran más huevos. No nos dejaba cruzar las piernas en la iglesia; no nos dejaba hablar con una persona mayor a menos que ella nos hubiera dirigido primero la palabra; no nos permitía montar a caballo a pelo, y, de niña, yo no podía correr en público salvo en la clase de educación física de la escuela. Cuando mi madre falleció, papá intentó mantener sus elevados valores y todas sus normas, pero seguirlos nunca había sido su especialidad e imponerlos, aún menos. Educar a los niños pertenecía al dominio de mi madre, y tras su desaparición, cualquiera habría dicho que mi padre no sabía qué hacer con nosotros. Imponía la ley cuando se acordaba, pero más en homenaje a mi madre o para exteriorizar su malhumor que por una sincera preocupación por nuestro comportamiento, y aplicaba las antiguas reglas de forma tan esporádica que Seth y yo nunca sabíamos a qué norma tendríamos que atenernos ni cuándo. La mayoría de las veces, Seth terminaba de comer y se levantaba de la mesa cuando le parecía bien. A mí me correspondía lavar los platos, eso estaba claro, así que me demoraba más y siempre terminaba la última. Esa noche, sin embargo, mi padre aplicó normas nuevas.

—Hoy lavas tú los platos —le dijo a Seth antes de darle otro mordisco al panecillo.

No sé a quién sorprendió más su anuncio, si a Seth o a mí. Mi padre había pronunciado aquellas palabras con toda naturalidad, pero en mi familia las mujeres siempre se encargaban de las tareas domésticas, y ésa era una norma que nadie había quebrantado nunca. Mi madre la cumplía sin poner objeción alguna. Mi padre no aclaró si su insólita orden se debía a su preocupación por mi tobillo, si era una forma de

castigar a Seth, o ambas cosas a la vez. Mi hermano echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido. El tío Og emitió una risa burlona y sibilante, y papá se terminó el panecillo, se limpió los labios con una servilleta de muselina y dijo:

—Ese chico mexicano ya se habrá marchado del pueblo. Y si no lo ha hecho, ir a buscarlo sólo nos traerá problemas que no necesitamos.

Que papá diera por hecho que Wil era mexicano nos llamó la atención a todos.

—¿Mexicano? —dijo Og con desdén. Se dio una palmada en el muñón de la pierna derecha y, en tono de reproche, añadió—: ¿Te has dejado ganar por un espalda mojada, mariquita?

—A lo mejor no lo es —le espetó Seth—. No sé de dónde demonios viene, sólo sé que es un hijo de puta.

—Basta —se impuso papá.

No sé si eran los prejuicios, la mezquindad o simplemente el sonido de sus voces lo que no soportaba. Me dieron ganas de levantarme y declarar que no sabían nada de Wilson Moon. Sentía que yo ya poseía a Wil de alguna manera, y que los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa, pese a ser parientes míos, significaban para mí menos que él.

Una regla que mi madre me inculcó mediante el ejemplo era que una mujer se hace un favor a sí misma si habla poco. Muchas veces me fijaba en que se mantenía distante en las conversaciones, sobre todo con los peones que se sentaban a comer a nuestra mesa. Pero acabé comprendiendo que ella, como yo y como tantas mujeres a lo largo de la historia, sabía lo valioso que era recurrir al silencio como perro guardián de su verdad. Al no mostrar en la superficie más que una parte muy pequeña de su interior, las mujeres impedían que los hombres las saquearan en exceso. Fingí indiferencia ante el tema de Wilson Moon, aunque en cuanto oí su nombre las venas me chispearon como cables eléctricos. Me acabé la comida que tenía en el plato. Me bebí la leche. Me disculpé. Al levantarme, vi que Seth me miraba con mala cara; estaba furioso porque se habían invertido los papeles, por supuesto, pero había algo más en sus ojos, algo espeluznante e inescrutable. Salí de la cocina a la pata coja, subí la chirriante escalera

de madera y me refugié en mi dormitorio, donde seguí intentando descifrar la emoción que había visto en la mirada de mi hermano. No lograba ponerle nombre. Me resistía a que fuese sospecha y todavía no sabía nada sobre el indomable fuego de la venganza.

Aquella noche, cuando me acosté, eché de menos a mi madre.

Hacía años que no la añoraba con tanta intensidad, y me sorprendió que su recuerdo me asaltara en ese momento, cuando habría podido distraerme del dolor del tobillo pensando en Wil, tramando nuestro próximo encuentro o reviviendo mentalmente la exquisita sensación que había tenido en sus brazos. No estoy diciendo que no me hubiese acordado a menudo de mi madre en los cinco años que habían transcurrido desde su fallecimiento, pero ella me había enseñado a ser sensata y eficiente, y si anhelas algo que no puedes conseguir, no empleas ninguna de esas dos virtudes. Para mí, no echarla de menos era una forma de honrar su sentido práctico, lo que en el fondo me parecía tan absurdo como suena. En realidad, añorarla me dolía demasiado.

Después del accidente, al principio pensé que era a mi primo Calamus a quien más echaba de menos. Había vivido con nosotros desde que yo era una cría, después de que sus padres —la hermana mayor de mi madre y su marido— muriesen en un tornado que arrasó su granja de pavos de Oklahoma. Nunca se hablaba de los detalles concretos de su muerte, así que mi imaginación infantil fraguó una imagen en la que su casa al completo salía volando por el cielo, girando sobre sí misma en medio de cientos de pavos que chillaban al celebrar el maravilloso descubrimiento del vuelo en sus últimos momentos, y el pequeño Cal, que entonces tenía ocho años, quedaba mágicamente enraizado en el suelo, mirando hacia arriba y contemplando la escena maravillado y resignado mientras decía adiós con la mano. Fuera como fuese como había llegado hasta nosotros, el bondadoso Cal había sido, desde que yo tenía uso de razón, la confluencia que unía los diversos afluentes de nuestra familia en un solo río. A veces mi primo hacía reír a mi madre, y la precisión y el

entusiasmo con que trabajaba parecían lo único —aparte de una cosecha de melocotones excepcional— capaz de hacer sentir orgulloso a papá. Cal sabía dirigir la energía de Seth hacia actividades útiles como la pesca con mosca o la reparación de motores, y a veces incluso era capaz de aplacar el temperamento de mi hermano. Para mí, muchas veces Cal era el único regazo al que podía acudir cuando necesitaba un beso en una rodilla rasguñada o simplemente la compañía de un amigo.

Pero al cabo de un tiempo, cuando mis recuerdos de Cal se difuminaron, acabé comprendiendo qué significaba ser niña y crecer sin madre. Rodeada de varones, carecía de un modelo en el que basarme. Tras la muerte de mi madre, los hombres dieron por hecho que yo pasaría a ocuparme de sus funciones sin quejarme: prepararles las comidas, limpiar las manchas de orina que dejaban en la taza del váter, lavar y tender su ropa sucia y ocuparme de absolutamente todo lo que había que hacer en la casa, en los corrales y en el jardín. Mi madre me había enseñado lo fundamental de la vida doméstica, pero yo sólo tenía doce años cuando eso se convirtió en mi trabajo, y no sabía si hacía las tareas en condiciones, aunque no tenía ninguna duda de que no las hacía tan bien como las habría hecho ella. Y sobre todo, no estaba segura de querer hacerlas todas, ni de si tenía permiso para decirlo. Con el tiempo obtuve las respuestas.

Lo peor fue que, pasados unos meses desde la muerte de mi madre, mi cuerpo empezó a cambiar. Estaba madurando más deprisa que mis compañeras de clase, que eran pocas, y no tenía forma de saber qué me estaba pasando ni pista alguna sobre lo que se avecinaba. Además, era demasiado tímida y trabajaba demasiado como para poder intimar con las otras niñas, así que lo único que se me ocurrió fue ocultarme para evitar que se burlaran de mí en el patio. Como no sabía dónde ni cómo comprarme un sujetador, llevaba suéteres holgados y varias camisas una encima de la otra. Cuando eso dejó de servir, empecé a vendarme el pecho con una venda elástica que le encargué al señor Jernigan, tras contarle una elaborada mentira sobre una rodilla lesionada.

Poco después tuve la primera menstruación. Desperté en medio de

un círculo de sangre y tuve la certeza de que me estaba muriendo. El pudor y la intuición me aconsejaron no contárselo a mi padre. Quité las sábanas de la cama, horrorizada al ver que la mancha las había traspasado y había llegado al colchón, y como no tenía tiempo para limpiarlas antes de preparar el desayuno y marcharme a la escuela, las enrollé junto con mi ropa interior y mi camisón manchados, lo metí todo debajo de la cama y extendí mi colcha de flores sobre el mancillado colchón. Sin saber qué otra cosa podía hacer, doblé un montón de pañuelos de papel y me los metí en las bragas limpias para que absorbieran la sangre. Me puse una falda negra y, debajo, unas medias de lana y unos pantalones cortos de verano para intentar mantenerlo todo en su sitio.

—Por Dios, ¿no puedes ir más deprisa? —protestó Seth cuando yo lo seguía de camino a la escuela.

—Mamá no quiere que digamos el nombre del Señor en vano —repliqué.

—Vale, pero mamá está muerta, ¿no? —Apretó aún más el paso y se alejó tanto que apenas alcanzaba a verlo a lo lejos.

Yo nunca había sido tan consciente de que mi madre estaba muerta como aquel día camino de la escuela, sangrando por mis partes íntimas, temiendo que los pañuelos de papel se me cayeran, sintiendo unos calambres terribles en el vientre y convencida de que me derrumbaría y moriría por culpa de aquella misteriosa enfermedad antes de llegar al edificio de la escuela.

Cuando regresé a casa, encontré un cubo de agua jabonosa y un cepillo de fregar en mi habitación. Las sábanas ya no estaban debajo de la cama, sino amontonadas junto al cubo, todavía manchadas de sangre, pero además muy sucias, como si alguien las hubiese arrastrado por el suelo de tierra del jardín. La ropa interior ya no estaba allí, así que, como la joven obediente que era, empecé a lavar las sábanas, frotando las manchas, escurriendo el agua y volviendo a frotar. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, se acumulaban bajo mi barbilla y goteaban en el cubo.

De repente papá apareció en el umbral, con el pantalón de peto sucio y el sombrero de paja deshilachado. Movió los labios, pero los

mantuvo apretados, como si estuviera probando las palabras que iba a pronunciar. Yo quería contarle lo que estaba pasando, como aquella vez en la que le había descrito la herida sangrante que había descubierto cuando uno de nuestros mejores cerdos se había llevado un mordisco de otro. Quería que él me diera una explicación, como había hecho entonces —«una cuestión territorial», había dicho—, y que me asegurara que los cuerpos se curan. Estaba claro que él también quería decir algo, pero no cruzó el umbral. En vez de eso, se dio la vuelta y empezó a alejarse.

—No dejes tus cosas privadas donde los perros puedan cogerlas y arrastrarlas por el jardín —masculló desde el pasillo. Luego oí sus pesados pasos bajando la escalera y saliendo por la cocina. Por último, oí el chirrido de la puerta mosquitera al abrirse y el portazo al cerrarse.

Sólo teníamos un perro, un pastor con manchas negras y grises al que llamábamos simplemente «cachorro» hasta que se aficionó a pescar en Willow Creek y se ganó el nombre de *Trucha*. Era el típico perro curioso que había encontrado mis sábanas sucias, nada más, pero papá había dicho «perros» en plural y, aunque ahora comprendo que debió de expresarse mal, o que yo debí de entenderlo mal, en aquel momento mis miedos, mi inocencia y mi ignorancia compusieron la visión de una manada salvaje que, atraída por aquella clase de sangre en particular, vigilaba a mi familia y tal vez aguardaba el momento oportuno para atacarme cuando saliera al jardín. Hundí la cara en aquellas sábanas y me eché a llorar, dejando que mi suéter y mi falda se empaparan. A partir de ese día, cerré la puerta de mi dormitorio todas las mañanas al marcharme y todas las noches al acostarme. Si hubiese podido cambiar la distribución de la casa y hacer mis tareas encerrada en mi dormitorio, lo habría hecho. Era una niña que, sola en una casa llena de hombres, se estaba convirtiendo rápidamente en una mujer. Era como florecer en medio de un montón de nieve.

Conocer a Wil recuperó el fantasma de aquellas antiguas emociones y les insufló una nueva vida. Los sentimientos que aquel chico me había provocado iban a ser mi siguiente paso hacia la feminidad y,

como cinco años atrás, necesitaba a otra mujer a mi lado. En realidad, jamás le habría hablado a mi madre de Wil aunque la hubiese tenido junto a mí. Ella se habría escandalizado por nuestra falta de decoro en Main Street y por el atrevimiento que él había demostrado al llevarme en brazos. Aquella noche, momentos antes de conciliar el sueño, no eran los consejos de mi madre sobre el primer amor lo que yo anhelaba; más bien deseaba que alguien les plantara cara a los hombres de mi casa y defendiera ante ellos el derecho de las mujeres a tomar sus propias decisiones sobre el amor. Dudo que mi madre me hubiese ayudado de haber estado viva. Pero la única ventaja de crecer sin madre es que puedes convertirla en una aliada incondicional, tanto si en vida lo hubiese sido como si no.

Aquella noche soñé que mi madre, firme y con los brazos abiertos, contenía una riada embravecida mientras yo huía hacia los brazos de Wil. Detrás de ella Seth se revolcaba en las olas, furioso y desesperado, pero incapaz de sortearla y pasar. Los ojos de mi hermano, enormes y centelleantes, tenían la misma mirada siniestra que aquella noche me había seguido desde la mesa de la cocina mientras yo subía la chirriante escalera.

4

A la mañana siguiente, el rugido atronador del descapotable biplaza de Seth hizo vibrar el cristal de mi ventana y me sacó de golpe de un sueño profundo. Me levanté de la cama de un salto, sin acordarme de que tenía el tobillo lesionado, y en cuanto apoyé el pie me caí al suelo.

Las diatribas de Og nunca me habían servido de consuelo, pero oírlo despotricar contra Seth a través de la ventana del dormitorio de abajo significaba que yo no tendría que gritarle a mi hermano desde la mía. Eran las 5.10 h, todavía faltaban veinte minutos para que el sonido de mi despertador me obligara a bajar a la cocina a preparar el café y el desayuno, y casi una hora para que sonaran los de los hombres de la casa. Y, sin embargo, Seth ya estaba en el patio, en el crepúsculo del amanecer, trabajando en el decrépito Chrysler que nunca había conseguido arreglar del todo, pero que le gustaba revolucionar para alardear ante sus amigos. Me arrastré hasta la ventana y me quedé allí plantada sobre una sola pierna. Al otro lado del cristal, más allá del sauce que ya amarilleaba, vi la silueta de Seth y distinguí sus vaqueros desteñidos y su camiseta blanca. Llevaba la cabeza descubierta; el pelo cortado al rape que se tornaba rubio todos los veranos ya tenía el marrón claro del otoño. Yo nunca lo había visto revolucionar el motor del coche sin que hubiese público delante, y desde luego tampoco a aquellas horas tan absurdas, pero en realidad nada de lo que pudiese hacer Seth me sorprendía. De pie junto a su Chrysler, con el capó levantado, iba lanzándole insultos a Og, aunque desde donde yo estaba parecía que estuviese insultando a toda la casa, mientras de su boca salían nubes de vaho que se elevaban en el frío aire matutino.

—¡Ésta es mi casa, tullido de mierda! —Seth rabiaba—. ¿Acaso tú haces algo alguna vez? ¿Eh? ¡Pues no te atrevas a decirme a mí lo que tengo que hacer!

Seth lo llamó «inútil», «parásito», «gandul», «tarado»... Og le

contestó llamándolo «desgraciado», «debilucho», «mariquita». Estaban igualados en aquella guerra de hostilidades.

Volví a la cama a la pata coja, me tapé para protegerme del frío y de los gritos y me pregunté qué estaría tramando mi hermano, que siguió renegando en el jardín hasta que papá le gritó que parara.

Seth llevaba la malicia en la sangre, de eso no cabía ninguna duda. Las severas restricciones de mi madre sometían su rebeldía y le imponían una obediencia forzosa, pero su afición al peligro se revolvía bajo la superficie como un hombre con una camisa de fuerza. Mi madre lo tenía siempre vigilado y se anticipaba a su siguiente travesura antes incluso de que a Seth se le hubiese ocurrido: le advertía que no lanzara una piedra antes de que él se hubiese agachado a recogerla, que no le tirara del pelo a otro niño antes de que él hubiese alargado la mano, que no protestara en la iglesia antes de que él hubiese abierto la boca. Mi madre y Seth habían desarrollado un lenguaje silencioso que se basaba únicamente en los ojos, las cejas y una mano; un lenguaje que, pese a ser breve y sencillo, contenía toda la autoridad de la ley de Dios. Mucho antes de que Seth lanzara un melocotón como si fuese una bola de béisbol o saltara en un charco de barro, mi madre abría mucho los ojos, arqueaba las cejas y simulaba un hachazo con la mano derecha; era su forma de decir sin palabras: «Ni se te ocurra.» Entonces Seth entornaba los ojos, fruncía las cejas e imitaba el brusco ademán de mi madre: era la única pequeña rebelión que ella le permitía.

Mi madre casi nunca tenía que hacernos aquel gesto ni a Cal ni a mí, pues nosotros procurábamos no causarle más problemas de los que ya le causaba Seth. Nunca sabré hasta qué punto nuestra constante obediencia y nuestro cumplimiento de las expectativas de mi madre provenían de nuestra propia virtud o de nuestro deseo de contrarrestar los problemas que causaba Seth, como si mi familia viviera en un precario balancín que había que equilibrar.

Sin embargo, mi madre no podía vigilar a Seth en todo momento y, cuando ella no podía observarlo, mi hermano cometía todo tipo de gamberradas. Yo presencié un gran número de ellas, muchas más de las que le correspondía ver a una niña pequeña, e imaginaba que

pasaban muchas más cosas de las que nadie llegaba a enterarse. Lo había visto robar monedas del puesto de melocotones, darle patadas a *Trucha* cuando el perro no le hacía caso —y, a veces, incluso cuando se lo hacía—, llevarse el camión de papá no se sabía adónde cuando apenas era lo bastante alto para ver por encima del salpicadero... Y con sus amigos se portaba aún peor, sobre todo en la escuela, cuando él y los chicos como él convertían el más nimio desacuerdo en una excusa para liarse a puñetazos en medio de una nube de polvo, o se aliaban para robarle el bocadillo a algún niño más pequeño. Una vez encontré detrás del establo a Seth y a los tres hijos de los Oakley, nuestros vecinos del final de la carretera. Estaban vertiendo queroseno sobre unas ranas toro y prendiéndoles fuego, y reían a carcajadas cuando los pobres animales saltaban aterrorizados. Me escondí en el establo antes de que me vieran y lloré con la cara pegada al suave hocico de *Abel*, nuestro caballo capón.

El verano antes del accidente, Cal y yo construimos una cabaña en un chopo americano, el más grande de los que crecían junto al arroyo. Aprovechábamos las horas muertas, cuando mi primo podía tomarse un descanso con la siega del heno y yo había terminado todos mis quehaceres. Recogíamos restos de madera de las granjas vecinas, los cargábamos poco a poco en el lomo de *Abel*, los llevábamos a casa atados con cuerdas y subíamos cada astillado tablón a las altas ramas del árbol. Cal se encargaba de hacer casi todo el trabajo, aunque me dejaba pequeñas tareas para que yo sintiera que participaba. Le preguntamos a Seth si quería ayudarnos, pero aquel verano mi hermano se dedicó a excavar trincheras con Holden Oakley, el mayor y más grosero de los tres hermanos Oakley. Mi madre, resignada, les había dado permiso para excavar en un rincón de la finca donde no había nada plantado y donde papá guardaba herramientas de campo y sobrantes de cerca. Los chicos construían ametralladoras con palos y se tiznaban las mejillas con carbón, y casi todos los días se acercaban con sigilo a nosotros mientras trabajábamos en la cabaña y simulaban tendernos una emboscada imitando el ruido de los disparos desde el suelo, y nos gritaban que nuestra cabaña era una birria y que estábamos perdiendo el tiempo.

El día que terminamos nuestro proyecto —tenía una plataforma, cuatro paredes irregulares pero sólidas, un tejado y una escalerilla de cuerda que llegaba hasta el suelo a través de un agujero cuadrado que habíamos abierto en el centro—, Cal y yo, para celebrarlo, nos llevamos a la cabaña un pícnic que incluía una limonada que nosotros mismos habíamos preparado con el punto justo de acidez. Nos sentamos el uno al lado del otro encima de una manta vieja y nos comimos nuestros sándwiches de mermelada.

—Me juego cinco centavos a que Seth querrá participar en esto ahora que ya está hecho todo el trabajo —dijo Cal recostándose sobre los codos y admirando su obra.

—Será mejor que subamos la escalerilla —dije yo, preocupada sobre todo por tener que compartir la limonada.

Cal sonrió, extendió un brazo y tiró de la escalerilla hasta amontonarla en el suelo de la cabaña.

Sentí el placer de encontrarme aislada del mundo con la única compañía del bondadoso y tranquilo Cal, y me di cuenta de que la limonada no era lo más importante. Por primera vez disfrutaba conscientemente del hecho de estar en un sitio donde no podía estar Seth, y en ese momento descubrí, en lo más profundo de mi ser, en un lugar recóndito que no habría sabido nombrar, que le tenía miedo a mi hermano pequeño. En la iglesia había oído muchos sermones sobre la maldad —sobre Satanás, las serpientes y los pecadores—, pero a esa edad no sabía nada de la clase de maldad que Seth llevaba dentro, una maldad con la que quizá nazcan algunos niños, esos que se pasan la vida intentando transgredir las normas que los otros se avienen a acatar. Lo único que sentía cuando me tumbé en la manta, en medio de aquel silencio sólo turbado por el piar de los gorriones en lo alto, el ruido que hacía Cal al masticar y mis propios suspiros, era un profundo agradecimiento porque Seth no podía estropear nada de todo aquello.

Cal y yo nos quedamos dormidos allí arriba como dos pájaros agotados tras el esfuerzo de construir el nido: cómodos, satisfechos y fuera del alcance de los gatos.

Nos incorporamos los dos a la vez cuando la primera piedra golpeó

una pared de la cabaña y puso fin a nuestra tranquilidad. Al poco rato llegó el impacto de la segunda piedra y entonces, todavía adormilados, entendimos a qué se debía aquella perturbación.

—Es Seth —dijo Cal apretando las mandíbulas.

Nos quedamos quietos y no dijimos nada, no porque quisiéramos escondernos, sino porque preferíamos no reaccionar, con la esperanza de que mi hermano se marchara. Otra piedra golpeó la pared, y luego otra. Cuando la quinta piedra partió un tablón, Cal se hartó, se levantó y le gritó a Seth que nos dejara en paz.

—¡Déjame subir! —le gritó Seth.

—¡No! —se negó Cal.

—¡Déjame subir ahora mismo! —insistió Seth, lanzando otra piedra que golpeó la pared.

Mi hermano era bajito pero musculoso, y famoso por la potencia de su brazo. Cuando jugaba al béisbol en el campo del pueblo, eliminaba a un bateador tras otro, y todos los años, en la feria de Gunnison County, derribaba todas las botellas y ganaba el paquete de chicles.

Cal volvió a negarse y Seth empezó a rabiar al pie del árbol, lanzándole a mi primo unos insultos terribles; si mi madre los hubiera oído, le habría hecho lavarse la boca con jabón. Aunque Seth sólo tenía diez años y Cal, dieciocho, mi hermano no cedió ante el superior estatus de Cal. De hecho, nunca lo hacía. Convencido desde muy crío de que tenía razón en todo y siempre a la defensiva, Seth estaba decidido a no buscar en su primo ni ejemplos de cómo comportarse ni respuestas sobre cómo funcionaba el mundo. Siempre iba por delante de Cal: en el jardín, en los campos, en el huerto; le arrancaba las herramientas de la mano cuando creía que Cal estaba trabajando demasiado despacio y que él podía hacerlo mejor. Y cuando Cal se burlaba de él o se lo quitaba de encima como habría hecho un hermano mayor, Seth sacaba de dentro una rabia que eliminaba la diferencia de edad y de estatura que había entre ellos, lo que obligaba a Cal a defenderse o retirarse. Mi primo pronto aprendió a no provocar la ira de Seth, una decisión de lo más sensata dada la relación de parentesco.

Sentada en el suelo de la cabaña, me puse a retorcer un borde

deshilachado en la cesta de pícnic, sin saber qué debía hacer. Había sido yo quien había tenido la idea de recoger la escalerilla de cuerda para impedir que Seth subiera al árbol. No podía dejar que Cal cargara solo con las consecuencias de mi decisión.

—¡Decías que esta cabaña era una estupidez! —grité desde donde estaba, sin saber si mis palabras llegarían hasta abajo, y en parte confiando en que no lo hicieran. Si había alguien en nuestra familia que evitaba provocar a Seth aún más que Cal, ésa era yo.

En cuanto lo dije, supe que había cometido un error. Cal se volvió hacia mí y se llevó un dedo a los labios, como si en el gesto de detener sus propias palabras fuese capaz de impedir las mías.

—¿Torie? ¿Tú también estás ahí arriba? ¡Maldita sea! —gritó Seth, y su rabia y su sorpresa catapultaron su voz, que entró por el agujero del suelo.

Creía que mi hermano sabía que yo estaba en la cabaña con Cal. Al fin y al cabo, la habíamos construido juntos. La cabaña también era mía. Pero de repente me sentí culpable por estar allí, aunque no entendía por qué. Al contrario que Seth, que se negaba a seguir el ejemplo de Cal, a los once años yo dejaba que mi primo me guiara en casi todo. Si algo le parecía bien a Cal, también me parecía bien a mí, porque él era inteligente y bueno, y porque me encantaba cómo entrecerraba los ojos, que formaban unos pequeños crecientes de luna cuando yo hacía algo agradable o gracioso. Cal era una brújula en la que yo podía confiar.

—No digas nada —susurró mi primo agachándose—. Sólo empeorarás las cosas.

—¿Por qué?

—Porque está celoso.

—¿De qué? ¿De una cabaña que le parece una tontería?

—No, de ti y de mí —dijo Cal en voz baja.

Se sentó a mi lado sobre la manta y cambió la postura de las piernas varias veces, como diciendo: «Vamos a ponernos cómodos y a esperar.» Entretanto, Seth gritaba mi nombre una y otra vez, y de cuando en cuando paraba y se ponía a golpear el tronco del árbol con una rama caída o a dispararnos con su ametralladora imaginaria. Y a

juzgar por los gruñidos y los golpes sordos que nos llegaban desde abajo, también intentaba sin éxito trepar por el ancho y liso tronco del árbol.

Jamás se me había ocurrido pensar que alguien pudiese envidiarme por algo. La envidia, como nos habían enseñado mi madre y las Escrituras, era equiparable a la maldad e incluso al asesinato ante los ojos de Dios. «La envidia pudre los huesos», dice el proverbio. «La envidia clavó a Jesús en la cruz», predicaba el reverendo Whitt. El hecho de que yo, una niña inculta, apocada y vulgar, pudiera despertar la envidia de alguien significaba que cualquier cosa podía provocarla. Me sentí peligrosamente cerca de algo siniestro y no sabía cómo había llegado hasta allí. Mientras tanto, Seth aullaba desde el pie del árbol como un sabueso que anhela hacerse con su presa.

Cal y yo nos pasamos más de una hora allí, en silencio, pero Seth no se rindió en ningún momento. Cuando el sol inició su lento descenso veraniego por el horizonte occidental, papá salió a buscarnos para que nos ocupáramos de los animales.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —bramó al acercarse, y por fin Seth se quedó callado.

Cal y yo nos asomamos desde la cabaña para ver cómo Seth recibía su merecido.

—Nada —contestó mi hermano, bajando la cabeza y dándole una patada a una piedra. Tenía el pelo sudado y erizado como una mata de artemisa.

—Pues nadie lo diría —dijo papá hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón de peto sucio, y se quedó allí plantado como solía hacer cuando esperaba una respuesta.

—Nada, que no me dejan subir a su cabaña —se lamentó Seth.

—¿Y se puede saber quién va a limpiar la pocilga si tú estás haciendo el vago en una cabaña de niños pequeños? —le preguntó papá—. Vamos. —Esperó a que Seth, vencido, echara a andar hacia la pocilga. No sé si estaba cavilando sobre su hijo o si sólo quería asegurarse de que iba adonde le había ordenado, pero el caso es que estuvo un buen rato mirando a Seth antes de llamarnos para que bajáramos del árbol.

Descendí por la escalerilla de cuerda, que osciló y giró con mi insignificante peso hasta que papá la agarró, la tensó y salté a sus brazos. Mi padre no solía abrazarme, así que aproveché la ocasión para rodearle el cuello, apoyar la cara en su hombro y aspirar su olor. Incluso le rodeé la cintura con las delgadas piernas hasta que Cal bajó también, con la manta y la cesta de pícnic en un brazo.

La forma en que mi padre me apartó los brazos de su cuello y me puso en el suelo, y el tono áspero con que nos dijo que no nos habríamos muerto si hubiésemos dejado subir a Seth me hicieron recordar otra de las admoniciones de mi madre, ésta del Evangelio de san Juan: «El que ama a Dios también debe amar a su hermano.» Mi madre nos recordaba con frecuencia que no pecamos ni nos arrepentimos de forma aislada, sino de forma conjunta. Desde muy pequeña comprendí que Seth y yo estábamos misteriosa y eternamente unidos. Me quedé al pie del árbol mientras papá se alejaba. Sólo era una cría desconcertada bajo una cabaña que había perdido parte de su encanto. Aún no podía sospechar hasta dónde acabaríamos cayendo mi hermano y yo.

Seth aceleró el descapotable una vez más; entonces oí el portazo de la puerta de la cocina y la furiosa voz de papá en el jardín. La puerta se cerró de nuevo y volvió a hacerlo una vez más al cabo de unos minutos, así que supuse que papá y luego Seth habían entrado en casa. Sonó mi despertador y me levanté, me vestí y fui cojeando por la casa fría y silenciosa hasta la cocina. Me dolía el tobillo mientras preparaba el desayuno, pero confiaba en que la lesión no fuese importante. Si no podía caminar, no podría salir a buscar a Wil, ni enterarme de si se había marchado o se había quedado, ni averiguar si ya no tenía ninguna posibilidad o si aún podía abrigar esperanzas.

Los hombres entraron en silencio en la cocina, donde la luz estaba encendida, sin mirarse entre ellos ni mirarme a mí. Sólo se oía el tintineo de los cubiertos en los platos mientras cortaban el jamón, troceaban los huevos fritos y acababan de desayunar. Primero se marchó Seth, luego Og y por último papá, y yo me alegré de poder

terminar de comer y de recoger la mesa sola. Cuanto más enojados estaban unos con otros, más desapercibida pasaba yo, y eso era exactamente lo que necesitaba para ir en busca de Wil.

Estaba terminando de lavar los platos cuando oí la silla de ruedas del tío Og chirriar por el pasillo. Cuanto más engordaba mi tío, más crujía la silla y más sudaba él intentando desplazarse por la casa. Yo me imaginaba que algún día la silla se partiría por la mitad y que mi tío caería al suelo entre maldiciones, y entonces las ruedas saldrían despedidas como si por fin se librasen del desagradable trabajo de soportar la constante compañía de Og.

Una maestra me contó una vez que el presidente Roosevelt utilizaba una silla de ruedas, seguramente parecida a la de Og, con respaldo de madera y dos tablones alargados para apoyar las piernas. Roosevelt nunca se dejaba fotografiar en público en la silla de ruedas, me explicó la maestra, y mantenía tan bien aquella fachada que poca gente se creía los rumores sobre su discapacidad. Tenía un aspecto muy presidencial en las fotografías de los periódicos, y hablaba con elocuencia y seguridad por la radio. Incluso conducía un bonito automóvil en los desfiles y las procesiones. Yo nunca había conocido a ningún minusválido hasta que Og regresó de la guerra destrozado física y psicológicamente. El nuevo Ogden no se parecía en nada al antiguo, y menos aún al único presidente que yo había conocido. Hasta mucho después de que hubiesen fallecido tanto Roosevelt como Og, cuando las sillas de ruedas ya no se hacían de madera, no vi una de las dos únicas fotografías conocidas del presidente en su silla, y me pregunté cuántos veteranos de guerra con las piernas amputadas y traumatizados igual que Og habrían podido sufrir un poco menos si el presidente no hubiese ocultado, por vergüenza, su silla de ruedas.

Mientras secaba los platos sosteniéndome sobre una sola pierna, oí a Og golpear la pared y renegar. Me di la vuelta y lo vi entrar por la puerta de la cocina con unas muletas en una mano e intentando hacer avanzar la silla con la otra. Nuestras miradas se encontraron y ninguno de los dos supo cómo reaccionar ante aquella muestra de cortesía tan poco propia de él.

—Toma —gruñó tirando las muletas al suelo. Luego salió otra vez

por la puerta y se marchó por el pasillo.

Yo llevaba sin ver aquellas muletas desde el día en que el tío Og regresó de la guerra convertido en otro hombre.

Recordaba que en aquella ocasión habíamos ido a Montrose ataviados con nuestras mejores galas. Fue el mismo verano de 1942 en que Cal y yo construimos la cabaña del árbol. Sudorosa, inquieta e impaciente por volver a ver a mi tío, iba sentada entre Cal y Seth en el asiento trasero del gran sedán que papá le había pedido prestado a nuestro vecino, el señor Mitchell. En el asiento corrido delantero, la tía Viv charlaba nerviosa con mi madre mientras mi padre conducía, y sus tirabuzones cuidadosamente formados rebotaban como muelles. Me imaginé a Ogden y a su vivaracho hermano Jimmy apeándose del tren con su atractivo uniforme militar, mirando a ambos lados del andén hasta que los ojos azul claro de Og se iluminarían al ver a su nueva familia, que había ido a darle la bienvenida. Me imaginé a Og cogiendo a la tía Vivian por la cintura, acercándose a sus labios y besándola como lo había hecho en el huerto de frutales antes de marcharse a Europa a combatir. Yo había visto aquel beso, y había visto a mi tía arqueando suavemente la espalda hacia atrás, como un sauce.

No habíamos tenido ocasión de conocer mucho a Ogden antes de que la guerra nos lo arrebatara, poco después de casarse con Viv. Pero eso no impedía que, apiñados en el andén y preparados para recuperar a Jimmy y a Og, pareciésemos una portada del *Saturday Evening Post*. Por fin apareció la locomotora negra, y no necesité más razones que una vaga noción de patriotismo y las historias de las revistas populares para sentir que adoraba a Og. Era un héroe, una estrella de cine, un gigante. Cuando el tren se detuvo lentamente ante nosotros con un rechinar metálico, yo ya estaba tan emocionada como si fuese el mismísimo Roosevelt quien iba a descender por aquellos escalones.

En cuanto Ogden apareció, solo, en la portezuela del vagón comprendí que me habían engañado. Me puse a darle vueltas tratando de averiguar quién era el responsable, pero llegué a la conclusión de que había sido el propio Ogden: aquel soldado de una sola pierna, fuertemente sujeto a unas muletas de madera, con los ojos

inexpresivos mirando desde debajo de una gorra militar que parecía un barco volcado.

Al verlo, Vivian dio un grito ahogado y hundió el rostro en el hombro de mi madre, que se la quitó de encima y se apresuró a enderezarla, sujetándola por los hombros como si manejara un pesado arado. Acercando el rostro a los tirabuzones de mi tía, mamá susurró con dureza: «No, Vivian.»

Cal y papá se miraron y corrieron a ayudar a Og. Le tendieron cada uno una mano, pero Og respondió agitando una muleta con la que estuvo a punto de golpear a mi primo en la cara; se apoyó en el marco de la portezuela y masculló: «Apartad vuestras malditas manos.»

Cal y papá retrocedieron, y todos nos quedamos inmóviles y perplejos cuando lo vimos bajar con torpeza los escalones del tren y darnos la espalda. Recuerdo los gemidos de la tía Viv y el ruido sordo de aquellas inesperadas muletas que aporreaban el andén de madera una y otra vez, como los lentos latidos de un corazón enfermo, a medida que Og se alejaba renqueando. Observé los rostros demacrados de los soldados que se apeaban del tren. Ninguno de ellos era el Ogden al que yo recordaba. Ninguno de ellos era Jimmy.

Encontramos a Og delante de la estación con la vista clavada en la acera. Papá fue a buscar el coche y todos excepto mi tío nos metimos dentro. Esperamos a que se uniera a nosotros —esperamos tanto rato que papá apagó el motor y sólo se oyeron los gimoteos de la tía Viv—, hasta que mi madre salió del coche y lo convenció de que se sentara en el asiento delantero, a su lado. Nadie habló en todo el trayecto hasta la granja. Vivian, apretujada entre Cal y yo, contemplaba sin dar crédito la nuca inmóvil de su marido. Le puse una mano en la rodilla, y ella me la agarró como si fuese una cuerda de salvamento.

—Es la voluntad de Dios —respondió mi madre cuando la tía Viv irrumpió en nuestra cocina a la mañana siguiente llorando y protestando por su soldado mutilado.

A voz en grito, Viv se preguntaba por qué no había muerto en el campo de batalla; por qué había sobrevivido si lo único que hacía ahora era odiar la vida y todo cuanto tenía que ver con ella; por qué no había dejado su cuerpo allí, en la playa, junto al de Jimmy.

Mi madre puso dos tazas de café encima de la mesa y le ordenó a Viv que se sentara. Las frecuentes referencias de mi madre a la voluntad de Dios siempre me generaban una gran confusión. Aquel día, el reto de descifrarla era especialmente difícil: «La voluntad de Dios es dejar que un joven soldado muera en los brazos de su hermano mayor. La voluntad de Dios es crear la guerra y la desgracia y dejar a un hombre irreconocible. La voluntad de Dios es no dar explicaciones.»

Fui cojeando por la cocina y recogí las viejas muletas que Og me había tirado. Me las puse bajo los brazos y las probé.

La voluntad de Dios es llevarse a tu madre, a tu primo y a tu tía de este mundo, arrancarlos como quien arranca unos melocotones demasiado pronto de la rama.

Apagué la luz de la cocina sin haber colocado los platos limpios en los armarios, me puse mi abrigo de lana azul marino, que estaba colgado de un gancho junto a la puerta de atrás, aflojé los cordones del zapato para poder introducir el pie hinchado y vendado y, ayudándome de las muletas, fui a dar de comer a los animales.

La voluntad de Dios es que dos desconocidos se crucen en la esquina de North Laura y Main Street y se enamoren. La voluntad de Dios es ponerles las cosas difíciles.

La voluntad de Dios es llevarse una vida, la voluntad de Dios es dar una vida, la voluntad de Dios es cambiar por completo una vida. La voluntad de Dios es no avisar de lo que va a suceder a continuación.

Cuando me hube ocupado de los animales y los primeros rayos de sol iluminaron el valle, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me veía. Me monté en mi bicicleta, puse las muletas con cuidado sobre el manillar y, sin detenerme a pensar en cuál sería la voluntad de Dios, salí en busca de Wilson Moon.

5

Suponía que encontraría obstáculos para dar con Wil, pero nunca se me habría ocurrido imaginar que Ruby-Alice Akers sería uno de ellos.

Ruby-Alice vivía en una granja destartalada de madera marrón oscuro, en una arbolada parcela triangular situada al final de la carretera donde estaba nuestra casa. Pese a ser nuestra vecina más cercana, siempre nos miraba con mala cara. Llevaba un gorro de lana negro que le tapaba el pelo rizado y descolorido y vivía con una serie de animales recogidos de la calle, razones por las que mi madre la encontraba demasiado estrafalaria para merecer la atención de unos buenos cristianos. Pasábamos casi a diario por delante de su casa, pero nunca nos deteníamos a hacerle una visita ni le llevábamos dulces. Mi madre nos había dado instrucciones de no mirar a Ruby-Alice cuando nos la encontráramos por el pueblo montada en su desvencijada bicicleta negra con el cesto raído colgado del manillar. Muchas veces se quedaba mirando fijamente a la gente con aquellos extraños ojos y abría la boca como si fuese a soltar alguna grosería, pero luego nunca decía nada. En Iola todos pensaban que estaba loca, pero la consideraban inofensiva y por eso la dejaban en paz.

Una noche, a la hora de la cena —cuando mi madre todavía se sentaba a la mesa en el lugar que más tarde reclamaría Og—, Seth nos contó muy emocionado que había estado lanzándole piedras a la anciana mientras ella lo miraba fijamente desde su bicicleta.

—Una le ha dado de lleno —dijo sonriendo con orgullo mientras masticaba una galleta—, pero esa chiflada ha seguido pedaleando como si no hubiese notado nada.

Pensé que mi madre regañaría a Seth por tener un comportamiento violento con nuestra vecina, o al menos por hablar con la boca llena, pero vi que seguía comiéndose el jamón que había cortado en trocitos muy pequeños.

—Es el diablo —se burló Seth. Papá y Cal se quedaron expectantes mirando a mi madre, pero ella no dijo nada. Mi hermano siguió disfrutando de su inesperada libertad, como un perro al que de pronto sueltan de la correa—. ¡Tenemos al mismísimo diablo viviendo aquí al lado, en el pinar!

Se puso un dedo índice en cada sien imitando unos cuernos y los agitó, hasta que mi madre lo reprendió por fin:

—En esta casa no se mienta a Satanás.

Poco después mi madre y yo nos cruzamos con Ruby-Alice, que pasaba pedaleando por Main Street. No pude evitar mirarla y preguntarme si sería realmente Satanás disfrazado y si yo llegaría a descubrirla. Era fea como el demonio, de eso no cabía duda. Por debajo de la gorra negra asomaban unos rizos blancos apelmazados. Su arrugada piel tenía un enfermizo tono azulado. Uno de sus ojos estaba tan hundido en la cuenca que parecía que no lo tuviera. Con el otro, de un azul gélido, saltón y furioso, me miró fijamente un instante. Me estremecí.

La anciana continuó pedaleando a toda velocidad sin dejar de mirarme y, al pasar por mi lado, abrió los finos labios como para decir algo, pero lo único que se oyó fueron los chirridos de su bicicleta y el crujir de la gravilla bajo las ruedas. Un chihuahua andrajoso, negro y con las orejas puntiagudas como un murciélago, temblaba en su cesto de mimbre.

—¿La has mirado? —Mi madre se detuvo y me levantó la barbilla para mirarme a los ojos.

—No, madre —contesté de inmediato, sin saber siquiera por qué le estaba mintiendo.

—Está mal de la cabeza —dijo mi madre. Me soltó la barbilla, me agarró por el brazo y seguimos andando hacia la tienda de comestibles de Chapman—. Que Dios nos asista.

Ahora mi madre caminaba más deprisa, como si huyera de algo amenazador, a pesar de que Ruby-Alice ya había tomado un desvío y había desaparecido. Tuve que apretar el paso para no quedarme rezagada, y me pregunté por qué éramos nosotras las que necesitábamos la ayuda divina, si era ella la que estaba loca.

Empecé a rezar por Ruby-Alice en secreto. Cada vez que la veía aparecer, recitaba mentalmente la misma plegaria, breve y clandestina, muy deprisa, como si fuera una sola palabra, para acabar cuanto antes con aquella pequeña traición a mi madre: *QueDiosayudeaRubyAliceAkersamén*. Pensaba que aquella frase era eficaz y concreta, y que cubría a Satanás, la locura, su piel azulada y todas sus otras dolencias, y que era lo bastante breve para enviarla al cielo sin que me descubriera mi madre. Era extraño estar ocultando una oración, algo que mi madre no se cansaba de exigirnos a los chicos y a mí, pero era evidente que ella había decidido que Ruby-Alice ya no podía salvarse. Aunque no me explico por qué, yo estaba convencida de ser la única capaz de reconciliar a nuestra vecina con Dios. Hasta cuando la vi espiarme desde detrás de un árbol cuando yo salía llorosa y tambaleante después del funeral de mi familia, incluso en aquel momento, totalmente ofuscada por el dolor, pensé: *QueDiosayudeaRubyAliceAkersamén*. El reverendo Whitt hizo que sus hijos la echaran del cementerio. Una de las pocas imágenes lúcidas que conservo de aquel triste día es verla montar en su bicicleta y alejarse a toda velocidad.

En el otoño de mis diecisiete años ya había abandonado hacía mucho mis plegarias infantiles por el bienestar de Ruby-Alice y, aunque seguíamos siendo vecinas, raramente pensaba en ella. Llevaba sin verla desde mediados de verano, cuando había pasado al lado de nuestro puesto de melocotones de la carretera mirándome de una forma muy extraña y *Trucha* se había puesto a ladrarle como un loco. Yo había tranquilizado al perro, les había pedido disculpas a los clientes que en ese momento escogían los primeros melocotones de la temporada y no había vuelto a acordarme de la anciana.

Hasta que aquella mañana, cuando salí a buscar a Wilson Moon —bajé como pude por el largo camino de la granja y llegué a la carretera sin asfaltar que conducía al pueblo, con las muletas en precario equilibrio sobre el manillar de mi bicicleta—, me la encontré plantada allí, como una repentina aparición bajo la luz tenue. No

llevaba el gorro negro ni iba en bicicleta. Sus rizos blancos, desmelenados, enmarcaban su pálido rostro. Las piernas que sobresalían de sus botas de piel gastada parecían dos palillos. Llevaba un mugriento vestido de muselina con dobladillo por encima de las huesudas rodillas y varias rebecas de lana, todas de diferentes tonos de verde, tan parecidos a los de los pinos circundantes que su torso casi se confundía con el fondo y daba la sensación de que tuviera el cuerpo amputado. Me examinó con su ojo hundido como si yo fuera una desconocida, mientras que el otro, el saltón, sobresalía con aire acusador, como si la anciana llevara largo rato esperándome y se hubiese enojado al verme aparecer.

Estuve a punto de caerme de la bicicleta al tratar de esquivarla. Ella permaneció allí plantada, mirándome fijamente y sin moverse. Con su ojo saltón miró las muletas y mi tobillo vendado. Chascó la lengua y negó con la cabeza.

No se me ocurrió pararme. La mujer por la que tanto me había preocupado de niña se había convertido para mí, igual que para el resto del mundo, en un simple decorado. En ese momento no era más que un obstáculo, igual que si una vaca o un tronco caído se hubieran cruzado en mi camino.

De pronto estiró los brazos hacia mí, abriendo las palmas de sus manos, blancas como la nieve, y acercándome sus dedos retorcidos como si quisiera tirarme al suelo. Asustada, me aparté y me alejé tan deprisa como pude. Y entonces vi su destartalada bicicleta negra tirada entre las margaritas marchitas de la cuneta.

Cuando ahora lo pienso, me avergüenzo de no haberme parado ni a preguntarle si necesitaba ayuda. Estaba tan concentrada en buscar a Wilson Moon, o quizá tan acostumbrada a ignorar a Ruby como quien ignora a un perro callejero, que no se me ocurrió pensar que la anciana podía estar herida o desorientada. Desde luego, no se me pasó por la cabeza que pudiera ser ella quien me estuviera ofreciendo ayuda y que, como yo, no sabía cómo comunicarse conmigo.

Llegué al pueblo y no encontré a Wil por ninguna parte. Iola estaba empezando a despertar. Media docena de vecinos se dirigían a pie al trabajo o a la cafetería. El señor Jernigan barría la acera de delante de

su tienda, y dos automóviles y el camión de la leche circulaban por Main Street. Recorrí todo el centro dos veces con mi bicicleta —el máximo de veces que creía poder hacerlo sin llamar la atención—, con la esperanza de que Wil me viera y apareciese en una puerta o en una ventana, sonriente, haciéndome señas. Pensé en el aspecto que tendría después de haberse bañado en la casa de huéspedes de los Dunlap, incluso me lo imaginé vestido con ropa limpia, y se me aceleró el corazón. Al no encontrar ni rastro de él, aparqué la bicicleta delante de la pensión, me coloqué las muletas bajo los brazos, inspiré hondo y subí como pude los escalones de madera del porche. Habían puesto una piedra marrón en la base de la puerta para que no se cerrase. Me asomé al interior y me llegó el olor a café, a beicon y a hombre, pero sólo vi un zaguán con las paredes forradas de madera donde había varios bancos, unas cuantas chaquetas colgadas y varios pares de botas manchadas de barro. Busqué alguna excusa para entrar.

Un hombre con barba que debía de tener la edad de papá, pero más fuerte y más erguido, apareció en el zaguán y se sentó en uno de los bancos. Cogió sus botas y se calzó una en el pie derecho, silbando una lenta melodía mientras se ataba los cordones. Cuando fue a coger la bota del pie izquierdo, miró hacia la puerta y compuso una sonrisa inquietante que hizo que su bigote se estirara. Soltó un largo silbido entre los dientes como granos de maíz, me miró de arriba abajo y, con una risita, dijo: «Vaya, vaya, mira lo que tenemos aquí.»

Todos los años, en otoño, el Dunlap's se llenaba de peones que buscaban trabajo en las labores de siega y recolección, así como de ganaderos que confiaban en que los contrataran para reunir los rebaños que pastaban en los prados más altos y bajarlos al valle antes de la primera nevada. Aquella llegada de mano de obra resultaba útil y era bien recibida, aunque yo sabía que algunos de aquellos hombres causaban problemas. Aquél, sin ir más lejos, con su sonrisa amarilla y sus ojos anhelantes, me hizo desear que llegara el invierno.

Balbuceé algo mientras sujetaba con fuerza mis muletas. Del interior llegaba un ruido de platos, y supuse que el señor y la señora Dunlap estarían en la cocina recogiendo el desayuno.

—He venido a ayudar a los Dunlap a preparar la comida —mentí

con una facilidad sorprendente.

—Están en la parte de atrás, preciosa —me contestó él, en un tono demasiado cariñoso.

Volví a respirar hondo, crucé el umbral y atravesé el largo zaguán consciente de que aquel hombre no me quitaba los ojos de encima.

—Pero no parece que vayas a serles de gran ayuda —añadió burlón al fijarse en mi tobillo vendado.

—Ya me apañaré —dije envalentonada por lo poco que me había costado mentir y por mis primeros pasos en la pensión, territorio prohibido.

Esperaba encontrar a más hombres dentro, pero por suerte o estaban en el lavadero o ya se habían marchado a trabajar. En el salón, frío y oscuro, había dos sofás de piel gastados y unas cuantas sillas repartidas al azar alrededor de una salamandra negra y panzuda. Junto a la chimenea de ladrillo había un macizo cuenco de latón con el borde abocinado y, apoyado en él, un tablón con la inscripción por favor, usen la escupidera con letras negras pintadas a mano. Colgada en la pared había una cabeza de alce con cornamenta de seis puntas que contemplaba aquel escenario con unos ojos negros y ausentes. Seguí andando en dirección al ruido de platos.

Encontré a la señora Dunlap secando los últimos platos del desayuno con un trapo a cuadros rojos y tarareando en voz baja. Al contrario que el sucio salón, la cocina tenía las paredes blancas y limpias y una hilera de altas ventanas orientadas al este por las que entraba el sol a raudales. La señora Dunlap era una mujer pálida, de buena estatura y con forma de campana; iba ataviada con un sencillo vestido blanco de algodón y con un delantal de tela vaquera atado sin apretar al cuello y la cintura. Tenía el pelo castaño claro y lo llevaba recogido bajo un pañuelo azul marino anudado a ambos lados de la frente, de forma que los extremos sobresalían como si tuviera otro par de orejas. Estaba tan ensimismada y concentrada en su trabajo que no se percató de mi presencia hasta que carraspeé a propósito.

—¡Oh! Hola, Torie, querida. No te había visto. —Se dio unas palmaditas en el corazón y me saludó con una sonrisa afectuosa, achicando sus ojillos castaños. Entonces volvió a sobresaltarse al ver

mis muletas, dejó el trapo que tenía en la mano, fue corriendo a buscarme una silla y añadió—: ¿Qué te ha pasado? Ven, siéntate, cielo.

Me había olvidado de lo amable que era la señora Dunlap. Sólo había tenido algún breve contacto con ella desde la muerte de mi madre, pero entonces recordé los largos y fuertes abrazos que me había dado en el funeral y la cantidad de guisos y tartas que nos dejó en el porche en los meses posteriores.

—Estoy bien, señora Dunlap. —Me senté y dejé las muletas en el suelo—. Sólo me he torcido un tobillo. Por culpa de una madriguera de perros de las praderas.

—Ah, claro —se compadeció la mujer—. Pobrecita mía. Yo también he metido el pie en uno de esos hoyos, ¡malditos bichos! —Acercó una silla y se sentó—. ¿En qué puedo ayudarte? Y llámame Millie, querida. Nada de «señora Dunlap».

Las mentiras habían acudido a mis labios con tanta facilidad desde que había entrado en la pensión que abrí la boca convencida de que saldría otra para explicar mi presencia allí. Pero no salió nada. Me puse a juguetear con los botones de madera de mi abrigo. Millie se inclinó un poco más hacia mí y arqueó las cejas.

Incapaz de inventar más mentiras, y reconfortada por la simpatía de Millie, cometí la estupidez de decir la verdad.

—Quería saber si se aloja aquí un chico que se llama Wilson Moon —dije con timidez, sintiendo un vuelco en el corazón al pronunciar su nombre por primera vez.

La expresión del rostro de Millie cambió al instante, y comprendí que había cometido un error.

—¿Ese indio piel roja? —me preguntó con una mueca de repugnancia, echándose hacia atrás como para alejarse de un mal olor —. Torie, querida, ¿se puede saber a qué viene que una chica como tú pregunte por un sucio piel roja?

Me quedé sin habla. Nunca había visto a ningún indio. Lo único que sabía acerca de ellos era lo que había aprendido en la escuela: que habían cometido actos violentos contra la generación de mis abuelos cuando los blancos intentaban civilizar el Oeste, y que, hacía ya

mucho, el gobierno los había trasladado a un sitio donde no podrían causar más problemas. Recordé que papá y Seth habían comentado la noche anterior que Wil era mexicano. Por ser indio, la gente lo despreciaría aún más. A mí, sencillamente, me costaba creer que lo fuera.

Millie aguardaba una respuesta, y su semblante pasó a revelar un recelo que rayaba en el asco.

—Es que... mi... —tartamudeé—. A mi padre le han dicho que un chico que se llama así estaba buscando trabajo. Vamos a tener que recoger mucha fruta la semana que viene y la próxima. Al chico no lo conozco, sólo me han pedido que buscara a uno que se llama así.

Millie se relajó.

—Bueno, mira, te aseguro que a tu padre no le interesa ese chico. Apuesto a que el viejo *Trucha* no le dejaría ni acercarse a vuestro huerto. —Sonrió; por lo visto le había hecho gracia su propia insinuación de que ni siquiera un perro le daría el visto bueno a Wil —. Nosotros echamos a ese piel roja de aquí nada más verlo, se marchó ayer por la noche.

—¡Oh! —exclamé. No quería delatarme, pero no pude ocultar mi alarma.

—Nuestros clientes se enfadarían muchísimo si empezáramos a permitir que se hospedaran indios aquí. Eso por no mencionar las enfermedades que propagarían. —Se estremeció como si estuviera hablando de una plaga de ratas—. No, dile a tu padre que pondremos un letrero diciendo que necesita mano de obra, pero te aseguro que no le mandaremos a ese chico. Además, imagino que ya estará muy lejos. Bueno —me dio unas palmaditas en la pierna, dando a entender que ambas estábamos en el mismo bando—, eso esperamos todos, ¿verdad?

Al sentir su contacto, me dieron náuseas. Por suerte, su marido entró en la cocina en el preciso momento en que a mí se me había agotado la paciencia para seguir hablando de Wilson Moon. El señor Dunlap venía cargado de mazorcas de maíz verdes. Millie se levantó para ayudarlo.

—Buenos días, Torie. Me alegro de verte —dijo con la mayor

naturalidad, como si yo pasara por la pensión todos los días.

Millie se adelantó antes de que yo pudiera hablar, sin duda para evitar cualquier referencia a Wil, y dijo:

—El señor Nash busca mano de obra para cosechar los últimos melocotones. Le he dicho a Torie que se lo comentaremos a los hombres. —Me guiñó un ojo.

—Claro, estaremos encantados de ayudar —dijo él mientras retiraba de las mazorcas la primera farfolla y los hilos sedosos y blancos de debajo. Era un hombre alto y fornido, y cada vez que daba un tirón los músculos de sus antebrazos surcados de venas se marcaban todavía más—. Tenemos a varios huéspedes que pronto acabarán con la siega del heno. Seguro que a alguno le interesará seguir trabajando.

Le di las gracias y luego intercambiamos algunas formalidades más sobre la cosecha, mi tobillo y el buen tiempo que hacía ese otoño. Tan pronto como las normas de cortesía lo permitieron, recogí mis muletas, me excusé y salí cojeando de la pensión. Más que mi lesión, me incomodaban el montón de mentiras que había dicho y el desprecio de los Dunlap hacia Wil. Si el chico de veras tenía sangre india, muchas otras personas iban a tratarlo con la misma intolerancia que ellos. Cuando salí al porche, me agobió tanto el abrigo que apoyé las muletas contra la barandilla y me lo desabroché con nerviosismo; me lo quité y lo dejé en el suelo, sudorosa y jadeante.

Para mí, mucho más preocupante que el asunto de la sangre de Wil era el hecho innegable de que se había marchado del pueblo. Puesto que los Dunlap lo habían echado de la pensión y mi familia lo había amenazado y tratado con hostilidad, era lógico que no tuviera ningún interés en quedarse en Iola. No iba a quedarse en un sitio donde nadie lo quería sólo por estar cerca de una chica tan vulgar como yo. Inspiré hondo, recurrí al pragmatismo y a la sensatez de mi madre para cobrar ánimo y me prometí olvidarme de todas aquellas tonterías. Wil se había marchado. Me dije que la vida seguía igual que el día anterior, antes de que yo hubiese visto aquellos ojos oscuros y profundos.

Pero cuando recogí las muletas, monté en mi bici y me dirigí a casa, sabía que mi convicción era fingida. Porque en aquellos ojos no sólo

había visto a una clase de hombre que yo no conocía, sino una parte nueva de mí misma que no quería perder.

6

A la mañana siguiente, me desperté dando vueltas a los acontecimientos de los dos días anteriores. Necesitaba mantenerme ocupada para distraerme, y me convencí de que mi tobillo aún hinchado ya estaba lo bastante bien para volver al trabajo.

Antes de ir cojeando a la cocina a preparar el desayuno, le devolví las muletas a Og. Las dejé apoyadas contra la pared, frente a la puerta cerrada de su habitación, y pensé en él desde una perspectiva nueva: me planteé cómo debía de sentirse con una pierna completamente amputada y la otra sin pie y atrofiada tras la gangrena, y con un cuerpo antaño ágil condenado para siempre a depender de una silla de ruedas. Desde el día en que había regresado de la guerra, el mal genio era, sin duda, la fachada con que Og intentaba disimular su dolor. Viv no había ocultado la decepción que para ella significaba aquel guerrero mutilado, a pesar de las súplicas de mi madre para que dejara de lamentarse y aceptara los designios de Dios. A mí me molestó que, tras la repentina muerte de Viv, Og no estuviera lo suficientemente triste. Pero tal vez para él su ausencia fuese otro vestigio de su vida anterior al que ya prefería no enfrentarse. Si yo me sentía incapaz de aguantar aquellas muletas más de un día, ¿cómo podía soportar el antiguo aventurero la perspectiva de toda una vida sin metas ni sentido?

Dejé las muletas y me arrastré hasta el secreter del salón. Dentro encontré el papel y los sobres de carta de mi madre. Las sencillas hojas de color lavanda estaban en un montoncito ordenado; mientras mi madre vivía, yo tenía prohibido tocarlas, y tampoco las había tocado desde su muerte. Levanté la primera hoja con cautela, como si la mano de mi madre fuese a aparecer para regañarme. Saqué un lápiz todavía perfectamente afilado de una lata plateada y escribí: «Gracias.» Doblé la nota y la dejé junto a la puerta de Og; no esperaba

recibir respuesta, y no la recibí.

En los días posteriores me mantuve muy ocupada con diversas tareas. Llevábamos recogiendo y vendiendo nuestros excelentes melocotones desde julio, pero son las noches frías y los días templados de principios de otoño de la vertiente occidental de Colorado los que endulzan la fruta. Nuestros clientes esperaban con ansia aquella preciada última cosecha. El ritual otoñal de papá consistía en despertarse varias veces por la noche para mirar el termómetro, muy consciente de que nuestro éxito pendía de un hilo. Un descenso repentino de sólo cinco grados podía transformar una cosecha tardía perfecta y rentable en bolas colgantes de papilla sólo aptas para los cerdos y el cubo de la basura. El objetivo era cosechar lo suficientemente despacio para tener producto fresco todo el otoño, pero lo suficientemente rápido para haber recogido toda la fruta antes de la primera helada fuerte. Aquel otoño habíamos tenido suerte, al menos por el momento, y habíamos podido retrasar la última cosecha dos semanas más de lo normal, pero papá no confiaba demasiado en la buena estrella y yo lo veía nervioso. Sospechando que se produciría una bajada de dos grados la mañana en que Seth había montado tanto jaleo con su descapotable, y otra de un grado más la mañana en que le devolví discretamente las muletas a Og, papá dio la orden de recoger toda la fruta cuanto antes. Me doliera o no el tobillo, me alegré de tener que trabajar.

Llevaba toda la vida recolectando melocotones. Para mí era algo tan natural como respirar. No recuerdo a qué edad aprendí a determinar la madurez ideal mediante el olfato y una suave caricia; a levantar ligeramente cada melocotón y retorcer el pedúnculo para no magullar la frágil pulpa; a saber qué fruto rosado estaba listo para el mercado, cuál para el reparto y cuál para comérselo bajo el árbol. A diferencia de lo que ocurre con las manzanas o las peras, un breve lapso de días —tres, quizá cuatro— determina el momento ideal para recoger y consumir los melocotones. Mi familia había forjado la reputación de nuestro melocotonar no sólo por la forma y el sabor perfectos de nuestros frutos, sino por nuestra habilidad, transmitida a lo largo de tres generaciones, para recolectarlos y venderlos en su punto exacto

de maduración.

Con mi cesto colgado del brazo izquierdo y las hojas doradas y lanceoladas haciéndome cosquillas en la cara y los hombros, arrancaba un melocotón tras otro de las ramas con la mano derecha, y de vez en cuando me acercaba los frutos a la nariz para aspirar su dulce aroma. Papá tenía razón, por supuesto. El último lote, sin excepción, estaba a punto para la cosecha.

Preferí quedarme sola recogiendo los frutos en la parcela de árboles más antigua, al fondo del melocotonar. Papá recogía en una parcela más reciente, cerca del granero, y *Trucha* se mantenía a su lado, mientras Seth recogía en las hileras que lindaban con el arroyo. Los hermanos Oakley —Holden, Chet y Ray— vinieron a ayudar a media mañana. Me extrañó mucho que aquellos zánganos hubiesen aparecido voluntariamente, y después me enteré de que su padre había llegado a un acuerdo con papá: sus hijos nos ayudarían a nosotros y, a cambio, papá y Seth los ayudarían a ellos a guiar su ganado dos semanas más tarde. Recoger el rebaño de los valles más altos y bajarlo pasando por Almont y Gunnison hasta su rancho en las afueras de Iola les llevaría dos días. Como conocía bien a los Oakley, papá le dijo al padre que sólo se comprometía a cumplir su parte del trato si no había travesuras ni frutos magullados. Olí el humo de sus cigarrillos Lucky Strike y los oí renegar y burlarse a los dos minutos de unirse a Seth en los árboles del margen oriental de la finca. O estaban fuera del alcance del oído de papá, o él necesitaba tan desesperadamente aquella ayuda que dejó pasar su comportamiento.

Se daba por hecho que yo haría una pausa en la recolección para tener el almuerzo en la mesa a mediodía. Cuando el sol se acercaba al cénit de un cielo de color lapislázuli, recogí mis cestos llenos y los puse junto al camino del huerto, donde papá podría cargarlos con más facilidad en la caja del camión. Pasé cojeando al lado de Seth y los Oakley, ignorando sus comentarios en voz baja y sus risitas, y me dirigí hacia la casa. Al acercarme, vi que papá hablaba con un desconocido en el jardín. Era un chico joven de cara alargada y pecosa, algo más alto que papá pero aparentemente la mitad de ancho; llevaba un pantalón de peto vaquero sucio y un sombrero de

paja de ala ancha. De su bolsillo trasero colgaban unos guantes de trabajo muy gastados. *Trucha* lo saludó moviendo la cola, pero el chico no pareció darse cuenta. Cuando papá me vio llegar, me hizo señas con la mano para que me acercara, y el chico de la cara de caballo me miró.

—Lo envían los Dunlap —dijo papá señalando al joven pero sin hacer presentaciones.

Me dio un vuelco el corazón. Los largos brazos de mis mentiras llegaban a todas partes. Busqué algún pretexto para explicar qué había ido a hacer a la pensión prohibida y por qué me había inventado que papá estaba buscando ayuda, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, él continuó:

—Qué amables, ¿verdad? Nos vendrá bien otro par de brazos. —Asintió mirando al chico, y éste le respondió asintiendo a su vez, con lo que el trato quedaba cerrado. Entonces me dijo a mí—: No podemos ofrecerle mucho dinero, así que dale al chico un buen plato de comida.

Aliviada, sonreí al recién llegado, que no me devolvió la sonrisa, y dije:

—Sí, sí, por supuesto.

Cuando los hombres se apiñaron en la cocina para comer, trajeron consigo su olor: una penetrante mezcla de sudor, tabaco, zumo de melocotón y sol otoñal que desbancó el aroma de las viandas, incluso cuando saqué las galletas del horno y cuando coloqué el pollo asado y las patatas en el centro de aquel círculo voraz. Entonces entró el tío Og, añadiendo el olor a whisky y a tabaco de mascar al acercarse hoscamente al sitio que siempre ocupaba en la mesa.

Mientras los hombres empezaban a comer, yo me afané en los fogones. De espaldas a la mesa, eché los jugos de la carne asada en una sartén y los removí para preparar la salsa de la cena de esa noche. Papá presentó al chico con cara de caballo a los demás comensales como Forrest Davis. Og gruñó, y los jóvenes se saludaron y luego siguieron intercambiando insultos y relatos jocosos. Todos comieron con buen apetito y, para mi satisfacción, nadie se dio cuenta de que yo no me había sentado a la mesa.

Estaba añadiéndole harina a la salsa y removiéndola sin prestarles mucha atención a los hombres cuando Davis, que había permanecido en silencio hasta entonces, de repente carraspeó y dijo con una voz sorprendentemente grave:

—Anoche estuve a punto de tener que dormir con un piel roja en la pensión. ¿Sabíais que corría por aquí?

Me quedé paralizada, se me puso la espalda rígida y apreté con fuerza las varillas. Sin querer, aguanté la respiración mientras escuchaba.

—Apuesto a que es ese hijo de puta con el que te cruzaste tú, Seth —dijo uno de los Oakley con la boca llena. Supuse que era Holden por su tono maligno.

—Me han dicho que lo echaron de Dunlap's —respondió Seth.

Me pregunté cómo lo sabía, a quién se lo habría preguntado y por qué.

—Así es —dijo Davis—, pero antes de irse contaminó el lavadero. El muy cerdo se coló. —Masticó y tragó—. Dunlap lo pilló robando ropa del tendedero. Por lo visto, huyó con un montón.

Como yo había dejado de batir, la salsa se cortó y empezó a hervir, saliéndose de la sartén. Unas salpicaduras marrones me quemaron el pulgar. Retrocedí de un salto, volcando la sartén con estrépito y derramando la salsa quemada por la encimera.

Los hombres que estaban detrás de mí se callaron y seguramente me miraron, pero yo me había puesto tan colorada al oír mencionar a Wilson Moon que no me atreví a darme la vuelta.

—Lo siento —dije al tiempo que cogía un trapo del fregadero—. Qué torpe soy —añadí con una risita falsa mientras limpiaba el estropicio.

La conversación se reanudó. Perdí la noción de quién decía qué, pero uno había oído que el chico se había fugado de la cárcel en el sur, cerca de una de las reservas; a otro le habían contado que se había fugado de un internado para indios, y otro dijo que era un ladrón, un vagabundo que iba robando de pueblo en pueblo. Se burlaron de sus pinturas de guerra y sus mocasines; lo llamaron «hereje», «salvaje», «rata de las praderas»...

—Supongo que se habrá marchado hace ya mucho —dijo Davis.

—Más le vale —refunfuñó el tío Og.

—Maldita sea —terció Seth—. Si vuelvo a ver a ese indio de mierda, lo mato.

—Ya basta —intervino papá por primera vez. Le oí poner los cubiertos en el plato y apartar la silla de la mesa—. Vamos a recoger esa fruta, chicos.

Los hombres salieron en tropel de la cocina, llevándose consigo sus comentarios crueles y su olor penetrante. Dejaron esparcidos por la mesa platos, migas y una carcasa de pollo tan limpia como si la hubieran devorado unos buitres. Me temblaban las manos al retirar y restregar los platos. Todavía no había asimilado la posibilidad de que Wil fuera indio ni lo que eso significaba para mí, y no podía creer que fuese un fugitivo o un ladrón. Las crueles habladurías sobre él me parecían inconcebibles, pero ¿qué sabía yo en realidad de aquel chico, aparte de que tenía encanto y misterio y fuerza suficiente para levantarme del suelo y llevarme en brazos como si yo no pesara nada?

Llené el fregadero apoyándome en un solo pie para dejar descansar el tobillo lesionado y, abstraída, lavé los platos mientras recordaba lo que había sentido en brazos de Wil y al mirar sus ojos amables y penetrantes. Recordé su historia sobre el tren de carbón en el que había viajado y cavilé sobre la verdad y la mentira. Supuse que los hombres tenían razón y que Wil se había marchado de Iola. Y sin embargo...

Sequé y guardé los platos, y luego me dirigí a mi sección del melocotonar para seguir recolectando. Por encima de nuestra finca, la tierra árida era un mosaico de artemisa verde pálido, rojos robles de Gambel y desmadejados pinos piñoneros. Grupos dispersos de amarillos álamos temblones se estremecían como pequeñas celebraciones en medio de la solemnidad de la ladera. Unos cuantos pinos ponderosa se alzaban por encima del resto y extendían sus anchas y oscuras copas. El sol caía a plomo sobre todo aquello como si no supiera que el verano había terminado. De pie y a la sombra del melocotonar, donde mi corazón estaba más tranquilo y mis sentidos aguzados, la intuición me dijo que, para bien o para mal, Wil no

estaba lejos. Ignoro cómo lo supe, pero sentí que me observaba mientras alcanzaba, olfateaba y retorcía cada suave y maduro melocotón de la rama. Más tarde, me contó que el sol vespertino se reflejaba en las hojas doradas y hacía resplandecer mi piel; que había visto cómo mordía un grueso melocotón y cómo el jugo me chorreaba por el antebrazo y el codo desnudo; que me brillaba la boca, como invitándolo a apretar sus labios contra los míos. Dijo que fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que se estaba enamorando de mí, y de que ese amor se volvía más profundo con cada ansioso mordisco que yo daba y con cada mirada que, sin saberlo, lanzaba hacia él entre los árboles desgreñados.

Mis esperanzas de que trabajando duro lograría ahuyentar a Wil de mi mente resultaron del todo infundadas. De hecho, sucedió lo contrario: durante la larga y tranquila tarde en el huerto, no me lo pude sacar de la cabeza. Mientras me hallaba absorta en mis pensamientos, el día pronto llegó a su fin. Estaba llenando el último cesto antes de ir a la cocina a preparar la cena cuando oí un susurro a mi izquierda. Me sobresalté y volqué el cesto, y varios melocotones rodaron por la hierba. El susurro se hizo más intenso: era el ruido de las ramas empujadas por alguien que atravesaba el melocotonar, pero no por los pasillos de hierba entre las hileras de árboles, sino atravesándolas. La lógica me decía que debía de ser un ciervo que se acercaba, pero mi corazón suplicaba que fuera Wil. Me lo imaginé emergiendo del follaje, primero un hombro y luego otro hasta plantarse en silencio ante mí, con su sonrisa cómplice iluminándole el rostro y una palma extendida como si pidiera un melocotón, pero deseando, en realidad, que yo le diera la mano.

De repente Forrest Davis salió de la hilera de al lado, a menos de seis metros de mí. Su paso era decidido, incluso agresivo; parecía muy concentrado en su destino, aunque, de haber sido ése el caso, habría tomado alguno de los muchos caminos que conducían a la carretera de la finca en lugar de atravesar una hilera tras otra de árboles. Se detuvo para observar la hilera que estaba enfrente de la mía. Llevaba puestos los guantes de trabajo, pero no cargaba con ningún cesto. Normalmente papá no permitía el uso de guantes para la recolección,

ya que consideraba que el tacto era tan importante para la cosecha como la vista y el olfato. Me pregunté si papá no se habría tomado la molestia de especificarlo o si aquel nuevo peón no habría entendido las normas. El gran sombrero de paja de Davis colgaba de un cordón alrededor de su cuello y le cubría la parte superior de la delgada espalda. Sus movimientos eran rápidos y nerviosos. Cuando giró hacia mí para echar un vistazo a mi hilera, su frente descubierta me pareció inmensa: ancha y abultada, acentuaba las mejillas pecosas, los pómulos marcados y el mentón afilado. Todas aquellas facciones destacaban su parecido con un caballo. Me quedé inmóvil, esperando tontamente pasar desapercibida, pero Davis me vio y se sobresaltó. Nuestros ojos se encontraron durante un breve instante. Miró más allá de mí, como si yo fuese un simple conejo. Movió el largo cuello de un lado a otro, buscando; luego se dio la vuelta bruscamente y, extendiendo las larguiruchas extremidades hacia el enmarañado espacio entre dos árboles, desapareció de nuevo. Siguió adelante —pausa y susurro, pausa y susurro—, hasta que se alejó y dejé de oírlo.

Davis buscaba a Wil, estaba segura. Me estremecí, tanto por la fresca brisa de la tarde como por la breve pero intensa mirada que me había dirigido aquel desconocido.

Resultó que Davis no era el único que perseguía a Wil. A primera hora de la mañana siguiente, mientras ayudaba a papá y a Seth a hacer el reparto en el pueblo, encontré dos avisos en la entrada de la tienda de Chapman. No se mencionaban ni el nombre ni los detalles del delito, pero era evidente que los dos carteles idénticos, escritos a mano y pegados a ambos lados de la entrada, se referían a Wil: SE BUSCA LADRÓN, PIEL MORENA, PELO NEGRO, PELIGROSO. RECOMPENSA DE 20 DÓLARES. MÁS INFORMACIÓN: MARTINDELL.

Ezra Martindell era lo más parecido a un agente de la ley que teníamos en Iola. Casi setenta años atrás, su abuelo había construido una de las primeras casas ostentosas de Main Street, y toda la familia Martindell se dedicaba a plantarse en su amplio porche delantero y vigilar el ir y venir de los habitantes del pueblo. Sin más cualificación que ésa, al padre de Ezra, Albert, lo nombraron ayudante del sheriff de Gunnison County. Tras la muerte de Albert, Ezra heredó la placa y la actitud fanfarrona de su padre. En 1942, cuando se instaló el

servicio telefónico en Iola, el principal deber de Ezra consistía en llamar al sheriff Lyle de Gunnison en caso de que se produjera una emergencia y mantener el orden mientras los verdaderos agentes cubrían el trayecto de treinta minutos. Me enfurecía que gente como Ezra Martindell pudiera ofrecer una recompensa por Wil basándose únicamente en mentiras y engaños, y tal vez en la falta de unas cuantas prendas de ropa que bien podrían haber volado de la cuerda del tendedero.

Lo que más me preocupó fue el silbido que soltó Seth al ver los carteles: fue como si le propusieran un reto que él estaba deseando superar. Peor aún fue la cara de satisfacción con que me miró cuando puso un dedo mugriento sobre el cartel y dio unos golpecitos en la palabra «Recompensa».

—Estos veinte pavos llevan escrito mi nombre —se regodeó.

7

Esa mañana papá no había mencionado en ningún momento mi cojera, pero, cuando regresamos al camión después de entregarle el pedido a Chapman —mientras, en el asiento trasero, yo rabiaba por dentro con la vista clavada en la nuca de mi hermano—, dijo que quería que me quedara atendiendo el puesto de la carretera hasta la hora de comer.

—Si hoy vuelve Davis, ya habrá suficientes manos —comentó—. Y Cora estará muy ocupada.

Cora Mitchell era la hija solterona de nuestros vecinos. Vivía en una cabaña muy rústica pero muy pulcra en las tierras de sus padres, trabajaba en nuestro puesto la mayoría de los días de finales de verano y de otoño y, a cambio, mi padre ayudaba al suyo en su rancho casi todos los lunes y los miércoles. Nuestras familias llevaban haciendo aquel intercambio desde mucho antes de nacer yo. Cora era una artista hablando del tiempo y de los melocotones; cotilleaba con los lugareños, sabía hacer que los forasteros se sintieran como en casa y siempre se las ingeniaba para que un cliente que había ido a comprar seis melocotones se marchara con una docena —y con una caja si había ido a comprar doce—. Muchas veces ya lo había vendido todo a primera hora de la tarde, así que la única razón para enviarme al puesto con ella era la lesión que yo estaba decidida a ignorar. Aun así, lo furiosa que estaba con Seth y mis sospechas sobre Forrest Davis hicieron que me alegrara de no tener que verlos a ninguno de los dos.

—Como quieras —le dije a papá.

Nos detuvimos junto al puesto de fruta, hecho con listones de madera vieja pintados de blanco, y encontramos a Cora esperando puntualmente. Como éramos los únicos productores de melocotones de la región, teníamos el único puesto de fruta permanente de la carretera 50, situado justo al otro lado del puente de acceso a Iola

viniendo por la 149, que terminaba en esa intersección. Otros granjeros de la zona montaban a veces mesas allí y vendían sus productos agrícolas, sobre todo hortalizas y tubérculos, pero nuestro puesto tenía un tejadillo de zinc y suelo de madera, y contaba con licencia del gobierno. Según la leyenda, mi abuelo había enmarcado esa licencia el día que fue a recogerla a Gunnison y, en lugar de guardarla en el puesto de fruta como le habían dicho que debía hacer, la colgó en una pared del salón de la casa como si fuera una obra de arte.

Papá y Seth bajaron los cestos de la caja del camión; cada vez que respiraban, lanzaban una nube de vaho que se disolvía en la fría atmósfera matutina. Cora nos saludó con su sonrisa con hoyuelos y de inmediato se puso a colocar la fruta recién llegada en el expositor inclinado del mostrador, diseñando deprisa pero con arte unas filas impecables, girando los frutos para poner su lado más rosado hacia arriba y devolviendo al cesto cualquier melocotón que tuviese la más mínima magulladura. Cora Mitchell era una mujer alta y corpulenta, quizá la más robusta que yo había visto jamás, y, aunque la conocía de toda la vida, a veces aún me sorprendía su estatura. Llevaba una inmensa blusa blanca que caía como una tienda de campaña sobre sus grandes pechos y su barriga, y el elástico de los volantes de las mangas se le clavaba en las blandas carnes del brazo. Pese a que hacía frío, unos hilillos de sudor resbalaban junto a los bordes de los prietos rizos morenos de Cora mientras trabajaba. Me coloqué a su lado y empecé a distribuir la fruta, hasta que papá y Seth terminaron de descargar el camión y se marcharon.

La mañana arrancó despacio y, durante la primera hora, sólo se acercaron al puesto unos pocos vecinos, los más madrugadores. Cora y yo intercambiamos comentarios corteses sobre el tiempo, nuestras respectivas familias y las granjas. Ella se sentó en el taburete ancho y gastado que su padre había construido para el puesto hacía ya mucho y, aunque me dolía el tobillo y había otro taburete vacío, yo me dediqué a ir de un lado a otro. Cuando no estábamos atendiendo a ningún cliente, Cora se entretenía tejiendo una bufanda verde, mientras yo repasaba mentalmente, una y otra vez, el letrero de

Martindell. Me moría de ganas de contarle a Cora todo lo que sabía sobre el presunto ladrón, pero mi experiencia con Millie Dunlap me aconsejó no despegar los labios.

A las nueve de la mañana había varios coches parados en el arcén y el puesto empezaba a estar abarrotado. Cora no paraba de charlar y de halagar a los clientes mientras los atendía; parecía la anfitriona de una fiesta. Se reía cuando nos daban las gracias por tener el puesto abierto pese a estar tan avanzada la temporada, y les decía que le dieran las gracias a Dios todopoderoso por habernos enviado aquel otoño tan templado. Yo confiaba en que su simpatía serviría para compensar mi evidente falta de atención. Intentaba entablar conversaciones cordiales, empaquetar correctamente los pedidos y devolver bien el cambio, pero en más de una ocasión Cora me interrogó con la mirada y comentó en tono jocoso que el dolor del tobillo me estaba afectando al cerebro.

Yo no lograba reconciliar la impresión que tenía de Wil con la otra versión que estaba extendiéndose por el pueblo, según la cual era una amenaza, un salvaje, un ladrón. Me preguntaba cómo podría descubrir la verdad sobre él, conocerlo sin las distorsiones provocadas por los rumores, por el desprecio derivado de los prejuicios o por mi propio anhelo. Ruby-Alice Akers era la única marginada que yo había conocido en mi vida. Me habían enseñado que era una loca, una persona asilvestrada y peligrosa que no merecía ni respeto ni consideración, más o menos lo mismo que Wil a ojos de Seth, Millie Dunlap, Martindell y algunos otros. Entonces me acordé de que, dos días atrás, me había encontrado a Ruby-Alice plantada en medio de la carretera y con la bicicleta tirada en la cuneta. ¿Por qué no le había ofrecido ayuda?

Aprovechando un momento de calma, le pregunté a Cora si había visto a Ruby-Alice últimamente.

—Pues mira, más de lo normal —me contestó. Los tablones del suelo crujieron bajo su peso cuando fue de la caja donde guardábamos el dinero a su taburete. Se sentó y exhaló varias veces con los labios fruncidos, como si estuviera apagando unas velas invisibles—. Se ha pasado toda la semana en nuestra carretera, limitándose a permanecer

allí plantada como si esperase a alguien. Estoy segura de que vosotros también la habréis visto más de una vez, porque se ponía justo en el cruce de vuestro camino. —Cora cercenaba las palabras al hablar, como si para ella supusiera demasiado esfuerzo pronunciarlas enteras.

—¿Crees que tiene algún problema? —le pregunté sin pensar en lo que estaba diciendo.

—Bueno... —Cora se echó a reír, como dando a entender: «La lista es un poco larga, ¿por dónde quieres que empiece?»

Lo intenté otra vez.

—Lo digo porque yo también la vi en la carretera. Y me extrañó, incluso tratándose de ella. ¿Crees que se encuentra mal o que le pasa algo?

—Lo siento, no se me ocurrió preguntárselo. Podría ser. Ayer, cuando mi madre y yo íbamos en coche al pueblo, se plantó en el mismísimo centro de la calzada y se quedó mirándonos fijamente y mirando alrededor. Esquivarla no fue nada fácil.

Que Cora y su madre hubiesen reaccionado con la misma indiferencia a la actitud de la anciana me reconfortó, pero al mismo tiempo me preocupó.

—Pero ¿por qué todos le tienen tanto miedo? —pregunté—. Seth está convencido de que es el diablo.

Cora volvió a reír y me contestó:

—Yo creo que la gente no le tiene miedo, sino que desconfía de ella porque es rara. Se les ha olvidado que antes no era tan estrafalaria.

—Ah, ¿no?

—No. —Cora negó con la cabeza—. Según tengo entendido, se volvió así después de una gripe que hubo por aquí. Tal vez fue por las fiebres. O quizá por la pena.

—¿Perdió a algún familiar?

La mujer asintió y arqueó sus oscuras cejas.

—A todos.

—¿Cuántos? —pregunté sorprendida.

Cora se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Por entonces yo todavía dormía en la cuna. Lo sé porque he oído algunas historias, pero lo cierto es que yo he

conocido a la misma Ruby-Alice que tú. Se pasa el día paseándose por ahí en esa bicicleta vieja y mirando fijamente a la gente con esos ojos de loca. Y sin decir ni pío. Y recogiendo todos los bichos callejeros que encuentra para que le hagan compañía. Que Dios nos asista.

—*QueDiosayudeaRubyAliceAkers* —repliqué distraída mientras cavilaba sobre las palabras de Cora.

Cora asintió y cogió su labor. Y yo añadí para mí: «Amén.»

Cuando era pequeña, Cal se tumbaba conmigo boca abajo en la orilla del pequeño estanque del melocotonar. Él metía una mano en el agua, apartaba las hojas que flotaban y revelaba el mundo que se ocultaba debajo. Nos pasábamos horas allí, uno al lado del otro, y observábamos pacientemente hasta que veíamos pasar algo nadando o burbujeando; cada pececillo, gusano o chinche de agua que descubríamos era un pequeño milagro. Mi conversación con Cora fue algo parecido: me permitió apartar los residuos que me impedían ver lo que había bajo la superficie. Ruby-Alice estaba sola y desconsolada, y no loca y poseída, del mismo modo que Wil era simplemente un vagabundo y un forastero de tez oscura en un pueblo donde no se veía a muchos como él. De pronto entendí lo que no había podido comprender hasta entonces: la anciana había ido día tras día a la carretera a esperarme. La mañana que aceleré para alejarme de ella, Ruby-Alice había estirado los brazos no para empujarme, sino para alertarme. Wil se había quedado en Iola, escondido en casa de Ruby-Alice. La anciana le había ofrecido refugio. Estaba segura.

—¿Te importa que te deje sola un rato? —le pregunté a Cora. Traté de adoptar un tono desenfadado, aunque el corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Claro, cielo, no pasa nada —me contestó—. Ya sé que tienes que preparar la comida para los hombres.

Preparar la comida era lo que menos me importaba, pero Cora tenía razón. Salí del puesto, miré el cielo despejado y calculé que disponía de poco más de una hora para poner la comida en la mesa. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr. No sabía qué pasaría cuando encontrara a Wil, pero el reto de resolver el enigma de su paradero me envalentonó. Eché a andar a buen paso y con decisión,

sin apenas cojear, pues estaba convencida de que mi teoría era correcta. Imaginé varias versiones de nuestro reencuentro y en todas ellas yo acababa en los brazos de Wil.

Una chica de diecisiete años puede ser muy ingenua, sobre todo si no sabe nada del extraordinario poder del amor hasta que éste la sorprende como una riada. Pero yo intuía que Wil estaba cerca, estaba segura de que lo encontraría esperándome en la parcela donde Ruby-Alice tenía sus extraños animales, y en eso acerté de lleno. Sólo tenía que atravesar el oscuro pinar, retirar el pestillo de una cancela hasta entonces prohibida y cruzar un jardín lleno de gallinas, pollos y perritos que deambulaban a sus anchas. Sólo tenía que llamar por primera vez a una puerta de color rosa.

Golpeé la madera con los nudillos, pero lo hice demasiado flojo y nadie contestó. Como no me abrían, volví a llamar, esta vez con más ímpetu. Entonces di un paso hacia atrás, inspiré hondo y esperé. En el último momento se me ocurrió apartarme el pelo de la cara y arreglarme el vestido, enderezar los hombros y levantar la barbilla. Mi aspecto físico, que nunca había sido una prioridad para mí, de pronto adquiría una gran importancia, pero ya era tarde para hacer gran cosa por él, pues el picaporte había empezado a girar.

La puerta emitió un gemido metálico al abrirse, y allí estaba Wilson Moon, sonriente, radiante, envuelto en un aura de paciencia y serenidad, como si estuviera esperándome. De repente se me ocurrió pensar, como si despertara de un sueño, que había pasado mucho más tiempo con aquel chico en mi imaginación que en la vida real. No éramos más que dos desconocidos y, sin embargo, yo me había convencido de que él quería verme. Ahora que lo tenía delante, me sonrojé, sin saber qué hacer a continuación ni qué decir.

Por suerte, él me ofreció una cálida mano, y yo se la cogí. Me guió al interior de la casa y lo seguí.

Los hombres entraron en fila en la cocina; volvían a traer su olor, su apetito y su incesante intercambio de insultos. En cuanto se sentaron a la mesa, les serví una bandeja de sándwiches de jamón y un cuenco

rebosante de ensalada de col; luego volví con una jarra de té con azúcar. Estaba acalorada y agitada después de haber corrido, y mantuve la cabeza gacha.

—¿Estás enferma?

Fue Seth quien se fijó en mis mejillas coloradas y en el sudor de mi frente. Se quedó mirándome con gesto acusador, como si yo no tuviese derecho a enfermar o, peor aún, como si estuviese fingiendo. Davis levantó su cara caballuna, me observó unos segundos y volvió a inclinarse sobre su plato.

—Estaba en el puesto y he tenido que venir a toda prisa —contesté. Me volví hacia la encimera de la cocina y me puse a cortar tomates.

—¿Muchos clientes? —me preguntó papá mientras se llenaba un vaso alto de té.

—Muchísimos —contesté.

—¿Algún piel roja? —dijo Seth con guasa.

Los hermanos Oakley y él rieron a carcajadas.

Justo entonces llegó el tío Og con su silla de ruedas, ocupó su lugar en la mesa y gruñó:

—¿Qué es eso que os hace tanta gracia?

—Nada que a ti te importe, lisiado —le espetó Seth.

—Basta —dijo papá, y los hombres se pusieron a comer.

«Sólo un indio», me habría gustado contestarle a Seth para regodearme. «Sólo mi indio», pensé, a pesar de que todavía no estaba completamente segura de lo que eso significaba ni de si podía aplicarle esa etiqueta a Wil. Lo que sí sabía era que había encontrado al hombre al que estaban buscando Seth y sus amigotes, y que yo sabía mucho más que ellos sobre él.

Sabía que Wil dormía en una cabaña de cazadores abandonada que había encontrado en las montañas del parque natural Big Blue; que bajaba al pueblo a escondidas y le hacía pequeños trabajos a Ruby-Alice a cambio de comida y mantas, y que me había estado buscando e incluso espiándome mientras yo trabajaba en el melocotonar, convencido de que volveríamos a encontrarnos. Sabía que las acusaciones de robo contra él eran falsas, dado que llevaba puesto el mismo pantalón de peto y la misma camiseta, ahora limpios, que el

día que nos conocimos; sólo faltaba la gorra roja. Hasta había conocido la tibieza de la palma de su mano contra mi mejilla, el tacto liso de su piel y, muy brevemente, el sabor dulce y salado de sus suaves labios, que me dejó con ganas de algo más. Sabía con absoluta certeza que Wil estaría esperándome junto al encorvado chopo del final de la carretera en cuanto los hombres hubieran terminado de comer y pudiera librarme de ellos. Mi secreto me hacía cosquillas en el estómago, como si me hubiese tragado una pluma retorcida. Retiré los platos de los hombres antes de que hubiesen terminado de masticar el último bocado y sonreí con alegría contenida mientras me disponía a lavarlos en el fregadero.

Cuando papá se levantó para salir, le dije que iría al puesto para ayudar a Cora a cerrar.

—Muy bien. —Apenas me miró, completamente ajeno a la relevancia de mis palabras, la primera mentira que le decía a mi padre. Era un precio que estaba dispuesta a pagar a cambio de volver a abrazar a Wilson Moon.

8

Wilson Moon se convirtió en mi amante. Todo empezó con aquel beso fugaz en los labios la mañana en que lo encontré en casa de Ruby-Alice Akers y con los largos abrazos que nos dimos cuando volvimos a vernos aquel mismo día por la tarde, como habíamos planeado, junto al chopo que crecía casi paralelo al suelo al final de nuestra carretera. Cada vez me costaba menos mentirle a papá, y casi todas las tardes me las ingeniaba para escabullirme de la granja e ir a reunirme con Wil después de recolectar lo que me tocaba. A veces quedábamos bajo el chopo, o junto a Willow Creek, o en las orillas cubiertas de juncos del Gunnison; otras, junto al solitario abeto azul de la colina, o en casa de Ruby-Alice, rodeados de animales. Wil nunca se escondía mientras me esperaba, como si su única preocupación en el mundo fuese recibirme y envolverme con sus gruesos y firmes brazos. Su olor almizclado me tranquilizaba cuando hundía la cara en su pecho y me quedaba inmóvil. Él se apartaba un poco, lo justo para mirarme extasiado, como si yo fuese una aparición o un rumor que de pronto se había materializado.

Algunas tardes me veía y se metía corriendo en el bosque o entre la alta hierba, ágil y ligero, y yo lo seguía. Nos tirábamos al suelo y nos besábamos y reíamos sin ningún motivo concreto. Nos quedábamos tumbados boca arriba y observábamos las transformaciones de las nubes o los círculos que trazaban los halcones. En una ocasión vimos un águila de cabeza blanca que cruzaba el cielo a toda velocidad con una trucha en las garras. Wil la señaló y dijo que era un presagio. Mi timidez me impidió preguntarle si bueno o malo, pero él me abrazó y me besó en la frente, y me hizo sentir que habíamos sido bendecidos. Como ninguno de los dos éramos muy parlanchines, en aquellas citas vespertinas hablábamos poco. Nos sentíamos a gusto callados; el silencio era como un espacio excavado para nuestro sereno deleite.

Una vez comenté que había perdido a muchos miembros de mi familia y Wil dijo que él también. Más tarde lamenté no haberle hecho más preguntas, pero entonces el leve susurro de la brisa entre la hierba seca y el hombro de Wil apretado contra el mío parecían la respuesta más amable. Wil se comía mis melocotones saboreándolos con entusiasmo y soltando gemidos de aprobación; después me cogía la mano y me la apretaba tan fuerte que los restos de jugo del fruto casi sellaban nuestras palmas. Él escapaba a las categorías y a las convenciones y, a veces, incluso a la lógica, como cuando me frotó el tobillo lesionado de tal modo que los restos de fluido se drenaron y desaparecieron junto con los últimos restos de dolor.

Cuando ahora lo pienso, me asombro de cómo nuestra inocencia fue evaporándose poco a poco con cada encuentro secreto y con cada caricia hasta que, sólo dos semanas después de que Wil abriese por primera vez aquella puerta de color rosa claro y me recibiera, nuestra pasión nos llevó más allá de todo buen juicio y hasta su cama, tras caminar dos horas por el parque natural Big Blue hasta su recóndita cabaña.

Esa misma mañana, después del desayuno, papá y Seth se pusieron sus gruesas chaquetas de lona y sus gastados sombreros de vaquero y cargaron en el camión las sillas de montar, las largas cuerdas enrolladas en forma de ochos y las dos mochilas de lona donde yo había metido las cantimploras, la cecina, las latas de judías y los tarros de conserva con huevos duros. Pasarían dos días fuera recogiendo el ganado de los Oakley de los pastos de montaña del norte y guiándolo valle abajo hasta los pastos de invierno.

En cuanto el viejo camión se alejó renqueando por el camino, los nervios empezaron a arder en mi vientre. Lavé los platos del desayuno y me ocupé de los animales, pero sólo pensaba en Wil. Nunca me había bañado un miércoles, pero ese día llené la bañera y me di un largo baño, imaginando las caricias de Wil mientras deslizaba el jabón por mi piel. Mis entrañas se abrieron, se estremecieron y se calentaron hasta tal punto que salí del agua ruborizada y jadeante. Tras dejar que el sol otoñal me secara el pelo, le serví la comida al tío Og y le mentí diciéndole que tenía que quedarme a dormir con Cora Mitchell porque

estaba muy enferma. Su única preocupación fue saber si había suficientes sándwiches de jamón y suficiente té con azúcar en la nevera, así que me apresuré a preparar gran cantidad de ambas cosas antes de escabullirme por la puerta de atrás. Cuando por fin me reuní con Wil, que me esperaba al fondo del melocotonar que ya habíamos recolectado, me habría arrojado directamente a sus brazos. Lo seguí por las orillas de Willow Creek y por el largo y empinado sendero que se alejaba de Iola. El paisaje se transformó, y la artemisa, las rocas y los pinos dieron paso a prados de hierba salpicados de álamos temblones de hojas amarillas a medida que el sendero se alejaba y la atmósfera se enfriaba. Cuando por fin apareció la vieja cabaña bajo la luz tenue del atardecer, apenas me fijé en el arroyo que fluía por detrás ni en el prado débilmente iluminado. El corazón me latía con fuerza, tanto por el deseo como por la larga caminata, y lo único que quería era llegar a la cama de Wil. Él apartó la piel de ciervo que cubría la entrada, se dio la vuelta hacia mí y me interrogó en silencio con la mirada. Yo asentí con la cabeza —«Sí, estoy preparada; sí, estoy segura»—, y él sonrió y me guió al interior.

Al seguir a Wil, entrar en la cabaña y dejar que me quitara la ropa —las capas fueron cayendo una tras otra al suelo de tierra hasta que me quedé desnuda ante él, y Wil se desnudó también— fui libre por primera vez en la vida. Nos quedamos un momento frente a frente, ambos asombrados de la desnudez del otro. Entonces Wil me levantó suavemente la barbilla con la palma de la mano y acercó mis labios a los suyos. Nos deslizamos hasta la cama, tan absortos el uno en el otro que sentí toda la existencia condensada en aquel momento y en aquel lugar, en nuestra piel, en nuestro tacto y en nuestros movimientos.

Hacer el amor con Wil fue como llegar a un sitio hacia el que llevaba mucho tiempo arrastrándome. En sus brazos me convertí en todo lo que nunca se me había ocurrido ser antes de conocernos. Era hermosa y deseable y hasta un poco atrevida. Iba a pasar la noche fuera de la granja; era una mujer que tomaba decisiones y asumía riesgos, y no una niña tímida y obediente.

Después permanecí tumbada con la mejilla sobre su cálido hombro mientras él dormía abrazado a mí con absoluta naturalidad, como si

descansáramos en nuestro tálamo nupcial. Ningún hombre me había abrazado con los brazos desnudos; jamás había imaginado siquiera que dormiría con la cara apoyada en el torso desnudo de un varón. Lo tenía pegado a mi cuerpo, notaba su aliento y el constante latir de su corazón y aspiraba el olor ligeramente dulzón de su sudor, pero aun así no lograba explicarme qué hacía allí. La plateada luz de luna que entraba por la ventanita de la cabaña iluminaba la piel lisa de su rostro, su cuello musculoso, un brazo robusto apoyado sobre las mantas de color rosa que le había dado Ruby-Alice. Examiné su ancha mano en busca de pistas sobre su historia: el brazalete tejido, rojo y negro, que nunca se quitaba de la muñeca; las cicatrices blancas que surcaban sus nudillos; los gruesos callos propios de un hombre mucho mayor... Me maravilló el extraordinario poder de aquellas manos, cuyas caricias no sólo me habían curado el tobillo, sino también algo mucho más profundo que yo ni siquiera sabía que estaba enfermo.

Saqué con cuidado mi propia mano de debajo de las cálidas mantas y la apoyé sobre la suya, y recordé la cosa más insólita que había visto hacer a aquellas firmes manos apenas una semana atrás: salvar a un cachorro de las garras de la muerte. Habíamos ido a casa de Ruby-Alice y yo estaba admirando sus estantes llenos de chucherías y su sorprendente debilidad por el color rosa. Ni siquiera cuando, de niña, rezaba por su alma me había planteado que Ruby-Alice pudiese dormir, comer y vivir en un hogar pequeño y acogedor decorado con estatuillas de ángeles, perros y muñecos de nieve. Y de repente Ruby-Alice irrumpió por la puerta principal.

No dijo nada, como de costumbre, pero clavó su ojo saltón en Wil y vimos que estaba muy alterada. Sostenía entre sus pálidas manos a un cachorro de pelaje marrón y blanco recubierto de una mucosa brillante y viscosa. Parecía obvio que había nacido muerto: la cabeza del cachorro colgaba inerte hacia un lado, y sus patitas con manchas blancas estaban inmóviles y flácidas. Sin decir palabra, Wil estiró los brazos y Ruby-Alice le puso el cachorro en las manos con ternura. Wil se lo acercó al vientre y empezó a frotarlo de arriba abajo, con energía y a la vez con suavidad. Luego se llevó el cuerpecito sin vida a los labios y le sopló débilmente en el hocico; volvió a bajarlo y frotó,

sopló y volvió a frotar. Ruby-Alice parecía completamente ajena a mi presencia, a pesar de que estábamos a escasos centímetros la una de la otra, ambas fascinadas. Entonces Wil le dio la vuelta al cachorro y lo colocó boca arriba, dejando a la vista una barriga moteada y sin pelo que recordaba a la de un sapo, y empezó a frotarle el diminuto pecho, esta vez con sólo dos dedos. Volvió a llevarse el cuerpecito a los labios y, en voz baja, pronunció unas palabras extrañas que no entendí. A continuación siguió frotándole el pecho, se lo acercó al corazón, cerró los ojos y exhaló.

El primer estremecimiento con el que el cachorro volvió a la vida fue demasiado débil y sorprendente como para parecer real. Creí que me lo había imaginado, pero entonces el animal volvió a moverse, esta vez sin ninguna duda, y luego otra vez, y otra, y de pronto estaba retorciéndose en las manos de Wil como si hubiese nacido de sus palmas.

Aún no había abierto los ojos, pero estiró el cuello y acarició la mano de Wil con el hocico en busca de un pezón. Wil sonrió, besó al cachorro en el morro y se lo devolvió a Ruby-Alice. Ella aplaudió y sonrió de oreja a oreja, mostrando unos dientes torcidos y de color ocre que destacaban contra la palidez de su cutis. Acurrucó al cachorro entre sus flácidos pechos y salió de la habitación tan deprisa como había aparecido, dejando que la puerta se cerrara detrás de ella.

Me quedé boquiabierta. «¿Cómo lo has...?», empecé a decir, pero no pude terminar la frase porque Wil pegó sus labios contra los míos y, abrazados, resbalamos hasta el suelo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para separarme de aquellas manos y correr de vuelta a casa a tiempo para preparar la cena.

Una semana más tarde, desnuda sobre el torso también desnudo de Wil en la cabaña iluminada por la luz de la luna, yo ardía de deseo ahora que aquellas manos ya habían explorado todo mi cuerpo. Alcé la cabeza y observé el contorno de sus labios. Sin saber si debía despertarlo, besé con suavidad la tierna piel de debajo de su clavícula. No pude evitarlo y lo besé otra vez. Al tercer beso, Wil se movió. Al cuarto, se inclinó hacia mí y unimos nuestras bocas. Nuestros cuerpos danzaban juntos en exquisita armonía y sabían con total precisión

cómo moverse y dónde tocar, a pesar de que el amor físico era nuevo para ambos. Hicimos el amor de nuevo, esta vez despacio y acompasadamente, como si la primera sólo hubiese sido un ensayo.

Aunque yo no tuviese forma de saberlo, mientras nos abrazábamos bajo la luz de la luna otoñal, exhaustos, nuestro hijo empezaba a crecer en mi vientre.

9

Llegué a casa al día siguiente por la tarde —agotada por haber dormido poco y por la larga caminata de ida y vuelta a la cabaña de la montaña—, sólo unos minutos antes de que papá y Seth regresaran de recoger el ganado de los Oakley. Wil me había acompañado, había entrado conmigo por la verja trasera del fondo del melocotonar, se había despedido de mí con un beso y había desaparecido entre los árboles. Crucé el patio como en un sueño, con la sensación de que mis pies apenas tocaban el suelo, hasta que, de repente, el ruido del camión de papá subiendo por el camino me devolvió de golpe a la realidad, como el restallido de un látigo. Entré a toda prisa por la puerta de la cocina, me quité la chaqueta y las botas llenas de barro, me recogí el pelo alborotado en una coleta y me apresuré a poner un cazo de agua a hervir en el hornillo, aunque ni siquiera sabía qué iba a meterle dentro. Por suerte, papá y Seth se tomaron su tiempo para descargar las cosas del camión y ocuparse de lo que había quedado desatendido en el establo. Yo sabía que me llevaría una reprimenda por no haber recogido los huevos ni haber dado de comer a los animales aquella mañana. Recordé los detalles de la mentira que le había contado al tío Og, y me preparé para volver a explicar que había estado cuidando a Cora.

Cuando entraron papá y Seth, tan cansados como yo a juzgar por su cara, ya había sándwiches de queso y té frío con azúcar en la mesa, judías verdes y cebollas friéndose en una sartén y patatas hirviendo en la olla. Removí la sartén para parecer ocupada mientras los hombres se quitaban la chaqueta y Seth salía con prisas de la cocina. Adoptando un tono desenfadado y melifluo, como si la niña que hablaba no se hubiese transformado ya por completo en una mujer, le pregunté a papá cómo les había ido en la montaña. Él me contestó refunfuñando que «habían perdido una»; luego salió de la cocina y yo

me quedé allí sola, preguntándome si la vaca se había perdido o si había muerto y por qué. No recordaba ninguna otra ocasión en la que papá no hubiese guiado a todo el rebaño a los pastos de invierno sin incidentes, ya fuese recogiendo el ganado de los Oakley o el de los Mitchell, o contratado como peón. La intuición me hizo pensar que aquella pérdida tenía que ver con Seth, y no me equivocaba.

Primero papá y luego Seth volvieron a la cocina y se sentaron a la mesa. Era tarde y venían de hacer un trabajo muy duro, de modo que estaban hambrientos y devoraron todo lo que les puse delante.

Entonces apareció Og y exclamó:

—¡Vaya, mira quién ha vuelto a casa!

Avergonzada, levanté la vista del fregadero donde estaba escurriendo las patatas y comprobé que, en efecto, Og se refería a mí. Se me encogió el estómago, pero volví a respirar al ver que papá y Seth seguían concentrados en la comida y que, al parecer, ambos habían dado por hecho que el comentario de Og iba dirigido a ellos. Me temblaban las manos cuando empecé a triturar las patatas —que no se habían cocido lo suficiente— mezclándolas con leche y mantequilla.

—No ha ido muy bien —dijo papá, y le lanzó una breve mirada a Seth.

—Venga, cuéntaselo —lo desafió mi hermano, pero papá se puso más judías verdes en el plato y siguió comiendo en silencio.

Og se sirvió la comida y miró alternadamente a papá y a Seth; saltaba a la vista que habían discutido y mi tío no podía disimular que eso le encantaba. Llevé el puré a la mesa mientras buscaba con desesperación alguna excusa para no sentarme, pero tenía tanta hambre que acabé poniéndome la comida en el plato como si mi cerebro no interviniera para nada en esa decisión. En la cabaña Wil tenía reservas de estofado de cerdo con judías, y para desayunar habíamos compartido una de aquellas latas, pero mi cuerpo ya había quemado esas calorías hacía mucho.

Intenté comer con delicadeza mientras pensaba qué podía decir para disimular lo incómoda que me sentía y para distraernos de la hostilidad entre papá y Seth, pero no se me ocurría nada.

—Te interesa más echarle el guante a ese piel roja que recuperar una vaquilla extraviada, ¿no es eso, mariquita? —dijo Og para provocar a mi hermano.

Seth golpeó la mesa con las palmas de las manos con tanto ímpetu que los cubiertos saltaron y el té se derramó de los vasos. Se levantó, tiró la silla al suelo y salió resoplando de la cocina; en el último momento le dio una patada a la silla de ruedas de Og, ofreciéndole a mi tío una excusa para lanzar una carcajada ronca y burlona.

Papá se quedó mirando a Seth y luego negó con la cabeza, enojado.

—Eso es justo lo que ha hecho. Nos ha perdido un ternero.

Iola seguía llena de letreros con la descripción de Wil que prometían una recompensa de veinte dólares para quien lo encontrara. Por lo visto, también los había en los pueblos vecinos de Sapinero y Cebolla, y tal vez incluso en Gunnison o más lejos todavía. Me pregunté cuántos hombres que no sabían nada de Wil andarían buscándolo. Intenté cambiar de tema, pero lo tenía todo en contra.

—Lo siento, papá, el puré ha quedado grumoso —atiné a decir.

Él se encogió de hombros, se llevó otra cucharada a la boca y, a su manera, sin decir nada, me dio a entender que la comida estaba buena.

—Eso es lo que pasa por hervirlas con prisas —afirmó Og.

Ante esa alusión a mi tardanza, el corazón me dio un vuelco. Sentí que la primera y fina capa de mi secreto se desprendía.

—¿Cómo se encuentra la pobre Cora, por cierto? —quiso saber Og con voz melosa; nos miró primero a papá y luego a mí. Su falso tono cordial y su forma de ladear la cabeza fingiendo compasión sólo hicieron que la pregunta sonara aún más siniestra. Mi tío lo sabía.

Papá me miró sin comprender y yo me lo quedé mirando con los ojos muy abiertos. Me habían descubierto, y me sentí como un mapache paralizado en medio de la calzada ante los faros de un camión que circula hacia él. Para colmo de males, unos males que resultarían devastadores, en ese preciso instante Seth regresó a la cocina; iba derecho hacia su chaqueta, que estaba colgada en la puerta trasera, pero se detuvo al ver que papá y Og me miraban fijamente.

—Sigue enferma —conseguí decir con un hilo de voz.

—Ha sido un detalle por tu parte quedarte a cuidarla toda la noche —dijo Og, dándole el golpe de gracia a mi coartada.

Levanté mi vaso de té, me lo apoyé en los labios y bebí sin dejar de observar el ceño fruncido de papá.

—Cora no está enferma —dijo mi padre, y se me retorcieron las tripas—. Ha venido a los pastos para ayudarnos a recoger los caballos y los perros. Estaba perfectamente.

Seth observaba la escena desde la puerta trasera; sin quitarme los ojos de encima, introdujo lentamente un brazo en una manga de la chaqueta y luego el otro en la otra.

Hice lo que pude para salvar mi mentira. Hablé demasiado y con nervios, dije estupideces y les conté que Cora se había recuperado gracias al desayuno: que se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama con mucha fiebre, delirando e invocando a Jesús, pero que esta mañana el beicon y las galletas del desayuno habían obrado el milagro.

Og rió por lo bajo y entonces, para mi total asombro, como si me lanzara una cuerda salvavidas después de hacer volcar el barco de mi engaño, dijo con desprecio:

—Hay que ver lo que le gusta el beicon a esa chica.

Papá siguió cavilando un momento sobre aquella información; entonces me dijo que no me olvidara de las gallinas y continuó comiendo. Seth no dejaba de observarme desde la otra punta de la cocina, y poco a poco sus labios comenzaban a dibujar una sonrisa. Se abrochó la cremallera de la chaqueta con un fuerte tirón y desapareció por la puerta trasera. La puerta mosquitera dio un portazo que sonó como un disparo.

Yo aún podía notar la mirada de Og clavada en mí. Si lo hubiese mirado, habría visto en sus ojos la sombra de una disculpa, pero me negué a levantar la cabeza. Ya no tenía apetito. Me puse de pie, recogí el plato que no me había terminado y el resto de los platos que había en la mesa y me los llevé al fregadero para empezar a lavarlos.

Oí el fuerte rugido del motor del descapotable de Seth proveniente del establo. Mi hermano lo aceleraba una y otra vez como si se hubiera propuesto sacarme de quicio. Cuando el capó amarillo del

coche apareció por fin al otro lado de la ventana, por encima del fregadero, mi cerebro no atinó a comprender lo que estaba viendo. Últimamente Seth estaba obsesionado con aquel coche; por lo general Holden Oakley y Forrest Davis estaban a su lado, y los tres se inclinaban sobre el motor con el capó levantado, sucios, alborotados y con un Lucky Strike colgando de los labios. Llevaba años viendo a Seth trastear con aquel motor averiado, y nunca imaginé que el coche llegaría a funcionar algún día. Al pasar muy despacio por delante de la ventana de la cocina, inclinado sobre el volante y mirándome con gesto de triunfo, mi hermano alzó una mano, se tocó la frente y me saludó con falsa cortesía. Detuvo el coche y aceleró el motor hasta alcanzar un crescendo espantoso que hizo que papá saliera corriendo por la puerta trasera y que Og protestara a gritos desde la mesa, y entonces se alejó a toda velocidad por el camino, dejando en el suelo unas huellas que parecían los arañazos de unas zarpas y en el aire la humareda del tubo de escape.

Seth no apareció a la hora de cenar, pero ninguno de nosotros lo mencionó, era como si nadie hubiese ocupado nunca aquella silla vacía. Papá me preguntó si me había puesto al día con mis tareas en el gallinero y en el establo. Le dije que sí, y Og no dijo nada. Cuando salieron los dos de la cocina y terminé de lavar los platos, subí la escalera pisando fuerte e hice más ruido del necesario al cerrar la puerta de mi dormitorio para anunciar que iba a acostarme pronto. Metí una almohada debajo de la colcha de mi cama, le di forma humana y me puse otro suéter encima antes de bajar de puntillas otra vez, ponerme las botas y el abrigo de lana sin hacer ruido y salir por la puerta trasera.

Al atravesar el patio me dieron escalofríos, no tanto por la atmósfera de finales de octubre, tan fría que me dolía la nariz al respirar, como por la emoción de pensar que volvería a abrazar a Wil. También temblaba de nerviosismo: no paraba de mirar hacia atrás y hacia los lados y escudriñaba la noche iluminada por la luz de la luna por temor a que me siguieran, pues no quería guiar a Seth ni a ninguno de sus amigotes hasta el hombre al que andaban buscando. Cuando vi el chopo y la silueta de Wil, que estaba tranquilamente

apoyado en el tronco, rompí a llorar de emoción. Él corrió hacia mí con los brazos abiertos.

Nos metimos entre los sauces y nos sentamos en un pequeño claro, con mis manos encerradas en las de él. Hablamos del amor, del peligro y de los tipos como Seth. Wil me acarició el pelo y me enjugó las lágrimas, ya frías, de las mejillas. Miré fijamente aquellos ojos dulces de color castaño oscuro y reuní el valor necesario para traicionar a mi propio corazón.

—Deberías marcharte de aquí —dije con convicción y, a la vez, detestando aquellas palabras.

Wil dejó aquella idea suspendida entre los dos unos instantes. Entonces me sonrió como me había sonreído en nuestro primer encuentro en la esquina de North Laura y Main Street y como cuando yo me había quedado desnuda ante él en la cabaña: reconociendo algo dentro de mí que nadie más, ni siquiera yo, había percibido jamás. Me sentí estúpida; mi sugerencia desentonaba tanto con mi deseo que era como si aquellas palabras las hubiera pronunciado otra persona.

Wil negó con la cabeza. «Hay más tipos como Seth que estrellas en el firmamento», replicó por fin. Su intención era tranquilizarme y quitar importancia a mis desvelos, pero su respuesta tuvo el efecto contrario. Porque lo que Wil acababa de decir era verdad, de eso no cabía duda: ¿acaso existía algún lugar donde no hubiera algún amargado como Seth dispuesto a culpar de todos sus problemas a un forastero de tez morena? Comprendí que mi amante no tenía intención de huir.

—Como si fuera un río... —dijo Wil—. Mi abuelo siempre me contaba que era lo mejor que se podía hacer.

Asentí con la cabeza como si hubiese comprendido lo que quería decir, e hicimos planes para vernos al día siguiente.

Con mi buen juicio empañado por el deseo y dada la confianza de Wil en que nuestro amor superaría la furia de Seth, seguí reuniéndome con él siempre que podía. La lógica nos decía que éramos unos insensatos, pero nos negábamos a escucharla. Sin embargo, yo iba con cuidado.

Sólo me escabullía de casa cuando nadie me veía, o al menos cuando creía que nadie me veía. Seth apenas se cruzaba conmigo. Hacía sus tareas, aún más malhumorado y enfurruñado de lo habitual, y aparecía de vez en cuando a la hora de las comidas, pero la mayor parte del tiempo se dedicaba a pasear en su descapotable. Nadie volvió a mencionar a ningún «piel roja», y conforme pasaban los días me resultaba más fácil creer lo que tan desesperadamente ansiaba: que Seth se había olvidado de Wil.

No sé en cuál de nuestras citas guié a Seth hasta él sin saberlo. Pero una semana después de que, entre los sauces, Wil me cogiera las manos y me asegurara que no pensaba marcharse de Iola, justo una semana después de que me enjugara las lágrimas de las mejillas y me besara para ahuyentar mis temores, no acudió a nuestra cita.

Lo esperé paseándome arriba y abajo delante del retorcido chopo en la fría noche de noviembre, alumbrando con mi linterna los campos silenciosos y las zanjas de la carretera, y al final comprendí que no iba a aparecer. Corrí hasta el claro de los sauces y luego fui hasta el fondo del melocotonar, a la curva del arroyo, a la orilla del río Gunnison, al abeto azul de la colina, a todos los escondites donde alguna vez nos habíamos encontrado, y mientras tanto rezaba para haber entendido mal dónde habíamos acordado vernos.

Ya sin aliento, me dirigí a la casa de Ruby-Alice y abrí la cancela, provocando un frenesí de ladridos y correteos de los animales que estaban en el jardín. Encontré la puerta del viejo establo abierta, pero cuando entré y llamé a Wil, sólo se movieron unas cuantas gallinas y un murciélago asustado. Vi que en la casa había una débil luz encendida. Anhelé que Wil me recibiera allí como había hecho aquel templado día de otoño, apenas unas semanas atrás —aunque me parecía que había transcurrido toda una vida—, cuando yo había llamado a aquella puerta pintada de rosa convencida de que lo encontraría. Atravesé el jardín despacio, como si caminara por el barro, y supe que no estaba allí. Me asomé a la ventana y vi a Ruby-Alice tumbada en el sofá; su cara y su pelo, blancos, relucían como la luna que esa noche no alumbraba el cielo nocturno. Apretaba una colcha contra el pecho, y parecía muerta y a la vez desesperada por

sujetarse a algo que la retuviera en este mundo.

Me desplomé en el suelo, pues había agotado todas las posibilidades excepto la de la cabaña, tan lejana y en un lugar tan inaccesible del Big Blue que era como si estuviera en la cumbre más alta del planeta. Un perrito se me acercó con curiosidad al oír mis sollozos y me lamió la pernera del pantalón. Lo aparté de una patada y me gruñó.

No recuerdo el camino de regreso a casa ni haber subido la escalera para meterme en la cama. Lo único que recuerdo es que estaba allí, completamente vestida, completamente despierta pasada la medianoche, llorando, cuando oí el rugido del descapotable en el jardín. Aquel sonido hizo temblar el cristal de mi ventana y todos mis huesos. Cuando oí abrirse y cerrarse la puerta lateral, salté de la cama, salí corriendo de mi habitación y bajé la escalera a toda prisa para abordar a Seth en la cocina.

Mi hermano no había encendido la luz, así que sólo pude ver su oscura silueta: estaba sentado con los hombros encorvados en el banco que había junto a la puerta trasera. Por el tamaño de su figura deduje que todavía llevaba puestas la chaqueta y las botas. Él debía de saber que yo estaba en el umbral de la cocina, pero permaneció allí sentado, callado e inmóvil. Olía a whisky, a humo de cigarrillo y a los gases del tubo de escape. Estuve a punto de encender la luz, pero en el último momento me lo pensé mejor. No quería verle la cara. Sabía cuanto necesitaba saber.

—Te odio, Seth. —Escupí aquellas palabras en la oscuridad como si fueran una bilis amarga que se había ido acumulando en mis entrañas toda la vida.

—Ha sido mejor que esa recompensa, Torie —dijo arrastrando las palabras y con un tono sorprendentemente tierno; parecía que estuviese compartiendo una buena noticia con un amigo—. Increíblemente mejor... —añadió, y luego dio un suspiro y soltó una risa ebria—. Increíblemente mejor... —repitió, y debajo del orgullo de borracho se adivinaba la suficiente incredulidad como para que yo me diera cuenta, con un terrible estremecimiento, de que Seth no se había limitado a echar a Wil del pueblo, ni a capturarlo para entregarlo a las autoridades. Estaba segura de que, si encendía la luz, vería sangre en

sus manos.

Me di la vuelta y, aturdida, subí la escalera a gatas sin apenas notar que tenía extremidades. Recorrí el pasillo y me metí en la cama temblando como un animal enfermo.

Las semanas que pasé esperando a que mis temores se confirmaran fueron una muerte en vida. Realizaba mis tareas domésticas como una autómata; parecía que mi alma hubiese abandonado mi cuerpo, y el recorrido del sol por el cielo me resultaba insufrible.

—¿Estás enferma? —Papá abrió la puerta de mi dormitorio una mañana que no me levanté para preparar el desayuno.

Mascullé algo desde debajo de las sábanas.

—¿Llamo al doctor Bernette? —insistió.

—No —dije con voz ronca.

Cerró la puerta y bajó la escalera. Me lo imaginé preparándose él mismo el desayuno y me asaltaron los remordimientos, así que me levanté dispuesta a cocinar. Y a la mañana siguiente hice lo mismo, y seguí haciéndolo día tras día, cumpliendo con mis obligaciones a pesar de que me sentía a la vez entumecida y dolorida.

Al anochecer estaba agotada por el esfuerzo de mantener la fachada y por la pena que sentía, pero todas las noches, después de terminar las últimas tareas, cuando la casa quedaba a oscuras y en silencio, cuando Og y papá se habían retirado a sus dormitorios y Seth estaba por ahí quién sabía dónde, me ponía varias capas de ropa y salía a buscar a Wil en la gélida penumbra. La escarcha blanqueaba las ramas de los árboles y las hojas secas crujían bajo la suela de mis botas. Como había hecho en la noche de la desaparición de Wil, caminaba y caminaba, visitando cada lugar en el que nos habíamos encontrado con la esperanza de descubrir su silueta apoyada pacientemente en el tronco de un árbol y de ver su reluciente sonrisa iluminando la oscuridad. Sabía que estaba asomándome al abismo de la locura, que la esperanza era sólo producto de mi anhelo. No había ni rastro de Wil.

Noche tras noche, me asomaba a la ventana de Ruby-Alice Akers y

la veía allí sola, dormida en el sofá como un cadáver. Sus perros, que ahora estaban dentro de la casa debido al frío, dormían acurrucados por la habitación. Al alejarme de su jardín, extrañamente silencioso, me preguntaba si el constante ir y venir de Ruby-Alice en bicicleta se debería a que ella buscaba de día, igual que yo buscaba de noche, contra todo pronóstico, a los seres queridos a los que había perdido, y si aquella locura o aquella pena que se habían apoderado de la anciana algún día me reclamaría también a mí.

Una mañana de finales de noviembre estaba en el pasillo del fondo de la tienda de Chapman escogiendo una caja de bicarbonato, como si una caja de bicarbonato tuviese alguna importancia, cuando dos rancheros, apoyados en la barra, se pusieron a hablar lo suficientemente alto como para que me llegaran fragmentos de una conversación que habría preferido no oír: «Un cadáver... en el fondo del Black Canyon... ese piel roja... casi despellejado... arrastrado por un coche... abandonado...»

Los seres humanos tenemos un límite. Yo ya llevaba dentro de mí unos enormes fardos de pena, culpa, amor, miedo y confusión, y, aunque todavía no era consciente de ello, también al hijo que estaba formándose en mi útero. Las palabras de aquellos hombres me embistieron para hacerse un hueco en mi interior, pero no pude retenerlas. Las pocas que absorbí ya fueron demasiadas. Caí de rodillas y vomité.

El señor Chapman salió a toda prisa de detrás del mostrador y vino a ayudarme. Me levantó y me apartó del charco de vómito que acababa de dejar en su suelo de madera impoluta, me guió hasta un taburete y fue a buscarme un vaso de agua. Otras personas se interesaron por mí, aunque ya no recuerdo quiénes eran, sólo una mancha borrosa de manos tendidas hacia mí y voces amables y miradas de preocupación, mientras Chapman fregaba el suelo. Me recompuse lo suficiente para disculparme y me marché temblorosa.

La noche anterior había nevado un poco y el reflejo del sol en Main tenía un brillo insoportable. Me protegí los ojos haciendo pantalla con

una mano mientras las palabras «arrastrado por un coche» resonaban en mi cabeza. «Ese piel roja...» «Casi despellejado...»

Me alejé tambaleándome de la tienda e intenté regresar a casa evitando la esquina de North Laura y Main. Por encima de Iola relucían las montañas del Big Blue, cuya nieve blanca y reciente se veía deformada y sin encanto a través del filtro de mis lágrimas. Wil habría podido refugiarse en esas montañas y, sin embargo, me había elegido a mí. Intenté soportar lo insoportable imaginándomelo allí ahora, en la cabaña, acurrucado bajo las mantas, con el sol entrando por la única ventanita y posándose suavemente en su piel perfecta. Pero no. Yo sabía la verdad: que la sociedad era demasiado cruel para proteger a un chico inocente o para calcular lo que uno puede o no puede soportar, y que el Black Canyon se había convertido en la profunda y terrible tumba de Wil porque él había decidido quedarse para amarme.

SEGUNDA PARTE

1949 - 1955

10

1949

Aquél fue el invierno más seco registrado en Gunnison County. En Iola se registraban a menudo temperaturas negativas, pero no nevaba casi nunca.

Mientras papá se preocupaba por el escaso caudal que tendrían los ríos en verano y por la posible sequía, yo agradecía poder hacer mis tareas domésticas sin tener que retirar nieve con la pala ni caminar por los incómodos ventisqueros que solían formarse en esa época del año. El agotamiento acompañó a mi pena durante todo aquel invierno largo e inquietantemente marrón. En ocasiones no hallaba fuerzas suficientes para cargar con un cesto de huevos del gallinero, o no era capaz de levantar, tender y tirar de un rastrillo en la cuadra de *Abel*. Recuerdo que los domingos apenas podía alzar los brazos para lavarme el pelo en la bañera. Me quedaba tumbada observando mi cuerpo y contemplando cómo crecían mis pechos y mi vientre. Las venas de mis manos y de mis pies, antes finísimas, estaban abultadas, como si tuviera pequeñas serpientes bajo la piel. Había dejado de sangrar todos los meses. Era tan inocente que daba por hecho que la pena me estaba volviendo torpe y pesada; que mi sangre, mi congoja y mi dolor se estaban acumulando y que algún día, por suerte, mi cuerpo acabaría explotando. Hasta que no noté los primeros aleteos de la vida —muy sutiles al principio, como el aleteo de pestañas de una mariposa, y luego más fuertes, como si tuviera un pajarillo en el vientre— no comprendí cuál era el verdadero motivo de mi hinchazón y de mi fatiga.

Pasé aquel invierno ocultándoles mi cuerpo hinchado a los hombres de mi familia. Al principio era fácil: bastaba con que me envolviera los

abultados pechos con una venda elástica, igual que lo había hecho cuando empezaron a florecer siendo yo una tímida adolescente, y con que me pusiera varias capas de jerséis y faldas, lo que no desentonaba con el frío invernal. Papá estaba ocupado cargando heno y cortando soportes de alambrada en el rancho de los Mitchell y reconstruyendo una pared de nuestro establo que se había derrumbado. La mayoría de los días, el tío Og se quedaba en su habitación bebiendo whisky, escuchando programas de radio y haciendo lo que sea que hiciera allí para matar el tiempo hasta que la primavera le permitiera volver a salir al porche. A veces lo sorprendía mirándome cuando yo servía la comida o colgaba ropa limpia en su armario, pero se limitaba a eso, a mirarme sin que yo pudiera detectar en su mirada signos de recelo, malicia o lástima; era como si sus ojos acabaran de darse cuenta de que yo estaba allí, de que había un ser humano de carne y hueso viviendo bajo el mismo techo que él. Mi tío sabía algo acerca de mis secretos, pero nunca dijo ni una sola palabra al respecto.

A Seth apenas lo veíamos. Desde el día en que encontraron el cadáver de Wil, mi hermano siempre tenía alguna razón para irse lejos de Iola. Primero se marchó unos días a cazar con Forrest Davis; se ausentaron dos semanas y a la vuelta sólo trajeron tres urogallos y un mísero alce que, como mucho, tenía un año. Luego se fue al sur, cerca de Durango. Holden Oakley había oído que podrían encontrar trabajo en la construcción del ferrocarril, y los dos chicos y Davis se pasaron allí casi un mes. Seth regresó con un fajo de billetes que metió en el tarro de los gastos domésticos y se quedó unos días. Ayudó a papá a terminar de arreglar la parte más alta de la pared del establo, y todas las noches iba al pueblo a emborracharse. A mí ni me miraba ni me dirigía la palabra. Poco después se marchó otra vez, en esta ocasión a Montrose, a trabajar en una obra. A papá no le importaba mientras Seth siguiera aportando algo de dinero. Es más, daba la impresión de que sus esporádicas ausencias eran un alivio para él. En el pueblo nadie había relacionado a mi hermano con la muerte de Wil, aunque si a alguien le hubiese interesado realmente encontrar al culpable, le habría resultado fácil. Yo sabía que papá tenía sus sospechas.

No tuve fuerzas para enfrentarme a Seth. Una vez desaparecido Wil,

me sentía tan abrumada por todo lo sucedido que me refugié en el papel de chica obediente. Buscaba consuelo y protección en las rutinas de la granja y me distancié cuanto pude de aquel suceso horrible: no examiné el parachoques trasero del descapotable de Seth en busca de marcas de cuerdas o de restos de sangre, no dejé que mi mente visualizara la piel de Wil arrastrándose por la grava, no exigí que el sheriff Lyle investigara aquel asesinato ni señalé a mi hermano con un dedo acusador. En resumen: me comporté como una cobarde, que era sin duda lo que Seth esperaba de mí.

Y, sin embargo, mi vientre, que seguía aumentando de tamaño, me recordaba que no podría refugiarme eternamente en la rutina. En febrero tuve que recoser los botones de mis faldas para ensancharlas. Todas las mañanas me despertaba hambrienta y, al mismo tiempo, con náuseas. Me ofendían los aromas matutinos más normales —el olor a huevos, pimienta, jamón, galletas o mantequilla—, incluso me molestaba el rastro oloroso de los corrales y de la leña apilada que entraba con la brisa cuando papá cruzaba la puerta. Cada uno de esos olores me traspasaba con tanta intensidad que muchas veces tenía que ir corriendo al cuarto de baño a vomitar. A finales de marzo toda la ropa se me había quedado pequeña, excepto un vestido acampanado. Tenía las mejillas redondeadas, los dedos hinchados, y mi barriga sobresalía como un melón bajo capas y más capas de jerséis cada vez más sofocantes. En abril comprendí que debía marcharme de casa.

Empecé a planear mi huida como si lo hiciera para otra chica. De pequeña no había tenido muchas amigas, ni imaginarias ni reales, así que no pensaba en nadie en concreto cuando guardaba provisiones en una vieja mochila de lona para una chica que estaba en apuros y necesitaba huir: cuerda, cecina, cerillas, velas, un cazo, una hachuela, tarros de vidrio y latas de alimentos básicos, un cuchillo, semillas de hortalizas, agujas de coser, hilo, una pastilla de jabón envuelta en papel encerado y uno de los jerséis gigantescos de Og. Busqué para esa chica la mejor ruta, me alegré por ella de que no se hubiese acumulado mucha nieve en las montañas, intenté prever por ella los objetos que debía llevarse y los posibles escollos que encontraría. Hasta aquella nublada mañana de mediados de abril en que el tío Og

volvió a su habitación después de desayunar y papá subió a *Trucha* a su camión y se fue a ayudar al señor Mitchell con los partos de las vacas, me había negado a creer, aunque no tuviese ningún sentido, que la chica que estaba embarazada, la chica que iba a marcharse a las montañas para ahorrarse ella y ahorrarle a su familia la vergüenza, la chica que protegería a su bebé de su hermano asesino no era otra sino yo.

Esperé a que *Abel* se comiera un cubo de avena, lo ensillé y lo saqué del establo. Me cargué la pesada mochila llena de provisiones a la espalda, monté como pude en el caballo, me alejé al trote de la casa y atravesé el melocotonar todavía dormido. En ningún momento volví la vista atrás.

Guié a *Abel* por Willow Creek y remontamos una cuesta rocosa, hasta que me hallé a suficiente altura para divisar a lo lejos la pequeña huella cuadrada de Iola en el valle por el que serpenteaba el río. El Gunnison se asemejaba a una cinta gris que discurría por el centro; el caudal era escaso y descendía lentamente por culpa de la sequía y del frío. Al lado del río discurrían el ferrocarril y la carretera 50. Distinguí la parcela de oscuros pinos de Ruby-Alice al sudeste del centro del pueblo y, junto a ella, el largo camino de nuestra granja. Seguí con la mirada el trazado del camino de grava que conducía a los dos edificios blancuzcos que eran mi hogar y el establo, bordeados por la masa de ramas todavía desnudas de los árboles frutales. El prado de los Mitchell, que empezaba a reverdecer, estaba salpicado de grandes puntos marrones que tenían al lado otros puntos marrones más pequeños —las vaquillas y sus crías— y, por allí en medio, había otro puntito que era mi padre. Al fondo del valle, una humareda se alzaba de la tierra reseca; alguien —supuse que el señor Clifton por la ubicación, o tal vez los Oakley— estaba quemando los campos, los preparaba para la siembra. Sentí remordimientos por no haber puesto a punto el pequeño huerto antes de marcharme. Había plantado las cebollas el otoño anterior, y papá conseguiría ayuda para plantar las patatas, pero cuidar el huerto cuando empezara a mejorar el tiempo

era una tarea de mujeres. Me pregunté si papá encontraría las semillas que le había dejado etiquetadas y si las plantaría, o si pasaría sin ellas. Me costaba mentalizarme de que, decidiera lo que decidiese, comiera lo que comiese, se lavara o no e hiciera lo que hiciese, mi padre ya no era problema mío. Me di la vuelta y seguí subiendo, dejando atrás mi mundo y todo lo que conocía. Remonté una cresta, descendí y llegué ante otra pendiente —lo bastante lejos del pueblo como para que no me vieran, pero no lo suficiente para que *Abel* no supiera hallar el camino de regreso a casa—, y entonces desmonté.

Nada más poner los pies en el suelo, el peso de la mochila estuvo a punto de tirarme. Me agarré a las riendas de *Abel* para no perder el equilibrio y noté que el peso de mis dudas doblaba el peso de mi carga. Me quedé un buen rato junto al caballo, planteándome qué podía hacer a continuación; todas las opciones me asustaban por igual, y me sentía tan incapaz de seguir adelante con mi plan como de abandonarlo y regresar a casa. Desconfiaba tanto de mi fuerza física como de mi fuerza mental, y estuve tentada de volver a montar en mi fiel amigo, que esperaba pacientemente a que yo tomara una decisión. Apoyé la cara en el cuello de *Abel*, consciente de que soltarlo significaba renunciar a todos los lazos familiares. En cuanto el caballo empezara a bajar la ladera con su paso lento y seguro y, guiado por el instinto, regresara al lugar donde sabía que lo esperaban la alfalfa dulce y una blanda cama de paja, yo me quedaría sola por completo y no sería más que una motita en medio de las vastas e impredecibles montañas.

Abel respiraba profunda y rítmicamente bajo mi mejilla. Yo tenía ocho años cuando lo vi nacer. Mi madre me había levantado de la cama poco antes del alba, y yo me senté en una bala de paja con ella y con los chicos, mirando embelesada cómo papá, con mano diestra, sacaba una pata huesuda, y luego otra, del ensangrentado orificio de la yegua. *Abel* vino al mundo con tanto ímpetu que papá se cayó hacia atrás con el resbaladizo potrillo en los brazos, maldiciendo y riendo a la vez; después miró al aturdido recién nacido como si sostuviera en brazos a su propio hijo. Mi madre le puso el nombre de *Abel* allí mismo, y le dijo a papá que ni el mismísimo Adán habría podido

contemplar a su hijo con mayor asombro.

—¿Y por qué no Caín? —bromeó papá (que en aquella época era otra persona, con momentos de humor y desenfado) antes de soltar al potrillo para que se acercara al hocico de su madre.

—No, Caín no —dijo mi madre secamente. Ella jamás bromeaba con nada relacionado con la Biblia.

A tan temprana edad, yo no acababa de entender que un caballo inexistente unos minutos antes de pronto tuviese un cuerpo, un nombre y una vida, y que hubiese empezado a formar parte de nuestra granja igual que los melocotoneros y el arroyo. Mi madre, tras soltar un suspiro de exasperación por la broma de papá, entró en la casa para preparar el desayuno. Papá se lavó en el hondo fregadero del establo, y Cal y Seth fueron a buscar cubos para alimentar al ganado y rastrillos para comenzar sus labores matutinas. Pero yo no pude moverme de allí. Algo había surgido de la nada ante nuestros propios ojos. Me acerqué con cautela al potrillo, que estaba tumbado, y alargué una mano para tocarle el cuello suave y resbaladizo. Él me miró con una mezcla de inocencia y curiosidad; era evidente que estaba tan sorprendido por su aparición como yo.

Ahora, igual que había hecho aquel día, acaricié el cuello caliente y húmedo de *Abel* —su pelo castaño, suave como el algodón recién hilado— y me despedí de él con un beso. Di un paso hacia atrás y dije: «¡Venga, vete!» Solté la mochila para poder agitar los brazos y espantarlo ladera abajo.

—¡Vuelve a casa, *Abel*! ¡Vete! —le grité, aunque no estaba segura de que aquélla fuese una buena decisión.

El caballo torció la cabeza hacia la ladera, pero no se movió.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vete de aquí! —le grité sin parar de agitar los brazos.

Abel seguía inmóvil. Continué gritándole mientras barajaba la idea de quedármelo, de volver a montar y adentrarme en las montañas con el consuelo de tener conmigo a un amigo y un medio de transporte. Pero ya había causado suficientes problemas. Aunque me habría encantado quedármelo, no podía quitarle el caballo a papá ni ponerlo en peligro llevándomelo a lo desconocido. Con lágrimas en los ojos,

cogí una piedra del tamaño de una bola de béisbol y se la lancé contra la grupa. *Abel* se sorprendió y dio unos pasos hacia delante cuando la piedra cayó al suelo cerca de las pezuñas de sus patas traseras. Cogí otra piedra y la lancé, y esta vez le di por encima de la cola. Lancé otra, y luego otra, sollozando por lo absurdo que era hacerle aquello a un animal al que amaba, y él empezó a descender poco a poco por la ladera, reacio, asustado, girando de vez en cuando la cabeza para mirarme, como si quisiera hacerme una pregunta y no supiera cómo.

Yo había sido una buena chica. Siempre había sido obediente, amable y respetuosa con mis mayores. Había estudiado la Biblia. Recolectaba melocotones y los metía en los cestos como si aquellos frutos estuvieran hechos de frágil cristal. Mantenía la casa limpia, las barrigas llenas, la ropa lavada y doblada, la granja cuidada. No hacía demasiadas preguntas, nunca dejaba que me oyeran llorar. Me las apañé yo sola para salir adelante en ausencia de mi madre. Hasta que un buen día me crucé con un forastero desaliñado en la esquina de North Laura y Main Street y me enamoré. Del mismo modo que una sola tormenta puede erosionar las orillas de un río y cambiar su curso, un único suceso en la vida de una muchacha puede borrar de golpe cuanto había sido hasta entonces.

Chillando, lanzando una piedra tras otra, con las lágrimas resbalándome por la cara, le arrojé todo mi miedo y todo mi dolor al pobre caballo. Como yo antes de conocer a Wil, lo único que conocía *Abel* eran la lealtad y la obediencia. Cada piedra que le lanzaba le enseñaba lo que yo había aprendido: que por cada gramo de bondad que hay en este mundo hay dos gramos de maldad. Puedes ser una buena chica, un buen caballo, puedes obedecer, puedes amar, pero no esperes que, por el hecho de hacer el bien, los demás vayan a devolvértelo.

La última piedra le dio a *Abel* en la quijada y, muerta de horror, vi que empezaba a sangrar. El animal se puso al trote ladera abajo, alejándose de la muchacha que hasta entonces siempre había sido buena con él. Me senté en la mochila y me eché a llorar mientras las nubes se abrían y el sol del mediodía convertía mis lágrimas en una costra salada.

Me imaginé la cocina de la granja, silenciosa como si fuera medianoche, los fogones fríos y vacíos. Papá debía de estar comiendo en casa de los Mitchell, así que Og sería el primero en darse cuenta de que me había marchado. Incluso antes de llegar a la cocina, notaría la ausencia de olores, y cuando entrase y no encontrase a nadie dispuesto a servirle la comida, se confirmarían sus sospechas sobre mí. No llamaría por teléfono a papá para alertarlo o contarle lo que creía saber: eso lo habría hecho alguien que me hubiese querido. Cuando papá regresara a casa por la noche, cansado y manchado de sangre tras haber estado ayudando a las vacas a parir, primero encontraría a *Abel* ensillado y suelto en el jardín, y después entraría en la cocina y vería que la cena no estaba preparada. Me costaba imaginarme a mi padre tratando de explicarse mi ausencia, considerándome a mí, a su hija, como algo más que un mero accesorio, una simple sirvienta, una chica correcta y previsible. Me lo imaginé entrando con cautela en mi dormitorio, encontrando la nota que le había dejado encima de la cama y desplegándola despacio con sus ásperas manos. Lamenté no haber escrito más, no haber tenido valor para contarle toda la historia. La nota rezaba:

Papá:
Voy a estar un tiempo fuera. Necesito ocuparme de una cosa importante.
No salgas a buscarme, por favor. Volveré a casa cuando pueda. Te quiero.
Lo siento. No te preocupes.

Victoria

Tumbada sobre mi mochila, me pregunté cómo irían las cosas al día siguiente. Los terneros seguirían llegando, y el señor Mitchell y las vaquillas dependían de las manos expertas de papá. ¿Cómo reaccionaría mi padre? ¿Volvería al trabajo o saldría a buscarme? No lo sabía. Confiaba en que mi firma —Victoria en lugar de Torie— le diera a entender que, aunque él no se hubiera dado cuenta, yo había madurado y ya era lo bastante mayor para tomar una decisión como aquélla. Mi padre jamás me había llamado Victoria, ni para mostrarse cariñoso ni para expresar su enfado, de modo que, para él, aquella muchacha que se había fugado, aquella joven llamada Victoria, quizá

fuese alguien completamente nuevo.

Entonces se me ocurrió pensar que era Torie la que carecía de los recursos para alzarse y luchar, mientras que Victoria —la Victoria de Wil— era una mujer con la fuerza necesaria para salir adelante.

Yo, Victoria, me puse en pie. Me cargué la mochila a la espalda, metí los pulgares bajo las correas para ajustarlas bien a mis hombros y empecé a caminar. No estaba del todo segura de si sabría encontrar el camino hasta la cabaña en la que Wil y yo habíamos yacido juntos, pero recurrí a mi instinto e incluso al bebé que llevaba en el vientre para guiarme. Aunque pareciera absurdo, sólo contaba con el magnetismo para conducirme hasta allí, una precaria confianza en que mi bebé y yo nos sentiríamos atraídos hacia el lugar donde se había iniciado nuestra transformación.

Eché a andar por el terreno sin senderos y traté de no imaginarme a *Abel* andando en la dirección opuesta por aquellas montañas aparentemente interminables recubiertas de roca y artemisa. Iba atenta por si reconocía algún detalle del camino que había hecho con Wil meses atrás, cuando el otoño comenzaba a devenir invierno. Recordé cómo éramos entonces, cómo caminábamos ebrios de amor uno al lado del otro, lo hermosa que era su sonrisa y la facilidad con que su mano asía y soltaba la mía. Recordé cómo se agachaba para recoger una rama de artemisa, cómo la retorcía y estrujaba las hojas, inhalaba su olor con placer y luego me la acercaba a la nariz. Y en un intento de invocar su presencia, me incliné y arranqué un tallo de artemisa, lo retorcí como hacía él y lo encajé bajo la correa de la mochila. Su intenso aroma hizo revivir un recuerdo borroso que parecía guiarme en la dirección correcta. Pronto alcancé la cumbre de un monte y desde allí divisé una serie de picos de arenisca que coincidían con mis recuerdos. Wil los había llamado «centinelas» y me había mostrado que cada uno parecía juntar las caderas con el siguiente. Descendí por la ladera del monte y rodeé aquellas cuatro torres de silueta irregular. Ahora ya sabía que más allá de ellas sabría encontrar el camino. Caminé entre los álamos sin hojas, salpicados de yemas de color caoba que ya estaban madurando, y subí otro monte. Me senté un momento al llegar a la cima, jadeante pero animada. Bebí

un poco de la cantimplora, volví a descender hasta el cauce seco de un riachuelo y remonté una última cuesta poblada de álamos temblones y pinos entre los que todavía quedaban algunos montones de nieve. Llegué ante un claro y la vi: allí estaba la pequeña cabaña de troncos donde Wil y yo nos habíamos refugiado. Era aún más modesta que en mi recuerdo, no mucho más grande que la cuadra de un caballo, construida directamente sobre el suelo de tierra y con un tejado hecho de planchas de hojalata oxidadas e irregulares.

—No es más que una cabaña de cazadores vieja y abandonada —me había dicho Wil cuando le pregunté si estábamos allanando una propiedad privada—. Nadie la echa de menos, salvo las arañas y los bichos que he tenido que ahuyentar.

Una punzada en el corazón volvió a recordarme que, si Wil se hubiese quedado allí a pasar el invierno, soportando la nieve, el frío y el hambre, habría tenido más posibilidades de sobrevivir que acercándose más al pueblo. Yo no siempre sabía dónde dormía Wil cuando decidió bajar de las montañas —suponía que en la casa o en el establo de Ruby-Alice—, pero tenía la dolorosa certeza de que había abandonado aquel refugio por mí.

Me metí en el prado embarrado. Solté la pesada mochila, apoyé la espalda en ella y miré a mi alrededor. Había llegado a la cabaña, pero ¿qué podía hacer? Entrar en la habitación en la que habíamos consumado nuestro amor y a la que Wil nunca regresaría me resultaba tremendamente doloroso. Quedarme fuera, expuesta a los elementos, se me antojaba también imposible. Empezar a montar un campamento y organizarme para vivir en aquel lugar parecía una idea descabellada. Me quedé un buen rato sentada allí, paralizada por la fatiga y la indecisión.

Al anochecer, cuando arreció el frío y el bosque se tornó oscuro y siniestro, no tuve más remedio que refugiarme en la cabaña. Imaginé que Wil me daba la mano, me ayudaba a levantarme y me guiaba, apartando la piel de ciervo que hacía las veces de puerta e invitándome a entrar como la primera vez que habíamos cruzado aquel umbral. Una vez dentro, vi que la pequeña habitación estaba tal como él la había dejado: las latas de carne de cerdo con judías estaban

apiladas pulcramente en un rincón, una cantimplora de aluminio colgaba de un clavo oxidado y había un tarro con una vela semiderretida encima de una caja de cerillas. Daba la sensación de que Wil podía regresar en cualquier momento. Las mantas que Ruby-Alice le había dado estaban amontonadas encima de la cama. Dejé mi mochila en el suelo de tierra, demasiado agotada para buscar en ella algo que comer. Me quité las botas, levanté con timidez una esquina de las mantas y me acosté; sentía el aleteo de mi bebé en el vientre. Inspiré hondo con la esperanza de percibir el olor de Wil. O las mantas todavía conservaban su olor o logré invocarlo mediante la fantasía para no enloquecer de pena y de miedo. Me acurruqué en su perfume y ahuyenté de mi mente todo lo demás hasta que me quedé dormida.

Al día siguiente el agotamiento pudo conmigo. Tan sólo salí de debajo de las mantas para hacer mis necesidades fuera de la cabaña y para tomar un poco de sopa fría directamente de una lata. Era la primera vez en la vida que me quedaba todo el día en la cama. Incluso estando enferma había ayudado a mi madre con las tareas domésticas y, después de su fallecimiento, yo cumplía con mis labores todos los días, sin importar cuáles fueran las circunstancias, como siempre lo había hecho ella. La libertad de permanecer en la cama sin tener que cumplir con ninguna obligación ni rendirle cuentas a nadie habría podido parecerme un lujo, pero me resultó desagradable. Me pasé horas en un duermevela, sumida en un extraño letargo y acosada por la ansiedad que me producían mi pereza y mis decisiones, así como los ruidos que se oían alrededor de la cabaña y que no sabía identificar. Soñé con Wil, que a veces me acariciaba y a veces reía, y por primera vez soñé que lo veía morir atado al parachoques trasero de aquel descapotable. Vi cómo se le desgarraba la piel, fina como un envoltorio. Me desperté sudorosa y aterrorizada bajo un tibio rayo de sol que entraba por la ventanita y, por un momento, desconcertada, no supe dónde estaba. Liberada de la atención y del juicio de los demás, me hice un ovillo y lloré con una intensidad que jamás habría creído posible. Una vez desatada, la oscura mano del dolor no sólo agarró a Wil, sino también a mi madre, a Cal y a la tía Viv, cuatro gruesos dedos que comprimían mi corazón como un puño alrededor

de una esponja, escurriendo mis lágrimas y mis aullidos guturales. Aquella noche dormí profundamente, sin soñar, ávida de descanso y refugio.

Al día siguiente me obligué a levantarme. Me aventuré a salir a la fría mañana a hacer no sabía qué, pero consciente de que necesitaba hacer algo para iniciar mi vida en aquel lugar. A la mañana siguiente, y a la siguiente, y a la siguiente, la fuerza de voluntad me ayudó a volver a hacerlo.

Una vez levantada, me pasaba el día sumida en la inquietud. Más que sola, me sentía muy consciente de mi soledad en el radio en apariencia infinito de aquellas tierras agrestes. Me asustaban los ruidos más insignificantes. Me sobresaltaba al oír los chasquidos de los ciervos que saltaban sobre los troncos derribados o el estrépito de las ramas que caían, arrancadas por el viento o por el peso de las ardillas. Hasta el silencio me inquietaba, y de pronto tenía la sensación de que me observaban desde lejos o me vigilaban desde las copas de los pinos. Me daba rápidamente la vuelta para sorprender a mi perseguidor —un oso o un puma imaginarios, o quién sabe qué—, pero sólo veía el rápido saltito de una curiosa ardilla listada o nada en absoluto. Intentaba refugiarme en la cabaña, pero me quedaba sentada, rígida y atenta, escuchando el murmullo del arroyo que discurría por detrás de la casa, imaginando el ruido de pisadas de animales o de humanos que pretendían aprovecharse de mi vulnerabilidad.

Intenté fijar la vieja piel de ciervo que colgaba en la rústica entrada de la cabaña, pero no tenía ni clavos ni martillo y comprendí que, aunque lo hiciera, además de impedir entrar a los intrusos me estaría encerrando a mí misma. La mayoría de las noches acababa acurrucada bajo las mantas, aferrada al largo cuchillo que me había llevado de la cocina de la granja y con los ojos muy abiertos y fijos en la puerta. Al final, el sueño vencía al miedo: cerraba los ojos y me entregaba de mala gana a cualquier posible imprevisto. Por la mañana me consideraba afortunada al verme ilesa, con el cuchillo sobresaliendo de las mantas como un estilizado pez que se hubiera congelado en el aire al saltar desde el suelo de tierra de la cabaña.

No echaba de menos mi casa, eso seguro. Si bien de vez en cuando añoraba vagamente a papá y el melocotonar, ambos se habían vuelto ya borrosos para mí, como si perteneciesen a un sueño olvidado hacía mucho. Lo que sentía, sobre todo, era un alivio inmenso por haberme liberado de Seth, del tío Ogden y de todo lo relacionado con ellos. Por muy desasosegante que resultara mi soledad, no pensaba regresar a la granja. Cansada y nerviosa, me pasé la primera semana decidida a instalarme en la cabaña y a fingir, como mínimo, que podía crear mi propio hogar. Ahora tenía que cuidar del hijo de Wil, y, aunque la añoranza de mi amado a menudo me resultaba insoportable, necesitaba mantener la cordura y concentrarme en lo que me hacía desear seguir viva, en lugar de pensar demasiado en por qué ese deseo no tenía mucho sentido.

Me pareció lógico empezar excavando una letrina, pero el suelo estaba tan duro y mi pala era tan pequeña que apenas avanzaba a meras cucharadas. Presa de la frustración, arrojé la pala al arroyo, y allí se quedó varios días, oxidándose. Necesitaba tener éxito en algo, así que escogí con cuidado mis siguientes tareas: rellenar mi cantimplora y la de Wil en la orilla de guijarros del arroyo; cortar una rama de pino para barrer arañas, telarañas y excrementos de ratón de la cabaña; cavar un hoyo para hacer fuego, recoger leña y armar un trípode con la esperanza de que fuese lo suficientemente sólido para soportar el peso de un cazo... También tendí una cuerda entre dos álamos, saqué las mantas rosas, las colgué y las sacudí con una rama. El polvo se desprendió del tejido y se arremolinó en la brisa como un fantasma danzarín. Rescaté la pala del arroyo y seguí excavando para construir la letrina. Hice marcas en la pared de la cabaña con el cuchillo para llevar la cuenta de los días transcurridos.

Sabía que, tarde o temprano, necesitaría ingeniármelas para encontrar comida, pero todavía contaba con las provisiones que me había traído de casa —cecina, latas de sopa, alubias, avena, melocotones en conserva, huevos encurtidos, una lata de galletas...— y con las latas de carne de cerdo con judías que Wil había dejado allí,

de modo que aplacé esa tarea para cuando me hubiese familiarizado con el entorno. Miré si había peces en los recodos del arroyo y en una balsa de castores que descubrí no lejos de mi campamento. En aquellas aguas transparentes no brillaba nada que no fueran piedras, pero me dije que ya daría con las truchas cuando las necesitara. Lo que todavía no quería plantearme era si sabría pescar sin caña, sin hilo y sin anzuelo. Para bien o para mal, mi supervivencia se definiría día a día.

Mi primera incursión en el espeso bosque que había al otro lado del arroyo fue para buscar frambuesas. Sabía que todavía era muy pronto para encontrar esos frutos, pero quería asegurarme de que tendría bayas cuando llegara el mes de julio. Río arriba y no lejos de la cabaña, localicé una zona donde el agua era poco profunda, con cuatro rocas como caparazones de tortuga que permitían cruzar a la otra orilla. Cogí un palo con forma de bate de béisbol para protegerme, pero lo que me asaltó cuando di los primeros pasos en el bosque no fueron hipotéticos enemigos, sino fragancias. El embarazo me había aguzado tanto el olfato que a veces me sentía como una loba, capaz de percibir cualquier rastro oloroso. En el bosque reinaba un intenso olor a pino, a almizcle y a hojas en descomposición. Hasta las piedras olían a metal y a musgo. Era una mezcla extraña pero no desagradable. Inspiré hondo y continúe.

Me desanimé en cuanto me adentré un poco más en el bosque. El suelo continuaba cubierto por una crujiente capa de nieve que en algunos lugares me llegaba hasta los tobillos y en otros, hasta las rodillas. Los altos pinos, anchos, negros y espesos, impedían que el sol derritiera la nieve acumulada. Me percaté de que, a aquella altitud, no encontraría nada comestible hasta pasados varios meses. Incluso era probable que los brotes de las semillas que me había traído de casa seguramente se congelaran y murieran si los plantaba antes de mediados de mayo. Entonces comprendí por qué me había costado tanto excavar la letrina: el suelo no estaba duro, sino congelado. Aparté un poco de nieve con la punta de la bota. Pisoteé la tierra e intenté clavar el palo, pero el suelo era duro como una roca.

Derrotada, me senté en un tocón y suspiré. Miré a mi alrededor y

escudriñé las capas de vida y de muerte suspendidas en la gélida quietud de la penumbra; sólo se oía el trino de los pájaros. Había palos de diferentes grosores desparramados entre rocas, hojarasca y piñas. Enormes troncos de corteza rojiza se alzaban hacia el dosel de ramas. Por todas partes había árboles primerizos que pugnaban por vivir: algunos eran tan pequeños que apenas asomaban sus erizadas cabezas entre la hierba rasa y la nieve, y otros emergían del centro de los troncos en descomposición como crías de un vientre abierto. Había belleza en aquel caos. Allí cada elemento ejercía su función en el ciclo eterno de la vida. Me sentí pequeña e innecesaria, pero no rechazada.

Me levanté y seguí caminando por la nieve, adentrándome cada vez más en el bosque; el crujir de mis pasos resonaba en el silencio. Mientras buscaba cualquier cosa que más adelante sirviera de alimento para mi hijo y para mí, mi bebé se removía en mi interior, nadando en mi útero con más energía que nunca y haciéndose más presente. Por primera vez me dio una leve patada, y me reí y me froté la barriga a través del jersey de lana, convencida de que estaba acariciando la suave e inmaculada planta del pie de mi hijo (más tarde sabría que mi bebé era un niño). Retiró el pie y me dio otra patada, y yo volví a reírme de nuestro juego. Al fin y al cabo, no estaba realmente sola en aquel bosque ignoto.

El tiempo cambia muy deprisa en la montaña. Yo lo sabía desde pequeña y había aprendido a leer las señales del cielo del mismo modo que leía los libros de texto de la escuela. Veía cómo se acercaba y se oscurecía una tormenta y sabía calcular con exactitud en qué momento debía salir del melocotonar o de los corrales o incluso de Main Street para entrar a toda prisa por la puerta de la cocina en el preciso instante en que el primer trueno hacía temblar el valle. Pero todo cuanto yo creía saber sobre el cielo y la tierra se puso a prueba en cuanto me sumergí en aquellas montañas, y fue como si tuviera que aprender a leer de nuevo.

La tormenta comenzó con una ráfaga de viento que sacudió los pinos más altos. Las copas empezaron a oscilar como gigantes ebrios incluso antes de que yo apreciara ni el más leve soplo de brisa. Los pájaros dejaron de piar, lanzando una advertencia que no entendí. Y a

continuación, todo lo que había a mi alrededor y el bebé que estaba dentro de mí se quedaron completamente quietos.

Un súbito vendaval se alzó del suelo del bosque y formó una marea transparente que doblaba los pinos más jóvenes y esparcía tierra y hojas por el aire. El viento me golpeó en la cara con la fuerza de un bofetón. Era frío y húmedo, y de pronto intuí lo que se avecinaba, antes incluso de que las negras nubes taparan por completo el cielo y transformaran el mediodía en noche. Me di la vuelta y, guiándome por mis propias huellas, eché a correr, saltando sobre rocas y árboles caídos; perdí el palo, resbalé en la nieve, me levanté, seguí corriendo y volví a resbalar. El hielo que cubría la nieve menos reciente me cortaba la palma de las manos y me rociaba la cara cada vez que tropezaba. Me enfadé conmigo misma por haberme alejado tanto de la cabaña y por haberme dejado cautivar en exceso por la calma del entorno, una calma que yo sabía que podía cambiar en cuestión de segundos. Cuando por fin llegué a la linde del bosque, me golpeó un viento furibundo y cargado de lluvia. Avancé contra él y crucé el arroyo a toda prisa en dirección a mi campamento, pero el pánico me hizo resbalar en la última piedra del pasadero y metí un pie en las gélidas aguas.

Los truenos retumbaban en el cielo. Intenté coger el cazo lleno de alubias que había dejado en remojo junto al hoyo para el fuego, pero, cuando lo hice, la furia de la tormenta se desató en forma de lluvia torrencial y casi horizontal. El cazo se me cayó de las temblorosas manos y mi valiosa comida se esparció como guijarros por el barro. Un rayo hendió el cielo, y al instante lo siguió otro destello blanco, y luego otro. Los truenos se sucedían sin parar. Luché contra aquella lluvia fría, tambaleándome y resbalando por el barro hasta que por fin me arrastré por el extenso charco que se había formado junto a la entrada de la cabaña y me lancé al interior. Mis manos, congeladas y temblorosas, apenas lograron agarrar la piel de ciervo y tapar con ella el umbral.

La lluvia aporreaba la cabaña y pronto empezaron a aparecer goteras por todas partes en el oxidado techo de hojalata. Me apresuré a recoger toda el agua que pude en las pocas latas vacías que había

guardado, pero aun así seguía habiendo goteras. En el suelo de tierra, bajo mis pies fríos y mojados, fueron apareciendo círculos oscuros de barro marrón cada vez más amplios.

El aguacero se volvió ensordecedor, como si millones de monedas estuvieran golpeando contra el tejado de hojalata y contra la única ventana de la cabaña. Los relámpagos iluminaban el exterior al otro lado del cristal e inmediatamente los seguían unos truenos tan violentos que hacían temblar mi corazón. De repente, como si alguien hubiese apretado un gatillo, caí de rodillas. Mi cuerpo se plegó; mis antebrazos y mi cara se hundieron en el suelo enfangado. La dura bola que ahora era mi vientre, mi bebé, chocó contra mis muslos. No podía moverme, sólo temblar. Me había invadido una pena abrumadora y paralizante, como si aquella oscura tormenta hubiese impregnado mi interior con la misma intensidad con que se había apoderado del cielo vespertino. ¿Cómo se me había ocurrido creer que podría sobrevivir en las montañas? ¿Sólo porque llevaba toda la vida viendo el perfil de aquellas crestas?

Empapada y tiritando de frío y de miedo, comprendí que el horizonte no era mi hogar. Yo no estaba hecha para vivir allí.

Segundos antes de perder el conocimiento, un grito surgió de mi interior, más fuerte que la implacable cacofonía de la tormenta; un grito que anunciaba con una claridad aterradora lo que ya no podía seguir negando: que mi plan nunca funcionaría.

11

Lo que recuerdo con mayor claridad de mi despertar a la mañana siguiente es el alegre coro de pájaros que había sustituido los rugidos de aquella terrible tempestad. Al principio me sentía atontada y no sabía muy bien dónde estaba, pero reconocí el largo trino de los tordos alirrojos, el triple arrullo hueco de una tórtola moteada y el barullo de los carboneros, los pinzones y los gorriones que estaban fuera de la cabaña.

Me acordaba vagamente de haber despertado en el suelo enfangado de madrugada y haber recobrado los sentidos lo suficiente como para quitarme las botas y los calcetines mojados y trepar a la cama, donde, por fortuna, me esperaba el montón de mantas. Mientras el canto de los pájaros me devolvía a la realidad, me acurruqué aún más bajo el calor de aquellas mantas. Me froté el vientre en busca de señales de vida y sentí un alivio enorme cuando mi bebé me dio tres débiles patadas.

Tenía la piel de los brazos y de la frente áspera y tirante, recubierta de barro seco. Notaba las orejas y la cabeza heladas. Añadí un gorro de lana a la larga lista de cosas que había olvidado traerme o no había querido robarle a papá, o en las que no se me había ocurrido pensar o que simplemente no habría podido transportar: una pala más grande, una lona, un cubo, papel y lápiz, una escopeta.

Estaba pensando en todos los enseres sin los que tendría que aprender a vivir cuando volví a oír aquella voz, la misma que había oído la noche anterior, la clara y sombría premonición de que mi plan nunca funcionaría.

Mi plan nunca funcionaría.

Me sentía ridícula y tenía miedo; estaba atrapada por mi propia estupidez tanto como por las brutales circunstancias. Necesitaba vaciar la vejiga, pero no podía levantarme y enfrentarme a lo que me

esperaba fuera del amparo de las mantas. Aquel sitio no era para mí, ningún sitio lo era, y no tenía ni idea de qué debía hacer.

Recordé la lejana mañana en que, por primera vez, había despertado huérfana de madre. Me había pasado toda la noche soñando con el coche patrulla del sheriff Lyle y con mi padre derrumbándose en silencio en el jardín. Abrí los ojos siendo consciente de que ni mi madre, ni Cal, ni mi tía estaban en casa; siendo consciente de que no estaban en ningún sitio y de que eso era irremediable. La dorada luz de la mañana que entraba en mi dormitorio resultaba insufrible, así que hice lo único que supe hacer con apenas doce años: salté de la cama, me metí en el armario y me encerré allí a oscuras.

Al cabo de unas horas Seth me encontró, pero me dejó en paz. Luego Cora Mitchell intentó convencerme de que saliera, pero no cedí. Papá no apareció. Supuse que él estaría al final del pasillo, en su propio armario, escondido en la oscuridad con olor a naftalina, igual que yo. Por la tarde alguien dejó un plato de comida frente a mi puerta, y el olor era demasiado tentador para que una niña hambrienta como yo se resistiera. Titubeante, salí de mi escondite y probé aquel guiso. Tenía un sabor que no me resultaba familiar, seguramente lo había cocinado y ofrecido a mi familia algún vecino compasivo. Así que comí, al principio con delicadeza, pero después engullendo bocados abundantes. Me odié a mí misma por ello, por alimentarme, por seguir viva, pero no podía evitarlo. Una fuerza superior me impulsaba hacia delante: primero me abrió aquel apetito primitivo, después despertó en mí la curiosidad que me hizo salir de mi dormitorio y bajar la escalera, y poco a poco me hizo adoptar una rutina y asumir las funciones de mi madre como cuidadora de la familia. En realidad no elegí nada de eso, sino que sucumbí a la necesidad.

De forma parecida, tampoco sabía si iba a funcionar mi plan de llevar adelante el embarazo en las montañas y traer al mundo a mi hijo, el hijo de Wil, pero, en cualquier caso, sabía que debía continuar. Necesitaba vaciar la vejiga. Necesitaba comer. Del mismo modo que me había adaptado a una vida sin madre, me adaptaría a una vida en

la que yo sería la madre. Escucharía la llamada de la necesidad. Me pondría en pie.

Cuando aparté la piel de ciervo y salí a la mañana fría y repleta del canto de las aves para hacer mis necesidades no muy lejos de la cabaña, parecía que la tormenta nunca hubiese existido. El prado se extendía ante mí, húmedo e inmóvil. La primavera empezaba a desplegarse en cada nueva hoja, yema y capullo. El sol naciente iluminaba la punta de las cumbres que me rodeaban con un resplandor tan suave como la mantequilla batida a mano. La falda de las montañas y el valle permanecía umbría, aguardando con paciencia a que la luz alimentara sus zonas de vegetación, secara el barro y derritiera los restos de nieve. Inspiré hondo aquella calma, la contuve en los pulmones, tensos como globos, y la solté poco a poco.

Con sorprendente rapidez, pedazo a pedazo, el radiante disco solar asomó por detrás de la cresta irregular de una cumbre, hacia el este, y extendió su pálida luz por el valle. Llegó primero a la zona en la que estaba yo y me bañó en un calor sutil, reflejándose en las gotitas que colgaban de las hojas y de los tallos que me rodeaban, iluminando los diminutos insectos que revoloteaban en torno a mí y haciendo brillar las telarañas que sólo unos segundos antes eran invisibles. El sol acarició la blanca corteza del álamo y las incipientes ramas rojizas del espeso laberinto de sauces que bordeaba el arroyo. La luz avanzaba centímetro a centímetro. Pasados unos minutos, el lecho entero del valle había despertado y ofrecía todos los tonos posibles de la primavera, rendido al amanecer y a la fiesta del canto de los pájaros.

Cuando el sol ascendió por detrás de las crestas y liberó todo su calor y luminosidad, levanté la barbilla para recibirlo en la cara. El avance implacable del amanecer me obligaba a admitir que se me había concedido un día más. Tal vez mañana me ofreciera otro.

En contraste con la desesperación que me había provocado la tormenta de la noche anterior, la mañana se presentaba llena de posibilidades. Quizá mi plan estaba destinado a fracasar, pero bajo la cálida luz del alba parecía igualmente probable que funcionara. Los pájaros seguían con su cháchara, y ahora saltaban, se lanzaban en picado y revoloteaban por todas partes. Su jolgorio me infundió una

pizca de optimismo.

Allí seguí, día tras día, y poco a poco empecé a relajarme; mi temor fue dando paso a cierta confianza. Tardé en sentirme cómoda, por supuesto; y muchas veces, cuando ya comenzaba a tranquilizarme, un ruido u otra tormenta me asustaban y me hacían perder el terreno ganado. Pero pronto comprendí que había algo aún más importante que plantar semillas, excavar la letrina o establecer una rutina cotidiana: necesitaba calmar mi mente. El miedo y la inquietud no alterarían ni el resultado de mi situación ni el de mi destino. Tal vez el horizonte no fuese mi hogar, pero al final encontré la forma de quedarme allí.

Con el tiempo empecé a contemplar el crepúsculo con otros ojos y, cuando lo veía extenderse por el prado, me parecía más hermoso que amenazador. La mayoría de los sonidos y silencios ya eran sólo eso; dejaron de significar una amenaza y acabaron componiendo la música de fondo de mi día a día. A lo largo del primer mes fui forjando una frágil camaradería con el bosque. Cada vez me sentía más en sintonía con el ritmo que siguen todos los seres vivos guiados por el instinto y por hábitos milenarios. También mi vida estaba marcada por la salida y la puesta del sol, por los dictados del frío y del calor, por el hambre y la necesidad de dormir, por el espectáculo de las tormentas y por la negrura o la luminosidad de las noches, según el ciclo de la luna.

En cuanto la tierra se descongeló, terminé de excavar la letrina. Metí la comida que podía atraer a los osos en mi mochila y la colgué de una rama alta de un álamo en la parte más alejada del campamento, como habría hecho Wil. En la zona de la cabaña orientada al sur, la más caliente, planté las semillas que había recogido del huerto el otoño anterior. Bebía el agua del arroyo, que sabía a piedras de río, y me la echaba, fría y prístina, por el cuerpo desnudo. Me detenía a admirar el mundo: el absoluto silencio de un zorro que pasaba corriendo; la perfecta simetría del dique de los castores; la nube de confeti que formaban las mariposas cuando se abrían los primeros capullos y ofrecían su néctar; el desfile diario de las grullas canadienses que emigraban y sabían exactamente adónde debían ir... Recogí y corté montones de leña; tejí una red holgada y la

sumergí en la balsa de los castores para atrapar a alguna que otra trucha despistada. Hice una silla tallando un tronco con el hacha y casi todas las noches me sentaba en ella, envuelta en una manta, y observaba la puesta de sol mientras los sonidos del bosque iban apagándose; contestaba a la lechuza que ululaba todas las noches pero a la que nunca veía, y admiraba las estrellas que, una a una, iban apareciendo en el negro firmamento. En las noches sin luna, contemplaba la impresionante nebulosa de la Vía Láctea y, como nunca había estudiado astronomía y no sabía los nombres de los planetas ni de las formas que las estrellas dibujaban en el cielo, me inventaba mis propias constelaciones: manos en oración, flor de melocotón, cola de cerdito, trompeta.

Sumidos en esa cadencia eterna, y como contrapeso al progresivo debilitamiento de mi miedo, mi hijo y yo íbamos creciendo. A finales de mayo tenía la barriga redondeada y tensa como un melón, y el resto del cuerpo exuberante, fecundo y sorprendente. Entretanto mi hijo se estiraba, daba golpes y se retorcía dentro de mí.

Una noche, mientras las nubes abrazaban el valle, mi hijo nonato y yo nos acurrucamos en nuestro nido de mantas e imaginé que los animales del bosque hacían lo mismo: se preparaban un lecho y se acurrucaban en su calor. Pensé que otras madres del bosque también debían de estar notando las patadas de sus hijos, y que algunas más estarían meciendo, amamantando y protegiendo a su prole del mismo modo que lo haría yo. Pensé en la cantidad de vidas que comenzaban, se conservaban y terminaban en torno a mí, desde el oso más grande hasta el insecto más diminuto, pasando por la semilla, el capullo y la flor. Allí, en el bosque, no estaba sola. Estaba segura de que eso era algo que Wil siempre había tratado de explicarme. Me rodeé suavemente el redondeado vientre con los brazos, envolviendo a mi bebé pero también algo más: una inmensidad indescriptible de la que sentía que formaba parte.

Recordé la cantidad de noches que, en la granja, había intentado conciliar el sueño mientras Seth y Og discutían en el piso de abajo o los amigos de mi hermano aceleraban el motor del descapotable, borrachos, y se gritaban unos a otros en el jardín. Recordé lo que

había intentado olvidar: las veces, no muchas, en que había despertado en mi dormitorio al oír que se movía el picaporte de la puerta en la oscuridad —algún amigo de Seth, o quizá el propio Seth, comprobando si la puerta estaba cerrada con llave, sucumbiendo a un desafío, a un deseo descabellado o a una debilidad siniestra y desesperada—, y luego unos pasos que se alejaban arrastrándose, vencidos y evitados.

Mientras conciliaba el sueño en mi nuevo hogar del bosque entretejido en un gran tapiz misterioso, el único sonido que buscaban mis oídos era el constante latido de miles de corazones y la respiración de miles de vidas que transcurrían junto a la mía. Me di cuenta de que jamás había tenido menos miedo.

12

Junio llegó cargado de promesas.

Subió la temperatura y el cielo estaba casi siempre despejado. Había más horas de luz y, liberada de las tareas domésticas y de los trabajos de la granja —y de la obligación de poner tres comidas en la mesa—, los días me resultaban asombrosamente largos. Los ratos que pasaba sentada en el prado o paseando por el bosque, absorta en mis pensamientos y en mis observaciones, me parecían cada día más relevantes y menos extraños y ociosos.

Aparte de algunas truchas pequeñas, no tuve suerte encontrando comida, pero en una ladera orientada hacia el sur abundaban las frambuesas, que ya estaban madurando, y en mi huerto empezaban a brotar las hojas, así que sabía que en julio y agosto podría alimentarme. Aunque todavía no había atrapado ningún conejo ni ningún urogallo en la trampa que había fabricado, tenía la esperanza de que mis habilidades mejorarían con la práctica y la necesidad.

Un día, a la hora violeta del crepúsculo, estaba sentada, inmóvil, al borde de un pequeño prado cercano, y observaba mi trampa, una jaulita que había construido con ramas e hilo colocada sobre un palo con forma de Y, inclinada y con un cebo de flores de trébol en el interior. Esperé con tenacidad, o quizá con ingenuidad, fiel a mi método. Los murciélagos revoloteaban por encima de mi cabeza y atrapaban polillas al vuelo. Los ruidos nocturnos, entre ellos el de los grillos, iban intensificándose poco a poco. De pronto apareció una cierva en el extremo opuesto del prado. Salió de entre los álamos, caminando de puntillas. Estiró el cuello, sorprendida. Parpadeó y pisoteó un poco el suelo, sin saber qué pensar de mí. Sus negros ojos brillaron y volvió a parpadear; luego agitó la blanca cola en señal de indecisión. Inmóvil como una estatua, yo me quedé mirándola. Había visto muchos animales desde mi llegada —ardillas terrestres, ardillas

de árbol y ardillas listadas; marmotas, conejos, puercoespines, zorros y hasta un coyote solitario que cazaba en un campo y algunas manadas de ciervos y alces que recorrían las laderas—, pero aquella cierva era la primera que se interesaba tanto por mí como yo por ella. Nos miramos fijamente durante un buen rato.

La cierva se dio la vuelta con elegancia y se fue brincando por donde había venido. Al cabo de unos segundos volvió a aparecer, esta vez seguida por una delicada cervatilla de pelaje moteado. Me quedé contemplando boquiabierta su sencilla belleza, y ellas me miraron en perfecta simetría. La cervatilla se acercó más a su madre, pisando con cuidado y sin hacer ruido. Cruzaron el prado con movimientos fluidos, una al lado de la otra, antes de perderse entre la vegetación. De repente las hojas de los arbustos por los que había visto salir a la cierva se movieron de nuevo. Me preparé para ver aparecer a un depredador en busca de su presa, pero lo que apareció fue otro cervatillo, más pequeño y aún más delicado que la primera. Corrió por el claro para alcanzar a su madre y a su hermana, tan escuálido y confiado que me enternecí.

Al cabo de unos días volví a ver a la cierva, también al anochecer. Su cervatilla favorita iba a su lado y el más flaco las seguía un poco rezagado. En esta ocasión el trío se aproximó con cautela al arroyo que discurría cerca de la cabaña. Al día siguiente volvieron a ponerme a prueba, y a partir de entonces solían acercarse a mi campamento por la noche para beber. Yo sentía camaradería en la confianza que me demostraban, y también un cierto alivio cada vez que veía salir al cervatillo más débil de entre los arbustos, decidido a seguir a su familia.

El mes avanzaba paso a paso: un despertar, una hoguera, un cazo de gachas de avena, un paseo por el bosque, un intento de conseguir comida, una puesta de sol, una lata de judías, un anochecer. Recogí ramas caídas del bosque y construí con ellas una precaria valla alrededor de mi huerto. Regaba los brotes de hortalizas con agua del arroyo que recogía con la cantimplora y todas las noches las cubría con una manta para protegerlas de la escarcha.

Cuando recuerdo el mes de junio de 1949, me veo con diecisiete

años sentada en la orilla del arroyo después de bañarme, desnuda, con el sol derramándose por mi joven cuerpo como la miel caliente, el vientre convertido en un globo pálido y misterioso y los pechos orondos y extraños. Mi bebé daba volteretas dentro de mí, y yo notaba sus patadas en el corazón. Los girasoles, los altramuces morados y las rosas silvestres de un rosa pálido adornaban las laderas de las montañas. De las charcas del arroyo brotaban altas espigas de color magenta, y cada tallo era un circo diminuto de rosadas cabezas de elefante que elevaban la trompa hacia el sol. Cazaba saltamontes sólo para estudiar sus diminutas mandíbulas aserradas. Conté una docena de mariposas de diferentes colores. Una delicada felicidad se abría paso en el barro de mi dolor con la misma precisión con que el bosque estival florecía después del invierno.

A finales de junio, sin embargo, mis fuerzas empezaron a debilitarse. Y peor aún: aparecieron los antojos. Aunque llevaba dos meses alimentándome de forma precaria, hasta entonces había tenido comida suficiente. Hacía un inventario de mis alimentos todos los días —interpretaba como un veredicto el número cada vez menor de latas que había en la esquina de la cabaña, así como el peso decreciente de mi mochila cada vez que la descolgaba del árbol— e intentaba comer lo menos posible para ahorrar mis reservas. Llegó julio, cálido y seco; la cecina y los huevos encurtidos se me habían acabado hacía ya mucho, y las latas de comida se estaban terminando, pero en mi pequeño huerto ya maduraban las verduras y los guisantes, y pronto vendrían las remolachas y las coles y, por último, las patatas y las zanahorias. En la balsa de los castores nadaban truchas pequeñas y gruesas truchas arcoíris. Las frambuesas maduraban poco a poco. No estaba preocupada.

El deseo de comer alimentos a los que no tenía acceso comenzó de forma sutil. Una noche, sentada en el tocón que hacía las veces de silla, estaba tejiendo rectángulos de algodón para utilizarlos como pañales. El sol descendía tras unas nubes estriadas de color rosa y gris, y mientras esperaba a que llegara la familia de ciervos, me acordé del jamón asado de Navidad de mi madre. Papá mataba un cerdo de vez en cuando, cada pocos meses, de modo que comíamos mucha carne de

cerdo a lo largo del año. Pero el jamón de Navidad de mi madre era especial: asaba la pieza entera y la glaseaba con azúcar moreno, y el jugo era dulce y espeso como la melaza. Curiosamente, era ese jugo lo que más añoraba, o incluso la grasa. Imaginé que cortaba la pieza de panceta, densa y grasienta, y que me metía un trozo tras otro en la boca. Cuando recobré el sentido, me sentí ridícula. Hacía años que no se servía un jamón así en nuestra mesa, y a mí nunca me habían gustado las partes con grasa.

Al día siguiente tuve un antojo de pollo frito, y esa misma semana no pude parar de pensar en el jugo de la carne asada. Lo imaginaba oscuro y espeso, rebañado con un poco de pan o ingerido simplemente a cucharadas. Me comí los primeros guisantes, minúsculos, del huerto, pero a pesar del cuidado con que los había tratado y de las esperanzas que había depositado en ellos, no me satisficieron. Recogí frambuesas amargas que todavía no estaban lo bastante maduras y soñé que me las comía con nata. Estofado de alce, codillos de jamón, gruesas lonchas de beicon, hojaldre chorreante de mantequilla, rodajas de patata cubiertas de queso... Sólo pensaba en comida, y cada vez era peor. Día y noche soñaba con ella con un anhelo tan intenso que me hacía salivar y, en más de una ocasión, me echaba a llorar cuando la fantasía se desvanecía y me devolvía a mi famélica realidad. El hambre no era muy distinta del deseo que había sentido por Wil la primera vez que había ido con él a aquel lugar. Sabía que necesitaba controlar mis pensamientos, pero en ese momento me resultaba sencillamente imposible.

Llevaba unos días sin tener suerte pescando truchas, y de repente sentí una necesidad imperiosa de atrapar una. Durante cuatro días lancé mi red hecha a mano en la balsa de los castores, arrodillándome como podía pese al impedimento de mi barriga, aunque lo único que saqué del agua fueron juncos muertos. Cada vez que la red salía vacía, el pánico se apoderaba de mí. Al final vi un destello de escamas irisadas en la balsa iluminada por el sol y lancé la red. La trucha que pesqué no era gran cosa —apenas medía veinte centímetros—, pero me la llevé corriendo al campamento, la destripé, la ensarté con impaciencia y la asé brevemente sobre las ascuas de la hoguera que

había encendido por la mañana. La devoré en pocos segundos, incluidas las espinas. Algunas se me clavaron en la garganta y tuve que toser y hacer gárgaras para escupirlas. Y aun así tenía ansias de más, incluso de más espinas, en especial de más espinas. Ahora comprendo que me estaba muriendo de hambre.

Aparte de aquellos antojos, también me preocupaban el cansancio, los dolores y los repentinos calambres que tenía en el vientre. Todo eso hacía que las tareas cotidianas, como ir a buscar agua o recoger leña, me resultaran cada vez más arduas. Cualquier mínimo esfuerzo, como el de agacharme para colocar las astillas y encender el fuego, me obligaba luego a sentarme para descansar. Cuando las primeras frambuesas que tanto anhelaba maduraron por fin y se convirtieron en dulces joyas, me arrastré pendiente arriba para arrancarlas y engullirlas hasta que no quedó ni una. Al emprender el camino de regreso, sin embargo, las piernas apenas me sostenían; llegué a la cabaña y me acosté, y ya no tuve fuerzas para volver a subir a buscar más bayas.

Me había crecido tanto la barriga que cada gramo del resto de mi cuerpo parecía relegado a la tarea de soportarla. Tenía las piernas y los brazos atrofiados. Me dolían los pies. Cuando me tumbaba en la cama me dolía la espalda. Si me sentaba, me dolían las tripas y la vejiga. Al ponerme en pie me dolían las caderas, y cuando caminaba sentía que en cualquier momento iban a desencajarse.

Una noche sin luna —no estoy segura de si era a finales de julio o a principios de agosto, porque había dejado de hacer muchas cosas que no eran imprescindibles, como llevar la cuenta de los días marcándolos en la pared de la cabaña— me puse a dar vueltas y más vueltas en la cama en busca de una posición cómoda, a la vez que trataba de ahuyentar de mi mente los antojos y los pensamientos inquietantes. Cuando llevaba horas así, me levanté presa de la frustración, sin saber adónde ir ni qué hacer para aliviar mi incomodidad. Encendí una vela, me puse el jersey más grande que le había birlado a Og y salí de la cabaña a la fría y negra noche. Millones de estrellas parpadeaban por encima de mí, pero apenas me fijé en ellas, pues estaba desesperada por encontrar un poco de alivio. Me

sentí atraída hacia el huerto. Me arrodillé y arranqué la primera remolacha. Era minúscula, del tamaño de una uva, pero me la comí, y con ella la tierra que tenía adherida y un buen trozo de tallo. Arranqué otra, y luego otra; era consciente de que estaba destrozando la cosecha, comiéndomela antes de que tuviese ningún valor, pero no podía parar. La tierra crujía entre mis dientes, era una sensación insoportable y, al mismo tiempo, agradable, y al poco rato, inexplicablemente, me estaba metiendo puñados de tierra en la boca. Sabía que aquello era descabellado, pero algo me decía que era lo correcto. Rompí a llorar abrumada por la confusión. Mis lágrimas salaban la tierra que yo recogía con la lengua de la sucia palma de mis manos. El bebé pataleaba con furia, como pidiéndome más.

Cuando me levanté para volver al calor de la cabaña, avergonzada y desconcertada por lo que acababa de hacer, se me tensó todo el vientre. La contracción empezó como algo pequeño y reconocible; después se intensificó, extendiéndose y apretando cada vez más, hasta que toda la barriga se tensó y se puso rígida y pensé que me iba a desmayar. Entré como pude en la cabaña y alcancé la cama. Al cabo de unos segundos, el dolor y la tirantez se redujeron. Pese a mi ignorancia sobre el parto, reconocí que aquello era la primera contracción. Estaba muerta de miedo. Cuando por fin me dormí, soñé que buscaba algo que no encontraba. Desperté con la ropa interior y la cama mojadas, y con los muslos pegados el uno al otro por la humedad.

Dicen que el alumbramiento va acompañado de una amnesia compasiva, y quizá sea cierto, porque no recuerdo muchos detalles del nacimiento de mi hijo. Pero recuerdo esto: sabía que estaba demasiado débil para hacer lo que tenía que hacer, y sin embargo comprendí que debía hacerlo de todos modos.

Las contracciones fueron intensificándose a lo largo de los días, y yo cada vez estaba más embrutecida y asustada. Lo que más temía era la inevitabilidad del parto: era como si me hubiese montado en un semental salvaje y no tuviese más remedio que cabalgar hasta que el animal me tirara al suelo. Dejé de pensar en la comida. Mi entorno desapareció. Ya sólo había cuerpo, malestar y tirantez. Cuando el

dolor se tornó insoportable grité, resoplé y me arrodillé en medio de mi campamento, y, en cuclillas, empecé a mecerme como un miserable animal. Estaba segura de que mis caderas iban a desencajarse y a salir despedidas cada una en una dirección, pero, no sé cómo, había conseguido reptar hasta mi cabaña una vez más. No recuerdo haberme quitado la ropa, pero al poco rato me encontraba desnuda y en cuclillas en el suelo de tierra, sujetándome al borde de la cama.

Recuerdo que me llevé una mano temblorosa a la entrepierna y toqué la coronilla de una cabeza diminuta. No recuerdo tirar de las mantas de la cama y ponerlas en el suelo debajo de mí; no recuerdo la serie de empujones que hicieron salir al bebé de mis entrañas. Recuerdo vagamente caer de rodillas y levantarlo, resbaladizo como una anguila, y llevármelo al pecho, con nuestros cuerpos todavía conectados por el cordón umbilical, morado y pulsante.

Lo único que recuerdo con claridad de la llegada de mi hijo a este mundo es que no se movía.

Era diminuto y parecía exánime como un muñeco; tan sólo se movía porque mis manos temblaban sin parar. Me devané los sesos tratando de reconciliar la realidad con lo inconcebible. La poderosa fuerza vital que pataleaba continuamente para que la liberasen se había esfumado. Yo sabía que tenía que hacer algo para salvar a mi bebé, pero sólo era una chica ignorante que vivía aislada en las montañas y que no tenía ni idea de lo que debía hacer. «Claro que tu bebé se va a morir», pensé, delirante y angustiada. Y estaba segura de que yo, debilitada y exhausta, con la sangre resbalando por mis piernas, tampoco tardaría en hacerlo. No se me ocurrió otra cosa que ponerme a gritar.

—¡Tienes que vivir! —grité, quizá dirigiéndome tanto al bebé que tenía en el regazo, inerte y azul, como a mí misma—. ¡Tienes que vivir! —repetí entre sollozos, una y otra vez, como si aquellas palabras pudiesen revivir a los muertos.

Pero entonces, lo juro, Wil apareció a mi lado. Recostó a mi hijo en la curva de mi brazo. Me cogió la mano que tenía libre y juntos empezamos a frotarle el pecho al pequeño, como Wil había hecho con el cachorro inerte de Ruby-Alice. Primero suavemente, y después con

más energía y decisión, Wil guió mi mano y me hizo frotar el pecho del bebé a la altura del corazón; luego le dio la vuelta y le acarició la espalda suave como una pluma; lo volteó de nuevo y siguió frotándolo y pidiéndole que regresara a la vida. Por último, le sopló en los diminutos labios azules. Pero nuestro bebé no despertaba.

Wil no se rindió. Utilizando la palma de mis manos, dibujó rápidos círculos en el pecho del bebé, sobre el fino relieve de las costillas, sobre su piel amoratada y suave como el terciopelo. De pronto, como si un interruptor se hubiese activado de forma abrupta y misteriosa, el bebé abrió la boca y respiró. Fue un sonido áspero, grave, carrasposo y sorprendente. Coloqué a mi hijo boca abajo y empecé a darle palmadas en la espalda para desatascar sus pulmones, y al ver que eso no funcionaba, lo coloqué de nuevo boca arriba y limpié con los dedos la mucosidad que obstruía su diminuta boca, toda ella encías. Volvió a respirar, débil e indeciso. Llevé su boca a la mía y aspiré intensamente, escupí la mucosidad, volví a juntar nuestras bocas e inhalé, haciendo brotar la vida como el sol hace brotar las semillas de la tierra.

El primer llanto de mi hijo fue lo más hermoso que yo había oído jamás. Me volví hacia Wil con una sonrisa de sorpresa en los labios, y me desconcertó no encontrarlo a mi lado. Segundos antes, él estaba allí ayudándome a salvar a nuestro hijo; ahora, sin embargo, la única presencia de Wil era el propio bebé, que empezaba a adquirir un color rosado y a llorar. Lo acurruqué contra mi pecho con una mano y con la otra tiré de una de las mantas de la cama. Lo limpié y lo envolví, arrullándolo para calmar su llanto. Sabía que debía cortar el cordón umbilical, pero lo único que podía hacer era aferrarme a mi hijo y mecerme adelante y atrás, llorando de felicidad, incredulidad y gratitud. Mi bebé estaba vivo. Tal vez yo no fuese tan necia como creía, pues había creado una nueva vida y la había traído al mundo.

Cuando el pequeño abrió sus hinchados ojitos y me miró con curiosidad por primera vez, sentí un asombro incomparable. Durante meses había creído que el ser que crecía dentro de mi cuerpo era un desconocido, una criatura misteriosa o una merecida compensación. Jamás había imaginado que sería alguien a quien reconocería desde

algún lugar profundo e innombrable de mi propio ser, este bebé con estos ojos oscuros, extrañamente familiares.

Frunció sus minúsculas cejas y nos miramos sin parpadear, como dos almas que vuelven a conectarse tras haber estado muy lejos, en distintos universos.

13

La primera vez que amamanté a mi bebé, tras el dramatismo y la euforia de su nacimiento, la leche que brotó de mi seno era grasa y amarilla como la mantequilla. Sentí un fuerte dolor en el pezón, la señal para que mi útero expulsara la placenta. Cogí mi cuchillo y corté el cordón umbilical, del que salió un chorro de sangre; lo até con un trozo de hilo amarillo de mi bolsa de costura y confié en que todo saliera bien. Sin detenerme a recoger el revoltijo que había dejado en el suelo de la cabaña, me subí a la cama y me acurruqué con mi hijo bajo las dos mantas limpias que quedaban. Me preocupaba que los olorosos fluidos del parto atrajesen a algún animal, pero no tuve fuerzas para levantarme y limpiarlos. Contemplé maravillada la perfección de mi bebé mientras él succionaba: los labios, la nariz y la frente impecables; el exquisito rizo de cada oreja; los ojos oscuros y contemplativos, como los de su padre. Supuse que su apellido sería Moon, y le susurré apodos como Cara de Luna o Pastel de Luna, o el que al final se le quedó, inspirado en la canción «Blue Moon» y en las montañas Big Blue: Baby Blue. Tras el alumbramiento me sentía exhausta, pero también sumamente agradecida: por verlo respirar, por tener leche, por haber superado aquel suceso aterrador, por sostener un trozo de Wilson Moon en los brazos. Dormimos varios días seguidos en el recinto sagrado que había acogido la llegada al mundo de una nueva vida. En algún momento de aquel período de sopor, se me hincharon los pechos y se me pusieron muy calientes, y temí que estuviera pasándome algo gravísimo, pero la leche seguía fluyendo, ahora blanca y cremosa.

Aun así, las pocas fuerzas que me quedaban pronto se redujeron, y con ellas, el único alimento que podía ofrecerle al bebé. Carecía de la energía necesaria para ir a pescar. Aunque hubiese podido subir la ladera donde crecían las frambuesas, ahora merodeaban demasiados

osos por allí. Había consumido todas mis provisiones y sólo contaba con la pequeña cosecha diaria del huerto, que todavía no había madurado del todo: verduras de hoja verde y guisantes —había sido muy poco inteligente al plantar coles y tubérculos de crecimiento lento—, unas zanahorias escuálidas, unas patatas diminutas y las pocas remolachas que quedaban, más pequeñas que los azulados puños de Baby Blue. Estaba tan desesperada que, cuando por fin envolví la placenta en una de las mantas y la arrastré tan lejos del campamento como me permitieron mis débiles fuerzas, me planteé comérmela poco a poco, como sabía que hacían algunos animales. También se me ocurrió beber mi propia leche recogiéndola en una mano ahuecada, aunque descarté ambas posibilidades, considerando que significarían mi caída definitiva en la brutalidad. Tendría que apañármelas con el huerto. Pero no era suficiente, y yo lo sabía.

Cuando Baby Blue tenía poco más de dos semanas —y estaba cada vez más atento a la vida a pesar de que mi leche y mi capacidad de raciocinio empezaban a fallar—, una mañana desperté y lo encontré todo tan oscuro y tan frío que parecía el crepúsculo de un día de diciembre. En cuanto abrí los ojos supe que algo no iba bien.

Puse al bebé dormido a mi lado, y, aunque ya estaba envuelto en un arrullo de lana, lo arropé con las mantas que compartíamos. Tiritando, me puse el jersey más grueso que tenía y miré por la ventanita. Nieve. Durante la noche se habían acumulado más de dos palmos. No importaba que, según mis cálculos, estuviésemos a finales de agosto: en la alta montaña el tiempo puede sorprenderte en cualquier época del año. Los vecinos de Iola estarían contentos con la que, probablemente, sería la primera lluvia que caía sobre la tierra sedienta desde la pasada primavera. Yo, en cambio, ni siquiera tuve que salir de la cabaña para comprender que aquella nevada inesperada y aquel frío habían sellado mi destino. Mi huerto debía de estar arruinado.

Sólo aplacé la decisión de buscar ayuda porque tenía que esperar a que pasara la tormenta. Tras haber asumido que debía renunciar a vivir allí, quería hacerlo deprisa, pero tuve que esperar durante dos angustiosos días para que el cielo se despejara y la temperatura subiera. Mantenía al bebé bajo mi jersey, piel contra piel. Me pasaba

la mayor parte del tiempo durmiendo y amamantándolo. Cuando el calor o la leche no eran suficientes, los dos nos poníamos a llorar. A la tercera mañana desperté y vi brillar un sol veraniego, y la tierra se bebió con ansia la nieve derretida. Por la tarde apenas quedaban huellas de la nevada, salvo algunos restos de barro en las zonas umbrías y un cieno verdoso y flácido donde antes estaba mi huerto. No había sobrevivido nada. Las remolachas, las zanahorias y las patatas, diminutas, todavía se podían comer; pero los tallos, y por lo tanto la promesa de una cosecha, se habían echado a perder. Excavé entre los restos y me comí todo lo que encontré. Entonces le puse un pañal limpio a mi escuálido bebé, lo envolví bien con el arrullo de lana, me lo pegué al pecho y comencé a caminar en la dirección en la que consideré más probable cruzarme con otro ser humano.

Unos meses atrás, después de instalarme allí, había imaginado que, cuando llegara la hora de marcharme, desmantelaría cuidadosamente mi campamento. Labraría el huerto, cubriría el hoyo para el fuego y el trípode del que colgaba mi cazo, bajaría las cuerdas de los árboles, vaciaría la cabaña y derribaría el tocón que había usado como silla. Borraría todo rastro del verano de mi vergüenza, y nadie se enteraría de nada. Sin embargo, en el momento de partir, demasiado débil para hacer siquiera la cama o para meter una cuchara y un tenedor en la mochila y cargármela a la espalda, me pregunté dos cosas: ¿acaso alguien iba a interesarse lo suficiente por mí como para ir a husmear en un sitio tan remoto como aquél? ¿Y qué iba a hacer con la prueba más incriminatoria y duradera, el bebé? De poco me serviría ocultar mi campamento cuando apareciera en Iola con un recién nacido en los brazos, así que negué con la cabeza y eché a andar, sintiéndome cientos de años más vieja que la tonta muchacha que había llegado a las montañas en abril.

Fue la caminata más larga de mi vida. No sabría decir si recorrí un kilómetro o veinte. Sólo sabía que tenía que mantener a mi casi ingrávido bebé bien pegado al pecho y poner un pie delante del otro. El delirio jugueteaba conmigo, haciendo que el trayecto pareciera de otro mundo. Caminaba con decisión y con prisa, aunque no sabía adónde me dirigía, adivinando en el bosque circundante una

hostilidad que hacía meses que no percibía: el sol de finales del verano era un azote infernal; el canto de los pájaros, una banda de música machacona; el terreno, desigual y traicionero como un campo sembrado de calaveras. Hasta los altos y elegantes tallos color magenta de las adelfillas se burlaban de mí con su capacidad para soportar la tormenta de nieve que había destruido mis esperanzas. Cuando el bebé gimoteó débilmente, me detuve y lo acerqué a mi pecho, aun sabiendo que enseguida volvería a llorar porque no podía ofrecerle más que unas miserables gotas de leche que sólo lo saciarían unos minutos. Mi cuerpo, igual que el paisaje reseco antes de la nevada, estaba agostado. No me quedaba nada que ofrecer.

Al entrar en un claro durante mi ardua caminata, la madre cierva y yo nos asustamos mutuamente. Llevaba semanas sin verla, y de pronto allí estábamos las dos, a unos escasos cinco metros, mirándonos a los ojos. Ahora ambas éramos madres, pero ¿dónde estaban sus cervatillos? Entonces, los matorrales se agitaron y apareció su cría favorita, alta y esbelta. La cervatilla me miró con cautela y se arrimó a su madre. La pareja siguió adelante con andares elegantes, pero el segundo cervatillo no apareció. Me senté en una roca y esperé. Al ver que el pequeño no llegaba, abracé más fuerte a Baby Blue y, apenada, reemprendí la marcha.

14

Al principio pensé que el automóvil negro y alargado era un espejismo. No sé cuánto rato llevaba deambulando en busca de las cimas rocosas para orientarme, pero sólo había encontrado kilómetros de terreno desconocido. Hacía varias horas que los álamos temblones y los sauces habían dado paso a la artemisa, los enebros y las piedras, y entonces, de repente, lo vi: un coche negro aparcado junto a un camino, cerca de un bosquecillo de pinos ponderosa. Aquello era más de lo que mi mente aturdida era capaz de procesar.

Me escondí detrás de un árbol e intenté darle algún sentido a la escena. Excursionistas. Un hombre y una mujer, una manta roja extendida en el suelo y, encima, la comida del pícnic: una hogaza de pan dorado y un queso entero, varias capas de jamón cocido como el que el señor Chapman cortaba tan fino detrás de su mostrador, y... ¿sería cierto?, dos preciosos melocotones sonrosados, del tamaño de bolas de béisbol, sobre una bolsa de papel marrón. Nada más ver la comida, empezó a dolerme el estómago.

Pero había algo aún más maravilloso que aquellos deliciosos manjares: un bebé envuelto en un arrullo de color azul claro que la mujer sostenía en los brazos. Era más rollizo que Baby Blue, aunque puede que hubiese nacido algo más tarde. Se retorcía, pataleaba y berreaba como sólo lo hacen los bebés. El hombre estaba de pie a un lado, fumando un cigarrillo y maldiciendo a dos arrendajos de Steller de plumaje negro y azul que no paraban de chillar posados en la rama de un pino. La mujer se desabrochó la blusa y, con torpeza, se sacó un pecho blanco y orondo, tan lleno y suculento como vacíos y marchitos estaban los míos. El bebé lo rechazó, pero la madre no dejó de insistir. Cuando el pequeño se calmó y comenzó a mamar, supe lo que tenía que hacer.

Existe un tipo de tristeza que trasciende la tristeza, que corre como

el jarabe caliente y penetra en todos los resquicios de tu ser, empezando por el corazón y derramándose luego por todas tus células y tu torrente sanguíneo, hasta que nada, ni la tierra, ni el cielo, ni siquiera la palma de tu propia mano vuelve a ser como antes. Es una tristeza que lo cambia todo.

Yo daba por hecho que ya había conocido aquella pena tan profunda. Evidentemente, perder a mi madre, a mi querida tía Viv y a mi primo Cal había desgarrado lo que hasta entonces había sido el tupido tapiz de mi infancia, pero la Biblia de mi madre y los imperativos de la vida cotidiana me habían enseñado que era un desgarro que debía zurcir. Mi joven mente, desorientada, había aceptado la respuesta del sentido práctico y había actuado en consecuencia. Me tragué mi dolor como si fuese un puñado de cenizas, y allí se quedó, en mis entrañas. Y cuando, en la tienda de Chapman, oí la noticia del trágico destino de Wil, no volví a casa a buscar un cuchillo de cocina para clavárselo a Seth y vengarme de él, sino que, obediente, seguí cocinando, lavando los platos, ocupándome de *Abel* y limpiando el gallinero, mientras lloraba en silencio y en secreto. Seguí adelante. Hui al bosque, hice los preparativos necesarios, parí, sobreviví. La pena intentó acabar conmigo, pero no lo logró.

Sin embargo, acercarme con sigilo a aquel coche negro y alargado, poner a mi bebé en el recalentado asiento trasero de piel y abandonarlo allí desató una oleada de dolor que se apoderó de cada milímetro de mi cuerpo. Al principio ni siquiera me di cuenta. Estaba demasiado aturdida por el hambre, demasiado habituada a soportarlo todo y a hacer cuanto hubiera que hacer. Cuando cerré con cuidado la portezuela del coche y me alejé de mi hijo, lo hice casi como si acabara de dejar allí una simple piedra. O si no una piedra, un cachorro, o un polluelo, algo que había tenido que cuidar para luego entregárselo a otro, un intercambio práctico, como cuando se compra un lechón en el chiquero o un plantón en el huerto. No lo acurruqué por última vez bajo mi cuello ni acaricié con la mejilla su suave cabeza para poder despedirme de él. No aspiré su olor para conservarlo en la memoria antes de dejarlo en el asiento ni eché una última ojeada a sus labios perfectos a través de la ventanilla abierta

del coche. Los niños que crecen en una granja aprenden temprano a no encariñarse con las crías cuyo destino no depende de ellos. Tenía la intención de quedarme observando desde un escondite hasta que el hombre o la mujer vieran a mi hijo —para asegurarme de que lo habían descubierto, para ver cómo lo levantaban y lo abrazaban—, sin embargo lo que hice fue echar a correr. Pese a lo débil que estaba, me di la vuelta, salí corriendo del claro y ni siquiera miré atrás.

Fui dando tumbos sobre piedras, ramas y troncos caídos, rodeé matas de artemisa y peñascos, sobreponiéndome inexplicablemente a mi fatiga, saltando por encima de surcos, remontando empinadas cuestas, tropezando y cayéndome, levantándome y siguiendo adelante. ¿Qué había hecho? Estaba frenética, desorientada, no tenía ni idea de adónde me dirigía. Si alguien en el bosque hubiera podido presenciar mi escapada, sin duda habría creído que me perseguía alguna fiera peligrosa y hambrienta. Nadie habría adivinado que mi único depredador era aquel acto inconcebible que acababa de cometer.

Al final me derrumbé en el suelo del bosque. Me quedé tumbada boca arriba, jadeando. Lo único que recuerdo es esto: el cielo estaba completamente despejado, de un azul intenso, y en él, describiendo círculos, había un gavilán colirrojo. Fijé la vista en su vuelo elegante como si fuese lo único que quedaba en el mundo en lo que valiese la pena creer. No parecía que el pájaro estuviera cazando, sino disfrutando de aquel vuelo impulsado por una corriente de aire. Flotaba describiendo un círculo tras otro sin esfuerzo, sin mover siquiera las alas. Y mi mirada trazaba también un círculo tras otro, siguiendo su trayectoria. Permanecí allí tumbada, temblando y notando la ausencia de mi hijo, muy lejos del placer de aquella ave, vencida por la tristeza. La afinidad que había sentido con el mundo durante mi embarazo había desaparecido. Me planteé la posibilidad de que, el día en que Wil y yo nos habíamos acostado juntos —tal vez incluso en el preciso instante en que el éxtasis del amor había arqueado mi espalda—, aquel gavilán tal vez había regresado a su nido y había descubierto que se lo habían saqueado, que sus crías acababan de desaparecer. ¿Y si yo había estado sumida en mi propia euforia justo cuando al gavilán le acaecía la desgracia, del mismo

modo que ahora él permanecía ajeno a mi tragedia?

Por primera vez me pregunté qué estaba haciendo yo en el preciso instante en que el automóvil de mi familia se había salido de la curva. ¿Estaba jugando en el melocotonar? Cuando el coche había dado la primera vuelta de campana y, uno a uno, mis seres queridos habían salido despedidos por las ventanas abiertas y sus cabezas habían ido a estrellarse contra las rocas, ¿estaba yo mordiendo un dulce melocotón? ¿Y dónde estaba cuando el coche de Seth había arrancado y había dado aquel catastrófico tirón a las manos atadas de Wil? ¿Cabía la posibilidad de que hubiese sido tan necia como para estar sacando del horno una hogaza de pan perfectamente dorada mientras mi Wil sufría la primera abrasión de la grava en la piel o exhalaba su último suspiro?

Era absurdo desear que aquel gavilán se compadeciera de mi sufrimiento desde las alturas. Como todo lo relacionado con mi Baby Blue, soportaría sola la agonía de su pérdida. Su existencia —los pliegues increíblemente suaves de su cuello, su dulce aliento, las manitas diminutas con que se agarraba a mis dedos— tan sólo me atañía y me importaba a mí.

Y, sin embargo, entonces pensé en ella, en la mujer de la blusa blanca, en la otra madre.

Sólo la había visto de refilón cuando me acerqué sigilosamente al coche desde detrás de los árboles y los matorrales, pero recordaba su pelo castaño y ondulado, corto y peinado con estilo hacia un lado, y cómo se lo había recogido detrás de la oreja al inclinarse para mirar a su bebé, que se removía en sus brazos. Era guapa, tenía los pómulos redondeados y la nariz delicada, pero también me fijé en que tenía el cutis pálido y una mirada inexpresiva mientras, muy seria, mecía al bebé y le daba palmaditas en el trasero animándolo a calmarse y a agarrarse al pezón para mamar. Quizá estuviera cansada del viaje. De vez en cuando le echaba una ojeada a su marido, que estaba de espaldas a ella maldiciendo a los arrendajos y contemplando el bosque con una espiral del humo de su cigarrillo revoloteando sobre su oscura cabeza.

Me imaginé lo que había sucedido a continuación con tanta claridad

como si hubiese presenciado la escena: los escandalosos arrendajos se habrían callado por fin; entonces, al oír los primeros y débiles gritos que salían del coche, la mujer habría ladeado la cabeza. Supuse que al principio habría confundido los gemidos de mi bebé con los trinos de un pájaro, pero luego su instinto maternal la habría hecho sospechar. Me la imaginé abrochándose la blusa y entregándole el niño a su marido; caminando hacia el coche, primero con cautela y luego con apremio, pero con paso ágil y seguro, y finalmente asomándose por la ventanilla y dando un grito ahogado antes de abrir la portezuela y quedarse mirando a mi pequeño con incredulidad. Después, estaba segura, la mujer, presurosa y dejándose guiar por el instinto, se habría puesto a mi famélico bebé al pecho y le habría ofrecido su dulce y rica leche, el alimento salvador que yo no había podido darle.

También imaginé que, mientras lo sujetaba contra su pecho, tal vez pensaría en mí. Probablemente escudriñaría el bosque, compasiva, consciente de que, no muy lejos de allí, una joven madre como ella había dejado a su bebé y se había alejado a toda prisa, ofuscada. Sin duda se preguntaría por qué había hecho algo así, qué circunstancias tan extremas podrían llevar a una mujer a tomar una decisión tan inconcebible y tan estúpida.

Me quedé tumbada en el suelo del bosque, hipnotizada por los círculos que el gavilán seguía trazando en el cielo, y me llevé a la mejilla la palma de la mano derecha, la última parte de mi cuerpo que había estado en contacto con mi hijo. Imaginé que la huella de su cabecita estaba grabada en las líneas y en los pliegues de la palma de mi mano y me acaricié la cara una y otra vez, con la esperanza de que él, de algún modo, sintiera mi caricia.

Debí de quedarme dormida porque lo siguiente que recuerdo es despertar en el duro suelo donde me había derrumbado. Las piedras se me clavaban en la espalda y me dolía la cabeza, pero permanecí allí tendida, inmóvil, viendo sólo la débil luz del atardecer y una nube gris con forma de rosa. Repasé mentalmente lo sucedido aquel día. Cuando había decidido ir en busca de ayuda no tenía intención de abandonar

a mi bebé, pero, al ver a los excursionistas —aquel coche de líneas elegantes, aquellos pechos orondos, aquella familia—, los posibles destinos de mi hijo pasaron a toda velocidad por mi cabeza. En una versión se quedaba conmigo, pero seguía debilitándose y, al final, casi con toda probabilidad acabaría muriendo. Y si conseguía sobrevivir, si ambos sobrevivíamos, ¿dónde nos refugiaríamos? En la otra versión, mi bebé se separaba de mí para siempre y se convertía en el hijo de otra mujer, pero podría alimentarse, engordaría, tendría un futuro, un padre, un hogar. Igual que la cierva cuyo instinto de favorecer a su cervatilla más fuerte chocaba con su deseo de alimentar al más débil, una voz que salía de un recoveco más profundo y remoto que la lógica, el amor o incluso la esperanza me decía que yo debía tomar una decisión parecida. Había echado a andar sin saber lo que hacía, como sonámbula, como si una fuerza distinta al raciocinio dirigiera mis pies por el suelo rocoso hacia el coche, entre la alta hierba reseca y la artemisa, y me había acercado al vehículo sin ser plenamente consciente de lo que hacía hasta que ya estuvo hecho. Tenía el cuerpecito diminuto de mi hijo pegado al pecho y, al cabo de un instante, estaba abriendo la portezuela trasera del coche, dejándolo en el asiento de piel, cerrando la portezuela sin hacer ruido y marchándome sin que nadie advirtiera mi presencia.

La noche cayó deprisa, negra y sin luna. Me levanté y fui tambaleándome hasta un pequeño pinar para acostarme bajo aquellos árboles con la esperanza de que me protegerían del frío. Conseguí dormir a ratos, atormentada por pesadillas en las que mi bebé me llamaba llorando y yo lo buscaba y lo buscaba sin encontrarlo. En cuanto la primera y tenue pincelada del amanecer apareció en el horizonte, me levanté, temblorosa y entumecida, y eché a andar tratando de rehacer el camino del día anterior. Para cuando hubo amanecido del todo, había localizado el claro y estaba plantada justo en el sitio donde había dejado a mi hijo. El coche y la pareja habían desaparecido. Ni siquiera quedaba la huella de un neumático, como si unos fantasmas crueles me hubiesen robado a mi hijo después de hechizarme. Aturdida, di vueltas y vueltas, observando el escenario una y otra vez, en busca de alguna prueba que pudiera revelarme el

destino de mi hijo. De repente se apoderó de mí la pavorosa idea de que todo aquel episodio había sido una alucinación y de que en realidad no sabía dónde había dejado a mi pequeño.

Y entonces, para mi sorpresa, vi un melocotón encima de una roca, una joya anaranjada bajo el amanecer cada vez más luminoso. Recordé haber visto dos melocotones sobre la manta de pícnic de aquella pareja, y ahora ella tenía a mi hijo y yo, su melocotón. Aquella mujer lo había dejado allí para mí. Tal vez había adivinado, al ver la liviandad de Baby Blue, que su madre estaba hambrienta... Y más importante aún: también había adivinado que yo regresaría allí en busca de alguna confirmación de que mi pequeño estaba en buenas manos.

Me acerqué al melocotón tímidamente; no me fiaba del todo de mis sentidos. Cuando alargué la mano, vi que el fruto era real y que estaba tan en su punto que creí notar la palma de la mano de papá retorciéndolo para arrancarlo de la rama y el cuidado con que Cora lo ponía en una bolsa de papel... Y entonces me di cuenta de que nuestras vidas —la mía y la de la familia del coche negro— se habían cruzado antes incluso de que yo tropezara con ellos. Habían estado en nuestro puesto de la carretera. Seguramente habían preguntado dónde podían encontrar un sitio agradable para hacer un pícnic, un sitio donde hacer un alto en el camino, y habían seguido las indicaciones de Cora. Y mientras Cora señalaba con sus grandes brazos, explicándoles dónde tenían que girar a la derecha y dónde a la izquierda para llegar hasta allí, probablemente yo acababa de iniciar mi desorientado deambular hacia el mismo claro que ella estaba describiendo. Yo siempre había carecido de la férrea fe de mi madre en la Providencia, pero en ese momento decidí que tal vez no se equivocaba respecto a la voluntad divina. Mi hijo necesitaba unos pechos llenos de leche, una madre capaz de procurarle las atenciones que precisaba y un padre que aún estuviera en este mundo, y todo eso había aparecido. Yo necesitaba comida y la confirmación de que habían encontrado a mi hijo, y ahora estaba allí con un milagroso fruto en la mano.

El primer bocado fue tan exquisito que me hizo daño. Dejé que su

dulzura explotara en mi boca seca y desolada, y luego saboreé los siguientes mordiscos como si de ello dependiera mi salvación. Muy a mi pesar, empecé a devorar el melocotón con grandes y ávidos sorbos, mientras el jugo resbalaba por mis muñecas y se colaba por debajo de las raídas mangas de mi jersey. Mi precioso regalo se esfumó en un instante. Había chupado hasta el último resto de pulpa del hueso, y después me lamí las sucias manos y las muñecas para atrapar hasta la última gota de jugo.

Deseosa de más, salí del claro donde había descubierto aparcado el coche negro. Fui a parar a un estrecho camino de tierra que serpenteaba por el bosque y que, a menos de un kilómetro, se cruzaba con una carretera más ancha de grava amarilla. De no haber estado tan ofuscada, habría sabido de inmediato dónde me encontraba, pero todos mis esfuerzos estaban concentrados en obligar a mi cuerpo a seguir adelante, paso a paso. Decidí seguir la carretera cuesta abajo, no tanto porque me lo indicara mi sentido de la orientación como para evitar una nueva subida. Pero resultó que aquél era el camino correcto para llegar a mi casa, como descubrí cuando la carretera de grava, aparentemente interminable, empezó a seguir el trazado del Big Blue Creek para morir en la carretera 50. Sin comprobar siquiera si venía algún coche, crucé de forma temeraria la recalentada calzada de asfalto y me agarré al guardarraíl del otro lado. Debajo discurría el río Gunnison, lento y poco profundo, con las vías del tren a su lado. Al este estaba Iola, el pueblo y la vida que hasta ese momento no me había permitido añorar.

Al conductor al que le hice señas debí de parecerle un esperpento. Lo que pudiese opinar de mí no me importaba, pero es increíble que se detuviera a pesar de mi pelo apelmazado, mi figura escuálida y mi ropa sucia. No era un lugareño, pero tenía un rostro bondadoso y accedió a llevarme al pueblo. Loción de afeitado dulzona, olor a menta, cigarrillos, betún, gasolina y cuero... Mi sentido del olfato estaba tan aguzado y tan poco acostumbrado a los olores habituales de la civilización que el interior del coche casi me abrumó. Los comentarios amables que me dirigió aquel hombre eran las primeras palabras que oía desde que me había marchado de mi casa en abril.

Tenía una voz saltarina, de barítono, y sus palabras sonaban sinceras. Afortunadamente, no era muy parlanchín. Apoyé la cabeza en el recalentado cristal, cerré los ojos y dejé que la vibración del motor me arrullara hasta que el automóvil redujo la marcha, salió de la carretera, cruzó el puente y volvió a torcer para entrar en el camino de grava que conducía a Iola.

Allí estaba nuestro puesto, que yo conocía tan bien, con sus pulcras filas de melocotones perfectos y mi querida Cora, igual que siempre, apoyada en un poste mientras charlaba con un forastero. Fue la atracción de aquellos melocotones lo que me había hecho salir de las montañas y, sin embargo, ahora que los tenía cerca, ya no podía imaginarme entre ellos, ni conversando con Cora, ni traspasando el umbral de mi propia casa. Me había convertido en una criatura salvaje, en una extraña en mi propia tierra. Le pedí al conductor que no entrara en el pueblo y que tomara la carretera de nuestra granja, aunque no tenía intención de volver a casa todavía. El hombre detuvo el coche sin saber que nos hallábamos delante de una casita escondida en un oscuro pinar.

—¿Estás segura? —me preguntó con escepticismo, escudriñando los árboles.

—Sí, por favor.

Ruby-Alice Akers me acogería igual que había acogido a Wil. No tenía ninguna duda. Le di las gracias a aquel hombre, salí de su fragante coche y fui trastabillando entre los árboles hasta la cancela del jardín de Ruby-Alice. Los perritos, las gallinas y los asustadizos pollos ladraron, cacarearon y se dispersaron.

Antes de que yo llegara a la puerta de color rosa, Ruby-Alice la abrió para recibirme. Me guió al interior cogiéndome por un codo, como si fuese yo la anciana frágil y no ella, y me derrumbé en su sofá. Detecté algo parecido a la compasión en su ojo hundido, y una mezcla de recelo y comprensión en el saltón y desviado.

Sus manos, azuladas y temblorosas, acercaron un vaso de agua a mis labios resecos. Me dio caldo y pan. Me trajo un melocotón fresco cortado en trocitos dispuestos con esmero en un platillo de delicada porcelana. Y pese a que la casa estaba caldeada, me tapó con una

manta que yo apreté contra el pecho recordando a mi bebé y a Wil.

Dormí tres días y tres noches. De vez en cuando despertaba para recibir las pequeñas raciones de comida y bebida que mi cuerpo podía tolerar. Ruby-Alice fue aumentando poco a poco la cantidad y la sustancia de los alimentos hasta que, el cuarto día, al despertar a media mañana, pude consumir mi primera comida completa tras varios meses de privación. Mi anfitriona había sacrificado y asado una gallina, que yo devoré como si fuera un oso recién salido de la hibernación. Me comía todo lo que me ponía delante: fresas, patatas fritas, judías verdes hervidas con trozos de jamón, magdalenas de frambuesa cortadas por la mitad y untadas con mantequilla. Comía hasta que me sentía enferma, dejaba pasar una hora y volvía a comer. Ruby-Alice me ayudó a bañarme y me dio ropa limpia. Deshizo los enredos de mi larga cabellera, me la recogió en una trenza y formó con ella un moño suelto. Ambas estábamos acostumbradas al silencio y apenas hablábamos, exceptuando mis numerosas muestras de agradecimiento y los gruñidos de satisfacción con que ella me respondía. Si Ruby-Alice oía mis gemidos y mis sollozos cuando yo lloraba por mi bebé perdido, no hacía ningún comentario y me dejaba en paz.

De no ser por Wilson Moon, para mí Ruby-Alice siempre habría sido una anciana chiflada que necesitaba la ayuda de Dios. De no ser por Wilson Moon, no habría sido consciente de mi propio atractivo ni de mi belleza, no habría conocido mi fuerza ni la maravillosa sensación de tener en brazos a Baby Blue. Cuando por fin conseguí levantarme del sofá y caminar con Ruby-Alice hasta la cancela, me prometí a mí misma que intentaría poner esos recuerdos por encima de la pena y del dolor. La anciana me permitió que le expresara mi gratitud con un breve abrazo. Aún podía notar sus huesudos hombros cuando salí al pinar y fui hacia el sendero que llevaba hasta la granja de mi familia. Mientras me dirigía a casa, oí el largo pitido del tren de las 17.47 h.

15

En la granja no encontré a nadie: ni a Seth, ni a Ogden, ni a papá, ni a *Trucha*. Ni siquiera las gallinas y los cerdos estaban en los corrales. La casa estaba llena de rastros de papá —periódicos viejos, tazas de café usadas, huellas de botas embarradas, ropa sucia y guantes de trabajo tirados por cualquier sitio—, pero tanto la habitación de Ogden como la de Seth estaban vacías y ordenadas, aunque las camas y las cómodas estaban cubiertas de polvo. En la encimera y en el fregadero de la cocina se acumulaban los platos sucios de varios días. El pequeño huerto estaba reseco y sin plantar. Sólo mi dormitorio seguía igual que siempre, como si nadie lo hubiera tocado desde mi huida; incluso la nota que le había dejado a papá estaba abierta encima de mi cama. Me senté y releí mis palabras: «Te quiero. Lo siento. No te preocupes...» Se me antojó un mensaje ingenuo e infantil. Arrugué el papel y, camino de la puerta del dormitorio, lo tiré a la papelera. Sí, quería a mi padre, pero me había liberado del miedo y de la obediencia que siempre habían acompañado a aquel amor, y no tenía ni idea de qué sentiría por él ahora.

Al único al que de verdad debía una disculpa era a *Abel*. Lo encontré en el establo, sucio pero en buen estado. Me saludó levantando la cabeza, y en sus dulces ojos de color chocolate identifiqué reconocimiento y alivio. Le acaricié el cuello, liso y de color caoba, con movimientos lentos, y él me frotó el hombro con el morro como diciendo: «Tú y yo nos entendemos. Me alegro de que hayas vuelto a casa.» Al menos, yo confiaba en que así fuera. Le acerqué un cubo de avena y se puso a comer.

Besé la estrella blanca que *Abel* tenía en la ancha y plana testuz y, al menos por un instante, creí que sólo por haberle hecho daño a él debía pedir perdón, ya fuese a Dios, a los hombres o a las bestias. Enamorarme de Wilson Moon había sido lo más honesto que había

hecho en toda mi vida. Las consecuencias imprevistas de un acto honesto no hacen que esa decisión sea menos honrada, y lo único que estaba en mi mano, según me había enseñado Wil, era enfrentarme a esas consecuencias lo mejor que pudiera, por muy inimaginables, horribles, hermosas o desesperadas que fueran. Me imaginé a Baby Blue, que ahora ya había cumplido una semana más, rollizo y con buen color tras haberse alimentado como Dios manda. A pesar de que tenía el corazón destrozado y de que el dolor circulaba por mis venas como un espeso alquitrán, sabía que haber abandonado a mi bebé también había sido un acto honesto.

Oí el camión de papá, que subía renqueante por el camino. Me armé de valor y salí del establo para ir a su encuentro. Él no me vio mientras aparcaba y tampoco cuando abrió la portezuela, pero *Trucha* saltó del camión y echó a correr hacia mí loco de alegría. Me agaché para acariciar al viejo perro pastor y alcé la vista; mis ojos se toparon con los ojos gris pálido de mi padre. Eran unos ojos inexpresivos como guijarros de río, y me miraban como si yo fuese una loca, una forastera o ambas cosas.

—Hola, papá —dije con timidez, pero él se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de la cocina como si no me hubiese visto.

Estaba delgado y caminaba encorvado. Su mono de trabajo se veía mugriento, iba sin gorra y tenía la incipiente calva quemada por el sol. Tosió tres veces al entrar por la puerta, y aquella tos con flema me indicó que mi padre no estaba bien. Me quedé un rato acariciando a *Trucha*, que se retorcía y gemía celebrando nuestro reencuentro, y entonces me levanté y seguí a papá hasta la casa.

Mi padre ya había empezado a prepararse la cena, como supuse que había hecho todas las noches en los últimos cinco meses. Sorprendida por la agilidad de sus movimientos con el cuchillo, la espátula y la sartén, me quedé de pie junto a la puerta trasera viéndolo trabajar. Él sabía que yo estaba allí, pero no levantó la vista del humeante estofado de ternera con cebolla que removía en el fogón. No creí que papá tuviese intención de darme de cenar también a mí, pero de todas formas puse dos cubiertos en la mesa y llené dos vasos de té con azúcar de la jarra que encontré en la nevera. Me senté a la mesa en mi

sitio de siempre y esperé para ver si me servía o no. Al poco rato, la sartén apareció al lado de mi hombro derecho y en mi plato cayó una cucharada bien colmada. Mi padre se sirvió una ración más pequeña, volvió a dejar la sartén vacía sobre el fogón y se sentó a la mesa enfrente de mí. No forcé una conversación que él no estaba listo para mantener. No sentía la necesidad de llenar el vacío con palabras banales, explicaciones o preguntas, de modo que aquella noche comimos en silencio, salvo por varios accesos de aquella tos con flema. Al final de la cena, con brusquedad, papá se empeñó en lavar los platos. Ignoraba si su silencio era una expresión de ira y rencor o un muro para evitar determinados temas de conversación, como por qué me había marchado o dónde había estado, pero el caso es que lo agradecí.

Después de cenar, me paseé entre los olorosos frutos del melocotonar bajo las últimas pinceladas de color rosa pálido de la puesta de sol. Al final de cada hilera de árboles había un cesto lleno, listo para el reparto del día siguiente. Imaginé todo el proceso, una rutina agradable con la que estaba familiarizada: cargar el viejo camión, ir al lado de papá hasta el puesto, recibir el abrazo de Cora, descargar los cestos y colocar los melocotones. Arranqué un melocotón perfecto de una rama, mordí la tierna pulpa y paladeé el sabor inconfundible del hogar. Me senté en un tocón ancho para empaparme de la serenidad del crepúsculo y llorar en silencio por lo mucho que añoraba a mi pequeño.

A la mañana siguiente, en el desayuno —que también preparó y recogió mi padre pese a que le ofrecí ayuda—, intercambiamos unas pocas palabras, y luego, camino del puesto, algunas más. A la hora de comer volvimos a hablar un poco, igual que después, durante la cena, y así sucesivamente. Él era un témpano que se derretía despacio y yo, un paciente arroyo.

Transcurrida una semana, ya estábamos compartiendo quehaceres uno al lado del otro y nuestras conversaciones fluían de forma insegura. La tos de papá era cada vez más persistente. Mientras nos comíamos una tarta de melocotón y frambuesa que yo había preparado a modo de ofrenda de paz supuestamente irresistible, me

enteré de que el sheriff Lyle había interrogado a Seth para aclarar «el problema con aquel piel roja» —como lo llamó papá—, y de que mi hermano se había marchado del pueblo, supuse que a petición de Lyle.

Dejé a un lado mi plato de tarta e inspiré hondo.

—Seth mató a aquel chico, papá —dije tras un largo silencio, sintiendo que mi corazón se retorcía al pronunciar aquellas palabras tan ciertas como inauditas.

El rostro de papá, de natural solemne, se derrumbó en una hosca mezcla de vergüenza, contrariedad y remordimiento. Se quedó mirando su taza de café y la rodeó con sus ásperas manos como si necesitara algo sólido a lo que agarrarse.

—Supongo que sí —fue lo único que dijo, y ya no volvió a hacer más comentarios sobre la muerte de Wilson Moon.

Nunca llegué a saber si también suponía que Wil y yo habíamos sido amantes ni si sospechaba cuál había sido la causa por la que me había marchado de casa. Me habría gustado decirle a mi padre que tenía un nieto, un niño precioso, pero las palabras se negaron a salir de mi boca.

—¿Y Ogden? —pregunté.

Papá se limitó a gruñir y descartó mi pregunta agitando el tenedor. Preferí no insistir.

Aquella noche mi padre empezó a escupir sangre. Sus carraspeos y sus esputos se intensificaron mientras lavábamos los platos de la cena. Me daba la espalda cada vez que tenía un acceso de tos y luego seguía como si tal cosa, confiando en que yo no me hubiese dado cuenta de nada. Cuando regresó del establo, terminadas las últimas tareas domésticas, apenas podía respirar entre un acceso y otro. No me dejó ir a buscar al doctor Bernette y se acostó temprano.

Durante toda la noche su tos golpeó el negro silencio que separaba nuestros dormitorios. Cuando las toses se volvieron demasiado violentas y constantes, no pude soportarlo más: llamé a su puerta y entré. Lo encontré sentado en la cama, bajo la débil luz de la mesilla de noche, escupiendo mucosidad y sangre en un cuenco.

—Papá... —dije con un hilo de voz, incapaz de disimular mi conmoción y mi lástima.

Levantó la cabeza y me miró como un animal que sabe que se acerca el final, con una triste mezcla de miedo y resignación. Luego volvió a mirar el cuenco, esperando el siguiente ataque de tos. Vestido con el pijama, parecía tan delgado y menudo como un niño. Me acerqué a su cama, pero él alzó la mano para detenerme.

—Déjame ayudarte, papá —le supliqué.

—No hay nada que hacer —me contestó con voz ronca—. Vuelve a la cama.

Durante las horas restantes de aquella larga noche, me quedé despierta oyéndolo luchar. Acababa de perder a mi hijo, y mi padre era mi único vínculo con el mundo. Con cada tos se deshilachaba un poco más el último hilo de mi familia. En mi refugio de las montañas Big Blue siempre había imaginado que en la lejana granja todo seguiría como siempre. Pero estaba muy equivocada. Salvo los melocotones, todo había menguado, y lo que encontré a mi regreso fue una reliquia aún más deteriorada de lo que habíamos sido. Yo siempre había creído que aquella casa se sostenía gracias a los hombres que vivían en ella. Nunca se me ocurrió pensar que yo era algo más que un ama de llaves y un peón, que de alguna manera me había convertido en el sostén de nuestra familia y de nuestro hogar. A medida que papá se debilitaba, el melocotonar y yo éramos lo último que quedaba.

Una de las últimas cosas que me dijo mi padre unas semanas más tarde, en medio del delirio provocado por la fiebre y con los pulmones encharcados, fue que, con el pelo largo y recogido en un moño en la nuca, era la viva imagen de mi madre.

—Era una belleza —dijo con una melancolía inusual, recordando con dulzura a su amada y, al mismo tiempo, insinuando que a mí también me encontraba hermosa.

Le sostuve la mano mientras él dormitaba, emocionada por cómo sus dedos se entrelazaban con los míos y grabando en mi memoria cada mancha, cada pliegue y cada arruga.

16

1949 - 1954

Papá falleció un sábado, después de la cosecha final de la temporada. Como si lo hubiese planeado todo al detalle, la primera mañana en que la temperatura bajó de cero los peones recolectaron los últimos melocotones y papá no se levantó.

Sentada junto a su cama, con *Trucha* solemnemente enroscado a mis pies, contemplé con tristeza a mi padre. Quise tocarlo por última vez y me impresionó lo fría que estaba su mano.

Casi todos los habitantes de Iola asistieron al entierro de papá bajo un cielo otoñal del azul más puro. Después, cuando la gente se reunió en nuestra granja para comer y dar el pésame, el sheriff Lyle me contó que había sido papá quien había delatado a Seth.

Como no disponía de pruebas consistentes, Lyle no podía detener a mi hermano, pero les aseguró a Seth y a Forrest Davis que si se quedaban en el pueblo, tendrían problemas. Lyle me explicó que se marcharon los dos a California en el descapotable de Seth, «llevándose su travesura con ellos».

—Fue algo mucho más grave que una travesura —repliqué apretando las mandíbulas.

Lyle asintió circunspecto, con mirada escrutadora y compungida. Me di cuenta de que el sheriff quería preguntarme algo, pero que se estaba conteniendo.

—No sé si sabes que, cuando te marchaste, tu padre salió a buscarte todos los días. Fue con su camión a Gunnison, a Sapinero, a Cebolla. Subió con *Abel* a las montañas —dijo mientras removía la comida del plato, pero sin probar bocado—. Creo que estaba convencido de que volverías a casa si sabías que Seth se había marchado. Me pidió que

mantuviese los ojos bien abiertos.

Cavilé sobre sus palabras y me pregunté qué sabía mi padre y si había sido deambulando por las montañas como había pillado aquella neumonía que había acabado destruyendo sus pulmones (y si, en definitiva, yo había provocado la ruina de mi padre como había provocado la de Wil).

—De haber sabido que Seth no estaba, probablemente habría vuelto a casa —respondí en tono sombrío; no lo había hecho por el temor a que mi bebé no fuera bien recibido, y ahora mi decisión me hería en el fondo de la garganta como si me hubiese tragado un puñado de avispas. Lamenté haber dudado del amor de mi padre. Ya era demasiado tarde para darle las gracias y para traer a su nieto a casa.

—Hasta me hizo trasladar a tu tío —continuó Lyle.

—¿Trasladarlo? —pregunté.

Me costaba reconciliar ese término con lo que, al final, papá me había contado sobre Og: que «el muy gorrón» sí tenía parientes, pero que sólo los había buscado cuando vio que ya no había ninguna mujer en la casa dispuesta a obedecer sus órdenes.

—Resulta que Ogden tenía madre —dijo Lyle.

—Todos tenemos madre —dije con brusquedad, cansada por aquel día agotador.

—Pero no todos tenemos una madre que se haya pasado casi ocho años buscándonos —replicó el sheriff—. Tu padre encontró una carta. Me hizo venir a recoger a Og, llevarlo a Salida y dejarlo en el primer tren con destino a Denver. El muy cretino no paró de maldecir en todo el trayecto.

—¿Qué decía su madre en la carta?

—Decía que no se había creído las notificaciones en las que le comunicaban que sus dos hijos habían muerto en los primeros meses de la guerra. Decía que Dios no podía hacerle eso a una madre.

—Claro que puede —dije, y pensé: «Es la voluntad de Dios.»

—Pero no era el caso —replicó el sheriff—. Y, de una forma o de otra, esa anciana lo sabía. No paró hasta que dio con su hijo y entonces le suplicó que volviera a casa.

—Intuición de madre —dije, sintiendo envidia por aquella mujer,

pues yo no tenía ni idea de lo que Dios había dispuesto para mi hijo ni pista alguna sobre el paradero de Baby Blue.

—También estuvimos buscando a la familia de ese chico que murió —añadió Lyle, escudriñando mis ojos para tratar de adivinar si yo sabía algo y si se estaba extralimitando—. Imaginé que él también tendría una madre en algún sitio.

Se me encogió el corazón.

—Ese chico tenía nombre, señor Lyle —dije.

—Ese tal Moon... —se corrigió—. Aunque no es fácil seguirles la pista a los vagabundos. El último registro que encontramos lo situaba en una escuela para indios de Albuquerque, pero no especificaba de qué reserva provenía. Se había escapado de la escuela hacía unos años. No pudimos averiguar nada más.

En ese punto, preferí interrumpir la conversación. Me despedí del sheriff Lyle y de toda aquella abigarrada escena de trajes negros, guisos y apretones de manos.

Al poco rato estaba paseando sola por el melocotonar, que ahora era mío, entre hojas amarillas que empezaban a caer y unos pocos frutos demasiado maduros que se habían negado a soltarse de los árboles. Wil tenía un hogar al que nunca pudo regresar, una tierra que conocía y que lo conocía a él y donde su familia quizá estuviese esperándolo todavía. Había oído hablar de niños indios a los que habían sacado de su reserva e internado en escuelas especiales. A pesar de que había crecido creyendo que no había nada más importante que el lugar donde habías nacido, nunca me había parado a pensar en lo que cada uno de aquellos niños había tenido que dejar atrás. Wil no me había hablado de su pasado —tal vez porque lo añoraba demasiado o porque ese pasado ya carecía de importancia—, y yo tampoco le había preguntado. En cualquier caso, para mí Wil era a la vez hijo de algún sitio y de ninguna parte; quizá su peculiar encanto había surgido de su tierra natal y madurado en su huida, al tener que sobreponerse para seguir adelante. Confiaba en que nuestro hijo tuviese la misma fuerza para adaptarse.

Menos de un mes después de que mi padre perdiera la batalla contra la neumonía, pasó por Iola el último tren y el maquinista hizo sonar

un pitido exageradamente largo y fuerte. Hacía ya diez años que la Denver & Rio Grande Western no tenía trenes de pasajeros, y aquel otoño de 1949, tras casi setenta años, había decidido poner fin también al transporte de ganado y carbón y clausurar la línea Western Slope. Mucha gente opinaba que aquella línea siempre había sido un disparate; el arduo proceso del tendido de las vías a través del Black Canyon hasta Cimarron había costado más vidas y más dinero de lo que las autoridades de la época se habían atrevido a admitir. Sin embargo, para mí aquellos pitidos de tren habían marcado el ritmo de la vida. Incluso me habían traído a Wil. En aquel primer día sin trenes, un silencio sobrecogedor se apoderó de Iola. «Es como una muerte», se lamentaban unos. «Es como una noche interminable», decían otros. Entonces ignorábamos que aquél sólo era el primer silencio; que un día el pueblo entero sería engullido y que todos los sonidos y todos los edificios desaparecerían bajo las aguas.

Tras fallecer mi padre, durante varios años seguí dirigiendo la granja lo mejor que pude. Los Mitchell me ayudaron mucho al principio, y más tarde contraté a peones cuando me hicieron falta. Volví a plantar el pequeño huerto y reparé las vallas rotas. Mantuve las acequias limpias y protegí los árboles de larvas de polilla, cochinillas y mapaches. Podaba, abonaba, acolchaba, regaba, entresacaba y cosechaba. Cuando un determinado grupo de árboles envejecía y dejaba de producir, contrataba a algunos peones para que me ayudaran a retirarlos, injertaba minuciosamente nuevos brotes, tal como me había enseñado papá, y plantaba un nuevo grupo de árboles en una parcela que hubiese permanecido en reposo, como había hecho mi familia durante generaciones. Supongo que, visto desde fuera, todo parecía en orden, pero por la mañana siempre me despertaba con una verdad que me oprimía el corazón: el amor que sentía por aquel lugar era otra hoja seca más de mi árido árbol genealógico.

El viejo y leal *Trucha* había muerto subido a la cama de papá el mismo día que me llevé la última caja con los objetos personales de mi padre. Cavé un hoyo profundo junto al estanque y acaricié por

última vez su pecho deliciosamente lanudo antes de envolver su cuerpo inerte en una manta y depositarlo en la tierra. El invierno siguiente, encontré a *Abel* fuera del establo, jadeando y tumbado sobre un costado en el suelo, junto a una placa de hielo. Tenía la pata desgarrada; la tibia le sobresalía de la herida, y su precioso pelaje castaño estaba manchado de sangre. No tuve valor para pegarle un tiro. En lugar de eso, acaricié su cuello perfecto, como había hecho el día de su nacimiento, mientras la veterinaria del condado le administraba una inyección letal que detuvo su corazón. Me retiré al establo y lloré mientras la veterinaria y sus ayudantes se lo llevaban. La única familia que me quedaba eran unas cuantas gallinas malcaradas.

Por mucho que intentara negarlo, a medida que pasaban los días me sentía cada vez más vacía y menos deseosa de atender la granja. Pasaba muchas tardes en casa de Ruby-Alice sólo para estar en otro lugar; la ayudaba con el huerto, con el gallinero o en la cocina, reconfortada por estar donde en su día se había refugiado Wil, por la extraña y silenciosa presencia de la anciana y por los perritos dormidos.

En casa me perseguían los recuerdos. De repente, el prosaico peso de una almohada o de un saquito de arroz me recordaba al de mi Baby Blue, y, aunque sabía que era un disparate, no podía evitar acunarlos. En varias ocasiones me desperté en plena noche convencida de que mi hijo me reclamaba llorando desde la lejana cabaña; entonces bajaba la escalera a toda prisa y no volvía en mí hasta que me agachaba para calzarme las botas. Algunas noches, cenando sola en la larga mesa de la cocina, veía pasar el descapotable de Seth por delante de la ventana con la misma claridad con que veía el plato que tenía delante, y oía el sordo gruñido de su diabólico motor devorando el largo camino de la casa.

Una noche de primavera en que la blanca luz de la luna coronaba las lejanas montañas proyectando sombras negras en el porche de la casa, tuve la certeza de haber visto a Seth espiándome por la ventana que daba al salón. Me levanté de un salto del sillón de mi madre y, aunque me avergüence reconocerlo, me escondí. Agazapada en el

armario de las escobas, como si un armario pudiera salvarme, temblando como un patético conejillo, de pronto recordé que aquella mañana había lavado mi ropa de cama y había puesto la colcha a secar en el porche en lugar de hacerlo en el tendedero del embarrado patio trasero. Lo que había confundido con la cara amenazadora de mi hermano era simplemente un rectángulo de una colcha de retales. Me enderecé y traté de recuperar la dignidad desfilando con decisión hasta el porche y recogiendo y doblando la ropa.

Seguía viéndolos a todos aunque pasaran los años: Wil esperándome en los lindes del melocotonar y tendiéndome la mano; papá entre los árboles greñudos, retorciendo con destreza un melocotón para arrancarlo de la rama; mi madre cuidando el huerto y recogiendo verduras para la cena; Cal llamándome desde nuestra cabaña del árbol, como si ésta no se hubiera derrumbado hacía mucho; la tía Viv y el tío Ogden, todavía llenos de vida, besándose a escondidas en el porche. En otros tiempos nuestra granja había estado llena de promesas. Una a una, todas aquellas esperanzas habían perecido. Imaginé cómo habría podido resucitarlas mi hijo si yo hubiese tenido el valor de traérmelo a casa. Lo visualizaba hasta que me dolían los ojos: el pequeño aprendía a andar por la cocina, me llamaba «mamá» y, con el tiempo, se espigaba y correteaba por el melocotonar con la agilidad de su padre. Pero en nuestras tierras sólo quedaba una cosa que valía la pena, y eran nuestros melocotones.

Cuando el funcionario del gobierno llamó a mi puerta una calurosa tarde de julio de 1954 y me preguntó si podíamos hablar un momento, llené dos vasos altos de té con hielo y me reuní con él en el porche dispuesta a escucharlo. Había oído rumores de que existía un proyecto para construir una presa río abajo y de que seguramente el gobierno haría ofertas para comprar las tierras del valle. Los vecinos de Iola estaban furiosos ante la perspectiva de perderlo todo por culpa de un nuevo embalse. El revuelo que generó la noticia era lógico y comprensible. Los lugareños no sólo estaban en contra de inundar nuestro pueblo, sino que tampoco querían obstruir el salvaje y maravilloso río Gunnison. Aquellos planes eran un error en el mejor de los casos y una tragedia en el peor, como había quedado

demostrado a partir de muchos otros proyectos realizados en nombre del progreso por todo el Oeste. Yo sabía que aquello era un desastre; sin embargo, mientras escuchaba al funcionario plantear su oferta en el porche de mi casa, me di cuenta de que, en el fondo, aunque me avergonzara, el plan me atraía. Sentía la necesidad de borrar muchas cosas. Le dije que lo pensaría y nos despedimos.

Fui la primera propietaria de Iola que vendió. Aquel mes de septiembre el gobierno me dio una generosa suma por mis tierras, aunque el precio no fue lo bastante alto para compensar la indignación que mis convecinos descargaron sobre mí cuando se extendió la noticia de mi traición. No exagero al decir que me sentí odiada. Algunos lugareños a los que conocía de toda la vida dejaron de comprar nuestros melocotones y giraban la cara cuando me cruzaba con ellos en Main Street. Hasta los Mitchell dejaron de relacionarse conmigo, ya fuese por genuino enfado o por temor a verse marginados por asociación. Contraviniendo los deseos de su padre, y más por obligación que por verdaderas ganas, Cora permaneció en el puesto hasta el final de aquella temporada, aunque su actitud antaño alegre se transformó en una fría cordialidad con los forasteros y en especial conmigo.

Después de vender nuestra última bolsa de melocotones, me dispuse a cerrar el puesto definitivamente. Cora subió con dificultad a su camioneta, se sentó al volante y me miró por la ventanilla abierta como si yo hubiera cambiado tanto que ya no me reconociera.

—Supongo que sabes que tu padre estará revolviéndose en la tumba, Torie —me dijo—. Se da una vuelta por cada dólar que has aceptado de esos funcionarios.

Le di las gracias por tantos años de fidelidad y luego le recordé que ya no me llamaba Torie.

El sol de la tarde se filtró a través del polvo levantado por los neumáticos de su camioneta, haciendo que aquella carretera tan anodina adquiriera un lustre hermoso.

Siempre le había tenido un gran cariño a Cora Mitchell, igual que había amado muchos otros aspectos de mi vida en Iola. Sin embargo, la tragedia y el dolor habían roído todo lo que me parecía valioso en

aquel lugar. Clavé el último tablón para cerrar el puesto y, en voz baja, le pedí disculpas a mi abuelo. En cambio, no tuve el mismo gesto de arrepentimiento para mi padre, pues, a diferencia de lo que opinaba Cora, estaba segura de que él yacía tranquilo en su tumba. Pese a lo que Cora o cualquier otro pudiese opinar, yo tenía la certeza de que papá habría apoyado mi decisión de marcharme del pueblo y de todos los recuerdos asociados a ese lugar. Es decir, siempre y cuando hiciera lo correcto con el melocotonar, como era mi intención.

A mi abuelo, Hollis Henry Nash, lo habían tachado de loco por intentar adaptar los melocotoneros de Georgia al árido Oeste, pero eso no le había impedido probarlo y, tras mucho ensayo y error, al final lo había conseguido en el sitio más inverosímil: en las frías tierras de Iola, Colorado. Al menos, ésa era la historia que yo había oído contar a lo largo de toda mi infancia, y por tanto era la única explicación que conocía. En numerosas ocasiones había sido testigo de cómo papá defendía nuestro melocotonar ante sus detractores, algunos de los cuales ponían en duda su existencia incluso mientras sostenían uno de nuestros melocotones perfectos y redondos en la palma de la mano. Tanto la abundancia como la calidad del melocotonar había sido, por lo visto, una especie de milagro biológico desde el principio. Al margen de la fama de nuestra fruta, mi madre nos había advertido sobre la naturaleza pecaminosa del orgullo, y también nos había enseñado que nuestra granja era un buen sitio para vivir, pero que nunca debíamos presumir de nuestros privilegios. Y yo le había hecho caso hasta que me vi obligada a decidir qué sobreviviría y qué se ahogaría. Ya había perdido demasiadas cosas en la vida. No había conocido a mi abuelo Hollis, pero por él, y por papá, estaba decidida a salvar el melocotonar.

Por desgracia, no tenía ni idea de cómo hacerlo, y estaba completamente sola ahora que el pueblo me había dado la espalda. Ruby-Alice no iba a serme de gran ayuda, más allá de estar dispuesta a escucharme cuando le contara mis problemas, pero de alguna manera gracias a ella encontré una forma de solucionarlos.

Desde que había trabado amistad con Ruby-Alice —o mejor dicho, desde que ella había tenido la gentileza de trabar amistad conmigo—, la anciana había ido marchitándose poco a poco. La mujer viejísima que yo recordaba de mi infancia era joven comparada con la persona en que se había convertido. La bicicleta, que ya no utilizaba, llevaba años en el jardín, deslustrada y transformada en el posadero favorito de sus gallinas y sus perros. Chapman's le llevaba la compra y el pienso para los animales y, por lo demás, Ruby-Alice no mantenía contacto con nadie salvo conmigo. Tenía la columna vertebral tan curvada como el viejo chopo donde solíamos citarnos Wil y yo, y la mayor parte del tiempo sus ojos azul claro enfocaban el suelo: uno todavía fiero y penetrante, el otro lloroso y retraído. Le temblaban las extremidades. Yo estaba segura de que agradecía mis visitas, aunque tenía pocas pruebas de ello aparte de alguna palmadita en la mano o quizá una comida preparada con esmero para las dos.

Fue durante una de aquellas cenas, pocas semanas después de que cerrara el puesto de melocotones, cuando Ruby-Alice dio un grito débil y agudo, parecido al ruido de una rueda oxidada, y se derrumbó sobre su plato. Me levanté de inmediato, la cogí en brazos, liviana y flácida como un saco de plumas, y la llevé al sofá. Corrí a buscar un teléfono que, por supuesto, Ruby-Alice no tenía. Pese a la urgente necesidad de salir corriendo hasta mi granja para llamar y pedir ayuda, no podía dejarla así, con su arrugada cara manchada de comida. Si Ruby-Alice tenía que morir allí sola, al menos no moriría sucia. Mojé un trapo de cocina y, con delicadeza, le limpié la fina piel de la cara devolviéndole cierta dignidad, como ella había hecho en una ocasión conmigo. Acto seguido me fui corriendo a mi casa, jadeando y repitiendo una y otra vez mi mantra infantil: *QueDiosayudeaRubyAliceAkersamén*.

En los diez minutos que tardé en llegar hasta mi teléfono, llamar al doctor Bernette, montarme en el camión de papá y volver a casa de la anciana, ella no se movió ni un milímetro. Le busqué el pulso en las diminutas muñecas y me pareció tan débil e irregular como las primeras gotas de lluvia. Su respiración era tan frágil que apenas se apreciaba el subir y bajar de su torso huesudo. Recuerdo que aquellos

minutos se me hicieron largos y silenciosos, como si hubieran sido encapsulados en una especie de burbuja donde no existía el tiempo. Hasta que llegó el doctor Bernette, y luego el caos de la ambulancia y sus intensas luces rojas, y los enfermeros presurosos, y los aullidos de los perros y el correteo de las asustadas gallinas. A diferencia de las otras muertes de las que había sido testigo, aquella defunción tenía la lógica eterna de una larga vida que sencillamente cedía terreno a todo lo demás. «Polvo eres y en polvo te convertirás», habría recitado mi madre, con esa confianza plena en la divina sabiduría de la mortalidad. Sostuve la mano increíblemente liviana y sedosa de Ruby-Alice y me despedí de ella.

Sin embargo, como si quisiera rebelarse una última vez contra las expectativas ajenas, Ruby-Alice no falleció. Yo no lo sabía cuando me quedé a pasar la noche en su casa para tranquilizar y cuidar a sus animales después de que se la llevara la ambulancia. Ni cuando me tendí por última vez en su sofá, me envolví con sus mantas de color rosa y reflexioné sobre su extraña vida con nostalgia. Al amanecer, cuando llegué a la granja, el teléfono estaba sonando. El doctor Bernette dijo que llevaba horas llamándome. Me contó que Ruby-Alice se había incorporado de golpe en plena noche y no había vuelto a tumbarse, y que en el hospital le habían preguntado si la paciente tenía algún familiar que respondiera por ella, porque no habían podido sonsacarle ni una sola palabra.

Cogí el camión de papá, me fui a Gunnison y le dije a la recepcionista del hospital que Ruby-Alice era mi abuela. Rellené formularios. Le cepillé el pelo. Le di cucharadas de gelatina verde que ella se tomó con labios temblorosos. Dormí junto a su cama, en una butaca rígida. Ruby-Alice se volvía ligeramente hacia mí cada vez que entraba una enfermera con una aguja, y a veces torcía la cabeza y me miraba sin motivo aparente, pero yo veía una especie de sumisión en su ojo desviado y algo parecido a la gratitud en la estrecha rendija del otro. Yo no necesitaba más agradecimiento.

Mientras Ruby-Alice dormía, me escapaba de la blancura aséptica del hospital y paseaba por las anchas calles de Gunnison. Las cafeterías, los bares y los coches de colores llamativos de Main Street

me parecieron al principio animados e interesantes, pero aquel bullicio no tardó en abrumarme. El segundo día evité el centro y me fui a pasear por el campus universitario. Jamás había visto un césped tan bien cortado, verde incluso en octubre; había numerosos jardineros rastrillando las hojas secas casi a medida que caían de los chopos. Los senderos curvos de hormigón que conectaban los altos edificios de ladrillo estaban abarrotados de estudiantes: chicos bien afeitados con jerséis bonitos y pantalones con cinturón; chicas con faldas de lana ceñidas y blusas blancas bien planchadas. Yo nunca me había planteado siquiera que las mujeres pudieran estudiar en la universidad. En Iola casi ninguna chica se desplazaba a Gunnison para ir al instituto. Yo, desde luego, no había sentido nunca la necesidad de hacerlo. Las chicas con las que me crucé en el campus me parecían tan extrañas como los animales del zoo. Pasaban en grupitos con sus zapatos de tacón o con sus zapatos blancos y negros con cordones, tamborileando una sorda melodía por el sendero. Estaba a sólo cincuenta kilómetros de mi casa, pero me sentía como si estuviera en un país extranjero. Todavía no había decidido adónde me iría a vivir cuando se hubiera cerrado la compra del gobierno y me marchara definitivamente de Iola, pero aquel día decidí que no sería a Gunnison.

Frente a un edificio con la fachada de estuco blanco me llamó la atención un cuidado jardín con gran cantidad de plantas que no había visto nunca. Paseé por él hasta llegar al centro, admirando sobre todo los árboles, extraños y maravillosos, cada uno con un nombre impronunciable impreso en una tarjeta metálica rectangular clavada en el suelo. El sendero que lo recorría iba a parar a una puerta de cristal: la entrada, comprendí, de la facultad de ciencias de la universidad. Miré a través del cristal y vi un largo pasillo con puertas numeradas a ambos lados, todas cerradas excepto la que estaba etiquetada con la palabra «oficina».

Inspiré hondo y entré.

Sentada al escritorio había una mujer rubia que sostenía una taza de café con una mano mientras, con la otra, rellenaba un formulario. Incluso antes de que levantara la cabeza para saludarme con una

mirada cortés e inquisitiva, me recordó al tipo de mujer que habría podido ser mi tía Viv si no se hubiera muerto tan joven. La mujer tenía estilo, transmitía seguridad y daba la sensación de que era capaz de gestionar con eficacia diversas tareas a la vez. Sobre el escritorio había una placa identificativa en un marco rectangular de plata que rezaba: LOUISE LANDON, SECRETARIA.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —me preguntó en un tono a la vez apremiante y servicial.

—Me llamo Victoria Nash. —Le tendí la mano y ella soltó el bolígrafo para estrechármela—. No estudio aquí, pero necesito consejo.

Le hablé de los famosos melocotones de mi familia y de los planes del gobierno para inundar Iola. Ella dijo que estaba al corriente de ambas cosas. Me escuchó con atención, frunciendo las cejas y dejando que el café se le enfriara en la taza.

Cuando acabé de exponerle mi dilema, la mujer levantó el auricular de su teléfono negro. Mientras marcaba un número haciendo girar el disco con agilidad, me miró y declaró:

—Lo que usted necesita, señorita Nash, es que le presente a un botánico un poco chiflado.

Tras explicarle brevemente mi situación por teléfono, la señorita Landon me acompañó al despacho del doctor Seymour Greeley, ubicado en el piso de arriba. Por el camino me mostró el laboratorio del doctor a través de una ventana del vestíbulo —una jungla de enredaderas, hojas y raíces repartidas por un embrollo de tiestos, tubos, cubos y acuarios—, y al ver la cara que ponía se echó a reír y me aseguró que no debía preocuparme.

—Confíe en mí —dijo—. Es su hombre.

Seymour Greeley nos esperaba junto a la puerta de su despacho. Yo no había conocido a ningún profesor universitario, pero sus gafas negras y redondas y su figura estilizada bajo una chaqueta de tweed demasiado grande encajaban con la idea que tenía de ellos. Era más joven de lo que yo esperaba, y sus modales me parecieron tan corteses como tímidos. Era pelirrojo y tenía el pelo muy alborotado, como si se pasara el día jugueteando con él. Me dirigió una sonrisa torpe pero

sincera. Me cayó simpático de inmediato.

—Melocotones Nash —dijo, y me tendió la mano con entusiasmo.

—Victoria —repliqué, tendiéndole la mía.

Él me la estrechó y me dio un cálido apretón, como si estuviera ante un personaje importante.

—Seymour Greeley —dijo—. Mis alumnos me llaman Greeney porque me dedico a estudiar las plantas. Vamos a mi despacho. —Me puso una mano en la espalda para guiarme.

La señorita Landon sonrió satisfecha y se despidió.

El despacho era un revoltijo de libros, papeles y plantas. El profesor se sentó detrás de su escritorio y me invitó a sentarme en la otra silla. Aparté un montón de papeles y me senté. Él se inclinó hacia delante, apoyado en los codos, y escuchó atentamente mientras yo le describía el destino de mi melocotonar. Cuando terminé mi discurso suplicándole que me ayudara, él se pasó las manos por el pelo y frunció el ceño.

—¿Insinúa que quiere hacer algo más que injertar esquejes y empezar de cero? —me preguntó.

—Sí —contesté, sin saber siquiera que tenía un plan hasta que lo dije en voz alta—. Quiero salvarlos. Quiero trasladarlos todos.

—Entiendo... —dijo él pensativo—. ¿Los viejos también? No sé si valdrá la pena salvar los árboles viejos.

Yo sabía que Greeney tenía razón. Los árboles de mi familia producían fruta de calidad durante más tiempo que la mayoría, entre veinte y veinticinco años, hasta que empezaban a debilitarse. Mi abuelo Hollis y papá habían mantenido un programa de rotación estricto y, cuando llegaba el momento de arrancar y acolchar un grupo de árboles viejos, siempre había una parcela de cultivo de cobertura a la espera del nuevo lote de árboles jóvenes recién injertados. Yo conocía muy bien aquella rotación, pero me resistía a admitir que no podría salvarlos todos. En esos momentos, en la granja sólo había un grupo que no tardaría en envejecer: cuatro largas filas de viejos árboles retorcidos y nudosos plantados en el mismo año de mi nacimiento. Yo los adoraba. Si tenía que irme sin ellos, se me partiría el corazón.

—Bueno —cedí con tristeza—. De acuerdo. Pero sólo hay un lote de árboles en esas condiciones. Me gustaría conservar los otros doce.

Greeney arrugó aún más el ceño y se quedó pensativo, con la vista fija en su librería.

—No puedo prometérselo —concluyó, y a continuación procedió a explicarme las complejidades del trasplante.

Yo conocía algunos de los términos que empleaba —al fin y al cabo, me había pasado la vida rodeada de árboles—, pero otros, como «pH del suelo», «quemaduras solares abióticas» o «sistemas radiculares», parecían demasiado científicos para un melocotonar que había sabido conservarse y crecer durante años y años.

—Nuestras raíces son fuertes —dije.

—Ah, sí, no lo dudo —replicó—. Sus árboles son legendarios. Pero son fuertes en su propio suelo. Si los trasladamos... Bueno, quiero que me comprenda. Podríamos perderlos.

—Necesito intentarlo —respondí de corazón.

Lo dije en un tono sereno, pero interiormente estaba muy asustada por las advertencias y la vacilación del profesor. Sentada en el desordenado despacho de aquel desconocido, de pronto comprendí que no podría seguir viviendo sin mis frutales. No había podido salvar a Wil, ni a los miembros de mi familia, ni nuestra granja, nunca podría volver a tener en brazos a mi bebé, pero aún podía salvar nuestros árboles.

—Por favor —supliqué.

Él asintió y relajó la frente.

—Entonces yo también lo intentaré —dijo amablemente mientras se alisaba el alborotado cabello—. Será un reto y un honor, señorita Nash.

—Victoria —dije otra vez con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente Ruby-Alice recibió el alta del hospital. Su médico, que más bien parecía un vaquero, incluidas las botas y la hebilla, me dijo que el corazón de la anciana era como un viejo reloj caprichoso. Interpreté que seguiría latiendo hasta que ya no pudiera

más, y que entonces se pararía.

Mientras ayudaba a Ruby-Alice a subir al asiento del pasajero del camión, una pareja joven salió por la puerta de vidrio del hospital. El hombre rodeaba con el brazo los hombros de la mujer, y ella llevaba en brazos a un recién nacido sin sujetarlo con la suficiente firmeza. La cabecita que asomaba del arrullo de franela azul tenía un remolino de pelo negro como el azabache, igual que el de Baby Blue. Tragué saliva y, mirando fijamente a aquella mujer, reprimí el impulso de arrancarle al niño de los brazos y salir corriendo. Cuando ella me miró con aquellos ojos de madre inexperta, me dieron ganas de decirle que hiciera el favor de sujetar bien a su hijo.

A lo largo de todo el trayecto por la carretera 50, que seguía los meandros del río Gunnison hasta llegar a Iola, no pensaba ni en los melocotoneros ni en los riesgos del trasplante. No podía quitarme de la cabeza la mirada de aquella mujer, y pensaba en su bebé, en la vida que tendría, en si su madre estaría a la altura y en qué clase de madre habría sido yo si nos hubiese dado a mi hijo y a mí una oportunidad.

Los animales de Ruby-Alice me recibieron hambrientos en la cancela de la casa. Dejé a la anciana durmiendo en el camión y les di de comer, primero a los cinco perritos y luego a las gallinas y a los polluelos. Cogí uno de los perros, que ya había acabado de comer, acuné su suave cuerpecito contra mi pecho y apoyé su negra cabecita en la palma de una mano. Al poco rato estaba cogiendo los perritos uno a uno y metiéndolos en la cabina del camión. Ruby-Alice despertó cuando los perros se le arremolinaron alrededor de los pies y le saltaron al regazo; al verlos, alargó una mano temblorosa para acariciarlos a todos. Metí a las gallinas en jaulas y las subí junto con su saco de pienso a la trasera del camión. Ya lo había decidido: la anciana y su prole se venían a vivir conmigo.

Entré en la casa de Ruby-Alice, encontré una bolsa de lona en la cocina y, a continuación, me dirigí al dormitorio para coger un poco de ropa. La habitación estaba ordenada y casi vacía, y era igual de rosa que el resto de la casa. Cogí dos jerséis verdes y un gorro de lana que estaban colgados en un gancho de la pared y los metí en la bolsa. Me sentí como una fisgona al abrir el cajón de su cómoda para ver si

encontraba algo que pudiese serle útil, camisones quizá, o ropa interior. Pero lo que hallé fue una extraña colección de objetos dispuestos con pulcritud en una sola capa, como si estuvieran expuestos en la vitrina de un museo: un espejito de marfil, un bastidor de bordado, un reloj de bolsillo de plata, una pipa de caoba, un carrete de pesca, un pañuelo de hombre con un pajarito marrón bordado; una muñequita con un vestido de muselina y la cara de porcelana pintada; dos alianzas de oro atadas con cordel... Todos aquellos objetos eran viejos y usados, pero estaban limpios y no tenían ni una mota de polvo; por su antigüedad, pensé que debían de ser reliquias, objetos personales, supuse, de los familiares que Ruby había perdido de un plumazo por culpa de la gripe. No supe interpretar la historia que relataban —si las alianzas eran de sus padres o de la propia Ruby, si la muñeca era de una hermana o de una prima o de una hija—, pero sí comprendí que formaban parte de una historia de amor y tristeza tan desgarradora que Ruby no había podido soportarla.

Cerré el cajón de la cómoda sintiéndome culpable por aquella intromisión. Cogí dos mantas rosas de la cama y añadí a la bolsa unas cuantas estatuillas de los estantes de la sala de estar. La anciana había vuelto a quedarse dormida con uno de los perros en el regazo. Ni ella ni el animal se movieron cuando arranqué y puse rumbo a mi casa.

Una vez instalada en la habitación de Og, acompañada de sus objetos personales y con sus perros acurrucados en la cama, la anciana se mostró conforme con la mudanza. Dormía apaciblemente la mayor parte del día y aceptaba la comida cuando yo se la acercaba a los labios. A mí me gustaba ver de nuevo gallinas en el jardín y volver a tener a alguien a quien cuidar.

Dos semanas más tarde llegó Greeney con varios de sus alumnos de posgrado; descargaron todo tipo de artilugios científicos y se pusieron manos a la obra de inmediato. Se pasaron semanas recogiendo datos. Yo los dejaba trabajar en paz, pese a que de tanto en tanto les hacía alguna pregunta y les ofrecía melocotones en conserva. Cuando el tiempo empezó a refrescar, les llevaba jarras de café caliente y una caja de zapatos llena de tazas. Cuando llegó diciembre y las primeras

nieves, Greeney ya había diseñado un plan. Buscaríamos una parcela más allá de las montañas West Elk, en el frondoso valle de North Fork, pasaríamos el invierno preparando la tierra para que se pareciera lo máximo posible al rico suelo margoso de nuestra granja y, cuando llegara la primavera, comenzaríamos a excavar en el melocotonar de mi familia y trasladaríamos los árboles uno a uno. No era más disparatado que el sueño original de mi abuelo, como a Greeney le gustaba recordarme; además, había encontrado una beca universitaria con la que cubriría los gastos.

—Esos melocotones siempre han sido milagrosos —decía para tranquilizarme.

Luego arrugaba la frente, porque él era un científico y en realidad no creía en los milagros.

Llegó mi último invierno en Iola. Leves cascadas de nieve caían sobre la granja como harina pasada por un tamiz, silenciándolo todo e invitando al descanso. Agradecí aquel sosiego y me acomodé a aquellos días apacibles. Se avecinaban cambios. Llamé por teléfono a un agente inmobiliario para hacer una oferta por unos terrenos que Greeney me había encontrado, cerca del pueblecito de Paonia. Como tendría que ir a echarles una ojeada, comprendí que necesitaba reunir fuerzas para la primavera.

Mi siguiente tarea consistió en decidir, una a una, qué partes de mi vida anterior viajarían conmigo. Fui a buscar unos cestos al establo y los puse en un rincón del salón, junto con un montón de trapos de cocina blancos y limpios. Todas las noches, después de darle la cena a Ruby y de recoger a los perros para que durmieran dentro, me sentaba en el sofá dorado rodeada de los objetos que había ido acumulando mi familia y trataba de empaquetar lo que quería llevarme.

Me acordaba a menudo del funcionario del gobierno que se había sentado en aquel mismo sofá el día de su segunda visita —con las delgadas piernas cruzadas y las suaves manos delicadamente recogidas sobre una rodilla—, y del tono despreocupado con que me había dicho que todo lo que no me llevara de la casa sería subastado, o quemado,

o quedaría sumergido, sin más. Yo había desviado la mirada de sus ávidos ojos azules hacia el salón. Mi madre estaba presente en cada puntada de los cojines de muselina y de los bordados enmarcados; su colección de cruces de porcelana estaba expuesta en el estante más alto, de madera blanca; su jarrón favorito, de color azul claro, reposaba sobre un tapete blanco en la mesilla auxiliar de roble. Papá estaba en la reluciente radio de madera de castaño que había comprado en contra de la voluntad de mi madre; Cal, en el tablero de damas hecho a mano; Vivian, en su butaca favorita. Negué con la cabeza y le aseguré a aquel hombre que no dejaría nada atrás.

—Firme aquí, por favor —me había dicho. Me entregó otro documento y señaló la línea negra al pie de la hoja; sonrió con escepticismo y añadió—: Por si acaso.

Me pareció un detalle absurdo, pero firmé.

No obstante, una vez preparados los cestos y los trapos, no fui capaz de envolver nada. Lo intenté. Pero el sofá sin los cojines de mi madre y la mesilla auxiliar sin el jarrón azul quedaban muy raros, así que volví a dejarlos en su sitio. La radio llevaba años estropeada; el tablero de damas me recordaba tanto a Cal como a Seth, así que llevarme a uno de los dos significaba llevarme también al otro; la butaca de Vivian era de lo más incómoda. «Pues el secreter de mamá», me dije, pero al abrir con cuidado la hoja abatible, descubrí que seguía siendo del todo suyo, y que su contenido estaba meticulosamente organizado. Noche tras noche, cargaba la estufa de leña y me sentaba junto a la ventana del salón para ver caer la nieve. Me dije que era demasiado pronto para recoger las cosas. Seguro que cuando llegara la primavera encontraría el valor necesario.

17

1955

La mañana de febrero amaneció fría y despejada. Después de desayunar, ayudé a Ruby-Alice a levantarse de la cama y a ir al cuarto de baño, y luego la guié cogiéndola por un brazo esquelético hasta una butaca junto a la ventana. Su semblante, que siempre había sido difícil de descifrar, se había vuelto completamente impenetrable; aun así, creo que le gustaba mirar por la ventana y ver el cielo de un azul intenso y la reluciente nieve que se había acumulado en el suelo. Le cepillé el ralo cabello, y ella alargó una mano temblorosa hacia mí y me acarició la muñeca con la sedosa yema de los dedos, agradeciendo nuestra peculiar amistad, lo único que nos separaba de la soledad absoluta.

Más tarde le preparé unas gachas con miel, y volví a acostarla bajo las mantas. Me calcé las botas de nieve y me puse un abrigo de lana azul para ir un momento al pueblo. Sólo tenía que hacer dos paradas: una en Chapman's para comprar un poco de comida y otra en Jernigan's para comprar un mango nuevo para mi hacha; después volvería a casa. Obviamente, nadie iba a entretenerme parándose a charlar conmigo. Llevaba meses sin que ningún vecino me saludara siquiera con una cabezada indulgente. La gente ya estaba furiosa conmigo por la venta de mis tierras, pero desde que se había extendido el rumor de que había obligado a Ruby-Alice a vender también las suyas y de que me había quedado con los beneficios, me había convertido en una auténtica paria. Lo cierto es que yo no había hablado con Ruby-Alice de la presa ni de las ofertas del gobierno, pues creía que la única riqueza que iba a necesitar la anciana cuando llegara el día de su muerte sería la paz de espíritu.

Mientras avanzaba a duras penas por el largo camino de la casa, el aire invernal, por lo general cortante, entraba sin dificultad en mis pulmones suavizado por el sol. La nieve resplandecía. Los estorninos parloteaban y revoloteaban entre los chopos desnudos, señal inequívoca de la proximidad de la primavera. Al pasar por delante de la parcela de Ruby-Alice, me acordé del solaz que me había procurado aquella casita rodeada de pinos donde Wil me había abrazado por primera vez, y donde Ruby-Alice me había cuidado cuando bajé de las montañas del Big Blue. Sentí una punzada de nostalgia por todo cuanto había dejado atrás, por aquel paisaje incauto que seguía como siempre, pero que estaba condenado a quedar bajo las aguas. Sin embargo, al acercarme más al pueblo pensé que aquel lugar también contenía la crueldad de la ignorancia, y recordé que sus gentes creían que una anciana solitaria era un demonio, y que un chico atractivo de tez morena era un forajido y un canalla. Ahora esa misma gente dirigía su infundada indignación hacia mí, y no había nostalgia capaz de hacer que me quedase en Iola. Bajé por Main Street y subí los escalones de Chapman's soñando con el día en que me marcharía del pueblo.

En cuanto entré, y mientras me desabrochaba los botones del abrigo, el señor Chapman me lanzó una ojeada de indiferencia por encima de la cabeza de los clientes que estaban sentados a la barra. No me importó. Incluso cuando dos de aquellas personas se dieron la vuelta sin levantarse del taburete y me encontré cara a cara con Millie y Matthew Dunlap, me sentí envalentonada e inmune a cualquier comentario que pudiesen hacerme.

Reprimí un gesto de exasperación cuando Millie entonó mi nombre con voz melosa:

—¡Oh, Torie Naaaaash!

Aquel otoño los Dunlap me habían enviado a unos cuantos peones que se alojaban en la pensión para que me ayudaran con la cosecha, como afortunadamente habían hecho todos los años tras fallecer papá; no obstante, desde que se había extendido la noticia de que yo había vendido las tierras, habían dejado de hacerme pedidos y de comprar en nuestro puesto.

—Buenos días, señora Dunlap —dije; luego saludé a Matthew con la cabeza, y él se dio la vuelta sin más.

—¡Uy, no me llames «señora»! Llámame Millie, querida. —Se levantó del taburete y se abalanzó sobre mí como un árbol que cae demasiado rápido y no puedes esquivar—. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? —Me agarró por los hombros, pero sin llegar a abrazarme—. ¡Qué barbaridad!

Su cara redonda se había vuelto arrugada y pálida como una col, pero sus ojos castaños, que parecían dos crecientes de luna, seguían aparentando una falsa inocencia. Yo había aprendido hacía mucho a no confiar en aquellos ojos ni en la cantinela amistosa de aquella mujer. Habían transcurrido casi siete años desde aquella horrible mañana en que, en la cocina de la pensión, Millie Dunlap había expresado una repentina repulsa al preguntarle yo por el chico al que ella había llamado un «sucio piel roja», pero a mí me parecía que había sido el día antes. Al ver la alegre sonrisa con que me recibió en la entrada de Chapman's, recordé una vez más por qué siempre había querido mantener las distancias con esa mujer, más allá de los inevitables contactos por asuntos de trabajo.

Me preguntó si ya había terminado la cosecha; era evidente que lo decía para que le agradeciera que me hubiese enviado mano de obra, cosa que hice. Luego siguió hablando del tiempo y de otras bobadas mientras yo buscaba alguna excusa para largarme de allí.

Antes de que lograra esquivarla, me mostró todos sus dientes y dijo:

—¡Y lo contenta que debes de estar de que haya vuelto tu hermano!

Me quedé petrificada, como si me hubiesen dado un bofetón.

—¿Cómo dice? —La había oído muy bien, pero sus palabras habían volado directamente de mis oídos a mis tripas sin pasar por mi cerebro.

—¡De que haya vuelto Seth! —repitió—. Me alegro mucho por los dos. —Alargó una mano y la deslizó por mi brazo como un gato con ganas de jugar.

Hacía años que no oía a nadie nombrar a mi hermano. Había dado por hecho que Seth se había borrado de la memoria común, del mismo modo que en Iola nunca hablábamos de un año de malas cosechas ni

de un accidente de cosechadora por descuido, ya fuese para protegernos de la vergüenza o de la mala fortuna.

—A Matty y a mí nos extrañó mucho enterarnos de que Seth no sabía que te habías quedado el dinero de esos funcionarios del gobierno, teniendo en cuenta que la mitad de los beneficios le corresponden a él. —Abrió un poco más los ojos.

—Seth... —dije con voz ronca. Su nombre me quemó la garganta—. Está en California.

—¡Ah, no! —Volvió a pasarme una mano por el brazo, como si mi estupidez la hubiese dejado atónita—. Allí sólo estuvo un tiempo, creo que le dijo a Matty que cerca de Fresno... Pero desde hace casi un año vive en Montrose. Trabaja en las plantaciones de maíz, al oeste de la ciudad. Nosotros lo hemos visto de vez en cuando por allí, en alguna subasta, y hace poco al salir del cine. Aunque claro, él no habla mucho. Ya conoces a Seth.

Dejó que esa última frase calara en mí y se quedó estudiando su efecto.

«Sí, claro que conozco a Seth», me habría gustado escupirle en la cara.

—No sabría decirte qué le dolió más al pobre chico cuando charlamos con él... —continuó Millie. Su falsa dulzura se tornó amarga—. Si enterarse de que habías vendido la finca o de que habías acogido a esa loca y la habías convencido para que vendiera la suya. —Hizo una pausa cruel y se encogió de hombros—. Pero él dijo que pasaría a visitarte, así que supongo que ya lo habréis aclarado todo.

Seth. En Iola. Salí por la puerta y eché a correr hacia mi casa antes de que Millie Dunlap, una vez hecho el daño, regresara con aire satisfecho a su taburete.

Entré rauda por la puerta de la cocina, jadeando y con las mejillas coloradas. Sin detenerme siquiera a quitarme las botas, fui a la habitación de Ruby-Alice y abrí la puerta. No sé muy bien qué esperaba encontrar —a Seth cerniéndose sobre ella con un arma en la mano o, peor aún, el escenario sangriento posterior a su invasión—, pero Ruby estaba tal como la había dejado: dormida y respirando lenta y acompasadamente. Dos de los perritos que dormitaban

acurrucados junto a ella me miraron un momento con aire perezoso y siguieron durmiendo.

Fui a la cocina y llené un vaso de agua en el fregadero. Me temblaban las manos. Me bebí toda el agua de un trago, volví a llenar el vaso y me la bebí otra vez. Todavía veía el descapotable de Seth al otro lado de la ventana que tenía delante. Nunca olvidaría cómo derrapaba y rugía el coche la noche en que mi hermano salió por primera vez en busca de Wil. Casi contaba con verlo ahí ahora, saludándome con aire siniestro. Pero no, no estaba allí. Ni en el salón, ni en el piso de arriba, ni en el establo, ni escondido en los destartalados corrales donde antes teníamos los cerdos. En la lisa capa de nieve no se veían huellas entre la casa y el melocotonar. Me pasé el día buscándolo por todas partes, en todos los rincones que se me ocurrieron. Cuando no miraba, escuchaba: todo mi ser estaba en guardia, como un perro amenazado. Corrí todas las cortinas de la casa y cerré todas las puertas y ventanas. Aquella noche no pegué ojo.

Acostada en mi cama en la oscuridad sin luna, no dejé de vigilar el picaporte, como había hecho tantas veces de niña. Sentía repugnancia hacia Seth, sí, pero también hacia mí misma. Había pasado demasiado tiempo de mi vida temiendo a mi hermano y temiendo cosas que no podía nombrar.

Entonces me acordé de lo largas que se me habían hecho las primeras noches en la cabaña —cuando estaba convencida de que había algo peligroso merodeando fuera— y de la valentía que día a día había ido surgiendo en mi interior para afrontar cualquier imprevisto. Me acordé del terror y el júbilo de dar a luz, del milagro de crear una nueva vida y traerla al mundo y del coraje que había necesitado para dejar a mi bebé en aquel coche y alejarme de él para salvarlo. Me acordé del día en que había regresado a casa y había dado la cara ante papá; de cómo quería a papá; de que había seguido trabajando diligentemente cuando él falleció. Me acordé de la furia con que había descolgado del porche aquella colcha en la que creía haber visto la cara de Seth, y de que aquella noche había jurado que no permitiría que mi hermano volviera a aterrorizarme.

Me destapé y me levanté de la cama. Si Seth venía a mi casa, vaya si

iba a encontrarme preparada.

El día siguiente amaneció gris y adusto. Desde la cocina contemplé el cielo incoloro mientras bebía café en la penumbra, con la escopeta de papá a mi lado. Yo no había vuelto a tocar aquella arma desde su muerte; de hecho, hacía mucho que no la tocaba: mi padre sólo me había llevado a disparar unas cuantas veces, contra unas botellas de Coca-Cola puestas en fila sobre una valla, cuando yo tenía trece años. Al principio disparaba sin ganas y tenía muy mala puntería. Pero papá era tenaz y yo era obediente, de modo que seguimos con el entrenamiento. Al final conseguí dar a las seis botellas sin fallar ni un solo disparo, y entonces le pregunté a papá si podíamos dejarlo. Detestaba el peso de la escopeta en los brazos, el ruido ensordecedor del disparo, el culatazo contra mi débil hombro, el olor acre de la pólvora. Hasta detestaba dar en el blanco y ver salir volando todo aquel vidrio, la imitación de cómo una bala podía destruir una vida. Ahora la escopeta estaba apoyada contra la silla de la cocina, pero no tenía intención de dispararla. Si Seth aparecía, yo quería que me encontrara con la escopeta en las manos. Necesitaba demostrarle que ya no era la niña que él recordaba.

Salí a dar de comer a las gallinas y a los perros y a recoger leña, y le preparé las gachas del desayuno a Ruby-Alice, decidida a no acobardarme y con la escopeta siempre cerca. Cada vez tenía más ganas de marcharme de la granja, y por fin empecé a recoger mis cosas; aproveché mi nerviosismo para llenar cuatro cestos antes del mediodía, y después de comer me puse de nuevo manos a la obra. De pronto la mudanza se me antojaba urgente.

Fui al establo a buscar una escalerilla de las que utilizábamos para recolectar los melocotones y me la llevé al salón para recoger la colección de cruces de porcelana de mi madre, expuesta en aquel estante alto y blanco. La vieja escalerilla crujió y se tambaleó bajo mi peso, pero me quedé un buen rato en uno de los últimos peldaños, admirando la colección y recordando las mañanas del día de Navidad, cuando mi madre desenvolvía la nueva cruz que papá le había

comprado. Mi madre siempre fingía sorpresa y daba las gracias. Las cruces, del tamaño de mi mano, eran blancas y satinadas y tenían pintadas flores azules, o cintas, o pájaros en pleno vuelo. Cada mes de diciembre, sin falta, papá encargaba aquellas cruces por catálogo en Sears Roebuck a través de Jernigan's, y me emocionó la ternura de aquella tradición mientras las limpiaba y las envolvía una a una. Recordaba que entre ellas había una rota, así que la busqué para cogerla con mayor cuidado. Pasé la yema del dedo por las líneas rugosas que habían quedado después de que papá pegara los fragmentos y rememoré aquella mañana de Navidad horrible en que Seth, al sentirse objeto de alguna broma o burla, cogió lo primero que encontró para lanzárselo a Cal. El regalo de mi madre chocó contra la pared del salón y cayó al suelo hecho pedazos. Todos aguardamos en silencio la reacción de mi madre. Ella se limitó a apretar la mandíbula, a agachar la cabeza y a mirarse las manos entrelazadas. Las rabietas de Seth solían enfurecerla, pero aquel día me di cuenta de que simplemente estaba triste. Papá nos echó a los tres del salón, y yo me pasé el resto de la mañana de Navidad llorando en la cuadra de *Abel*.

Cogí la cruz reconstruida y, sintiendo todavía la melancolía de aquel día tan lejano, me fijé en que había una cruz de madera tallada a mano que yacía tumbada en el estante, detrás de las otras. Estaba hecha con dos ramitas de sauce unidas por el centro con una cinta roja de Navidad. La reconocí de inmediato, a pesar de que llevaba mucho tiempo olvidada allí: la había hecho Seth para mi madre, la había metido en una cajita atada con un torpe lazo y, avergonzado, se la había ofrecido cuando nos dejaron entrar otra vez para comernos el jamón asado de la cena navideña. Mi madre la había aceptado con amabilidad, pero con gesto sombrío; la había guardado y había seguido ocupándose de la comida. Seth no nos miró ni a ella ni a ninguno de los demás hasta que empezamos a repartir los platos. A pesar de que mi madre y Viv habían preparado deliciosos manjares para la ocasión, mi hermano casi no comió.

Bajé de la escalerilla con la cruz de porcelana rota en una mano y la de madera en la otra. Ambas representaban diferentes rasgos de mi hermano: su impetuosidad y su ira, pero también una parte de él que

distinguía el bien y sabía cómo hacerlo, una parte de él que anhelaba más amor del que sabía inspirar. Mi memoria estaba tan llena de su mal carácter y de los disgustos que provocaba que apenas recordaba al niño capaz de esmerarse y hacer una cruz con ramas de sauce a modo de disculpa. Mi madre había guardado las dos cruces. Sentí que aquello debía de significar algo para mí. Las sostuve en las palmas de las manos y las contemplé durante un buen rato; luego me las llevé a la cocina y las tiré a la basura.

Unos días más tarde, estaba secando y guardando los platos de la comida cuando oí unas fuertes pisadas en el porche y, a continuación, tres golpes en la puerta. Era él, lo sabía. Me puse muy nerviosa y empecé a correr de un lado a otro de la cocina. Había imaginado varias versiones de la llegada de Seth a la granja, pero en ninguna de ellas mi hermano llamaba a la puerta como una persona civilizada.

Inspiré hondo y cogí la escopeta de papá. Recorrí el pasillo y crucé el salón pensando en todas las formas que tenía Seth de entrar por la fuerza. No se me había olvidado coger la llave que durante décadas había estado colgada de un clavo en una viga del porche, pero era probable que él tuviese su propia llave, y podía romper el cristal de una ventana o derribar la puerta con el hombro. Sin embargo, al poco rato volvió a llamar, esta vez más fuerte, haciendo que los perros que estaban encerrados en la habitación de Ruby-Alice se pusieran a ladrar.

Me armé de valor y eché una ojeada por la ventana del salón, y allí, mirándome fijamente, con la nariz casi pegada a la mía, estaba mi hermano. Retrocedí de un salto y me dio un vuelco el corazón.

—Abre la maldita puerta, Torie —exigió Seth desde el otro lado de la ventana.

Lo poco que vi de él fue que estaba más delgado y que se había dejado una barba desaliñada y oscura que le hacía parecer mayor. Yo no esperaba verlo con ese aspecto.

—Venga —insistió con una voz grave y persuasiva—. No voy a hacerte daño.

Me detuve a analizar mis emociones y me di cuenta de que no estaba asustada por lo que pudiera hacerme a mí. No sabía cuáles eran los planes de Seth; si tenía intención de atacarme, yo podría soportarlo, pero si atacaba a Ruby-Alice, no estaba tan segura de cómo reaccionaría. Cuando los perros se callaron volví a acercarme a la ventana y, a través del cristal, le ordené que se sentara en la silla del porche. Mi hermano se echó a reír, pero me obedeció.

Me envolví en un jersey y cogí la escopeta, y sólo entonces salí precipitadamente, tras asegurarme de que la puerta quedaba bien cerrada, y, sin dejar de mirar a Seth, me desplacé rauda hasta el fondo del porche.

Él soltó una carcajada ronca y dijo:

—Creía que odiabas esa escopeta.

—Y la odio —contesté, satisfecha de que eso hubiese sido lo primero en lo que se había fijado, y confiando en que aquel detalle le revelara cuáles eran mis intenciones.

Nos examinamos el uno al otro sin decir una sola palabra. En cierto modo, aquel tipo que tenía delante era Seth, pero al mismo tiempo no era él. Olía igual que siempre, a humo de cigarrillos y a whisky, pero el chico fornido de pelo castaño claro de dieciséis años que se había marchado de Iola se había transformado en un hombre moreno y con barba de veintidós, con nuevos ángulos y curvas cincelados en el rostro. Se le marcaban unas profundas arrugas entre las gruesas cejas, y una larga cicatriz blanca le fruncía la piel de una mejilla. Tenía los ojos grises e inquietos de siempre, aunque su mirada se había suavizado un poco y no estaba tan cargada de resentimiento como la del niño a quien yo conocía. Era ancho de hombros, pero su chaqueta de lona no disimulaba su delgadez. Tenía las manos gruesas y engarfiadas, igual que papá, y las llevaba sucias; le temblaban un poco y se las frotaba repetidamente en las sucias perneras de los vaqueros. Había algo en su postura que delataba que había vivido muchas situaciones difíciles en los últimos seis años, aunque yo estaba convencida de que todas las había provocado él.

No habría sabido decir qué estaba pensando mi hermano de los cambios que veía en mí, pero me daba lo mismo: sólo me importaba

que se fijara en la novedosa seguridad con que daba órdenes y empuñaba una escopeta.

—En Montrose me encontré a los Dunlap y... —empezó a decir.

—Ya lo sé. Me lo ha contado Millie —lo interrumpí.

—¿Ah, sí? Creía que ya no erais amigas.

Me encogí de hombros y repliqué:

—Me dijo que vendrías a por el dinero.

Seth soltó una risita nerviosa.

—Entonces no te habrá sorprendido verme, ¿no?

—Lo único que me sorprende es que hayas tardado tanto en aparecer. —Mi intención era ofenderlo aludiendo a su avaricia, pero él continuó como si nada.

—Ya, bueno, pues me costó bastante decidirme —dijo—. Me había jurado que jamás volvería aquí.

Me pareció revelador que hubiese roto ese juramento por dinero, pero no para asistir al funeral de papá. Él adivinó lo que estaba pensando y se encogió de hombros, como si quisiera defenderse de la crítica que yo no había llegado a verbalizar.

—A lo mejor he venido por algo más que por el dinero —dijo por fin.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—A lo mejor hace tiempo que necesito decirte algunas cosas. —Me miró con los ojos entrecerrados, y me recordó muchísimo al niño que le había ofrecido aquella rudimentaria cruz a mi madre después de arruinarnos la Navidad.

Parecía mentira que mi hermano y yo sobrelleváramos nuestro infortunio de formas tan diferentes. De todos modos, cuando la muerte llegó a nuestra vida no éramos lo bastante mayores para saber cómo enfrentarnos a ella. Habíamos seguido adelante —sin mi madre, sin Cal y sin la tía Viv, con la única compañía de un padre en horas bajas y un tío malévolo y fracasado— convirtiéndonos en versiones más serias de las personas que siempre habíamos sido: yo, la niña obediente; Seth, el niño enfadado. Ni él ni yo habíamos sabido hacerlo de otra manera. Aun así, amar a Wil me había hecho desprenderme de mi caparazón de timidez, y Baby Blue me había mostrado la fuerza

que guardaba en mi interior. Dudaba mucho que Seth hubiese tenido esa suerte. Me preparé para lo que iba a decirme.

—Necesitaba decirte... —continuó después de tragar saliva— que yo no maté a aquel piel roja.

Controlé mi respiración. Me habría gustado decirle que Wil no era ningún «piel roja», que tenía un nombre, y que, además, era más encantador de lo que mi hermano jamás podría imaginar. Pero habría sido inútil. En lugar de eso, contraataqué:

—Ya, ¿y pretendes que te crea? Has venido aquí para sacarme dinero. Estarías dispuesto a decir cualquier cosa.

—No, Torie, de verdad. —Negó con la cabeza enérgicamente—. Fue Forrest Davis. Fue él quien... quien lo ató... quien le hizo aquello al chico. Yo estaba allí, y no debería haber estado, pero no lo hice yo.

Por toda respuesta, sujeté aún más fuerte la escopeta. La violencia no casaba en absoluto con mi personalidad, pero en aquel momento entendí el ansia de venganza, la necesidad desesperada de borrar el dolor propio causándole todo el daño posible a otra persona. Recordé aquella noche terrible en la que Seth había llegado a casa borracho y triunfante, sin duda con sangre en las manos, y que yo no había sabido qué hacer y me había limitado a esconderme.

—Si estabas allí —dije cuando por fin recuperé la voz—, ¿por qué demonios no se lo impediste?

Había empezado a temblar; me di cuenta de que siempre había sospechado que el asesino era Forrest Davis, pero también sabía que Seth era demasiado débil y estaba demasiado cargado de prejuicios para hacer otra cosa que no fuese ver morir a Wil.

—¿Por qué? —repetí. Me habría gustado gritar, pero me controlé y contuve las lágrimas—. ¿Por qué no lo ayudaste?

Seth se quedó cabizbajo, con la vista clavada en el suelo de madera durante un largo minuto, y finalmente dijo:

—Porque entonces yo era un idiota. Era un idiota y estaba furioso.

Lo único que se oía era la áspera palma de sus manos frotando los muslos de sus vaqueros. Se sacó un paquete de Lucky Strike del bolsillo de la chaqueta y lo sacudió hasta que cayó un cigarrillo; se lo puso en los labios y lo encendió. Cada vez que daba una calada, el

tabaco crepitaba en medio de aquel silencio.

Las nubes se deslizaron como serpientes grises, cubriendo un cielo hasta entonces soleado y proyectando sombras alargadas sobre la nieve. La atmósfera, impregnada del olor acre del tabaco, se enfrió.

—Pero hubo algo que sí entendí a pesar de ser un idiota —dijo Seth apuntándome con el cigarrillo—. No fui tan imbécil como para no adivinar por qué te habías fugado.

Me mordí la lengua y esperé a que dijera que sabía lo del bebé; que papá, Og, Lyle y el pueblo entero sabían lo del bebé.

—Tenías miedo de que fuéramos a buscarte —prosiguió con gesto adusto; dio otra honda calada y tiró la ceniza en el porche—. Pero yo nunca te habría hecho daño, Torie. Tú y yo... nosotros... —Se detuvo y volvió a mirar al suelo—. Cuando te seguí y te vi besando a aquel piel roja, no me hizo ninguna gracia. Eso lo admito. No me hizo ninguna gracia. Pero no podía reprochártelo. Tú no sabías nada sobre los de su raza, sobre sus hechizos, sus triquiñuelas y todo eso.

«Aquel piel roja», pensé con repugnancia. «Los de su raza...» «Hechizos y triquiñuelas...»

Recordé cómo había interpretado Cal la cólera de Seth cuando le prohibimos subir a nuestra cabaña del árbol. «Lo que pasa es que está celoso», me había dicho Cal. «De ti y de mí.»

—Cuando Lyle empezó a vigilarnos a todas horas y Davis dijo que sería mejor que nos marcháramos del pueblo, te busqué —dijo Seth—. Te busqué por todas partes, hasta debajo de las piedras. Quería que supieras que, una vez desaparecidos tanto Davis como aquel piel roja, no corrías ningún peligro si volvías a casa. Dime que me crees.

No le creí. O quizá sí. En realidad, ya no importaba.

—¿Qué quieres, Seth? —dije impávida. Necesitaba poner fin a aquel encuentro—. ¿A qué has venido?

—No lo sé. —Mi hermano tiró el cigarrillo al suelo de madera y lo aplastó con la bota—. A buscar mi dinero. Pero ahora que estoy aquí... —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. ¿La loca esa, Akers, está dentro? —Señaló la puerta principal.

—No. Murió hace tiempo.

—Eso no es lo que me han contado —replicó Seth soltando una

risita.

Me encogí de hombros y volví a preguntar:

—¿A qué has venido, Seth?

—Bueno, mira, me gustaría saber quién va a vivir aquí cuando tú te marches. Quién va a cultivar las tierras.

«Los peces», me habría gustado decirle. «Y las algas y la putrefacción.»

—La gente dice que eso del embalse es un cuento chino —continuó —. Dicen que es imposible construir esa presa. Que los que se venden las tierras son idiotas.

Cabía la posibilidad de que mi hermano estuviese en lo cierto, pero a mí no me importaba. Yo tenía mi plan y mi ruta de huida.

—Si tú no quieres esta granja —continuó—, a lo mejor yo sí. Estoy harto de ir de un lado para otro, de no tener un hogar. Y no hay nadie capaz de cuidar este melocotonar mejor que yo.

—Muy bien —dije, pillando al vuelo aquella oportunidad—. Si entregas a Davis a Lyle y testificas sobre lo que viste aquella noche, puedes quedártelo.

—Le veo dos problemas a tu propuesta —replicó—. El primero es que un piel roja que lleva años muerto no le va a importar a nadie lo suficiente como para montar un juicio.

Hizo una pausa para interpretar la expresión de mi cara, que lamentablemente le indicó que yo sabía que estaba en lo cierto.

—Y el segundo —prosiguió— es que, de todas formas, ya no importa. A Davis lo mataron en una pelea en Fresno. —Señaló la cicatriz blanca que tenía en la mejilla—. Ese malnacido estuvo a punto de llevarme con él. —Hizo otra pausa, antes de añadir—: Así que no va a haber más justicia que ésa.

Me escocían los ojos. Necesitaba que Seth se marchara.

—Me iré antes de que comience el verano —dije—. Si no te acercas a mí, me tiene sin cuidado lo que hagas. Pero si vuelves a venir por aquí, rociaré con gasolina hasta el último centímetro de esta granja y le prenderé fuego.

Seth soltó una risa burlona.

—Pero el melocotonar no —dijo.

—Empezaré por el melocotonar —mentí mirándolo a los ojos.

Reaccionó visiblemente ofendido. Entonces comprendí que, en este mundo tan lleno de crueldad, al menos había algo capaz de conmover el maltrecho corazón de mi hermano: los melocotones.

—No pongas en duda mis palabras, Seth —dije acercándome un poco más a él—.No vuelvas por aquí hasta que yo me haya marchado. Luego haz lo que quieras con estas tierras. Y si Lyle te encuentra o los funcionarios del gobierno vienen a reclamar la finca, yo no tendré nada que ver. Estarás allanando una propiedad privada, y ya te apañarás tú solo con las consecuencias.

Mi conformidad lo desconcertó. Pero yo no le estaba regalando nada que no le hubiera prometido ya al agua. Lo que le pasara a la granja una vez que yo hubiese salvado los árboles y hubiese iniciado mi nueva vida no significaba nada para mí. Seth —me dije— no significaba nada para mí. Si mi hermano regresaba, el melocotonar habría desaparecido y la casa estaría vacía, pero el fantasma de sus remordimientos permanecería. Mi venganza, y la única justicia que jamás se le haría a Wil, consistiría en la mala conciencia de Seth y en que un día el río Gunnison crecería y lo engulliría todo.

Levanté la escopeta y le apunté directamente al pecho.

—Y ahora lárgate de mi porche —dije.

Seth se levantó y me miró con una cara tan cansada y atribulada que, en lugar de veintidós años, parecía que tuviese ochenta. Lo vi tan triste que, por un instante, volví a ser la niña que quería a su hermano, la niña que pretendía desenredar ese amor del miedo y la confusión, la niña que quería salvarlo de sí mismo y ser buena para contrarrestar todo el mal que había en él, todo el mal que había en el mundo entero. Me hubiera gustado decirle que dentro de mí había muchas más cosas de las que yo había imaginado, y que a lo mejor también las había dentro de él.

Pero seguí apuntándolo con la escopeta mientras él bajaba despacio los escalones del porche, recorría el largo camino y desaparecía más allá de los chopos. No bajé el cañón, ni siquiera respiré tranquila hasta oír que, a lo lejos, se encendía un motor y un coche se alejaba.

Al día siguiente, como si Seth se hubiese llevado el invierno con él, comenzó el deshielo. A lo largo de las dos semanas siguientes la tierra fue surgiendo poco a poco, en manchas dispersas, y luego de golpe, cuando la nieve se convirtió en fango y el fango en vegetación. Mientras Greeney y sus alumnos acababan de preparar el suelo en los nuevos terrenos de las montañas Elk, yo empecé a podar rama a rama los árboles sin hojas, salvo los melocotoneros viejos que tendría que dejar allí. Hablando conmigo misma y en voz alta, me convencí de que el posterior trasplante funcionaría y de que en mayo mis árboles y yo floreceríamos juntos en Paonia. Mientras lo decía, se me hacía un nudo en el estómago sólo de pensar en la posibilidad de un fracaso. Sentada en el suelo embarrado, con la espalda apoyada en el ancho y retorcido tronco del viejo árbol que más echaría de menos, junté las manos para rezar. Cuando mis palabras ascendieron hacia el cielo, me di cuenta de que no estaba hablándole a Dios, sino a papá, que era la persona que mejor conocía y más amaba aquel melocotonar. Le pedí bendiciones y ayuda, melocotones milagrosos y condiciones meteorológicas favorables, y le pedí que, si todo salía mal, me perdonara y comprendiera que al menos lo había intentado.

El 1 de marzo estaba preparada junto a Greeney y cuatro alumnos suyos, con las telas de arpillera a nuestro lado. Nerviosa, vi a dos de aquellos jóvenes empezar a excavar con cuidado alrededor del primer árbol, aflojando la tierra hasta que se liberaron las raíces. Cuando levantaron el árbol del suelo, Greeney y yo nos arrodillamos; admiramos las gruesas y enmarañadas raíces y apretamos toda la tierra que pudimos a su alrededor. Los otros dos estudiantes se apresuraron a proteger la gran bola de raíces con la arpillera, y todos juntos pusimos el árbol bien envuelto en una carretilla y lo llevamos hasta el camión de plataforma que estaba esperando. No respiré tranquila hasta que Greeney me hizo una señal con el pulgar y me sonrió con optimismo. Yo le devolví la sonrisa, a pesar de que me sentía tan mal que estaba a punto de vomitar.

Seguimos trabajando día tras día, árbol a árbol; llenábamos la plataforma de un camión, éste se marchaba y llegaba otro vacío. Los agujeros gigantescos que íbamos dejando en el melocotonar parecían

heridas abiertas. Temí que, aunque no sangrara, la tierra sintiera el dolor de la extracción, un sufrimiento silencioso de suelo desgarrado, de piedras y raíces desplazadas, del mismo modo que quizá sentiría la última bocanada de aire cuando llegara la crecida. Pero si algo me habían enseñado aquellas montañas era que la tierra resiste; que soporta los caprichos de los humanos cuando no tiene más remedio, reclama lo suyo cuando puede, y aguanta. Sin embargo, algunas noches me sentaba en la penumbra fría y azul del melocotonar saqueado y pedía perdón por lo que estaba haciendo.

Ruby-Alice se pasaba la mayor parte del día durmiendo y no parecían preocuparle mis planes ni mis cambios, pero cuando cargamos aquel primer camión empezó a rechazar la comida y la bebida. Iola era su hogar, y yo imaginé que la anciana se negaba a que se la llevaran de allí como estábamos haciendo con los árboles. Durante varios días no ingirió nada y apenas se movió. Cuando intuí que su fin estaba cerca, llevé su menudo cuerpo al camión de papá, metí también sus perritos en la cabina y la trasladé de nuevo a su casa rodeada de pinos. La acomodé en el sofá donde a ella tanto le gustaba dormir y la tapé con una manta, y pocas horas después su respiración comenzó a volverse superficial y entrecortada, con largas pausas entre cada inhalación. Falleció de la forma más apacible que uno pueda desear, con las azuladas manos entrelazadas sobre el pecho, cuatro perros dormidos a su lado y uno acurrucado junto a su hombro. La besé en la frente y me alegré de su vida —tan extraña y singular, tan extrañamente superpuesta a la mía— y de su muerte, la única muerte correcta que yo había conocido.

—Como si fuera un río... —le susurré, como tal vez habría hecho Wil, y juro que sentí ascender su espíritu.

Supuse que el funeral de Ruby-Alice en el cementerio de Iola no sería muy distinto de como habían sido nuestras vidas últimamente: estaríamos sólo ella y yo, con las montañas Big Blue cerniéndose sobre nosotras. Me pareció que lo más adecuado sería enterrarla en el suelo, donde las margaritas blancas florecían todo el verano y donde los

familiares que ambas habíamos perdido, así como varias generaciones de vecinos del pueblo, descansaban bajo unas modestas lápidas. Si construían el embalse, sus restos mortales se ahogarían junto con la tierra o, como había prometido el funcionario del gobierno, serían trasladados a otros terrenos más elevados, donde se convertirían en un monumento en recuerdo de Iola y de sus habitantes. Guardé en una caja los viejos objetos personales que había encontrado colocados con esmero en el cajón de la cómoda de Ruby-Alice, y se los entregué al reverendo Whitt para que los metiera dentro del ataúd antes de que lo sellaran. El reverendo me preguntó si podía decir unas palabras la mañana del funeral, y le dije que sí.

Los trinos de los gorriones y una perfecta luz dorada me acompañaron cuando me dirigí al cementerio. Pensaba estar de pie junto a la tumba, cabizbaja, mientras el anciano reverendo recitaba una oración, y luego despedirme de Ruby-Alice Akers y alejarme de allí. Una nueva vida estaba desplegándose ante mí. Nunca había dejado de cuestionarme las decisiones del pasado, pero en el mundo en que vivimos es obvio que cada paso dado define el siguiente, y nos vemos obligados a caminar en ese espacio abierto, sin mapas y sin invitaciones. Wil, el río Gunnison y las capas de vida y muerte de los bosques del Big Blue seguían enseñándome eso. Para bien o para mal, yo estaba a punto de dar mi siguiente paso y hacía todo lo posible por confiar en él. Aquel funeral desharía el nudo de mi último lazo con Iola, y pronto emprendería un nuevo camino.

Cuando llegué al pulcro cementerio, al principio no di crédito a la muchedumbre que estaba allí reunida. Pero era real: dos docenas de vecinos entraban por la blanca verja de hierro forjado, todos de luto, algunos con un ramillete de artemisa atado con una cinta en sustitución de las flores que todavía no se habían abierto. El reverendo recitó los salmos. Las blancas cumbres destellaban. Nos dimos la mano y cantamos juntos, como siempre habíamos hecho, el canto fúnebre de nuestra comunidad, «In the Sweet Byand-By». Recorrí con la mirada aquellas caras conocidas y solemnes: la familia Mitchell, los tres hijos del reverendo Whitt, el doctor Bernette y su esposa, el señor Jernigan, algunos compañeros de clase a los que ya apenas reconocía, los

rancheros para los que había trabajado papá y el resto de las gentes del pueblo, excepto los Dunlap y los Martindell, cosa que no me extrañó. No había ni una sola mala persona entre los asistentes. Era la gente decente y trabajadora con la que yo siempre había vivido, la gente que asistía a los funerales y protegía con fiereza a los suyos, aunque fuese ciegamente. No alcanzaba a imaginar adónde irían, cómo reaccionarían ni qué defenderían cuando las aguas lo cambiaran todo. No sabía cómo se las ingeniarían para recomponer su corazón y su vida y seguir adelante.

A medida que salían del cementerio, fui agradeciendo a todos los vecinos que hubieran asistido al entierro. Muchos me estrecharon la mano, olvidando el pasado, al menos por el momento. Me pregunté cuántos de ellos habrían asistido al funeral de Wil si hubiesen tenido ocasión. No todos, pensé, pero sin duda la mayoría, y no pude evitar derramar unas gruesas lágrimas por todo lo que había perdido y malinterpretado.

El reverendo Whitt y sus hijos ultimaron el entierro, cargaron sus herramientas en el camión negro y se marcharon. Yo me quedé un rato junto al montículo de tierra, rodeada de las ocho pequeñas lápidas de la parcela de los Akers, y sentí cierto alivio al pensar que ahora Ruby-Alice por fin yacía entre ellos.

Mi familia estaba enterrada un poco más arriba. Me paseé por nuestra parcela de hierba y, mientras acariciaba las desgastadas decoraciones de madera de las tumbas, fui diciendo los nombres en voz alta. Cuando la gente se había congregado allí para darse la mano y cantar por cada uno de ellos, yo había dado por hecho que, el día que la muerte viniese a buscarme a mí, mi funeral sería muy parecido. Resultaba extraño, pensé mientras me despedía por última vez y volvía a bajar la cuesta, que ya no pudiese imaginarme cómo sería mi vida, y mucho menos mi muerte.

A mediados de mes Greeney y yo habíamos supervisado la retirada y el transporte de cada uno de aquellos preciosos árboles. Y con los últimos melocotoneros, yo también me marché de Iola.

Las gallinas aguardaban en sus jaulas encima del sofá de color ocre, junto con los cestos cargados de enseres domésticos, las cajas de melocotones en conserva, las herramientas del huerto de papá y todo cuanto los estudiantes que nos ayudaban consiguieron encajar en la trasera del viejo camión. Greeney y sus alumnos subieron entonces a sus vehículos y salieron hacia el nuevo melocotonar. Yo regresé a la puerta lateral para recorrer la casa por última vez, pero al final decidí no hacerlo. Ya me había paseado detenidamente por las silenciosas habitaciones y había hecho las paces con los recuerdos y los objetos que iba a dejar allí. En lugar de eso, cargué el último cesto en el asiento del pasajero. Estaba marcado con una cinta azul que indicaba que su contenido era especial: las cruces de porcelana de mi madre, los bordados enmarcados y su Biblia; las camisas de franela de papá; dos mantas y mi estatuilla preferida de Ruby-Alice. Hice salir a los perritos de la casa y del jardín y los subí al asiento trasero, y sólo entonces cerré la puerta de la cocina de un tirón.

Mi intención era enfilar el largo camino sin mirar atrás, pero no fui capaz de hacerlo. Aparqué el camión y me apeé para dedicar una larga y última mirada al lugar que me había visto nacer. Luego volví a sentarme al volante y seguí conduciendo. Dejaría atrás mi pasado e intentaría reconstruir mi vida, y no buscaría milagros, sino simplemente la fuerza de una nueva tierra. Pensé que si mis árboles eran capaces de sobrevivir, pese al trasplante y contra todo pronóstico, con un poco de suerte yo también lo conseguiría.

TERCERA PARTE

1955 - 1970

18

1955

El día que recorrí Grand Avenue por primera vez, pensé que Paonia era demasiado elegante para mí.

Me asomé por encima del volante y contemplé las aceras y los bordillos bien delimitados de la calle, el llamativo Paradise Theater con su expositor de carteles de películas y un alto edificio que tenía pintado HAYS VARIETY con grandes y elaboradas letras en rojo sobre unos ladrillos amarillos. La cafetería tenía un toldo verde y puertas de vidrio impoluto, y una pizarra donde se anunciaba el plato especial: gofres con trucha. Unas cuantas personas me miraron con curiosidad, y me sentí un poco abochornada por mi intrusión y por el ruido quejumbroso de mi viejo camión, que alteraba la tranquilidad de la tarde primaveral.

Sin embargo, cuando dejé Grand girando por Second Street y crucé las vías de tren en dirección a Minnesota Creek, se abrieron ante mí huertos de frutales, pastos y terrenos despejados. A lo lejos, un pinar trepaba hasta una cornisa donde se juntaban dos picos nevados, uno escarpado y amenazador, el otro liso y suave como el lomo de una ballena. Cogí la nota escrita a mano de Greeney del salpicadero y seguí el resto de sus indicaciones: torcer a la izquierda al llegar al granero rojo, torcer a la derecha y cruzar el puente de una zanja de drenaje para llegar a una carretera sin asfaltar y sin letrero, y luego otra vez a la izquierda.

Entonces me recibió mi nueva finca, expectante y extraña como un pariente lejano y desconocido. La granja, de color azul aciano, necesitaba una mano de pintura y un tejado metálico nuevo, pero era cuadrada y coqueta, con un amplio porche delantero y una hilera de

ventanas con parteluz blanco a lo largo de todo el piso superior. Había un jardincito donde crecía la hierba, salpicada de flores amarillas de diente de león y con unos chopos que estaban echando las hojas y le daban sombra. Unos lilos en flor y otros arbustos cuyos nombres aún no conocía bordeaban una valla de hierro oxidado. Recorrí el camino de grava que conducía a un alargado jardín lateral, más allá de una terraza de ladrillo rodeada por un huerto elevado y varios parterres llenos de malas hierbas, y llegué ante un viejo garaje; una gran puerta abierta permitía ver el oscuro interior. Me detuve allí un momento, sintiéndome una intrusa, pero el camino de grava continuaba, así que yo también seguí avanzando y pasé ante unos sauces llorones y una vieja caseta cercada por los tallos aún sin frutos de un huerto de frambuesas, y vi un gran establo cuya madera se había vuelto gris con el paso del tiempo, pero que por lo demás parecía recio y en buen estado. Cuando vi el huerto de frutales, se me aceleró el corazón.

Allí estaban los árboles. Mis árboles. Todavía había algunos sin plantar, inclinados en ángulos extraños y posados sobre sus raíces envueltas en tela de arpillera junto a los hoyos que los esperaban, pero la mayoría ya se alzaban formando hileras largas y rectas, y cada tronco estaba apuntalado y acolchado, y cada rama desnuda se alzaba hacia un nuevo fragmento de cielo. Sería ridículo decir que los árboles me dieron la bienvenida, aunque me habría gustado recibir alguna señal de que estaban de acuerdo con el traslado y de que yo no había cometido un terrible error. Sin embargo, lo único que pude deducir de ellos y de su suelo de sustitución fue que había comenzado un viaje. No tenía ni idea de qué pasaría a continuación, pero sí era lo bastante sabia para saber una cosa: que la tierra decidiría mi destino.

Greeney y varios alumnos que estaban con él oyeron acercarse mi camión y corrieron hacia el camino que llevaba al melocotonar con los brazos levantados, haciéndome señas, aplaudiendo y riendo como niños victoriosos. Yo, por mi parte, toqué la bocina sin comedimiento alguno y me sentí más optimista de lo que lo había estado en mucho tiempo. No lejos de allí sonó un prolongado y sonoro silbido y, por primera vez desde hacía varios años, sonreí al oír el familiar traqueteo y el zumbido de un tren.

Aquel día me paseé por el melocotonar y fui tocando uno a uno todos los árboles, contándolos, bendiciéndolos y animándolos en voz alta, y desde entonces continué haciéndolo dos veces al día durante varias semanas. Podé, regué y aboné siguiendo las expertas enseñanzas de papá, mi propio instinto y los consejos de Greeney, y poco a poco fui obteniendo discretas señales de vida.

Por la noche me dedicaba a la extraña tarea de la limpieza doméstica de una casa que no sentía como mía. Era vieja y olía como sólo huelen las casas viejas: a historias, a décadas de desayunos preparados en sartenes con mantequilla, a café solo, a grifos que gotean, a familia, a vida y a madera que envejece. La granja de Paonia me recordaba, de alguna forma, a mi granja de Iola, pero no eran las leyendas, las costumbres ni la historia de mi familia lo que aromatizaba sus paredes. Me esforcé para instalarme allí sin saber entre qué fantasmas me movía. Instalé el sofá ocre orientado hacia la mejor vista de las montañas desde la ventana del salón y dormí allí todas las noches. Coloqué las cruces de mi madre con mucho cuidado en la repisa de la chimenea. Puse mis platos blancos en los armarios de la cocina y llené la despensa con los tarros de cristal que contenían los melocotones de la pasada temporada. Los anteriores propietarios habían dejado una mesa de comedor alargada de pino, quizá porque habría sido demasiado difícil trasladarla. En el piso de arriba, dos camas de matrimonio con cabecero de roble y cómodas a juego parecían esperar a que yo me instalara como era debido y asumiera mi condición de verdadera propietaria.

Aquellas primeras semanas, cuando no estaba en el melocotonar, no sabía muy bien dónde meterme. Plantar en el huerto las semillas que me había llevado de mi casa me ayudaba, igual que pasear a los perros de Ruby-Alice por los caminos rurales y los senderos que corrían paralelos a las acequias. Todos los jueves, Greeney o alguno de sus alumnos pasaba a recoger datos, y yo los invitaba a quedarse a comer conmigo y a ponerme al día de nuestros avances, todavía lentos e inseguros. Cuando venían a verme los vecinos y me traían un guiso o una tarta recién hecha o un tarro de mermelada, que habían preparado siguiendo las recetas de su abuela, aceptaba sus obsequios

con amabilidad e intercambiábamos nuestros números de teléfono. Las conversaciones eran bastante amistosas, pero no llegaban a disimular el hecho de que a la mayoría les extrañaba que una mujer joven viviera sola y cultivara su propio huerto de frutales; probablemente todos ellos pensaban que tanto yo como mi huerto estábamos condenados al fracaso. Casi todos habían oído hablar de los melocotones Nash, pero ahora mis árboles y yo estábamos en el verdadero territorio de melocotones de Colorado, decían, junto con las mejores cerezas, peras y manzanas del estado. Algunos insinuaban y otros declaraban sin tapujos que, si mis árboles sobrevivían, lo que todavía estaba por ver, no debía esperar que sus frutos fuesen excepcionales. Yo asentía, les estrechaba la mano y les decía que me contentaba con eso, aunque sospechaba que la primera vez que abriesen un dulce melocotón Nash, extrajeran el hueso de su sonrosado centro y dieran el primer mordisco, reconsiderarían sus afirmaciones. Y rezaba para que llegase el día en que se presentara esa oportunidad.

Una mañana gris de finales de abril, me serví un café y me senté en el sofá a contemplar la lluvia, rodeada de un mundo mullido y silencioso. Unas nubes plomizas tapizaban el fondo del valle. Yo ya había memorizado el nuevo paisaje que veía desde mi ventana —el lejano pinar que ascendía hasta la roca escarpada, la roca escarpada que ascendía hasta la dentada cadena de los barrancos del monte Lamborn, y la ladera suave y boscosa del vecino monte Landsend—, pero esa mañana no se veía gran cosa más allá de aquella cortina de franela gris. Sólo el extremo de las dos cumbres sobresalía de las nubes, uno aserrado y el otro liso, ambos elevándose hacia el cielo, atrapando las primeras pinceladas violetas del alba. En ese momento parecía que el mundo estuviese del revés —la tierra encima de las nubes, las nubes debajo de la tierra—, y el paisaje era hermoso y también desconcertante.

Cuando por fin paró de llover, me calcé las botas de agua y salí al melocotonar. La tierra, empapada, desprendía un olor dulce e intenso, pero diferente del de Iola. Los pájaros todavía estaban callados y tranquilos. Sonó el pitido de un tren a lo lejos. Unos densos

nubarrones se cernían por doquier, ascendiendo poco a poco y borrando la cima de las montañas y cualquier atisbo de sol. El ambiente encajaba con la triste tarea de aquella mañana. Mis árboles habían echado por fin unas hojas de un verde lustroso y, entre ellas, se veían unas yemas del tamaño de un guisante que anunciaban el milagro de la vida, de la flor y el fruto. Pero ese día fui de rama en rama con una podadera y las maté todas, una por una. Cada corte contradecía cuanto yo había aprendido a lo largo de la vida sobre el carácter sagrado de las yemas de melocotón, sobre la necesidad de tratarlas como si fuesen joyas hasta que se abrieran y se transformaran en una delicada flor de color rosa. Basándose en sus investigaciones, Greeney había llegado a la conclusión de que los árboles no debían dar frutos el primer año después del trasplante, y quizá tampoco el segundo. Decía que, al cortar las yemas, la energía del árbol regresaba a sus raíces. Si sacrificábamos aquellos brotes, más adelante el árbol tendría más fuerza. Yo no tenía más remedio que creérmelo; aun así, con cada corte, con cada preciosa yema que caía desperdiciada al suelo, se me retorcían las tripas y no podía evitar preguntarme qué habría dicho mi padre. Cuando empezó a llover de nuevo —una fina llovizna al principio, y al poco rato una lluvia dura e intensa, como si cayeran piedras—, seguí cortando, y las lágrimas se mezclaban con la lluvia en mis mejillas. Con los ojos cerrados, alcé la cara al cielo y extendí los brazos en un gesto de rendición, y dejé que el aguacero me empapara y me limpiara.

Esa noche volví a dormir en el sofá bajo las mantas de Ruby-Alice. Dos de sus perritos estaban enroscados junto a mis pies y otros dos en el suelo, cerca de mí, bañados por la luz blanca de la luna. El perro más viejo llevaba días desaparecido; quizá se hubiese perdido, o lo hubiese matado un coyote, o simplemente se hubiese marchado para morir en paz, como hacen los perros viejos. Me pregunté cómo se habría sentido Ruby-Alice e intenté imitarla adoptando una actitud silenciosa y estoica ante la desaparición del animalito, como lo hacía ella ante todo en general. Entonces me acordé de aquel cachorro moteado que Wil había salvado con sus diestras manos y me pregunté qué habría sido de él y por qué yo no lo sabía, y de repente, de la

forma más absurda, se apoderó de mí una pena terrible por aquel cachorro en el que no había pensado desde hacía años. Apreté las mantas contra el pecho y lloré, mientras la luz de la luna iba subiendo poco a poco del suelo hasta mi cuerpo. Cuando alcanzó mi cara, cerré los ojos y me serené, consciente de que, en realidad, mis lágrimas no eran por el cachorro.

Esa noche soñé que iba caminando por una carretera larga y ancha con un bebé envuelto en una manta. Con el brazo izquierdo sostenía al bebé por debajo del pañal; con el derecho le rodeaba la espalda y con la mano le sujetaba la sedosa cabeza contra mi hombro. Su aliento me hacía cosquillas en el cuello, como el roce de una pluma diminuta. Sabía que debía llevar al pequeño a algún sitio, que su vida dependía de ello, pero, aunque me apresuraba hacia aquel destino, no sabía adónde me dirigía. Seguía adelante, pues era necesario que llevara cuanto antes al bebé a aquel lugar que no era ningún lugar. De pronto, mis pies empezaban a perder agarre. Me asomaba por encima de la cabecita del niño para no dar un paso en falso y descubría que caminaba sobre el vacío. El suelo bajo mis pies, la tierra que debería haber sido sólida y segura, se había vuelto cavernoso, absolutamente desprovisto de luz y de sustancia. Mi corazón latía con fuerza. Tenía que seguir caminando. Con cautela daba otro paso adelante, como si estuviera avanzando sobre una capa de hielo sin la certeza de que pudiera soportar mi peso; apretaba más fuerte al bebé, que parecía confiar en que no me caería. Y entonces resbalaba y nos precipitábamos juntos en una oscuridad sin fondo. Mientras caíamos y girábamos, yo me aferraba a él con todas mis fuerzas, pero lo que tiraba de él era más fuerte que yo. Desperté de golpe en el preciso instante en que se soltaba de mis brazos.

Salté del sofá, temblorosa y bañada en sudor, y empecé a dar vueltas por el salón. Después de su nacimiento, había soñado muchísimas veces con Baby Blue, claro que sí, pero raramente había sentido un terror tan intenso. En ese sueño, la sensación de no dirigirme a ninguna parte me angustiaba tanto como el hecho de acabar soltando a mi bebé.

Me puse la chaqueta encima del camisón. Salí al jardín y los

animales nocturnos se callaron. El olor a tierra mojada impregnaba la atmósfera. Una brillante media luna se ocultaba muy despacio tras las montañas del oeste. Me quedé un rato contemplando el oscuro paisaje. Cuando conocí a Wil, no supe entender por qué afirmaba que cualquier lugar era tan bueno como cualquier otro. No pensé que lo dijera en serio ni siquiera cuando lo dijo, y seguía sin creerlo. Pero comenzaba a entender qué había querido decir: que cuando no eres bienvenido en ningún sitio, cualquier lugar se convierte en ningún lugar, y todos los sitios son tan inseguros como en mi espeluznante pesadilla.

La luna desapareció detrás del horizonte y el cielo se quedó negro y salpicado de estrellas; me arrodillé en la hierba húmeda y le pedí a la tierra que me diera su bendición. Quería crear un hogar allí para mí y para mis árboles. A cambio, juré amar y cuidar aquel pedacito del planeta hasta el fin de mis días. Mientras esperaba algún tipo de respuesta, me apresuré a añadir a mi petición lo que quería por encima de todo, pero nunca me había permitido admitir: que si, por obra de algún milagro o por el destino, mi hijo regresaba junto a mí, aquellas tierras y yo lo criaríamos, le enseñaríamos que todos los sitios no son iguales y que aquella pequeña porción del vasto y desconocido mundo era donde podríamos vivir como una familia.

Justo en ese momento, todos los sonidos nocturnos que se habían silenciado cuando salí por la puerta cobraron vida de nuevo —el canto de los grillos y de los saltamontes, el lamento de las ranitas desde los juncos, la llamada hueca de un búho a lo lejos—, y yo interpreté aquel coro como una señal de conformidad con mi oferta o, como mínimo, como un quizá.

Unos fuertes golpes en la puerta y los ladridos de los perros me sacaron bruscamente de un sueño profundo. Desorientada, tardé unos segundos en levantarme del sofá y localizar la puerta principal. Todavía no había colgado ningún espejo, pero estaba segura de que tendría un aspecto horrible después de la mala noche que había pasado. Me froté los párpados hinchados y me recogí el pelo con una

horquilla antes de acercarme a la puerta; entonces me di cuenta de que todavía llevaba el camisón con dos manchas de hierba en las rodillas, así que di media vuelta y, a toda prisa, me puse el pantalón y el jersey que la noche anterior había dejado en el suelo. Cuando abrí la puerta, la luz me golpeó en la cara. Entorné los ojos y miré la silueta alta y oscura que estaba en el porche.

—¿La señorita Nash? —dijo una voz de barítono, y reconocí de inmediato al agente inmobiliario.

Habíamos hablado varias veces por teléfono y yo le había enviado los documentos firmados por correo, pero todavía no nos habíamos conocido en persona.

—Sí —confirmé con voz ronca.

—Ed Cooper —se presentó. Dio un paso adelante y me tendió la mano—. Su agente inmobiliario, ¿se acuerda? Lo siento mucho. ¿La he despertado?

Que yo supiera, en el campo nadie se levantaba más tarde de las seis de la mañana; pero allí estaba yo, recién levantada pasadas las nueve, a juzgar por la luz. Empecé a disculparme por mi aspecto desaliñado, pero los ojos azul claro de mi visitante me miraban con simpatía y despreocupación, así que decidí invitarlo a pasar y ofrecerle un café.

—¿No le han gustado las camas que dejó la señora Harding? —me preguntó al pasar al lado del sofá, donde estaban las mantas, los cojines y mi camisón sucio.

—Todavía no —contesté.

Él rió como si no estuviera seguro de qué había querido decir, pero de todas maneras le hubiese gustado.

Puse agua a hervir y me disculpé por no poder ofrecerle una silla. Él se encogió de hombros, se apoyó en la pared de la cocina y me preguntó cómo me iban las cosas. Llevaba una camisa blanca, un pantalón negro y unos zapatos negros acabados en punta y sin lustre. Su pelo entrecano no se correspondía con su rostro ni con su actitud, mucho más juveniles. El reloj de pulsera y el anillo de casado eran del mismo oro brillante que las dos plumas estilográficas que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—Me las arreglo bastante bien —dije sin mucha convicción.

—Bueno, instalarse en un sitio nuevo lleva su tiempo —me tranquilizó—. ¿Qué preguntas le rondan por la cabeza?

—Pues unas cuantas. —Serví café instantáneo en dos tazas blancas —. Por ejemplo, ¿por qué se marcharon los anteriores propietarios de esta casa?

—Ah, es una triste historia, la verdad. —Negó con la cabeza—. Eran buena gente. Cultivaban varios tipos de manzanas y un poco de maíz. Pero tuvieron mala suerte. A su hijo lo mataron en la guerra, y luego su hija se fugó con un peón mexicano. ¿Se acuerda de la sequía del 49? Por entonces el señor Harding había empezado a beber. Aquel año lo perdieron casi todo; los árboles quedaron reducidos a la nada.

Ed me contó que, después, el señor Harding había intentado trabajar en las minas de carbón de la parte alta del valle, en Somerset. Murió de un ataque al corazón en uno de los túneles más profundos. La señora Harding se había puesto a trabajar de camarera en la cafetería y había atendido en el mostrador de Hays durante un tiempo, pero no ganaba lo suficiente para cubrir los gastos.

—Se llama Lila —añadió Ed—. Es la mujer más encantadora del mundo.

Vertí el agua hirviendo en las tazas, removí el café y le di una a mi invitado, que la aceptó con una cabezada.

—¿Y qué ocurrió con las tierras? —pregunté.

—Ah, quedaron abandonadas, cubiertas de maleza y desechos. ¿Se imagina? ¿En esta región? Si las hubieran cuidado un poco o hubiesen pedido ayuda, se habrían podido salvar. Ese científico amigo suyo, el profesor... De lo más sorprendente: me llamó por teléfono el mismo día que Lila Harding entró en mi oficina llorando como una Magdalena para decirme que necesitaba vender la finca.

Ambos hicimos una pausa después de ese comentario y bebimos un poco de café.

—Usted y el profesor han hecho un gran trabajo aquí —continuó, señalando la ventana.

Sonreí educadamente.

—Lo haré lo mejor que pueda. Si la tierra me deja.

—Bueno, los Harding no fueron los primeros en caer derrotados por la tristeza y los caprichos del clima. Les deseo mejor suerte a usted y a sus melocotones.

—Brindemos por eso —dije yo.

Entrechocamos nuestras tazas y me pregunté qué día y a qué hora la buena suerte de los Harding había dado un giro, y si la mía, después de tanto dolor y tanta lucha, había girado ahora en la dirección opuesta. Me vi arrodillándome en la hierba mojada en plena noche y suplicando una oportunidad.

Ed siguió dándome información sobre el pueblo y sus alrededores. Muchas de las cosas que decía no me interesaban en absoluto, como los cotilleos sobre mis vecinos o dónde encontrar la mejor hamburguesa o a los mejores solteros. Pero también me dio detalles valiosos: de dónde venían los trenes y adónde iban; dónde estaban los mejores puestos de productos agrícolas y el mercado de los martes; qué fontanero me arreglaría las líneas de riego; qué mecánico repararía el viejo tractor que estaba oxidándose detrás del granero, y a quién tenía que llamar si mi zanja de drenaje se obstruía y se desbordaba en primavera o si se secaba en otoño.

—Este río, el que alimenta mi zanja... —Me di cuenta de que era la primera vez que me declaraba propietaria de algo—. Se llama North Fork, la «bifurcación norte», ¿verdad?

Él asintió.

—Pero la bifurcación ¿de qué, exactamente? —pregunté.

—Del río Gunnison, claro. El North Fork es su afluente.

—¿Del Gunnison? —No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Así es. El Gunnison recorre el Black Canyon, y luego, a la altura de Roger's Mesa, recibe el aporte del North Fork. —Formó una V con las dos manos para representar la confluencia, y luego señaló hacia el sur—. Unos veinticinco kilómetros valle abajo. —Entonces se echó a reír—. Bueno, son las mismas aguas del río Gunnison que atraviesan Iola, así que usted las conoce bien.

—Sí, desde luego.

Me lo dijo como un consuelo, y yo lo acepté como tal, pero mis sentimientos hacia el Gunnison se habían vuelto tan turbulentos como

el propio río. Visualicé su trazado: nacía en Almont, en la parte alta del valle, por donde papá y Seth bajaban con el ganado, y cruzaba sucesivamente el pueblo de Gunnison, Iola y mi terruño; seguía más allá de la unión con el Big Blue Creek, donde todavía fluían las lágrimas que había derramado por mi bebé, y luego atravesaba el Black Canyon, la trágica tumba de mi Wil. Aquel tramo del gran río resumía toda mi historia. Su enrevesado recorrido me inspiraba amor y angustia a partes iguales, y me sorprendió saber que me había seguido hasta aquí.

Ed se terminó el café y dejó la taza en la encimera de la cocina. Cuando lo acompañé a la puerta y salió a la luz del sol, me dijo que no fuese tímida, que su mujer se llamaba Zelda y que estaría encantado de presentármela.

—Y este sábado hay una venta de garaje en casa de los Walker, aquí mismo, en Dry Gulch Road —dijo señalando desde el porche—. Venga a comprar algunos muebles y quédese un rato, señorita Nash. —Me guiñó un ojo con simpatía y añadió—: No se preocupe. La de los Walker no es otra historia triste. Antes vivían en la ciudad y ahora quieren volver. ¡Quién lo iba a decir!

—¡Quién lo iba a decir! —repetí sonriente.

Mientras doblaba las mantas color rosa que estaban encima del sofá, pensé en lo que había dicho Ed sobre la complicada vida de los antiguos habitantes de esta vieja casa. Pensé en el hijo de los Harding, que había dejado la paz de la granja por el infierno de la guerra; y en su hija, que se había fugado para entregarse a lo que seguramente era un amor prohibido. Estoy convencida de que al chico lo consideraban un héroe y a la hija, una sinvergüenza, pero la misma osadía que les había hecho salir por aquella puerta los había llevado a los dos a otro lugar. Pensé en el señor Harding bebiendo para apaciguar el dolor, y en Lila Harding, cada día un poco más triste. Y pensé en la inquietud que yo había sentido desde mi llegada y en lo mucho que me parecía a Ruby-Alice, que también dormía todas las noches en el sofá.

De pronto comprendí que era el momento de tomar una decisión. Cogí las mantas dobladas, subí la escalera y las guardé en un estante del armario del pasillo. Me bañé, me puse un vestido decente, cogí el

viejo camión y fui a Hays Variety, donde me compré ropa de cama nueva por primera vez en la vida.

Cuando regresé, escogí la habitación del piso de arriba con ventanas orientadas al melocotonar. Hice la cama con las sábanas nuevas, una manta de algodón azul cielo y una colcha de felpilla a juego que había tardado media hora en elegir. Puse una funda blanca a cada una de las cuatro gruesas almohadas que había comprado como lujo extra y las coloqué apoyadas en el cabecero de roble. Di un paso atrás y admiré mi nueva habitación. A Wil le gustaba bromear diciendo que mi nombre era digno de una reina. Sonreí y le dije que me mirara, que ahora también tenía un dormitorio a la altura. Me senté en el borde de la cama y miré por la ventana. Mis árboles, verdecidos, se alzaban formando hileras prietas y perfectas. Más allá alcanzaba a ver la valla de alambre de espino y la verja metálica plateada que delimitaba la parte trasera de mis tierras y, todavía más allá, el incipiente campo de heno de un vecino y el lejano río North Fork, reluciente y crecido con la nieve derretida de las montañas.

Compré varios muebles de segunda mano en la venta de garaje que me había recomendado Ed Cooper y los coloqué a mi gusto. Elegí una tela a rayas con pequeños girasoles en Hays y confeccioné cortinas para la cocina y el dormitorio. Podé hasta el último brote de mis árboles, los regué, los aboné y reafirmé mi fe en el procedimiento recomendado por el doctor Greeney.

Y poco a poco, a medida que me iba sintiendo cómoda en mi nuevo hogar, empecé a ir todas las semanas valle abajo siguiendo el curso del río North Fork hasta su confluencia con el Gunnison en Roger's Mesa. Una vez allí, me bajaba del camión y paseaba por el sendero, entre la artemisa, las flores silvestres y los sauces; me quitaba los zapatos, me enrollaba las perneras del pantalón y metía los pies en las frías y rápidas aguas para situarme justo donde los dos ríos se unían y formaban uno solo. El rugido de aquella fusión ahogaba cualquier otro sonido que no fuese su ancestral conversación. Me agarraba con los dedos de los pies a las piedras resbaladizas del fondo y mantenía el equilibrio contra la corriente, cerraba los ojos y escuchaba. No sabría explicar qué me decían aquellas aguas transparentes. Sólo sé que todo

lo que me decían era cierto.

Un día de finales de verano de aquel año, me senté en la orilla de la confluencia y dejé que el sol me calentara las piernas. Wil a menudo me animaba a tumbarme en el suelo en lugar de sentarme, a sentir todo mi cuerpo en contacto con la tierra y contemplar el cielo, y ese día lo hice por el puro placer de empaparme del paisaje. Percibí las vibraciones de los ríos y de las piedras, el cielo de un azul impoluto y el ajetreo de los insectos y, cuando me levanté, me sentí reforzada y segura. Volví sobre mis pasos por el sendero y me metí en el viejo camión. Sin darme realmente cuenta de lo que estaba haciendo, de pronto me encontré camino de Iola. No sabía qué asuntos pendientes me estaban empujando hacia allí, hasta que los kilómetros de colinas recubiertas de artemisa se abrieron para mostrarme el valle del Gunnison, y entonces me di cuenta de que no me dirigía a mi casa.

Torcí a la derecha para salir de la carretera 50 y me metí en la calzada de grava paralela al Big Blue Creek. El camión remontó con dificultad la ladera del monte por la que un día yo había bajado dando tumbos, famélica y desorientada. Por primera vez regresaba al lugar exacto donde había dejado a mi bebé. No sabía qué esperaba encontrar. Un vacío, probablemente; la vacuidad absoluta del lugar donde yo anhelaba que él estuviera esperándome, pese a saber, por supuesto, que no lo encontraría allí.

Quería decirle que ya estaba preparada para recibirlo. Quería decirle que conocía el dolor de la separación forzosa y cuánto sentía —cuán profunda, dolorosa e indeciblemente sentía— haberlo abandonado; que no se me había ocurrido ninguna otra forma de salvarlo.

La calzada de grava conducía hasta un estrecho camino de tierra, más empinado y más largo de lo que yo recordaba, que dejaba atrás la artemisa y los robles de Gambel y empezaba a serpentear por un bosque tupido. Cuando reconocí el claro, se me cortó la respiración. Detuve el camión donde aquel día había visto aparcado el coche negro y alargado, y salté al mismo suelo donde había abrazado a mi hijo por

última vez. Con las manos cruzadas sobre el corazón como si lo abrazara contra el pecho, me adentré en el claro hasta el tronco caído, donde todavía podía ver con claridad a la mujer amamantando a su hijo. Unos estorninos parloteaban en la misma rama del pino ponderosa en el que los dos arrendajos de Steller negros y azules habían graznado por encima de la cabeza del marido y de la espiral de humo de su cigarrillo. El árbol proyectaba una ancha sombra sobre el sitio donde la pareja había extendido su manta roja de pícnic. Me senté en el tronco, en el sitio de la otra madre, y lloré.

Sólo puedo comparar las emociones que experimenté aquel día con las de dar a luz: el instinto puro y sin trabas, el impulso brutal hacia algo tan al margen de toda opción y de toda voluntad que mis sollozos se convirtieron en aullidos desgarradores. Me rodeé la cintura con los brazos y me incliné hacia delante, acunando el peso inefable que sentía en mi interior y que ni el llanto más prolongado habría podido expulsar, y arrullando, al mismo tiempo, la caverna de mis entrañas que sólo mi hijo habría podido llenar. Tragué a bocanadas el frío aire de la montaña como si tratara de encontrar el olor de mi hijo en él, y, cuando por fin cesaron mis lágrimas, cerré los ojos y escuché como si aún pudiese oírlo en el silencio del bosque.

Al borde del claro distinguí la roca donde la otra madre me había dejado el melocotón. No era como las otras rocas que había alrededor: no era redonda y amarilla, sino de color bronce y anaranjado, y de forma irregular, con tres rayas negras en la cara más lisa que semejaban la marca de unas garras. Parecía que se hubiese partido en dos y que su otra mitad se hubiese desgastado y dispersado con el paso del tiempo. En comparación con todo lo que aquella roca había presenciado a lo largo de los siglos, mis visitas a aquel lugar eran tan insignificantes como una mera gota de lluvia. Y, sin embargo, la roca se alzaba ante mí como un monumento y como un ancla, como una prueba tangible de que lo que había ocurrido allí en el verano de 1949 no había sido un sueño.

Me acerqué tímidamente a la roca, aunque no sabría decir por qué. Sobre su cara superior, que era aplanada y me quedaba a la altura del pecho, había unas pocas agujas de pino de color cobre y una piedra

lisa y redonda. Cogí la piedra y la encerré en mi mano, evocando el melocotón. Apoyé la espalda en la roca y miré a mi alrededor. Las moradas adelfillas resplandecían bajo la luz de la tarde. Los pájaros cantores, que habían huido espantados por mi llanto, regresaron y volvieron a posarse en las ramas de los árboles. Miré hacia abajo y vi una piedra lisa parecida a la que tenía en la mano; me agaché y la recogí. Vi otra en el suelo húmedo, y también la recogí.

Y entonces fue cuando lo decidí: cogería seis piedras lisas y las colocaría encima de aquella roca, una por cada año transcurrido desde el nacimiento de mi hijo. Al verano siguiente regresaría y añadiría otra piedra, y otra vez al verano siguiente, y de esa forma construiría una especie de monumento, un sitio donde sentir a mi hijo, un altar sobre el que ofrecerle un sencillo regalo de cumpleaños.

Mientras colocaba las seis piedras, una a una, formando un círculo perfecto, recé para que, durante todos esos años, la vida lo hubiese tratado bien.

19

1955 - 1962

La luz entra por las ventanas con un ángulo peculiar en otoño. Eso sucedía en mi granja de Iola y también en mi nuevo hogar. Independientemente de la temperatura exterior o del color de las hojas, el otoño siempre comienza con el primer toque de luz natural directa en el alféizar de una ventana orientada al sur.

Exceptuando el sesgo de la luz, el otoño de 1955 fue diferente de cualquier otro que yo hubiese conocido. No había melocotones maduros esperando a ser recolectados. No había termómetros que requirieran un control riguroso. No me quitaba el sueño el miedo a las heladas, ni a que se volcara algún cesto, ni a que los frutos se magullaran, ni a que faltaran peones. Todas las mañanas y todas las noches salía a ver los árboles, pero lo cierto es que necesitaban pocas atenciones por mi parte, salvo mi paciencia. Los días nunca se me habían hecho tan largos desde aquel lejano verano en la cabaña de la montaña, cuando por primera vez aprendí a confiar en las horas en lugar de pretender llenarlas.

Durante aquel desahogado primer otoño en Paonia, tras completar mi breve lista de tareas agrícolas, me dediqué a pasear por las orillas del río North Fork para familiarizarme con él. En las zonas poco profundas sobresalían unas rocas redondas y negras que parecían tortugas dormidas, y muchas veces iba saltando de una a otra hasta sentarme en el centro de la lenta corriente para observar cómo a mi alrededor todo se preparaba para el invierno. Las truchas arcoíris se alimentaban de las ninfas de efímeras en los remolinos soleados; las gruesas espigas marrones de las eneas se alzaban sobre sus largos tallos dorados, preparadas para estallar; en los prados, las frágiles

flores silvestres liberaban sus semillas recurriendo a todo tipo de trucos, y por encima de todo aquello cazaban los gavilanes colirrojos y los cernícalos americanos, y migraban los gansos canadienses en alargadas y simétricas formaciones en V. Algunos días, en lugar de ir al río, subía con el camión hasta el monte Lamborn y me adentraba en el bosque; me sentaba bajo la luz moteada y percibía todo lo que me rodeaba: los intensos olores a pino y a musgo, y los zumbidos, los trinos y los gorjeos que inundaban el aire. Día a día iba construyéndome la vida que había elegido, y era una buena vida. Sabía lo que me faltaba, pero también apreciaba lo que tenía.

El otoño fue transformándose poco a poco en un invierno suave y soleado con la cantidad de nieve justa, suficiente para disfrutar de ella sin que supusiera un engorro. Recogí varias sillas disparejas para la larga mesa de pino que los Harding habían dejado en la casa. Greeney y sus alumnos se quedaban a menudo a comer conmigo, igual que Ed Cooper y su esposa Zelda, una rubia alegre adornada con joyas de colores que siempre llegaba con una hogaza de pan y unos cuantos temas de conversación interesantes y, muchas veces, con uno o dos invitados adicionales en un intento poco sutil de socializarme. Aquel año Ed y Zelda me invitaron a su cena de Navidad por primera vez. Sus bulliciosos parientes, que vivían repartidos por el valle, se unieron a nosotros en su alta casa de estilo victoriano situada en el centro del pueblo, y estoy segura de que jamás me he reído tanto en un solo día. En enero llegó una familia nueva que se instaló al final de la carretera, y a menudo enviaban a su hijo a mi porche a pedirme algo prestado: una taza de azúcar, una herramienta o una bombilla, como suelen hacer los vecinos. La madre era demasiado tímida o estaba demasiado ocupada, supongo, para venir en persona, pero su hijo Carlos era amable y curioso y tenía exactamente la misma edad que mi Baby Blue. Yo le daba lo que hubiese venido a buscar y añadía una galleta, y charlábamos sobre cualquier cosa durante el rato que yo conseguía retenerlo. Plantada en el frío porche de mi casa, cuando lo veía marcharse —él se detenía en el jardín para jugar con los perros o para lanzar una bola de nieve, sonriendo, moqueando y con los mofletes rojos, con el pelo liso y negro asomando por debajo de su gorro de

lana tal como yo pensaba que debía de asomar el de mi hijo— no podía evitar imaginar que aquel niño envuelto en ropa de abrigo era mi Baby Blue, y a partir de aquel día Carlos se convirtió en mi vara de medir para saber cuánto había crecido mi pequeño.

Llegó la primavera de 1956 y la gente estaba demasiado ocupada en sus granjas para reunirse. Yo retomé de buen grado el ritmo del trabajo diario cuando mis frutales despertaron del letargo invernal. Brotaron el doble de yemas de melocotón que la primavera anterior, como redondas y relucientes promesas. Aquellas yemas y yo compartíamos un deseo: que les permitieran abrirse. Pero Greeney me aconsejó un año más de descanso y volví a pasarme semanas cortándolas. La tarea no me dolió tanto como el año anterior, pues había comprobado con mis propios ojos que el método de Greeney estaba funcionando y que lo único que necesitábamos era un poco más de tiempo. Aboné, podé, arranqué malas hierbas y esperé. Planté el huerto, reparé líneas de riego, limpié zanjas y examiné todos los rincones y detalles de mi nueva finca, familiarizándome con ella hectárea a hectárea.

Aquel verano regresé al claro, coloqué la séptima piedra en el círculo que había formado sobre la roca y recé por mi hijo. Eso también me atormentó menos que el año anterior. Me senté en el tronco bajo los trinos de los pájaros y el susurro de los pinos y hablé con él; le conté que estaba construyendo un nuevo hogar para nosotros, por si era un hogar lo que él necesitaba. Y también hablé con ella, con la otra madre. Le di las gracias y me pregunté en voz alta dónde estarían mi hijo y esa mujer.

No recuerdo todos los detalles de los años posteriores. Surgían problemas y se iban solucionando, como suele pasar. Los perritos de Ruby-Alice murieron o desaparecieron uno a uno. Deseché mis dos primeras cosechas de melocotones, casi enteras. Combatí heladas, sequías, plagas, herramientas rotas, soledad e incontables dificultades más. Sin embargo, no podía quejarme. Las nuevas tierras habían decidido aceptarme y yo reaccioné con todo el arrojo y el cuidado que merecía ese honor. Paonia y el valle del North Fork me acogieron en su reconfortante ritmo y atenuaron mi dolor. El otoño era la época de

preparar las conservas, y los vecinos pasábamos largas horas ayudándonos unos a otros. Luego venía un invierno tranquilo, y entonces disfrutaba de buenos alimentos y de tiempo para leer, de las primeras nevadas y de mis días festivos con los Cooper. La primavera significaba la vuelta al trabajo, la incertidumbre y la abundancia de brotes en casi todas las granjas, pero sobre todo recuerdo los largos y calurosos veranos que pasaba cuidando el melocotonar y paseando por la orilla del río, y en agosto siempre regresaba al claro para añadir una piedra más. Y, por fin, afortunadamente, tras varios años de espera, llegó la primera cosecha de abundantes melocotones Nash, a la que siguieron una tras otra todos los veranos. Habían sobrevivido todos los árboles trasplantados.

No es que en aquellos años no me acordara de Iola. Ed Cooper me mantenía informada sobre los planes de construcción del embalse, hasta que perdió el interés por aquel proyecto lento y complicado y dejó de mencionarlo. Todos los años, en agosto, al salir del claro me detenía en el cruce de la carretera de grava con la carretera 50, consciente de que podía torcer a la derecha y seguir el curso del río Gunnison y las herrumbrosas y viejas vías de tren y, como mínimo, pasar al lado de lo que había dejado en Iola. Pero cada vez decidía torcer hacia la izquierda, hacia lo que ahora era mi nuevo hogar, y apartar la mirada del hormigón y las grúas y las excavadoras que se estaban comiendo el valle en la zona de obras en expansión del embalse, aunque siempre me alegraba de que el Gunnison siguiera fluyendo libre.

Un día fresco y nublado de junio de 1962, acabé mis tareas del día y fui al pueblo a comprar provisiones, y después, aunque me parecía una tontería pagar por el café que podía prepararme en casa, acepté quedar con Zelda Cooper en Te Diner. Las conversaciones con Zelda siempre eran interesantes y divertidas. Era una mujer inteligente, culta y segura de sí misma, y sabía hacerme reír. Yo sospechaba que ella era la razón por la que no paraban de llamar solteros a mi puerta, y aunque no me interesaba conocer a ningún hombre, le agradecía a

Zelda que lo intentara. Exceptuando mi peculiar relación con Ruby-Alice Akers, Zelda era la primera amiga de verdad que había tenido en la vida.

Aquel día ella llevaba unos pantalones pirata de color verde lima y una blusa a rayas naranja y rosa. Su pelo rubio teñido sobresalía de una diadema verde y formaba un rizo alrededor de sendos pendientes adornados con piedras naranjas. Zelda hacía que los otros clientes —incluida yo con mi viejo vestido de algodón y mi sosa trenza de pelo castaño— pareciéramos ajenos a la llegada de los años sesenta. Por mucho que intentara imaginarme vestida como ella, nunca lo conseguía. Una vez le recordé que incluso aquella humilde calle principal me había parecido demasiado elegante cuando había llegado a Paonia, y ella reaccionó echando la cabeza hacia atrás y relinchando como un poni.

La camarera nos sirvió los cafés y dos trozos de pastel de almendras y canela. Zelda me contaba cotilleos y yo la escuchaba. Agitó los dedos de las manos y me preguntó si me gustaba el color de su esmalte de uñas.

—Se llama «Azul tímido». —Sonrió con fingida coquetería.

—¡Te pega muchísimo! —exclamé como si se me dieran bien las bromas amistosas, y ella soltó una risita de colegiala.

Muchas veces la soltura de Zelda me hacía darme cuenta de que había pasado más tiempo rodeada de árboles que de seres humanos. Si durante la conversación cometía algún error, ella, por suerte, nunca me lo reprochaba.

Mi amiga siguió hablando de su esmalte de uñas y yo le eché una ojeada a una mesa vecina. El ranchero que estaba allí sentado había desplegado su *Delta County Independent* y se lo había acercado mucho a la cara, sin duda para que el periódico hiciera de barrera y lo protegiera de nuestra charla. El titular estaba destacado en negrita: ADIÓS, IOLA, SAPINERO, CEBOLLA: EL NUEVO EMBALSE OBLIGA A EVACUAR LOS PUEBLOS DE LA VERTIENTE OCCIDENTAL.

Me cambió la cara. Zelda miró a su alrededor, preocupada; señalé el titular e intenté explicarle lo que significaba para mí.

—Bueno, chica —dijo sin malicia—, ya sabías desde hace años que llegaría este día.

Asentí. Zelda tenía razón. Pero me di cuenta de que, hasta ese momento, no había creído que de verdad pudieran borrarse pueblos enteros del mapa; que la gente pudiera ser expulsada de su propia tierra y que sus hogares y sus medios de subsistencia pudieran ser quemados o anegados. Yo me había trasladado a otro lugar, pero ¿qué harían los demás? Hasta me pregunté qué haría Seth. Si había conseguido quedarse en nuestra granja hasta entonces, ¿adónde podría ir sin dinero, sin nada sólido en que apoyarse y sin una sola pizca de buen juicio? Me imaginé a la gente a la que conocía desde niña cargando sus enseres en sus camiones, trasladando su ganado a terreno seguro, al este del Gunnison, arreando a sus caballos, sus gallinas y sus cerdos para subirlos a los tráileres. La evacuación debía de haber comenzado hacía meses, y yo ni siquiera me había acercado por allí.

—Es desgarrador, desde luego —dijo Zelda. Tomó un sorbo de café y comió un poco de pastel antes de añadir—: Pero no es la primera vez que pasa. Piensa en lo que sucedió con los utes.

Me sorprendió su franqueza. La mayoría de la gente a la que yo conocía sentía desprecio o indiferencia por los utes, o a lo sumo no sentía nada.

—Si tú y yo estamos aquí sentadas ahora mismo es porque a ellos los obligaron a marcharse de estas tierras que llamamos «nuestras». Que la gente ignore esa realidad no significa que sea menos cierta —continuó.

Wil nunca había especificado a qué tribu pertenecía, y yo era demasiado tímida e ignorante para preguntárselo, pero me habría gustado decirle a mi amiga que sí, que yo pensaba en la crueldad con que habíamos tratado a los nativos mucho más de lo que ella imaginaba.

—No digo que sea lo mismo. Sólo digo que el gobierno puede hacer lo que le dé la gana, aunque la gente sufra —añadió—. Y no aprendemos nada de lo que nos enseña la historia.

Siguió hablando de asuntos políticos que yo no acababa de comprender, pero sobre los que sabía que debería estar informada, a pesar de que en ese momento no me importaban lo más mínimo.

—Mira la que está organizando Kennedy en Vietnam —prosiguió Zelda—. Acuérdate de lo que te digo: se va a montar otro buen desastre.

Ya no la estaba escuchando. Me había puesto a pensar otra vez en Wil, en sus orígenes y en su familia, en cómo habría acabado en aquella escuela de Albuquerque y en por qué, después de haber logrado fugarse, no había regresado a su casa.

Y pensé en mi hijo desde una perspectiva diferente y preocupante. Sabía, porque estaba viendo crecer a Carlos, que Baby Blue se estaba convirtiendo en un adolescente larguirucho; seguramente tenía una piel preciosa y oscura como la de su padre, y debía de preguntarse por qué no se parecía a su familia.

¿Tendría dudas respecto a sus orígenes? Y en caso de que las tuviera, ¿sería porque la otra madre le había revelado las circunstancias de su abandono, o porque llevaba grabado en las células de su cuerpo un recuerdo misterioso de lo ocurrido? Me preguntaba si mi hijo todavía podría curarse de esas heridas o si el daño sería demasiado profundo.

La camarera volvió a llenarnos las tazas. Zelda se interrumpió un momento para darle las gracias y luego siguió hablando de Vietnam. Por entonces yo no tenía ni idea de dónde estaba Vietnam ni de por qué a mi amiga le preocupaba tanto.

—Viendo que la guerra ya nos arrebató tantas vidas incipientes, lo normal sería que la gente estuviera más preocupada por lo que pueda suceder —dijo.

Dos granjeros de avanzada edad que estaban sentados junto a la ventana la miraron con desaprobación, como si ella no estuviese autorizada para hablar de la guerra.

—¿Y tú? —me preguntó en voz baja, inclinándose hacia mí—. ¿También perdiste a alguien por culpa de la guerra?

Hablaba de «la guerra» como si sólo hubiese habido una. Pero yo entendí a qué se refería.

—A mi tío —dije, y era bastante cierto—. Y a su hermano. —No le confesé que también había perdido a Wil, y después a mi bebé, por culpa de una especie de guerra sin nombre.

—Yo también perdí a mi tío... —dijo ella. Se quedó ensimismada durante unos segundos y luego pareció ahuyentar esos pensamientos —. Pero ya es suficiente. A Eddie le daría un ataque si me pillara hablando de política otra vez. Dice que le hago perder clientes. —Puso los azules ojos en blanco y, para cambiar de tema, empezó a comentar la versión cinematográfica de *Matar un ruiseñor* y me recomendó que fuese a verla antes de que dejaran de proyectarla en el Paradise Theater. Ella me acompañaría encantada: le había gustado tanto que no le importaría verla dos veces.

Le contesté que había leído el libro y que prefería no estropearlo viendo la película. La verdad es que, con aquel titular todavía mirándome a los ojos y después de nuestra charla sobre los traslados forzosos y la injusticia de la guerra, simplemente no habría podido soportar más cosas tristes.

Al salir del local cogí un periódico del montón y dejé una moneda de cinco centavos en la lata de café. A Zelda le gustaba dar abrazos y a mí no, pero esa vez no me importó que, antes de separarnos, me diera un abrazo que se prolongó más de lo normal.

Me senté en mi camión, que estaba aparcado en Grand Avenue, y leí el artículo del *Independent*. Resultó que no llevaban meses, sino tres años, evacuando los pueblos para construir el embalse. Según el artículo, la mayoría de los habitantes ya se habían trasladado, a regañadientes pero sin oponer mucha resistencia; aun así, algunos se habían quedado hasta la fecha límite, que era esa semana. Citaban a uno de los vecinos que se resistían a marcharse: era nada más y nada menos que Matthew Dunlap. Negué con la cabeza; no estaba segura de querer leer lo que había dicho. Sus declaraciones encerraban una dolorosa ironía: «Esto es América, la tierra de la libertad. Donde los hombres tienen derechos y merecen que los traten con respeto.» Más adelante volvían a citarlo, y sus palabras me hicieron hervir la sangre: «A un hombre que cumple las leyes no pueden echarlo a patadas como si fuera un perro. Eso no está bien.»

Esa noche, paseando por el melocotonar, me sentí triste y apesadumbrada. Toqué todos mis árboles uno a uno y revisé los avances de los jóvenes frutos, recordando la cantidad de veces que

había visto a papá hacer lo mismo en Iola. Imaginé a Wil al borde de mi nuevo melocotonar con nuestro hijo al lado. Les dije que sentía mucho que el mundo fuese como era.

Recorté aquel artículo —eliminando las exasperantes citas de Matthew Dunlap— y lo metí entre las hojas de la Biblia de mi madre. Si iban a borrar a Iola del mapa, mi familia merecía tener alguna prueba de que el pueblo había existido.

Al día siguiente hice el trayecto de dos horas en camión hasta Iola por primera vez desde que me había marchado. O, para ser más exactos, conduje hasta el puente, donde un ayudante del sheriff me indicó por señas que me detuviera. Se inclinó hacia mi ventanilla sin quitarse las gafas de sol y me preguntó adónde me dirigía.

—A Lake City —mentí. Sabía que tenían que dejar pasar a los vehículos que se dirigían a las poblaciones que había al sur.

—Puede pasar, pero sin desviarse en Iola —me advirtió. Su coche patrulla estaba parado en la cuneta, con las luces rojas encendidas como si hubiese habido un accidente.

—Me han dicho que están echando a la gente —comenté, sólo para ver qué me contestaba.

—Trasladándola —me corrigió con voz monótona—. Hay que dejar paso al progreso, señora.

Cuando el ayudante del sheriff dio un paso atrás y me hizo señas para que cruzara el puente, me pregunté dónde estarían los límites del progreso y si sabríamos cuándo los habíamos alcanzado.

Me desvié al llegar a nuestro puesto de melocotones abandonado, cerrado con tablones y lleno de malas hierbas, una metáfora de que lo que había vivido allí en otro tiempo ya estaba muerto. Me detuve en el arcén. Un poco más adelante, otro coche patrulla estaba apostado junto a una barrera de madera blanca. Me fijé en el agente con la esperanza de que se tratara del sheriff Lyle, porque sabía que él me habría dejado pasar, pero era un joven rollizo que estaba de pie con los brazos fuertemente cruzados, y me observaba como si yo fuese una delincuente. Más allá no se apreciaba ningún movimiento.

Eché una última y larga mirada a la carretera más allá del coche patrulla, y vi los tejados de edificios que conocía y el mástil desnudo de la bandera de la escuela a lo lejos, los corrales y los graneros vacíos y los camiones sin neumáticos abandonados salpicando el valle. Aunque no alcanzaba a verla, sabía que allí estaba también la providencial esquina de North Laura y Main Street. Miré por última vez nuestro puesto. Desde su construcción, había acogido durante décadas a muchos clientes fieles, y ahora estaba abandonado y clausurado, a la espera de su inminente desaparición. Aquella estructura destartalada y solitaria resumía la historia de mi familia en el valle, una historia que ahora llegaba a su fin. Di media vuelta con el camión y me marché.

El policía que estaba en el puente, apoyado en su coche patrulla, apenas me miró cuando volví a pasar por su lado. Después de cruzar, me detuve de nuevo en el arcén y contemplé el río Gunnison.

Sus blancas aguas, hermosas e ignorantes de su destino, avanzaban desbordantes con las escorrentías del incipiente verano. Mientras observaba el río, que pronto se transformaría en un lago, tuve la certeza de que, cuando estuviera construido el embalse, cada vez que abrieran las compuertas hacia el curso bajo del Gunnison parte de la corriente descendería. Por muy lento y arduo que fuese su curso, por muy escaso el caudal que se filtrara, yo sabía que el río encontraría la forma de seguir fluyendo. Y cuando lo hiciera, yo estaría esperándolo al otro lado, en mi nueva vida junto al North Fork.

Iola y todo lo relacionado con él fue encogiéndose y alejándose en el espejo retrovisor mientras yo conducía hacia el oeste. Salí de la carretera al llegar al Big Blue Creek, y el viejo camión subió gruñendo el camino de grava. Era pronto para mi visita anual al claro, pero necesitaba oír el canto de los pájaros y descansar en un lugar acogedor.

Cuando llegué, todavía había nieve en algunos sitios —bajo los árboles, en las umbrías y a lo largo del borde del claro—, pero el tronco estaba despejado y seco, iluminado por el sol, y me senté, como

hacía siempre, donde una vez se había sentado la otra madre. Pensé en ella, como siempre hacía cuando me sentaba en aquel tronco. Le di las gracias en voz alta: ese agradecimiento se había convertido en mi pequeño ritual; aunque no sirviese de nada, de alguna forma nos mantenía conectadas. A lo mejor, del mismo modo que ella había adivinado que yo necesitaba aquel melocotón, también intuía que yo estaba allí pensando en ella, y que quería darle la mano, mirarla a los ojos y simplemente darle las gracias.

Con el tiempo, hablarle a mi hijo desde mi rincón secreto se había vuelto más difícil. Al principio me sentaba en el tronco y le decía que lo quería, que quizá algún día nos encontraríamos y le daría la manita y le explicaría lo más bonito de su padre y de su nacimiento. Había imaginado que lo invitaba a vivir conmigo en mi nueva finca y que se lo enseñaba todo sobre los árboles de su familia. Pero en junio de 1962 él ya no era un crío a quien yo pudiese hacer mío fácilmente, ni era tan ingenuo como para tragarse una versión dulcificada de la trágica historia de sus padres. Ya sólo se me ocurría una cosa que decirle. Dos palabras inútiles, cuando ni siquiera mil habrían podido transmitir lo que necesitaba explicarle.

—Lo siento —murmuré en voz alta. Había sido expulsada de Iola y sentía un extraño vacío, como si aquel día yo también me hubiese quedado huérfana.

Huellas diminutas de comadrejas y ardillas decoraban la capa de nieve crujiente bajo los árboles. Miré hacia el interior del bosque y me pregunté hasta dónde sería capaz de llegar. En todas mis visitas a aquel lugar, sólo una vez me había aventurado más allá del claro para tratar de encontrar la cabaña. No había sabido orientarme porque no había reconocido nada, así que había dado la vuelta rápidamente para no perderme. Esta vez sabía que las huellas que dejaría en la delgada capa de nieve me guiarían y que no me perdería. Pero me imaginé la cabaña, tal vez aplastada por una avalancha, o derrumbada sobre sí misma por la podredumbre, u ocupada por alguien más —un pastor de ovejas, un cazador o un forajido; quizá estuviera cocinando sus judías en el cazo que yo había dejado allí, y quizá se alumbrara por las noches con mis velas—, y me dije: ¿para qué regresar? Cuando el

prado y yo pusimos fin a nuestra historia, ya no quedó nada entre esa cabaña y nosotros. Como había comprendido a las puertas de Iola aquel mismo día —y supongo que Wil también lo sabía—, a veces no es posible regresar, y punto.

Me quedé un rato más allí sentada, respirando aquel aire tan puro; entonces me levanté y busqué una piedra por el suelo, la número trece. Cuando la encontré —lisa, ovalada y pálida, como las otras que había elegido y colocado con esmero—, la besé y, con ella todavía en los labios, me acerqué a la roca.

Lo primero que vi fueron las huellas en la nieve que rodeaba la roca y en el barro que rodeaba la nieve. Dos pares de zapatos. Me aproximé y vi que unas huellas eran del tamaño de mis pies y las otras, algo más pequeñas. Miré a mi alrededor; todo estaba en silencio, pero de pronto temí que me estuvieran observando. Sin embargo, las huellas, que revelaban las numerosas direcciones en que se habían movido los visitantes, estaban duras, lo que significaba que tenían ya, como mínimo, varios días. En todos los años que llevaba yendo a ese claro, nunca había visto indicios de que alguien más hubiera estado allí. Sólo de vez en cuando encontraba una de mis piedras fuera de sitio, o en el suelo junto a la roca, empujada por algún animal o por la lluvia y el viento. Examiné las huellas y se me aceleró el corazón. Corrí hacia la roca. Mi círculo de doce piedras estaba intacto.

Pero en el centro del círculo había una gran piedra redonda. La cogí y la sostuve en la palma de la mano, maravillada como si acabara de ver una aparición. Era pesada y redonda, y sin ninguna duda tenía la forma y el tamaño de un melocotón.

Miré una y otra vez por todo el claro, impaciente por hallar una explicación a todo aquello. No vi ningún pájaro, ninguna ardilla, y tampoco vi que se moviera ninguna rama. Incluso los alargados jirones de las nubes vespertinas se habían detenido en su peregrinar hacia el sol. No sé cuánto rato permanecí quieta en medio del silencio, escuchando. Abracé aquella piedra redonda contra mi vientre y busqué alguna pista por el claro.

Al final, al no revelarse nada ni nadie, hice lo que había ido a hacer: puse la piedra número trece en el círculo y recé por mi hijo. Las nubes

taparon el cielo y la tarde se volvió demasiado fría para mis brazos desnudos, y aun así me quedé un rato más.

Sabía que una piedra redonda encima de una roca quizá no fuese más que eso, una piedra, y que las huellas podían ser sólo el rastro de unos desconocidos que, atraídos por mi círculo de piedras, habían querido contribuir a aquella peculiar obra de arte. Pero no podía evitar plantearme otra posibilidad: que, después de tantos años, aquel sitio hubiese llamado a la otra madre y a mi hijo del mismo modo que me había llamado a mí; que el círculo de piedras les hubiese hecho preguntarse por mí como yo me estaba preguntando por ellos, y que hubiesen dejado un mensaje con forma de melocotón por si yo lo encontraba.

20

1970

Pasaba el tiempo y cada vez estaba más enamorada de los amaneceres veraniegos sobre mi melocotonar. Cada mañana, cuando salía por la puerta trasera de la casa a la atmósfera dulce y cargada de rocío del alba y percibía el olor a melocotones maduros, a suelo rico y a lluvia nocturna, sentía que me esperaba un buen día. A mediados de agosto de 1970, una de esas mañanas amaneció despejada y dorada. Giré las frías espitas metálicas para verter el agua de riego en los surcos y cogí un cesto para empezar a recolectar unos frutos impecables, de grosor uniforme y dulzor extraordinario.

La tierra y los años transcurridos habían sido, en general, benévolos. A Greeney y a mí nos había costado casi una década lograr que los árboles trasplantados recuperasen todo su rendimiento y su calidad y que los injertos nuevos se convirtieran en árboles productivos, pero al final habíamos conseguido que mi abuelo Hollis y papá tuvieran un motivo para estar orgullosos. Ese verano, en todos los puestos de fruta de la región había melocotones Nash, y una vez más, los clientes fieles venían a comprarlos desde varios kilómetros a la redonda. Greeney publicaba artículos y ganaba premios y renombre. Por mi parte, me pasé todos los amaneceres de finales de verano y principios de otoño recolectando fruta, como había hecho desde niña.

Había continuado con mi peregrinaje anual al claro del bosque, pero no había resuelto el enigma de la piedra con forma de melocotón. Después de encontrar la piedra y las huellas en la nieve en la primavera de 1962, durante meses regresé allí casi todas las semanas con la esperanza de hallar alguna prueba de que los visitantes habían vuelto o alguna pista acerca de su identidad, pero fue en vano.

Durante años rastreé los límites del claro en cada visita anual, ansiosa por descubrir alguna señal que indicara su presencia. Una vez dejé una nota escrita a toda prisa en un trozo de papel que encontré en el camión, demasiado breve y vaga, y seguramente mal protegida del viento. En ella decía tan sólo: «Cuéntame.» Pero nada.

Al final dejé de buscar indicios y de aferrarme a la desesperada idea de que alguien había dejado aquella piedra redonda allí para que yo diera con ella. Me obligué a creer que sentarme en el tronco en aquel lugar sereno y sagrado y añadir una piedra más como ofrenda a mi hijo era suficiente. La piedra redonda llevaba mucho tiempo en la librería de mi casa, no como símbolo de esperanza de un reencuentro con mi hijo perdido, sino como advertencia sobre los deseos descabellados y las malas pasadas que puede gastarte la imaginación cuando anhelas con toda el alma lo que no puedes conseguir.

Todos los años contrataba a peones para la cosecha —vecinos del pueblo y sus hijos, y también temporeros que llamaban a mi puerta— y juntos nos asegurábamos de que arrancábamos y entregábamos cada melocotón en su punto óptimo de maduración. Aquella mañana de agosto de 1970, cuando llegaron los peones, me marché y me dirigí al gallinero. Las gallinas pintadas chillaban y correteaban alrededor de mis pies mientras yo les echaba el pienso y recogía un cesto lleno de huevos marrones con motitas. Zelda iba a venir a desayunar. Ya me había dicho lo que deseaba comer y yo me alegraba de poder complacerla: huevos de pintada revueltos con ajo y espinacas del huerto, y mis magdalenas de melocotón y frambuesa con trozos de melocotón al lado, recién cogidos y espolvoreados con canela.

Entre mis conocidos del valle, Ed y Zelda eran los únicos que no se dedicaban a cultivar ni un solo bocado de su comida. A Zelda le gustaba decir que su marido y ella estaban hechos para comprar y vender la tierra, pero no para trabajarla. Y no era ningún chiste. Los Cooper nunca se ensuciaban las manos, por lo que nuestra afinidad resultaba casi inexplicable. Pero con los años yo me había encariñado mucho con ellos, y Zelda se convirtió en una de las mayores bendiciones de mi vida. No nos veíamos a menudo. Yo tenía mucho trabajo en la granja y me gustaba estar sola y pasear por los bosques,

por la orilla del río o por donde se me antojara. Zelda ayudaba a Ed en la agencia inmobiliaria, dedicaba tiempo a su gran familia de Hotchkiss e iba todas las semanas a comprar a Grand Junction. También leía con una voracidad insaciable, y cuando nos veíamos siempre tenía algo interesante que contarme. Solía llegar con un ejemplar de *Reader's Digest* o de *Time*; me mostraba los titulares y resumía los artículos, recordándome que más allá de North Fork Valley existía un mundo en constante movimiento.

Aquella mañana, Zelda hablaba a toda velocidad mientras desayunábamos sentadas a mi larga mesa de madera de pino, enseñándome artículos sobre derechos civiles y sobre hippies que habían salido a manifestarse por el Día de la Tierra y en contra de ese desastre que ella siempre definía como «ese maldito Vietnam». Me gustaba aprender de ella. Lo que no me gustaba era su otro tema favorito: los hombres.

—¿Te ha llamado ese apicultor tan guapo? —me preguntó.

El sol de media mañana que entraba por la ventana formaba un halo alrededor de su melena corta y rubia, aunque las esperanzas que tenía depositadas en mí y en el apicultor no eran exactamente angelicales.

—Ay, Zel. —Suspiré—. ¿Siempre tenemos que hablar de lo mismo?

Ella asintió con testarudez y sacó una magdalena recién hecha del cesto.

—Sí, claro. —Se había propuesto corregir mi falta de interés por los hombres, de eso no cabía duda—. ¿Te ha llamado?

—No me interesa tener novio —dije.

—¿Quién ha hablado de tener novio? —Me guiñó un ojo, mordió la magdalena y gimió de placer—. Por el amor de Dios, Vi. Ya sé que no te interesa el matrimonio. Vale. Pero todos necesitamos un poco de... miel para el cuerpo de vez en cuando.

Se echó a reír, y yo puse los ojos en blanco.

—Bueno, ¿a qué esperas? —preguntó—. ¿A que venga Warren Beatty a llamar a tu puerta?

—Claro que no —dije, sonriendo y negando con la cabeza.

—Entonces, ¿a qué? —Suspiró y encorvó los hombros, en un gesto dramático de derrota, y me miró con una expresión seria, dejando de

lado el tono jocoso con que solíamos abordar ese tema de conversación, como suplicándome que me explicara. Pero yo no podía hacerlo.

Había estado tentada en numerosas ocasiones de contarle a Zelda la historia de Wilson Moon.

—Nada —contesté—. Ya te lo he dicho muchas veces: no espero nada. Ni a nadie. Y mucho menos la miel de un apicultor.

Sonreí, pero Zelda, que enseguida se reía de todo, y más de cualquier comentario un poco picante, siguió mirándome fijamente. Dejó el tenedor en el plato y se inclinó hacia mí para intentar sonsacarme.

—¿Qué pasa, Vi? ¿De qué se trata? ¿Por qué no me cuentas por qué no quieres salir con nadie?

¿Cómo podía explicarle que las trágicas consecuencias de un primer amor vivido a los diecisiete años me impedían volver a amar?

—Hablemos de esto de una vez por todas —insistió.

Pero yo sólo podía pensar en cómo les había fallado a Wil y a nuestro hijo, y en que viviendo sola me aseguraba de que nunca volvería a traicionarlos, ni a ellos ni a nadie. Sólo amaría lo que sabía amar: la tierra, los árboles y los melocotones.

—¿Algún cabrón te hizo daño? ¿Es eso? —me preguntó Zelda frunciendo sus impecables cejas.

—No, no —me apresuré a contestar—. No es eso. Es...

Me moría de ganas de contárselo todo, pero mi secreto estaba guardado en una recóndita caja fuerte y yo no sabía cómo abrirla para liberarlo. No temía que Zelda se burlara de mí. Y, sin embargo, era incapaz de articular las palabras. Ni siquiera era capaz de explicarme mi pasado a mí misma; sólo sabía que un joven adorable había muerto por mí, y que en alguna parte estaba nuestro hijo, y que nuestro hijo ignoraba quién era y de dónde venía.

—Es... ¿qué? —Me miró con gesto expectante.

—Es... Nada, no es nada —repetí, dejando de nuevo que la verdad pasara de largo como una semilla flotante incapaz de anclarse.

—¿Eres lesbiana? —me preguntó sin juzgarme.

—No.

—¿Te gusta ese amigo tuyo, el científico chiflado?

—¿Greeney? ¡Pero qué dices, no!

Desde hacía años Greeney se había convertido para mí en un valioso consejero, y yo agradecía las visitas que me hacía de vez en cuando. Aun así, nunca hablábamos de su vida privada, que por lo demás me interesaba bien poco. Hablábamos de raíces, suelos y hongos y probábamos los melocotones juntos con una precisión metódica.

—¿Eres una especie de monja de los árboles y estás casada con tu huerto de frutales? —me preguntó Zelda sin ironía.

—No. —Le sonreí de forma inexpresiva, pensando que sus palabras contenían una parte de verdad.

Ella suspiró y se terminó los huevos mientras yo iba a la cocina a cortar más melocotones.

—Pues si no hay hombres, no hay bebés —dijo cuando volví a sentarme a su lado.

Me dio un vuelco el corazón. De hombres, al menos, podía hablar. De bebés, no.

Para entonces, en el círculo de la roca del claro ya había veinte piedras, tantas que ahora estaban dispuestas en espiral, como un gran caracol, abarcando toda la superficie plana de la roca.

La piedra gris con forma de melocotón que había encontrado años atrás en el centro del círculo estaba en mi librería, justo detrás de la cabeza de Zelda.

—¿Y tú? —dije para esquivar la pregunta de mi amiga—. Nunca me has contado por qué Ed y tú no tenéis hijos. Me lo he preguntado, por supuesto, pero nunca he querido entrometerme.

—Ay, cielo, viniendo de ti, no sería una intromisión. —Barrió el aire con una mano de manicura impecable para descartar mi absurdo comentario—. Es muy triste, la verdad —continuó—. Este cuerpo mío puede parecer fabuloso —deslizó las manos por los lados de su minivestido naranja sin mangas como si su figura fuese el premio de un programa concurso—, pero no puede tener bebés.

Seis veces, me contó. Seis embarazos. Seis abortos. El sexto hijo, me explicó con una mueca lastimera, lo perdió cuando el embarazo ya estaba tan avanzado que llegó a tener al bebé, diminuto y azul, en las

manos.

—¡Ay, Zelda! —exclamé en tono compasivo. Recordé la angustia que había sentido al sostener en mis manos a mi recién nacido inerte, y el milagro de su primera y brusca respiración. Se me llenaron los ojos de lágrimas, tanto por el recuerdo de aquel momento de alivio como por la tristeza que sentía por mi amiga.

—Era un niño —dijo con solemnidad—. Le pusimos nombre. Joseph... —Hizo una pausa—. Lo llevo aquí. A él y a todos. —Se puso una mano sobre el corazón—. Eddie y yo hemos seguido adelante y hemos conseguido disfrutar de una buena vida, pero siempre hemos echado algo de menos, no sé si me entiendes.

La entendía. Me enjugué las lágrimas y seguí escuchándola.

—Me vas a tomar por loca —prosiguió—, pero siempre miraba en nuestra sala de estar, o en el jardín, o alrededor del árbol en las mañanas de Navidad antes de que llegaras tú, y me imaginaba a todos mis hijos jugando y riendo juntos y revolcándose por el suelo. —Esbozó una sonrisa; luego agitó las manos delante de la cara, como ahuyentando aquellas imágenes, y concluyó—: A lo mejor estoy loca.

Yo nunca había dejado de ver a Wil y a mi hijo en el melocotonar, sonriéndome desde los bordes o incluso trabajando a mi lado. Si Zelda estaba loca, yo también.

—¿Y sabes qué pienso a veces? —continuó—. Que ahora mi Joseph tendría la edad exacta para que lo reclutaran y lo enviaran a ese maldito Vietnam. Para que lo arrancaran del valle. Y te voy a decir una cosa: si todavía estuviera conmigo, yo me lo habría llevado a Canadá y me habría arriesgado a que me encarcelaran o a lo que fuera con tal de asegurarme de que no tuviese que ir. —Miró con gesto melancólico por la ventana (tal vez viese a su hijo entre los chopos) y declaró—: Si hubiese tenido la oportunidad, habría defendido a mi hijo con uñas y dientes.

Le envidiaba muchas cosas a Zelda Cooper: su facilidad para la conversación, sus amplios conocimientos de política, la estrecha relación que mantenía con su familia, su gusto para la moda y su risa desacomplejada; y, si he de ser sincera, hasta sus grandes ojos de azul aguamarina y sus pestañas largas y negras. Ella, a su vez, mencionaba

a menudo lo que me envidiaba a mí, y decía que sería incapaz de vivir sola o de pasear sola por el bosque como hacía yo, y que jamás podría estar a la altura de mi destreza en el melocotonar, en el huerto o en la cocina. Yo no entendía mucho de amistades, pero supongo que en ese sentido éramos como dos buenas amigas: sabíamos apreciar nuestras diferentes virtudes sin ser envidiosas de verdad. Pero aquel día, cuando Zelda me habló con la franqueza de una mujer que está completamente en paz con su turbulento pasado, sentí pena por mi amiga, pero sobre todo envidié su sinceridad sin filtros y su absoluta falta de autorreproche.

Quizá en ese momento me habría decidido a explicárselo, a contárselo todo, de no ser porque nos interrumpieron unos golpes en la puerta de atrás.

Era Carlos con su caja de herramientas roja: se había convertido en un atractivo joven de veintiún años, alto y ancho de hombros, y en un excelente carpintero. Venía a verme cuando necesitaba dinero, pues sabía que yo siempre tendría algún trabajo para él.

Lo invité a pasar; entró con su aire sosegado y elegante de costumbre y se sentó con nosotras un rato. Zelda se puso a charlar con él mientras Carlos se zampaba tres magdalenas de melocotón y contestaba las preguntas con sonrisas y asentimientos. Yo lo observaba comer, y sonreír, y apartarse el largo flequillo de la frente con una mano ancha y callosa.

—¿Qué piensas hacer si te llaman a filas? —le preguntó Zelda antes de que yo me diera cuenta de que se había puesto a hablar otra vez de Vietnam.

—Irme a las montañas —contestó Carlos sin vacilación, con la boca llena de magdalena y señalando la ventana, desde donde se veía la cordillera West Elk—. A esas de ahí. Las conozco bien.

Zelda asintió y le puso una mano en el hombro como si quisiera enraizarlo donde estaba sentado.

—Buen chico —dijo.

Él era joven, ingenuo y audaz respecto a sus planes, igual que lo había sido yo.

Acompañé a Carlos al establo y le enseñé la viga caída que había

que reforzar, y él enseguida se inclinó sobre su caja de herramientas y se puso manos a la obra. Pero yo no conseguía marcharme. Me demoré un rato en la puerta del establo, observándolo.

—Carlos —dije por fin. Él levantó la cabeza—. Si tienes que irte, ven a despedirte de mí, por favor. Te daré unos cuantos tarros de melocotones.

Si mi petición le pareció extraña, no dejó que se notara, por simple educación.

—Lo intentaré —respondió antes de asentir con amabilidad: era su forma de decir que probablemente no lo haría.

Cerré la puerta corredera del establo, aunque se me encogió el corazón y la abrí otra vez.

—Carlos —dije.

El chico me miró con sus dulces ojos oscuros.

—Lo que quiero decir es que te llevaré en el camión. Ya sabes, si lo necesitas. Yo también conozco bien esas montañas.

Sonrió y me dio las gracias, y entonces me fui, pero con un vacío terrible en el vientre.

Regresé a la casa y encontré a Zelda lavando los platos del desayuno; me dijo que tenía que irse corriendo a ayudar a Ed con una venta. Eso me sonó a excusa. Me pareció que necesitaba huir de mí, y pensé que debía pedirle disculpas por algo, pero las mentiras que le había dicho, y las que me había dicho a mí misma, sólo eran mentiras por omisión. No tenía nada que retirar.

—Lo siento —dije de todas formas.

—¿Qué es lo que sientes, Vi? —me preguntó, ofreciéndome de nuevo una oportunidad para sincerarme con ella.

No sabía cómo contestar.

—Siento haberte obligado a hablar de... de tus bebés —dije con torpeza.

Me miró con cara de incredulidad y de compasión.

—¿Por qué no iba a querer hablar de ellos? Son mis bebés. Además, tú no me has obligado a nada. Siempre había querido contártelo, pero no estaba segura de que te importara. Si hubiesen sido arbolitos, en cambio... —intentó bromear, pero soltó una risa demasiado débil para

aliviar la seriedad de sus palabras.

»No sé qué es lo que te niegas a contarme, pero sea lo que sea —prosiguió—, tú decides. Ahora bien, déjame decirte dos cosas. Una, que sé que eres fuerte, porque has salvado tus árboles y llevas esta granja y trabajas muchísimo y te paseas por donde quieres y haces un montón de cosas tú sola. Pero sobrellevar la pena sola no significa ser fuerte, Vi. Es un castigo, simple y llanamente. No sé qué fue lo que te pasó, pero tienes que dejar de culparte por ello.

Me sentí como una niña pequeña que recibe un sermón; sólo quería que Zelda se marchara.

—Y dos: estando aquí sentada, he podido comprobar que mirabas a Carlos con los ojos más tristes que he visto jamás. Cuando estés preparada para contarme de qué va todo esto, estaré aquí para escucharte.

Giré la cabeza para que no pudiese verme los ojos.

Zelda me besó en la mejilla, me dio las gracias por el desayuno y se detuvo en la puerta antes de salir.

—Y dejaré de enviarte a hombres. Te lo prometo —añadió.

Cuando oí su coche alejarse por el camino, me fui a recolectar melocotones. Me rodeaban hileras y más hileras de frutales. Los peones silbaban melodías desde lo alto de las escalerillas y dejaban los cestos llenos de fruta junto al camino, donde los recogería el camión del reparto. Fluía el agua de riego, y el sol de agosto brillaba con fuerza. Mi granja y mi negocio funcionaban como un reloj. No tenía ninguna duda de que había una cola de compradores esperando mis melocotones en todos los puestos de la región. Como había dicho Zelda, yo había demostrado ser lo bastante dura para trabajar esta tierra, y la tierra me había aceptado y me había demostrado su generosidad. Y sin embargo... en los momentos en que era realmente sincera conmigo misma, sabía que aquella tristeza estaba presente en cada hoja, en cada raíz y en el hueso de cada melocotón. Era muy sencillo: Wil y nuestro hijo no me estaban sonriendo desde el borde del melocotonar ni trabajando a mi lado, y por mucho que me lo imaginara, eso no iba a cambiar.

Con la excusa de estar ocupada con esto o con lo otro, ese año

todavía no había hecho mi visita de todos los veranos al claro. En realidad, el verano anterior, cuando había colocado la piedra número veinte y había contemplado el círculo, el pesimismo me había oprimido el corazón. Había recorrido el claro con la mirada y me había preguntado si, una vez completado el círculo, ahora que mi hijo ya era un hombre hecho y derecho, mi relación con aquel lugar habría acabado también. Aquella mañana, turbada por mi encuentro con Zelda y con Carlos, sentí que el claro me invitaba a regresar y a formular una vez más aquella pregunta.

En el garaje había una ranchera Ford de color azul junto al viejo camión de papá. Aunque la ranchera era nueva y aquella reliquia oxidada se había vuelto caprichosa y de poca confianza, de todas formas me decanté por ella. Si aquél iba a ser mi último cara a cara con el claro, me pareció que lo más adecuado era que el viejo camión me llevara hasta allí.

La mayor parte del largo camino que conducía al parque natural Big Blue estaba prácticamente irreconocible. Había nuevas calzadas de grava y grupos de campamentos temporales de peones por las montañas donde antes sólo había artemisa y ganado. Las excavadoras y las apisonadoras estaban paradas como dragones amarillos dormidos después de causar sus estragos. La carretera 50, desviada de su trazado original, ascendía, descendía y describía curvas por el terreno, hasta que la imponente masa de hormigón y roca que formaba la Presa Blue Mesa emergía como una ancha cicatriz. A lo largo de los veranos anteriores, cuando iba al claro en mi camión, yo había podido ver, desolada, cómo la iban construyendo pieza a pieza. Aun así, el hecho de que la presa fuese real nunca dejaba de sorprenderme. Peor aún: tenía que prepararme para ver lo que sabía que vería al otro lado: el extenso embalse azul donde antes estaban Cebolla, Iola y Sapinero, y el río Gunnison obstruido e hinchado, desbordado un kilómetro y medio más allá de sus orillas.

Vi a pescadores y a algunas familias que habían ido de pícnic repartidos por un tramo de arena de la orilla sur del embalse. Sin duda alguna, habían confundido aquel paisaje con un espacio natural. Seguro que el nuevo lago les parecía pintoresco, y quizá yo hubiese

pensado lo mismo si no hubiese tenido un pasado allí, si no hubiese sabido que era artificial y que bajo sus aguas se escondían unas ruinas. Hice cuanto pude para no mirar cuando bordeé el embalse, y sentí alivio al desviarme por el camino sin asfaltar por el que se subía hasta el claro.

El viejo camión remontó la larga ladera rezongando y se adentró en el bosque. Cuando por fin me detuve y apagué el motor, le di una palmadita de agradecimiento al salpicadero. Una brisa tibia y dulce entraba por la ventanilla abierta mientras observaba el claro desde el asiento del conductor. Detecté algo extrañamente inhóspito y poco atractivo en la cruda luz del sol de la tarde y en las sombras irregulares que proyectaba el viejo pino ponderosa. Y con la misma certeza con la que me había despertado al sentir la nevada veraniega que había sellado el destino de mi bebé, o con la que le había abierto la puerta al funcionario que venía a comprar mis tierras, supe de inmediato que había llegado el momento de marcharme de allí.

Estaba asimilando aquel giro de mis emociones cuando, de pronto, lo vi: sobre la roca, en el centro del círculo de piedras de mi hijo, en el lugar exacto donde un día había encontrado un melocotón y, más tarde, una piedra con forma de melocotón, había una bolsa de plástico bajo una piedra plana; el viento agitaba sus extremos, que semejaban las alas de un pájaro atrapado.

Bajé del camión despacio, tratando de no perder la calma. El corazón me brincaba en el pecho como un arroyo de primavera mientras me acercaba a la roca, donde había un grueso fajo de hojas de papel de color azul claro dentro de una bolsa de plástico sellada. Estiré un brazo y me tembló la mano. Recordé que también estaba muy nerviosa cuando había llamado por primera vez a la puerta de color rosa de Ruby-Alice creyendo que la abriría Wil, cosa que en efecto había ocurrido. Cogí la bolsa y supe que aquello también sería el comienzo de algo que lo cambiaría todo.

El viento desprendió el polvo y el polen que cubrían la bolsa. No había forma de saber si aquella fina película se había acumulado en el plástico en un día o en un año. Decidí que no importaba. Ahora la bolsa estaba allí, y yo también.

A través del plástico transparente vi los renglones de un texto manuscrito; parecía una carta escrita con prisas. En cuanto leí la primera línea, se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas me nublaron la visión. No era una carta, sino las páginas de un diario. Las primeras palabras me bastaron para saber que la ofrenda era, efectivamente, para mí, y que no era mi hijo quien la había dejado allí, sino ella, la otra madre.

Me enjugué las lágrimas con el bajo de la blusa y volví a leer la primera línea a través de la bolsa de plástico:

Oía el canto de los pájaros mientras amamantaba al bebé…

Anhelaba y al mismo tiempo temía leer cada una de las palabras que vendrían a continuación. Me llevé la bolsa al tronco y esperé un rato donde siempre me sentaba —en su sitio, el de la otra madre—, antes de abrir la bolsa y ponerme las hojas sobre el regazo.

Una cuartilla doblada por la mitad cayó de la bolsa al suelo. La abrí y encontré una nota con la misma caligrafía apresurada. En ella decía simplemente:

Madre del bosque:

Ésta es mi historia. O, al menos, un intento de explicarla. Creía que escribía esto para mí, para tratar de entenderlo todo y para recordarlo. Pero esta historia siempre ha tenido una laguna: tú.

Ahora te cuento, por fin, todo lo que necesitas saber.

La nota estaba firmada con un nombre —Inga Tate—, seguido de un número de teléfono y una dirección de Durango, en el sur.

Leer las primeras páginas fue como revivir aquel día de agosto de 1949 a través de una bola de cristal: el pícnic sobre una manta roja, los chillidos de los arrendajos, el marido y su cigarrillo, el recién nacido removiéndose en los brazos de la mujer…

Decía que había encontrado a mi bebé, y su narración coincidía con lo que yo había imaginado: el llanto del pequeño mezclado con el trino de los pájaros, y luego la carrera desde el tronco hasta el coche y el descubrimiento. Me eché a llorar cuando leí que, de inmediato,

guiada por el instinto, la mujer se lo había puesto al pecho para alimentarlo. Y volví a llorar cuando por fin descubrí el nombre de mi hijo.

«Lukas», susurré débilmente en el bosque, y abracé aquellas hojas contra el pecho.

Volví a la primera página. Inspiré hondo para calmar el temblor de mis manos y aclarar mis ideas. Y entonces empecé a leer de nuevo.

CUARTA PARTE

1949 - 1970

21

PÁJAROS

Oía el canto de los pájaros mientras amamantaba al bebé.

Dos arrendajos estaban posados en una rama por encima de nosotros y, envueltos en las espirales del cigarrillo de mi marido, chillaban ansiosamente, como enloquecidos. Tenían los negros ojos fijos en la comida que yo había puesto a toda prisa sobre la manta roja: la bolsa de papel marrón con los melocotones que le habíamos comprado a una mujer obesa en un puesto de carretera, y un plato de papel con un poco de pan y unas lonchas de jamón. En nuestro largo viaje de regreso a casa desde el hospital de Denver, habíamos parado en un remoto pueblo junto al río, y un tendero flacucho nos había suministrado aquella comida improvisada.

El tronco caído no era el asiento ideal para una madre primeriza que intentaba amamantar a su hambriento recién nacido. Procuré ser discreta, pero me desabroché la blusa con torpeza. Paul se dio la vuelta. Mi bebé empujó y golpeó con sus puñitos hasta que por fin se agarró a mi pecho hinchado como un globo y empezó a succionar. Yo estaba deseando comer aunque sólo fuese un trocito de melocotón, pero Maxwell no había parado de llorar desde que habíamos salido de Iola, mucho antes de que Paul, enojado, escogiera por fin aquel claro para parar el coche. Intenté preparar el pícnic al gusto de Paul, pero, en los cuatro días transcurridos desde el nacimiento de Max, había aprendido algo incuestionable: el bebé tenía prioridad.

Los berridos se vieron sustituidos por el canto de los pájaros cuando Max comenzó a mamar. En lo alto de los pinos, por todo el amplio bosque, sonaba un coro de trinos, graznidos y gorjeos frenéticos, jubilosos, tristes y hermosos, todo a la vez.

Y entonces oí otro canto que no era un canto.

Dubitativa, agucé el oído. Y al cabo de un momento se despertó mi

instinto maternal y no tuve ninguna duda: era el llanto frágil y entrecortado de un recién nacido.

Aparté a Max del pezón y puse a mi contrariado bebé en los brazos del también contrariado padre, mientras trataba de discernir de dónde provenía aquel sonido. Tanto el padre como el hijo quedaron desconcertados por la velocidad con que me había levantado. Me cerré la blusa y corrí hacia el coche, de donde me había parecido que provenía aquel sonido inexplicable.

Era tan inconcebible que encontrase lo que creía que iba a encontrar que, de improviso, todo a mi alrededor parecía irreal. Pero nada más asomarme por la ventanilla del coche vi a un recién nacido que lloraba débilmente.

El pequeño se calló cuando abrí la portezuela. Estaba envuelto en una manta de punto amarilla y llevaba puesto un pañal también de punto que estaba empapado. Lo cogí en brazos, me lo pegué al cuello y sentí su liviana respiración, su liviano peso y su cuerpo diminuto. Aquel bebé pesaba la mitad que Maxwell, como si fuera una obra maestra hecha con ramitas.

Me senté en el recalentado asiento del coche y por puro instinto me puse a darle el pecho. El bebé jadeaba y escupía, casi ahogándose, hasta que por fin empezó a succionar con un ritmo acorde a mi flujo de leche y consiguió dar largos y voraces tragos.

Paul se acercó a grandes zancadas, furioso, sosteniendo a Maxwell con un solo brazo. Su semblante reflejaba horror,

confusión y repugnancia: antes de que yo hubiese asignado a mi inconcebible descubrimiento una sola emoción clara, mi marido ya le había asignado tres.

Paul miró a derecha e izquierda entre los árboles, me puso a Max en el brazo que yo tenía libre y salió disparado en busca de la enajenada madre de aquel bebé abandonado y famélico.

Maxwell berreaba. Me dolían los pechos. Estaba tan desconcertada que se me saltaron las lágrimas.

Acababa de salir del hospital con un bebé y de repente tenía dos, uno en cada brazo.

Ella me dio a su hijo y yo le dejé un melocotón. Era una compensación muy pobre, pero yo apenas hacía un año que había dejado atrás los libros de texto; no había buscado el embarazo y de golpe me encontraba con dos bebés.

Al final los pequeños se habían quedado dormidos. Los acosté en el asiento trasero y me puse a recoger los restos de nuestro pícnic. Luego dejé un melocotón encima de una gran roca con la superficie plana, con la esperanza de decirle a aquella mujer algo más que «Sé que tienes hambre», con la esperanza de decirle: «Tu hijo está conmigo y lo cuidaré», y esperé a que Paul regresara y emitiera su veredicto.

Apareció después de más de media hora, sudado y derrotado.

—Métete en el coche —me ordenó.

Con un bebé dormido en cada brazo, eché una última mirada al melocotón que había dejado en la roca mientras Paul daba marcha atrás para volver al camino de tierra, giraba bruscamente y nos marchábamos a toda velocidad por donde habíamos venido. Al llegar al cruce de la carretera 50, paró el coche y se quedó pensativo. Durango a la izquierda, Iola a la derecha.

Sin decir una palabra, giró hacia la izquierda, hacia casa.

Íbamos a quedarnos al bebé. Lo supe incluso antes de que Paul tomara el desvío. El final del embarazo de Maxwell no había ido bien. Empecé a sangrar antes de salir de cuentas, y el médico le dijo a Paul que me llevara al hospital de Denver. Me pasé casi tres semanas ingresada, sin poder levantarme de la cama, esperando, sangrando, y después del parto quedé estéril. Me hicieron una ligadura de trompas, lo que al menos me liberaba de tener que volver a pasar por aquel suplicio.

—Diremos que tuviste mellizos —dijo entonces Paul, y comprendí que no debía discutir con él.

El día de nuestra boda había decretado que tendríamos dos hijos, a ser posible varones, sin preguntarme siquiera qué era lo que yo prefería. Paul no quería tener un solo hijo, pues él era hijo único y se había sentido muy desgraciado, pero tampoco estaba dispuesto a asumir los gastos que suponía el hecho de tener tres.

Fue Paul quien decidió lo que haríamos, como siempre. Todavía no

habíamos anunciado el nacimiento de Max, pero cuando lo hiciéramos, diríamos que había tenido mellizos. Uno era más oscuro y pequeño que el otro y había nacido en el bosque, pero nosotros diríamos que eran mellizos.

Continuamos varios kilómetros en silencio y luego, tímidamente, pregunté: «¿Podemos llamarlo Lukas?»

Paul había elegido el nombre de Maxwell, que era como se llamaba un físico al que él admiraba, un nombre del que podría presumir entre sus colegas del Departamento de Matemáticas de la universidad. Mi difunto padre se llamaba Lukas, y yo llevaba ese nombre grabado en el corazón.

Paul emitió un gruñido de desaprobación; sin embargo, para mi sorpresa, aceptó mi propuesta, aunque insistió: «Pero lo llamaremos Luke.» Metió una mano en la bolsa de papel que estaba entre nosotros dos, sacó el melocotón que quedaba y le dio un gran y fragante mordisco mientras conducía.

En adelante, yo siempre lo llamé Lukas, mientras que Paul prácticamente no lo llamaba de ningún modo.

PASEAR

Ya en casa, Maxwell apenas dormía y se pasaba las noches llorando. Yo lo cogía en brazos y, mientras Lukas dormía, me paseaba arriba y abajo por el pasillo como una aturdida fiera del zoo. A veces Paul intentaba ayudarme, pero al poco rato volvía a ponerme a Max en los brazos, incapaz de soportar los desconsolados berridos del bebé.

En realidad, yo apenas sabía nada sobre Paul antes de casarnos. Sólo sabía que era un estudiante universitario increíblemente guapo, de pelo y cejas oscuros, y que se había acercado a hablar conmigo mientras yo estaba sola en mi primer baile de la Universidad Estatal de Ohio. Era fácil confundirse, creer que su interés era una muestra de afecto, que su arrogancia era erudición; Paul era la materialización de mis sueños de universitaria. A él, evidentemente, lo atraía más mi ingenua adoración que la chica tonta de primer curso que yo era en realidad. Debería haberme marchado la primera noche, cuando se burló de mí por estudiar literatura y querer ser escritora. En lugar de irme, me dediqué a beber ponche y acabé en sus brazos. Después de aquel día, Paul venía a menudo a mi

residencia y se ponía debajo de mi ventana a suspirar por mí, y yo, incitada por mis compañeras de habitación y por mi irracional enamoramiento, dejaba los libros y me iba con él. Cuando me propuso matrimonio, sentí vértigo y confundí eso con estar enamorada. Y así fue como yo, Inga Sabrina Zimmerman —un nombre que evocaba la Alemania de mis padres, un nombre que confiaba en ver escrito algún día en la cubierta de mis libros—, me convertí en la señora de Paul Ray Tate, un escueto nombre compuesto por tres monosílabos. Todavía no había asimilado el hecho de haberme convertido en esposa cuando me enteré de que pronto sería también madre; fue como si accionase de golpe un interruptor doble que acabó con todos mis planes y sueños.

Colorado no era un sitio en el que yo hubiese pensado mucho, más allá de aprenderme su cuadrado contorno para situarlo en el mapa. Cuando Paul anunció que había aceptado una plaza de profesor en el Oeste y que nos marchábamos de Ohio, el nombre de la ciudad —Durango— me pareció insoportablemente anticuado y triste.

—Pero Colorado, Paul... Colorado es... —intenté replicar.

—Colorado es Colorado, Inga —me cortó él mirándome con enfado—. Es lo que hay y allí es adonde iremos.

Entonces me di cuenta, demasiado tarde, de lo que me esperaba, de la clase de marido y de padre que sería Paul.

Pero esta historia no trata sobre él. Trata de mí y de mis hijos. Quizá fuéramos un trío reticente, pero formábamos un trío al fin y al cabo. Yo siempre estaba ocupada con alguno de mis hijos o con los dos. Todos mis temores acerca de lo que supondría cambiar mis estudios por la maternidad se habían confirmado, sólo que multiplicados por dos.

Mi único alivio consistía en pasear. La mujer del pastor de la iglesia donde Paul insistía en exhibirnos todos los domingos sacó un viejo cochecito de bebé de su garaje y me lo regaló. Aquel cochecito me ofreció más consuelo del que podría haberme brindado ningún sermón religioso. A lo largo de aquel primer año de maternidad imprevista, mis únicos momentos de paz eran cuando metía en el cochecito a los dos bebés —uno grandote, el otro pequeño— y me paseaba por las aceras de Durango. Mientras recorríamos nuestro barrio y atravesábamos el centro, mientras cruzábamos el extenso parque y subíamos y bajábamos la cuesta de

Seventh Street, Lukas dormía o miraba las nubes, y hasta Max se quedaba callado.

Lo mejor era cuando los bebés me dejaban caminar hasta el río de las Ánimas. Comparado con los ríos de Ohio que yo conocía, sus aguas eran turbulentas y rapidísimas. Al llegar aparcaba el cochecito, sacaba un bolígrafo y una libreta de la bolsa de los pañales y me sentaba en la orilla del río a mirar cómo salpicaban y brincaban las aguas por encima de las rocas. Pensaba en el matrimonio, en los pañales, en las coladas, en las oportunidades que había perdido. Me preguntaba quién sería la verdadera madre de Lukas y qué desesperación se habría apoderado de ella para haberlo abandonado. Pensaba en los titulares de los periódicos que veía en las tiendas por las que pasaba, y en los años de la posguerra, que sin duda serían agitados y demenciales, y me preguntaba qué clase de mundo les esperaba a mis hijos. Pero justo cuando acercaba el bolígrafo al papel para intentar registrar mis pensamientos, uno de los bebés empezaba a llorar, y entonces yo cerraba la libreta, me levantaba y me marchaba de allí.

MANOS

Lukas seguía siendo más pequeño, más oscuro y más tranquilo que Max. Sin embargo, los niños fueron creciendo y nadie cuestionó nunca su parentesco. Yo misma olvidaba a veces que Lukas no era mi hijo biológico, hasta que el canto de un pájaro o la luz veraniega me devolvían al día en que lo había encontrado.

Al final dejé las libretas y las novelas que llevaba inútilmente en la bolsa de los pañales y dejé de añorar la vida que habría podido tener. Me entregué en cuerpo y alma a la maternidad. Se trataba de escoger entre la maternidad y la locura.

Al conformarme, aprendí a amar a mis hijos. Max era inestable, irascible, demasiado parecido a su padre, pero también vivaz, curioso y divertido. Lukas, tranquilo y razonable desde el principio, era un regalo para nuestra familia, pues compensaba la fogosidad de Maxwell. Fuera cual fuese la fuente de su serenidad, Lukas llenaba mi vida de un placer inesperado. Paul iba y venía como se le antojaba, y yo procuraba que no me importase. El único bien que me había hecho jamás había sido parar en

el claro de aquel bosque donde el pequeño Lukas necesitaba que yo apareciese.

No eran imaginaciones mías: Lukas tenía un don, un magnetismo, una calidez o simplemente un corazón bondadoso. Rescataba arañas atrapadas en los desagües y liberaba abejas de las mosquiteras, y si algún animal o alguna planta estaban enfermos, Lukas los curaba con una caricia.

Pero sobre todo sabía calmar a Maxwell cuando no había nada más que funcionara. Incluso en medio de una pataleta, a Lukas le bastaba con poner una mano sobre el hombro de su hermano para que Max se quedara callado o se pusiera a sollozar. Entonces Lukas seguía jugando, como si nadie lo hubiese interrumpido.

ÁRBOL

Los niños y el chopo americano del jardín crecieron a la vez. En el verano de su nacimiento, el árbol tenía unas ramitas finas como encaje que, con el paso de los años, se convirtieron en unas ramas gruesas y fuertes por las que a mis hijos les encantaba trepar: escalaban como ardillas, se posaban como pájaros, hermosos como flores. Hasta que una tarde miré por la ventana de la cocina y vi a Maxwell tumbado en la hierba bajo el árbol, inmóvil, y a Lukas en cuclillas a su lado. Al oírme salir presa del pánico por la puerta mosquitera, Lukas, sin decir nada, levantó las manos para enseñarme la sangre de su hermano.

Max se había destrozado un brazo, pero no se había abierto el cráneo ni se había partido la crisma: estaba herido, pero no lisiado para siempre. Un hueso roto sobresalía como un palo por encima de su codo. Lukas le puso una mano manchada de sangre sobre la herida; temblaba, consciente de que aquella vez ni siquiera él podría arreglar el estropicio.

Levanté del suelo el cuerpo inerte de Max mientras Lukas le sostenía el brazo herido, y los dos entramos corriendo en casa. Cogí el teléfono y tuve que decidir a quién llamaba: ¿a un vecino, a una ambulancia o a Paul? El maestro retirado que vivía tres casas más abajo aparcó su coche azul delante de nuestro bordillo al cabo de pocos minutos.

Tuvieron que operarle el brazo, y Paul me culpó de lo ocurrido durante toda la recuperación, que fue lenta, hasta que poco a poco Max recobró el

uso de la mano derecha, lo que no era seguro que sucediera. Paul dijo que yo había sido negligente, que no había estado atenta y que había levantado al niño del suelo de un modo inadecuado; además, según él había sido un error llamar al vecino, un anciano lento y con pocas luces. Pero lo peor fue lo furioso que se puso con los niños: con Max por haber trepado demasiado alto, por ser imprudente y frágil; y con Lukas —el pobre e inocente Lukas — por empujar a Max del árbol, una acusación absurda que Max sólo corroboró para complacer a su padre, cosa que me rompió el corazón. Hasta que mi marido no salió con el hacha en la mano, dispuesto a talar aquel árbol tan querido a menos que Lukas admitiera su delito, el niño no hizo la falsa confesión. Unas gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras me miraba una y otra vez con profunda tristeza. Él y yo sabíamos que su hermano había saltado.

Max acabó curándose. La idea de que Lukas lo había empujado del árbol se convirtió en una leyenda familiar, pero, cada vez que lo acusaban, él recogía aquella mentira y la dejaba a un lado, como una fiera demasiado enferma para lanzar la dentellada.

MITADES

Estaba tendiendo la colada bajo el sol de septiembre, atenta a los ruidos que provenían del callejón donde Max montaba en su flamante bicicleta Schwinn azul. Lukas tenía otra igual. Había convencido a Paul para que se las regalara a nuestros hijos cuando cumplieron doce años. Una y otra vez Max se lanzaba por la rampa que los niños habían construido con tablones de madera y piedras apiladas, y yo sabía que en cualquier momento oiría la caída y el llanto.

Lukas, arrodillado cerca de mí, limpiaba minuciosamente los radios de su bicicleta. Su pelo, muy negro, tenía un brillo azulado bajo la luz de la tarde.

—Mamá, ¿qué es un mestizo? —me preguntó.

—¿Un qué? ¿Dónde demonios has oído eso, Lukas? —Me agaché, cogí más prendas y las colgué en el tendedero: dos calzoncillos pequeños por cada uno de los grandes de Paul.

—Jimmy —dijo Lukas mientras pasaba el trapo por el guardabarros

delantero.

—Dame más detalles —exigí, acostumbrada a la parquedad de Lukas.

—¿Te acuerdas del día en que Jimmy pescó aquella trucha? ¿La que ganó un premio?

Le dije que sí, y él me contó que había ido con Jimmy y con su padre al sur de la ciudad, a ver a un taxidermista. *El anciano había salido al porche, había cruzado los brazos sobre su abultada barriga y los había mirado de arriba abajo. Tras dirigirse al padre de Jimmy en un tono áspero, había cogido la nevera en cuyo interior estaba el pescado y se la había llevado dentro de su barraca, dejándolos a ellos en el umbral*.

—De todas formas, yo no quería entrar —dijo Lukas limpiando el asiento de la bicicleta—. Olía mal. Olía a muerto. Y a tristeza.

Por un momento dejé de tender la ropa para mirar a mi hijo, maravillada por su peculiar sensibilidad. Entonces se oyó un estrépito en el callejón. Imaginé que a continuación oiría llorar a Max, pero en lugar de eso le oí renegar y darle patadas a la bicicleta. Volvió a montarse en ella enseguida y dio otra vuelta.

—Nos quedamos esperando en el jardín, sentados en un neumático viejo —continuó Lukas, y añadió que fue entonces cuando Jimmy le contó lo que le había oído decir al taxidermista—. Jimmy me dijo que aquel hombre no quería que entrásemos en su casa porque éramos mestizos.

Me dio un vuelco el corazón. En el fondo, siempre había sabido que el tono de piel de Lukas no podía provenir de dos progenitores blancos, pero confiaba en que el pelo castaño oscuro y los antepasados italianos de Paul bastaran para sostener nuestro engaño sobre el nacimiento de Lukas.

Lukas me miró con cara de desconcierto.

—No es una palabra bonita —empecé. Y entonces decidí mentir—: Tu padre tiene sangre italiana y mi familia es alemana. Por eso tú tienes un poco de cada uno de los dos.

—Papá dice que los alemanes son cabezas de boche.

—Eso tampoco es bonito, Lukas. Nunca digas eso de mi familia. Ni de nadie, ¿entendido?

Asintió obediente.

—¿Y Jimmy? —preguntó.

Jimmy era rubio y tenía los ojos azules, por lo que obviamente no era el

objetivo de los prejuicios del taxidermista.

—No conozco a la familia de Jimmy —dije—, pero todos somos de algún sitio, o una mezcla de cosas, mitad esto y mitad lo otro. No te preocupes, tesoro. Ese hombre es un viejo cascarrabias, nada más.

Lukas asintió y me preguntó:

—¿Me llevarás al río? ¿Adonde fui con Jimmy y su padre?

Me pregunté por qué nunca lo había llevado al Ánimas, como solía hacer cuando los niños eran pequeños.

—Pero no pescaremos —añadió.

Sonreí.

—Sí, Lukas. Te llevaré al río.

Satisfecho, mi hijo volvió a concentrarse en su reluciente bicicleta azul. Todavía no se había montado en ella cuando oímos otro estrépito y los berridos de Max. Fuimos corriendo a ver qué había pasado, lo ayudamos a levantarse y lo llevamos a casa para limpiarle las heridas mientras Max culpaba a Lukas de aquel mal salto.

Al día siguiente los niños y yo fuimos en bicicleta al Ánimas. Lukas enseguida se puso a lanzar piedras al río. Se descalzó y, de puntillas, riendo, se metió en sus frías aguas, que pronto lo cubrieron hasta las rodillas. Max se quedó sentado en la orilla, aburrido y enfurruñado porque no podía seguir montando en bicicleta, preguntando a cada momento cuándo nos marcharíamos. Cuanto más protestaba Max, más fuerte lanzaba Lukas sus piedras, haciéndolas rebotar en las rocas más grandes del río hasta que consiguió que una se partiera por la mitad.

PIEDRAS

En cuanto aprendió el camino para ir al río, decidió que aquél era su sitio favorito. Cuando había luna llena, o aprovechando una hermosa puesta de sol, o cuando Paul o sus compañeros de clase eran crueles con él, o cuando Max era egoísta o maleducado, Lukas cogía la bicicleta y se iba al río. Algunas veces, muy pocas, me invitaba a ir con él. Cuando lo hacía, yo lo estudiaba. Mi hijo estaba cambiando. Una discreta melancolía iba arrinconando poco a poco su jovialidad, como si supiese algo sobre sí mismo que no podía explicar y tuviese la esperanza de que el río se lo

revelara.

Un atardecer de invierno estábamos los dos lanzando piedras a las aguas poco profundas del río mientras el sol se ocultaba detrás de las blancas montañas. Lukas, callado, esquivaba mis preguntas sobre la escuela y sus amigos. Respeté su silencio. La tristeza que estaba apoderándose de él me partía el corazón. Entonces decidí que, cuando llegara mayo, lo llevaría al claro más allá de los puertos de montaña, cerca del río Gunnison —el claro donde, cuando era un recién nacido, había llorado para llamar mi atención—, y se lo contaría todo.

Aquella primavera —mientras conducía hacia el norte y dejaba atrás Durango, pasando por Dolores y Rico para luego enfilar el puerto de montaña de Lizard Head en dirección a Iola— temí estar cometiendo un terrible error. Lukas iba brincando de emoción en el asiento del pasajero. «Viaje turístico», le había dicho tras dejar a Max jugando en casa de un amigo. «Reunión de boy scouts», le había dicho a Paul para que me dejara coger el coche.

Las carreteras, estrechas y tortuosas, recorrían kilómetros de bosques y pasaban al lado de barrancos. Paré para repostar en Telluride y aproveché para intentar serenarme. Lukas salió del coche para tomar el aire y contemplar las cimas aserradas, todavía cubiertas de nieve, y para ver cómo las cascadas caían sobre los ríos, que bajaban cargados y turbulentos. Le pedí que volviera a subir al coche y reemprendimos la marcha.

Las montañas cubiertas de artemisa. El río Gunnison. Las vías del ferrocarril, abandonadas y oxidadas. Cuando entramos en el valle, todos los recuerdos volvieron de golpe. En la carretera un letrero advertía que no se podía entrar en los pueblos de más allá —Cebolla, Sapinero, Iola—, pero no se me ocurrió preguntarme por qué. Examiné atentamente todas las carreteras de grava que iba encontrando y me decidí por una con la esperanza de haber acertado. Subí por una ladera muy empinada, tomé varias curvas entre los pinos y allí estaba: el claro del bosque donde mi vida se había cruzado con la de una desconocida y la de su hijo, y donde todo había cambiado para todos nosotros. Aparqué el coche.

—¿Qué es este sitio? —quiso saber Lukas cuando saltó del coche; en el suelo había barro y todavía quedaban restos de nieve.

No le contesté y, sin esperar a que yo bajara, echó a correr y se puso a investigar.

El claro estaba tal como yo lo recordaba. El tronco caído bajo el sol. El gran pino donde chillaban aquellos enloquecidos arrendajos. La roca irregular donde yo había dejado un melocotón antes de marcharnos. Me vi a mí misma, joven y asustada, llorando con un bebé en cada brazo. Entonces yo no habría podido imaginar que ese lugar —esa motita diminuta del planeta por donde pasábamos casualmente en el preciso momento en que Paul no pudo soportar más los berridos del pequeño Maxwell y dio un golpe de volante para estacionar— sería, para Lukas y para mí, un lugar especial que no podía compararse con ningún otro sitio. No sabía cómo iba a explicárselo, pues ni siquiera yo acababa de entenderlo.

Lukas y yo nos sentamos en un trozo de suelo seco, junto al tronco caído, a comernos el pícnic; para mí, aquello era una especie de homenaje. Estaba callada, nerviosa, esperando a que se presentara el momento adecuado para explicarle a mi hijo por qué habíamos ido allí. Lukas no paraba de hablar, de sonreír, de levantarse de la manta roja para corretear como un cervatillo recién liberado de una jaula y regresar, darle un mordisco al sándwich y echar a correr otra vez.

Fue él quien la descubrió, y entonces me llamó para que fuera a ver.

—¿Qué es esto, mamá? —Estaba de puntillas en una parte del suelo en sombra donde todavía había nieve y señalaba la superficie de aquella roca irregular.

Me acerqué y vi una corona perfecta de piedras redondas y planas.

—No lo sé —respondí.

Era verdad: no lo sabía. No lo supe hasta que Lukas tocó todas las piedras con la yema de un dedo y las contó.

—Doce —anunció sonriente—. Igual que yo.

La madre del bosque. La madre de Lukas, me dije a mí misma. Había regresado a aquel sitio —una vez, o doce, eso no lo sabía— y había colocado una piedra para señalar cada año que llevaba separada de su hijo. Era la única explicación plausible.

Sólo que Lukas era mi hijo, no el suyo, y no se había marchado a ningún sitio. Estaba a mi lado. Lo acerqué más a mí, como si nos acechara un

depredador. Para mí, su madre siempre había sido algo más parecido a un esquivo animal del bosque que a una mujer real. Mientras contemplaba el círculo de piedras, me sacudió por primera vez la aterradora idea de que quisiera recuperarlo y de que, cuando Lukas lo supiera, él también quisiera recuperarla a ella.

Mi primer impulso fue marcharme cuanto antes. No importaba que el camino de regreso fuese largo, que Lukas estuviese disfrutando ni que el claro fuese un lugar ideal para pasar un rato tranquilo y agradable bajo el sol de finales de mayo. No importaba que hubiese ido hasta allí para contarle la verdad a mi hijo.

—No lo sé —repetí, mintiendo esta vez—. No lo toques.

—¿Por qué?

—Por si es importante para alguien —dije.

—¿Para quién?

Aquélla era mi gran oportunidad, mi gran ocasión, pero no la aproveché. Me quedé mirando el círculo de piedras y perdí todo el valor que había logrado reunir. Miré los oscuros ojos de mi hijo, llenos de curiosidad, y no fui capaz de confesar que le había mentido.

Nos terminamos la merienda y recogí la manta mientras Lukas me suplicaba que nos quedáramos un poco más. Me pregunté si sentiría alguna misteriosa conexión con aquel enclave, o si sencillamente era un niño con ganas de jugar en el bosque. No cabía duda de que allí estaba mucho más relajado, menos agobiado por la carga que lo reconcomía últimamente.

Nos quedamos hasta que se puso el sol y la luz del crepúsculo invadió el cielo. Le rodeé los hombros con un brazo y lo guié hacia el coche.

De pronto se dio la vuelta y echó a correr hacia la roca, y en ese momento temí que se negara a venir conmigo.

Sólo quería añadir otra piedra al círculo, me dijo.

Quise impedírselo, marcharnos de allí sin dejar ningún rastro. Pero ya había reaccionado con cobardía una primera vez. Me pareció doblemente cruel negar a Lukas y a su madre biológica aquella oportunidad de hacer un intercambio.

Cuando le di permiso, buscó por todo el claro hasta dar con la piedra perfecta.

Por fin se decidió por una, pero no era como las otras, sino grande y

redonda. La agarró como si fuese una bola de béisbol, fue corriendo hacia la roca, se puso de puntillas y, con mucho cuidado, la depositó en el centro del círculo. Desde donde yo estaba, junto al coche, la penumbra del anochecer se mezcló con mis recuerdos e hizo que la piedra de Lukas se pareciera mucho a aquel melocotón que un día yo había colocado exactamente en el mismo sitio.

CHICAS

La primera se llamaba Jane. La segunda, Jillian. Max empezó muy pronto a interesarse por las chicas. Cara, Joan, Kelly, Marguerite, dos Kim muy parecidas. Un día se puso una pajarita roja para ir a su primer baile de instituto y, en un abrir y cerrar de ojos, había mujeres semidesnudas adornando las paredes de su dormitorio y revistas Playboy *escondidas debajo de la cama. Alto, con la mandíbula cuadrada y los ojos verdes, Max siempre conseguía a la chica que quería.*

Mi hijo me recordaba mucho a su padre. Era zalamero y gracioso con sus novias, hasta que se cansaba. Entonces el afecto desaparecía, como si de pronto se cerrara una puerta de acero, y la pobre chica se quedaba a oscuras, tratando penosamente de agradar y complacer. Más de una vez vi intervenir a Lukas: ofrecía a la chica de turno un refresco, le proponía una partida de damas, o ir al cine, cualquier pretexto para echarle un cable mientras Max se distanciaba de ella. Y, sin embargo, a Lukas lo ignoraban y a Max lo adoraban.

Lisa era una belleza alta de pelo cobrizo, con unos ojos grandes y redondos y unos pechos a juego. Max y ella entraron por la puerta principal una tarde de primavera de su segundo año de instituto, ruidosos y atolondrados. No supe discernir si estaban borrachos, drogados o simplemente contentos. Max me lanzó el nombre de la chica, dijo algo de unos deberes escolares y se la llevó de la mano por el pasillo hasta su dormitorio.

Cerró de un portazo y empezaron a sonar The Byrds a todo volumen.

Me quedé inmóvil, preguntándome qué debía hacer a continuación, y entonces llegó Lukas, cabizbajo y serio.

Me saludó con aire taciturno, dejó su mochila en el suelo y colgó la

chaqueta en el gancho. Al oír la música, abrió mucho los ojos. Apretó la mandíbula y me preguntó si Max estaba solo.

—No, está con una chica, una tal Lisa —dije con un suspiro.

—El muy cabronazo... —gruñó Lukas, y salió disparado por el pasillo.

Una puerta rota. Una chica gritando. Un estante cayendo al suelo. Puñetazos, gruñidos, el chirrido del brazo del tocadiscos. Los bebés que años atrás yo sostenía en mis brazos se habían convertido en gigantes, y yo, por lo visto, me había encogido. Tiré de ellos, les pegué y les chillé, en un vano intento de separarlos. Lisa abrazó una almohada y huyó, dejando atrás un sujetador negro, unos ojos negros y unos hermanos magullados.

Al final los chicos se separaron, jadeantes y agotados. Lukas se quedó tendido en el suelo, llorando. Max se levantó y salió de la casa hecho un basilisco. Yo me senté en el suelo con la espalda pegada a la pared, conmocionada, contemplando los desperfectos.

—Lo siento, mamá. —Lukas me tendió una mano, y yo se la cogí.

Más tarde, mientras Lukas y yo recomponíamos la habitación sin que ninguno supiéramos dónde estaban Max y Paul, me enteré de que Lisa —igual que Joan, igual que Kelly, igual que una de las dos Kim— era la chica de Lukas.

—Necesito salir de aquí —dijo. Me imaginé que iría al río. Allí encontraría la forma de hacer, para bien o para mal,

lo que siempre había hecho con su hermano: perdonarlo, en lugar de cortar sus lazos con él.

Esa noche permanecí despierta en la cama, en la casa vacía, hasta que oí abrir y cerrarse la puerta principal. Pronto apareció la oscura sombra de Lukas junto a mi cama.

—¿Podemos ir al bosque? ¿A ese sitio donde encontramos el círculo de piedras? —preguntó.

Recordé cómo sonreía al corretear entre los árboles y al poner la piedra con forma de melocotón sobre la roca sin saber ni sospechar para quién era. Me prometí que esta vez le diría la verdad.

—Supongo que todavía habrá nieve —contesté—, pero sí, iremos en cuanto podamos.

Se lo dije sinceramente, pero no volví a llevarlo allí, y él nunca volvió a pedírmelo.

Batman, Bullwinkle, Green Arrow, Los Picapiedra. Durante años el 31 de agosto había sido un motivo de celebración, con platos de papel y pasteles recién hechos para mis hijos y para los hijos de los vecinos. Poco después los cumpleaños empezaron a ser un motivo de preocupación. Mis hijos adolescentes pasaban la noche fuera y avanzaban poco a poco hacia la edad adulta,

tomando a menudo caminos equivocados. Los cumpleaños significaban mirar por debajo de las cortinas de la ventana pasada la medianoche y ver a Lukas ayudando a Max a llegar a casa, y a Max incapaz de tenerse en pie.

El 1 de diciembre de 1969 los cumpleaños significaban el destino. Los cumpleaños significaban matar o que te mataran, huir o caer, familias rotas o enteras.

El sorteo de reclutamiento nos reunió a los cuatro por primera vez desde hacía varios meses. Los chicos, que habían cumplido veinte años aquel verano, compartían un piso con unos amigos en la otra punta de la ciudad y tenían poco tiempo para venir a casa. Max había intentado sin mucho entusiasmo estudiar en la universidad y había acabado encontrando un empleo como vendedor de neumáticos, para gran humillación de Paul. Lukas se había puesto a trabajar como aprendiz de electricista en cuanto terminó el instituto. Ninguno de los dos tenía los pies planos ni era daltónico ni tenía alergias ni un soplo en el corazón. Si la fecha de su nacimiento salía en el sorteo, irían a Vietnam.

Todos teníamos la vista clavada en el televisor. Paul estaba sentado con gesto estoico en su sillón reclinable. Max,

tumbado en el sofá, comía patatas fritas como si estuviera viendo el partido de fútbol americano de los domingos. Lukas estaba sentado en el suelo, inmóvil. Yo me paseaba por el salón.

En la pantalla, aparecían unos políticos. Todos llevaban unas gruesas gafas negras y unas delgadas corbatas negras,

y estaban de pie ante una bandera de Estados Unidos, estrechándose la mano con aire solemne. Había un recipiente de vidrio lleno de cápsulas de plástico de color azul que contenían unas tiras de papel enrolladas donde estaban escritas diferentes fechas. Unos jóvenes elegantes, vestidos con

camisas blancas bien planchadas —como si quisieran transmitir la falsa idea de que la juventud apoyaba la guerra de sus mayores—, elegían y abrían las cápsulas. 14 de septiembre, 24 de abril, 30 de diciembre, 14 de febrero. Para mí, cada fecha que leían en voz alta y pegaban en un tablero numerado era un puñetazo en el estómago: no condenaban a mis hijos,

pero sí al hijo de otra familia. La lista continuaba: 18 de octubre, 6 de septiembre, 26 de octubre, 7 de septiembre.

22 de noviembre, 6 de diciembre. 31 de agosto. 31 de agosto. 31 de agosto. Empecé a notar la sangre pulsando en mis oídos. Dejé de oír otras fechas. 31 de agosto. El día que fui madre por primera vez. La fecha de todas aquellas fiestas infantiles en el jardín con mis atolondrados hijitos. La fecha que, si Dios hubiese escuchado mis plegarias, estaría enroscada como un caracol de papel en la última cápsula del fondo de aquel espeluznante recipiente de vidrio.

Max se levantó de un brinco y se puso a aplaudir. Paul frunció el ceño, pero no dijo nada. Lukas buscó mi cara y me miró con el pánico reflejado en los ojos, y yo le devolví una mirada de indefensión. Ambos sabíamos que él no estaba hecho para la guerra.

Aquella noche, sola en el sofá, me dediqué a beber vino tinto y a llorar por mis hijos. Vietnam era una sentencia de muerte;

aunque no segara definitivamente sus vidas, sin duda segaría su inocencia. Yo sabía que, bajo la fachada de machote, Max estaba tan asustado como Lukas. Me serví otra copa y lloré por todos los jóvenes que ya habían caído en combate, o resultado heridos, o quedado traumatizados, y también por todos los pueblos vietnamitas incendiados. Y lloré por las madres.

Cuando ya estaba bastante borracha, decidí lo que tenía que hacer. No había constancia de que Lukas hubiese nacido el 31 de agosto. Yo no era su madre, ni Paul su padre, ni Max su hermano. Lukas no tenía ninguna fecha de nacimiento legalmente registrada. Iría a la oficina de reclutamiento y declararía que su certificado de nacimiento era falso. Pero antes tendría que explicarle a Lukas que él también era un fraude.

Me terminé las últimas gotas de la botella, consciente de que en el sorteo había salido el número de la mentira de nuestra familia.

No debería haber revelado la verdad.

Dos días antes de que los chicos tuviesen que presentarse para la revisión médica militar, Lukas vino a casa hacer la colada. A Paul no le gustaba que los chicos usaran nuestra lavadora en lugar de la lavandería del centro, así que venían a media mañana para no encontrárselo; yo sabía que en cualquier momento uno u otro podía entrar por la puerta principal, con la bolsa de la ropa sucia en la mano, ambos tan atractivos a su manera, dos hombres hechos y derechos. Lukas tenía unos hombros anchos y fuertes, unos antebrazos musculosos y la piel lisa y oscura. Su sonrisa me derretía el corazón. Aquel día, el último en que mi hijo sería mío, llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros y acababa de cortarse el pelo a pesar de que la moda era llevarlo largo y despeinado. Estaba muy guapo.

Yo había sacado los certificados de nacimiento de mis hijos de los archivadores de Paul antes de que llegara el día en que ambos deberían presentarse en la oficina de reclutamiento. Exceptuando el nombre, el certificado de nacimiento de Lukas era idéntico al de Max: la misma fecha y hora y la misma huella del pie del recién nacido. Recordé el momento en que Paul había sacado el documento falsificado de su cartera de piel, poco después de que llegáramos a casa con los dos bebés, y me había ordenado que lo archivara y que no hiciera preguntas. Desde entonces el documento siempre había pasado por válido, como sin duda volvería a pasar.

Cuando Lukas me lo pidió, le entregué el certificado sin decir palabra. Él lo dobló sin prestarle mucha atención y se lo guardó en el bolsillo trasero. Yo tenía la boca seca.

Le pedí que me ayudara en el jardín mientras esperábamos a que la lavadora terminara. Él accedió amablemente, como solía hacer; me siguió al jardín de atrás y aceptó el rastrillo que le di. Trabajamos juntos, arrancando la hierba seca y sin mencionar la guerra, limitándonos a hablar del dulce sol primaveral y del regreso del canto de los pájaros.

Todo había empezado con el canto de los pájaros, y así fue como acabó también.

De repente solté el rastrillo y se lo conté todo. Que habíamos salido de la carretera y habíamos elegido aquel claro al azar para descansar un rato. El pícnic, el bebé famélico en el asiento trasero del coche, la decisión de

criarlo como si fuera nuestro, el largo trayecto de regreso a casa. Lo desconcertante y azaroso de aquel suceso, la dicha de nuestra improbable unión, mi voluntad de acogerlo en mi corazón. Nos sentamos en el banco del jardín, bajo el viejo chopo, y le cogí las manos. Le dije que lo quería. Le dije que era mío. Sin embargo,

a medida que le confesaba la verdad, su semblante se iba hundiendo en la confusión y la angustia, hasta que el joven alegre que había entrado por la puerta fue sustituido por una versión de cera derretida. Me escuchó atentamente y no me hizo preguntas.

—Tu cumpleaños no es el 31 de agosto, Lukas. —Le ofrecí ese dato como patético premio de consolación al final de una derrota apabullante.

Él me miró sin comprender.

—No tendrás que ir a Vietnam —añadí—. Tu cumpleaños no es el 31 de agosto.

Retiró las manos de las mías y reflexionó un momento antes de preguntarme:

—Entonces, ¿cuándo es?

—No lo sé.

—Pero... —Se sacó el certificado de nacimiento del bolsillo, lo desdobló y lo alisó sobre un muslo.

—Es una falsificación —dije, avergonzada, mientras los dos contemplábamos el documento.

Lukas necesitaba que yo respondiera a su silenciosa perplejidad con explicaciones —quería saber cuándo y dónde había nacido; quería saber por qué había permitido yo aquel engaño y cómo pensaba deshacerlo todo para salvarlo de la guerra—, pero entonces me di cuenta de que no podía ofrecerle ni una sola de las respuestas que le debía.

Como en una tragedia orquestada a la perfección, la puerta mosquitera de la cocina se abrió y se cerró con un chirrido, y allí estaba Paul, que había venido a comer a casa sin avisar. Lukas se levantó de un brinco y volvió a guardarse la hoja en el bolsillo de los vaqueros.

Miré a Lukas y, en silencio, le supliqué que no le contara a su padre lo que acababa de revelarle. Él me devolvió una mirada vacía, así que susurré:

—Por favor, Lukas.

Pero la situación había desbordado a mi querido hijo. Cuando Paul empezó a meterse con él, como solía hacer —acusándolo de gorronear lavadora y comidas, y de distraer a su madre de las tareas domésticas—, Lukas explotó.

Después de soportar, durante dos décadas, las rígidas reglas de Paul, todo lo que Lukas había ido acumulando en su interior emergió de golpe, como si saliera disparado de un cañón. Contraatacó como yo jamás le había visto hacerlo, respondiendo a cada insulto con otro insulto, hasta que declaró aquella verdad hasta entonces impronunciable: que Paul no era su verdadero padre, cosa de la que se alegraba enormemente.

—Estupendo —replicó Paul con crueldad. En lugar de poner cara de sorpresa, sus labios esbozaron una sonrisita sarcástica—. Pues una carga menos para mí.

Como un ciervo que, de pronto, descubre que lo está persiguiendo un depredador, Lukas se quedó un momento quieto, petrificado, y acto seguido echó a correr. Llegó al borde del jardín, se detuvo, se dio la vuelta hacia mí y, llorando y con las mejillas encendidas, me preguntó:

—¿Y Max qué?

—Max no lo sabe —contesté sin entender su pregunta.

—No —me interrumpió él, sin parar de llorar—. ¿Cómo vas a salvar a Max?

Se refería a Vietnam. Me estaba preguntando cómo podía salvar a un hijo y no al otro.

—No puedo salvar a Max, Lukas —dije con la voz estrangulada.

Esas palabras quedaron suspendidas entre nosotros dos durante un instante terrible; entonces Lukas saltó la valla con agilidad y elegancia y desapareció.

Me arrodillé en la hierba de primavera mientras Paul entraba en la casa.

Pensé que mi hijo habría ido al río. Sin embargo, aquella noche Max llamó por teléfono para informarnos de que Lukas se había llevado sus cosas del piso. El puñal de la verdad ya había hecho tanto daño aquel día que mentí y le dije que no lo había visto. Metí en la secadora la ropa que se había quedado en la lavadora y después lloré al doblar cada prenda, alisando cada arruga para que, cuando Lukas regresara a recoger su ropa, encontrase un montón perfecto.

Una semana más tarde recibimos una postal con una fotografía de unos rascacielos enfrente de unas cimas nevadas. Con manos temblorosas, le di la vuelta a la postal. La fecha

—18 de marzo de 1970— y el veredicto estaban escritos con la pulcra caligrafía de mi hijo: «Reclutado en Denver. Ya no volveré a ser una carga para vosotros. Decidle a Max que lo siento mucho. Gracias por todo, Lukas.»

LA ESPERA

Seguí esperando a que Max me preguntara sobre lo sucedido. Pero por lo visto estaba más interesado por su inminente examen médico y por su reclutamiento que por la repentina partida de Lukas.

—Sólo faltan dos días, mamá —se jactó mientras se comía un trozo de la tarta de manzana que le había hecho.

Se había dejado el pelo largo y lo llevaba sucio. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada desenfocada—. Pronto me uniré al despliegue con los otros cabronazos y podré ir a matar a rojos con Lukas. ¡Será la leche!

Para él la guerra era como un cómic, y las selvas del sudeste asiático, un patio de recreo para aficionados.

—Lo siento. —Rió al ver mi cara de preocupación—. Pero es que estoy impaciente.

El día en que fue a presentarse me senté al lado del teléfono. Me lo imaginé de pie en la fila con otros jóvenes entusiastas, esperando a que cantaran la fecha de su cumpleaños y le hicieran el examen médico, le cortaran el pelo y le dieran el traje de faena verde y la reluciente placa de identificación colgada de una cadena de plata. Habíamos quedado en que me llamaría cuando terminara. Me puse a leer revistas y esperé. Preparé tostadas con ensalada de atún para comer y esperé. Puse el teléfono junto a una ventana abierta y me entretuve podando unos rosales mientras me decía que se le habría olvidado llamarme. Cuando Paul llegó del trabajo, preparé la cena y le puse el plato delante. Le dije que no había tenido noticias de Max en todo el día.

—Ya es mayor, no tiene que contarle a su mamaíta todo lo que hace —dijo Paul aprovechando la ocasión para ridiculizarme.

—Tienes razón —repliqué, porque había aprendido a contestarle así. Pero algo no iba bien, y yo lo sabía. No tenía más remedio que esperar para averiguar qué era.

GUERRA

Me pasé toda la noche lidiando con mis preocupaciones. A la mañana siguiente cogí un autobús lleno de miradas vacías y me dirigí a un asiento libre junto a un chico vestido con uniforme militar. Él miraba al frente como si no me hubiese visto, pero se puso el petate verde entre las negras botas para dejarme sitio. Le di las gracias y él no me contestó.

El chico olía a guerra. Cuando me senté, percibí su olor, una mezcla de sudor, cigarrillos, alcohol y lejanía.

—¿Vuelves a casa? —le pregunté.

—Puede que sí —dijo él en voz baja, sin dejar de mirar al frente.

Me bajé del autobús en la parada de Twelfth Street. Fui caminando hasta el piso de Max, preguntándome si Lukas,

que siempre olía a limpio, a desodorante y a enjuague bucal, olería también a guerra ahora.

Antes de subir la escalera metálica, a través de la barandilla del balcón vi que la puerta del piso de Max estaba abierta, y oí los acordes de guitarra que salían de su equipo de música. Llamé, pero no me respondió, así que entré. El piso estaba patas arriba, con cajas de pizza, latas de cerveza, ropa y platos sucios por todas partes, y en medio de todo eso estaba Max, sin camisa, debajo de una chica larguirucha vestida con unos vaqueros cortados y un sujetador de bikini amarillo, ambos inmóviles en el sofá. Les dije hola, pero no se movieron. Me acerqué más y vi la botella de whisky y una pipa de marihuana tiradas en la moqueta. Me incliné sobre ellos para comprobar si respiraban y sentí un gran alivio al ver que su pecho subía y bajaba, igual que cuando mis bebés dormían quietos y entrelazados en la cuna que compartían.

Aunque Max estaba semiinconsciente debajo de una chica borracha, como si hubiese querido tapar su desesperación con una manta, yo seguía viendo a aquel bebé en su cara dormida. Me habría gustado desenredarlo de todo aquello —de la chica, de las drogas, del desorden y de la guerra—,

y cogerlo en brazos. Pero lo único que pude hacer fue alargar la mano y acariciarle suavemente el largo flequillo que le cubría la frente.

Rebusqué entre los escombros esparcidos sobre la mesa de la cocina en pos de un trozo de papel y bolígrafo. Quería dejar una nota. Bajo un plato de papel sucio encontré los documentos de reclutamiento de Max. En la parte superior habían estampado un sello rojo que rezaba: «Prórroga.»

*Leí todas las páginas en busca del error. Todo parecía en orden, hasta que llegué a la sección titulada «Examen médico». En esa página había una lista de categorías militares con una casilla negra vacía en cada una, y una casilla marcada en rojo en la última línea: «*IV-F*, no apto para el servicio militar.» Debajo estaba el comentario del médico, apenas legible: «Brazo derecho torcido. No apto.»*

Me puse a llamar a Max a gritos y corrí hacia el sofá enarbolando el documento. Él entreabrió lentamente los enrojecidos ojos y no se mostró en absoluto sorprendido de verme.

—¿Qué pasó ayer en la oficina de reclutamiento? —le pregunté gritando para hacerme oír por encima de la música.

—Cabrones —murmuró. La chica se despertó un poco al oír su voz y comenzó a besarle el cuello—. No pasó nada —farfulló Max, y volvió a cerrar los ojos.

—Algo tuvo que pasar. ¿Qué te dijo el médico?

—¿El médico? Que lo folle un pez... —dijo mientras la joven, adormilada, se restregaba contra su cuerpo.

Entonces la chica le pidió que la follara a ella y empezaron a besarse, a acariciarse y a abrazarse entrelazando manos y piernas.

Dejé los documentos encima de la mesa y me marché del piso. El sol de abril que caía sobre el balcón parecía demasiado intenso. La música que salía del piso, demasiado fuerte.

Mi hijo, demasiado desconcertante. Max no se reuniría con Lukas en Vietnam. Para mi sorpresa, aquella inesperada prórroga no me tranquilizaba. Temía que la guerra particular de Max iba a ser tan peligrosa como la otra.

Cena a las cinco y media, noticias por la televisión a las seis. Muchas noches Paul no venía a casa, pero, cuando venía, su rutina era tan predecible como el anochecer.

Yo lavaba los platos en lugar de ver las noticias. Las imágenes nocturnas de disparos y las caras demacradas de todos aquellos jóvenes entregados al sacrificio me ponían enferma. Lo único que me interesaba era saber si mi Lukas estaba a salvo y si pronto volvería a casa, y esa noticia nunca la daban.

Aun así, el pasado mes de abril me quedé pegada al televisor, como todo el mundo, para ver desarrollarse el drama del Apolo 13. *No se me escapó la paradoja de que el país entero contenía la respiración por sólo tres hombres, cuando docenas de soldados morían a diario luchando en una guerra que nadie entendía. No obstante, me pasé ocho largos días enganchada al televisor hasta que la tripulación del* Apolo *regresó a casa, y luego ya no pude abandonar aquella costumbre. Veía las crónicas de Vietnam. Vi cómo las tropas de infantería estadounidenses irrumpían en Camboya y, cinco días más tarde, contemplé horrorizada las imágenes de otros jóvenes muertos, tumbados boca abajo en los jardines de la Universidad Estatal de Kent. Seguían llegando noticias, y cada tragedia eclipsaba la anterior; el mundo que yo les había dado a mis hijos estaba aún más loco y era más incomprensible de lo que yo había temido. Aunque quisiera, ya no podía mirar hacia otro lado.*

Max venía a casa de tanto en tanto. Cuando se enojaba por algo que hubiera pasado en la tienda de neumáticos o por algo que hubiera visto en las noticias, llamaba a mi puerta con los ojos inyectados en sangre. Yo le preparaba la comida y le oía despotricar contra los rojos, los pijos, los antidroga y los camellos, y sólo entendía que estaba rabioso y que su ira era una red deshilachada que abarcaba demasiadas cosas. Casi nunca mencionaba a Lukas, pero yo sabía que ambos lo añorábamos, que ambos estábamos deseando que volviera a casa para poner un poco de orden en todo aquel desastre.

La última vez que vi a Max, él estaba subiendo a una furgoneta llena de hippies vestidos con vaqueros y prendas con flecos; iban a un festival de música de verano que se celebraba en el Shea Stadium, a tres mil kilómetros de distancia. No habría pasado por casa si no hubiese

necesitado pedirme prestada una nevera portátil, pero siempre agradeceré que lo hiciera.

—Voy a un festival por la paz, mamá. Con esta preciosidad. —Sonrió mientras señalaba a la conductora, una chica delgada que iba sin sujetador y llevaba el pelo peinado a lo afro recogido con una diadema de margaritas secas. La chica me sonrió e hizo la señal de la paz, y Max soltó una de sus sonoras y maravillosas carcajadas.

Sabía que Max no tenía ni idea de si él mismo estaba a favor de la paz o de la guerra, de aquella chica o de alguna otra.

—Joplin, Creedence, Steppenwolf... Será como el maldito Woodstock —dijo Max. Luego abrió sus fuertes brazos ofreciéndome un abrazo de despedida.

Me dejé abrazar. Max apestaba a marihuana, a ginebra y a sudor, pero de todas formas aspiré su olor.

—Pásatelo bien —dije con la cabeza apoyada en su hombro. Me hubiera gustado decirle que él sólo era un chico de una pequeña ciudad de Colorado y que Nueva York podía tragárselo vivo, pero me limité a decir —: Te quiero.

Mi hijo me abrazó más fuerte y susurró:

—Y yo a ti.

La furgoneta llena de jóvenes hermosos y desorientados se alejó a toda velocidad; Hendrix berreaba por las ventanas abiertas. Doblaron la esquina y se perdieron de vista.

Entré en casa y, aturdida, encendí el televisor. Paul no apareció a la hora de cenar, así que me puse a ver unos ridículos concursos en la televisión mientras esperaba a que dieran las noticias.

PALABRAS

Cuando te despiertan unos golpes en la puerta principal; cuando ves el contorno borroso de dos hombres uniformados que esperan, rígidos, detrás del cristal; cuando tu corazón late tan deprisa que apenas distingues los latidos y sin embargo tienes que seguir andando para abrir la puerta y recibir la noticia... te quedas sin habla.

Cuando tu mano temblorosa consigue girar el picaporte y las dos figuras

no son militares sino policías, y el alivio se debate con un nuevo temor que empieza a surgir... te quedas sin habla. Cuando te dicen que han encontrado a tu hijo, a tu precioso pequeño, en una furgoneta, en Queens, asfixiado con su propio vómito y con una jeringuilla al lado... no te quedas sin habla: te quedas sin oxígeno.

Articulas unas frases absurdas y convencionales entre sollozos antes de cerrar la puerta, y dices una y otra vez el nombre de tu hijo, como si las palabras pudieran traerlo de vuelta. Te miras los brazos y te sorprende que todavía sean de carne y hueso, porque lo lógico y lo que tú deseas es que las palabras de los agentes te hayan convertido en cenizas. Vas hasta tu dormitorio como sonámbula y ves que tu marido ha seguido durmiendo mientras tú vivías esa pesadilla. Sabes que tienes que contárselo, pero te faltan las palabras. Te derrumbas, te dejas caer al suelo y lloras: emites sonidos guturales, sonidos histéricos, porque realmente eso es lo único que puede salir de tu boca.

El funeral de Max fue ayer. No pude hablar. Había preparado unas palabras, un intento absolutamente inadecuado de despedida. Pero mientras los dolientes se reunían en la fría iglesia de piedra, y mientras veía a los amigos de la infancia de Max desfilar hacia sus bancos, tan adultos ya, tan vivos, me quedé rígida como una estatua, anulada por el dolor, la rabia y el agotamiento. Paul estaba sentado a mi lado, tan rígido y mudo como yo. Yo necesitaba a Lukas.

Necesitaba que Lukas honrara a su hermano con palabras de cariño y respeto. Necesitaba que me llamase «mamá», que me ayudara a notar el suelo bajo los pies. Necesitaba que su sonrisa iluminara la sala en penumbra. Necesitaba que me sostuviera y que le recordara a mi sangre que debía fluir.

Y de pronto apareció, como un fantasma, caminando por el pasillo central, extraordinariamente guapo con su traje militar de gala. Hacía ya casi seis meses que mi confesión le había hecho huir. Yo había comunicado el fallecimiento de Max a la oficina de reclutamiento, avergonzada por tener que admitir que no sabía dónde estaba destinado mi otro hijo y que sólo tenía un montón de cartas con el sello «Devolver al remitente». De ahí la conmoción que sentí al verlo caminar hacia mí por el pasillo de la iglesia, mío y sin embargo no mío, con los puños apretados junto a los

costados.

Lukas no se detuvo al llegar a nuestro banco camino del altar, pero me lanzó una mirada rápida y apenada al pasar por mi lado. No era el regreso a casa que yo tanto deseaba, pero me aferré a él, pues era lo único que tenía.

Tras una introducción y una oración por parte del pastor, Lukas habló con elocuencia en representación de nuestra familia. Supo encontrar las palabras adecuadas para elogiar lo mejor de su hermano y obviar todo lo demás. Dijo que Max era listo, travieso y valiente; dijo que siempre había sido su otra mitad; rememoró sus gamberradas y hasta arrancó algunas risas discretas a los asistentes. Respiré el aire rancio de la iglesia a grandes bocanadas para no perder el control. Paul, nervioso, se removía en el asiento. Le ofrecí la mano y él, por primera vez desde hacía años, me la cogió.

HUIDA

Mientras el último doliente vestido de negro salía del aparcamiento de la iglesia, me quedé sentada en un banco de madera observando a un azulejo que volaba jugando con el viento. De la ceremonia ya sólo recordaba vagamente las oraciones y los cánticos, los apretones de manos, los torpes abrazos y las condolencias. Me pregunté si alguna vez alguien volvería a hablar de Max o si los funerales no eran más que el umbral del olvido.

Fijé la vista en el azulejo y esperé a que Lukas saliera del portal abovedado de la iglesia. Cuando lo hizo, iba acompañado de otro soldado con idéntico uniforme militar de gala. Estaban los dos tan guapos que el orgullo se coló por un instante entre los resquicios de mi dolor. Lukas se acercó a mí despacio, mientras el otro joven iba sin prisa hacia el bordillo y encendía un cigarrillo.

—Hola, Inga.

Su saludo me dolió, pero, al fin al cabo, sabía que ya no tenía derecho a que me llamara «madre».

Di unas palmadas en el banco a modo de invitación, y él se sentó a mi lado, aunque dejó mucho espacio entre los dos.

—Siento mucho lo de Max —dijo con voz inexpresiva.

—Yo también siento lo de Max —atiné a decir—. Lo siento todo.

Entonces se produjo un silencio largo y angustioso y nos quedamos observando el azulejo, que ascendía y descendía una y otra vez hasta que se adentró en las nubes grises e inmóviles. Ambos teníamos tanto que decir que no sabíamos por dónde empezar.

—Yo... —intentó él por fin—. Debería haber... A lo mejor él... —Carraspeó como si lo asfixiara una bola de dolor atascada en la garganta, y se quedó callado.

—No, cielo. —Me di la vuelta, y él tuvo la amabilidad de aceptar la mano que le tendía—. No habrías podido ayudar a Max. Esta vez no.

—Podría haberlo intentado —murmuró con la voz quebrada y con la vista fija en el suelo. No lo dijo, pero yo sabía que estaba pensando que yo también habría podido esforzarme más.

—Esta vez no —insistí.

En mi mente brotó un sinfín de posibles tramas, las numerosas direcciones que las vidas de mis hijos habrían podido tomar si yo no hubiese revelado la verdad. Tal vez Lukas tenía razón. Tal vez él habría podido salvar a su hermano. Pero a veces pedir disculpas es tan absurdo como esperar que una estrella solitaria explique la totalidad del universo. Así que, en lugar de disculparme, dije en voz baja:

—Vuelve a casa, por favor.

Debería haber sabido que aquello sería excesivo. Lukas me soltó la mano y se levantó.

—No puedo. —Miró a su acompañante, que seguía esperándolo—. Ya no pinto nada aquí.

—Tampoco pintas nada en una guerra, Lukas —bromeé con sinceridad, aunque también con torpeza.

—Tienes razón —admitió él. Me miró por fin, y en sus ojos oscuros y hermosos, húmedos de dolor, vi el filo de una acusación—. Pero es mejor que nada. Es mejor que no tener ningún lugar adonde ir.

Paul y el pastor salieron de la entrada de la iglesia y se detuvieron a conversar. Lukas se puso nervioso al ver a Paul, y luego miró a su amigo, que, atento, observó la escena y gritó:

—¡¿Nos vamos, jefe?!

—Tengo que irme... mamá. —Se inclinó para besarme suavemente en la

mejilla, y yo le puse la palma de la mano en la cara; me habría gustado tenerlo pegado a mí para siempre, pero lo solté en cuanto él empezó a apartarse.

A veces una mujer se parte por la mitad. A veces una mujer tiene una personalidad pública que se sienta tiesa en un banco, muy digna, y acepta que alguien a quien ama con locura se marche, mientras, simultáneamente, su personalidad privada está chillando y persiguiendo y agarrando y cortando el paso y suplicando al ser amado que se quede.

—¡Lukas! —gritó la mujer desesperada. Él se dio la vuelta al llegar al bordillo—. Gracias por venir —dijo la mujer digna.

Al menos conseguí ver su hermosa sonrisa por última vez, antes de que se metiera en el coche de su amigo y se alejara.

MADRE

Anoche estuve bebiendo vino en la sala de estar, a oscuras, hasta que me venció el sueño. Apenas una hora más tarde, me desperté en el sofá, dolorida y desorientada. Había soñado que escapaba hacia el cielo con el azulejo después del funeral y, en mi sopor, todavía sentía la levedad del vuelo. En aquel precioso momento, justo antes de que la demoledora realidad destrozara mi sueño, fui libre. Al despertar, poco a poco, lo recordé: Max estaba muerto. Lukas se había marchado.

Fue entonces cuando decidí que debía intentar escribir todo lo sucedido. Me levanté y fui a mi escritorio, donde cogí un bolígrafo y estas hojas de papel. Encendí la luz de la cocina y me senté a la mesa, y las palabras empezaron a salir de forma tan febril que el bolígrafo casi no podía seguirles el ritmo.

Y ahora —está saliendo el sol y llevo escritas todas estas páginas— me doy cuenta de que esto no lo he escrito para mí. Lo he escrito para ti, madre del bosque. No sé cómo encontrarte, pero llevo mucho tiempo convencida de que eres la arquitecta del círculo de piedras que Lukas y yo descubrimos cuando él tenía doce años. Si yo hubiese tenido valor para contarle a Lukas la verdad aquel día, si hubiésemos dejado una nota en lugar de una piedra con forma de melocotón, Lukas tal vez habría descubierto hace mucho de dónde provenía y, a cambio, tú y yo habríamos

conservado a nuestro hijo. Cegada por mi egoísmo, nunca imaginé que podría perderlo de todas formas, que algún día mis dos hijos se separarían de mí.

Voy a dejar estas páginas sobre la roca en la que un día te dejé un melocotón y recé para que lo encontraras.

Te cuento mi historia porque la historia de Lukas no me corresponde a mí contarla. Durante toda su vida le dije que él era una cosa, y luego le destrocé el corazón al admitir que era otra diferente. Ahora mi querido hijo cree que no es nada en ninguna parte. Sólo tú puedes darle las respuestas que necesita.

Ayúdanos, por favor.

QUINTA PARTE

1970 - 1971

22

Dejé las hojas de Inga Tate en el suelo, junto al tronco, y les puse una piedra encima para impedir que se las llevara el viento. Me levanté. Tenía la mente demasiado desbordada para pensar con claridad y el corazón demasiado inflamado y dolorido. Necesitaba moverme. Miré hacia arriba buscando el apoyo del cielo azul enmarcado por las copas de los árboles, y me adentré en el bosque.

La historia de Inga Tate me había abrumado: era demasiado sorprendente, demasiado triste. Pero también era demasiado breve.

Pese a haberme revelado gran cantidad de información, Inga no me había dicho dónde estaba mi hijo. Ahora me suplicaba que la ayudara, y yo no sabía cómo debía reaccionar.

De repente me confundió la diferencia entre el anhelo que sentía por mi hijo y la conciencia de su realidad. Él ya no era una abstracción ni un deseo, sino un joven triste llamado Lukas que desconocía sus orígenes; un joven que estaba en guerra con enemigos que no podía comprender. Y ella, Inga, no era un recuerdo borroso ni una especie de salvadora, sino una mujer atormentada que creía que quizá encontraría en mí algo que había perdido.

Me paseé por el bosque mientras reflexionaba sobre lo que acababa de descubrir. Regresé al claro y me los imaginé allí: Lukas con doce años caminando por los restos de nieve, descubriendo el círculo y colocando su piedra con forma de melocotón; Inga, años más tarde, regresando sola después del funeral de su otro hijo y dejando sus palabras bajo una piedra con la remota esperanza de que yo las leyera.

Puse ambas manos sobre la roca, temblorosas, con las palmas hacia abajo sobre el círculo de piedras, confiando en que los años de añoranza contenidos en cada una de aquellas piedras que con tanto esmero había colocado allí me dieran alguna pista sobre lo que debía hacer a continuación.

23

Tres días más tarde, estaba cortando flores de lino en mi jardín cuando Zelda entró por el camino con su Buick blanco y me saludó sacando la mano por la ventanilla abierta. Metí las flores en una botella de leche vacía y añadí agua del bidón de la lluvia mientras ella aparcaba; luego las puse en la mesa de la terraza, entre dos vasos de limonada con hielo. Aunque la sombra de los chopos y la fragancia de la menta gatera que bordeaba la terraza de ladrillo suavizaban el calor del mes de agosto, yo estaba sudorosa por los nervios.

—¿Qué es todo esto? —me preguntó Zelda al acercarse, y abrió los brazos para darme un abrazo.

—Nada, limonada —mentí, y la abracé. Estaba inquieta como un conejillo, y ella lo notó.

Se sentó y tomó un sorbo de limonada mientras me observaba por encima del borde del vaso.

—¿Qué pasa, Vi? —me preguntó atravesándome con la mirada.

Tragué saliva y la miré a los ojos.

—Verás... Ya va siendo hora de que te cuente una historia —conseguí decir.

Había decidido que, si Inga Tate había podido contarme su historia y pedirme ayuda, yo también podía hacerlo.

Zelda me miró con expresión de alivio.

—Una historia.

—Sí —confirmé mientras toqueteaba las flores.

—Estupendo. —Asintió con la cabeza, confirmando que siempre había sabido que yo tenía secretos—. Cuéntamela, te escucho.

Inspiré hondo. Ella permaneció expectante, y sentí que me iba a hacer añicos. Me levanté.

—¿Te importa que demos un paseo? —dije.

Ambas miramos los zapatos de Zelda, que habrían podido ser tanto

zapatos de tacón de aguja como botas hasta las rodillas. Sin embargo, las sandalias planas que llevaba ese día, a juego con su vestido de tirantes amarillo, parecían adecuadas para pasear.

—Claro que no —contestó ella al tiempo que se levantaba.

Salimos en silencio de la terraza sombreada y bordeamos el melocotonar hacia el camino de grava que serpenteaba hasta el margen trasero de la finca. Yo estaba deseando contarle mi historia, pero no sabía cómo hacerlo. Esperé a que Zelda se pusiera a hablar de algo que hubiese leído en los periódicos, pero no lo hizo. Cuando llegamos junto a los altos girasoles que bordeaban la valla trasera de la finca, abrí la cancela. Cruzamos el puente de madera que atravesaba la turbera y continuamos por un camino sombreado a lo largo de la zanja que distribuía el agua del río hacia las granjas vecinas. Me habría gustado que mi historia fluyera con la misma facilidad.

—Bueno... —dije por fin. Sentí que los bordes de mi universo conocido empezaban a despegarse—. Debería habértelo contado hace mucho tiempo. Perdóname por no haberlo hecho.

—¿Perdonarte? —Zelda negó con la cabeza—. No seas tonta. Sólo estás dando un rodeo, Vi.

—¿Ah, sí? —Me reí—. Como decía mi padre: «No te andes por las ramas, Torie, y di lo que tengas que decir.»

—¿Torie? —dijo mi amiga sorprendida.

—Ah, sí, cuando era joven todos me llamaban Torie.

—No lo sabía. Aunque recuerdo que una vez te pregunté si podía llamarte Vicky y fuiste muy rotunda: «No, ni hablar», me dijiste.

Las dos reímos y me relajé un poco.

—Me alegré de tu reacción —añadió—. Porque Vicky no te pega nada. Ni Torie. ¿Cuándo cambiaste a Victoria?

Un coro de tordos sargento me animó desde las eneas que crecían a lo largo del canal de desagüe.

—Eso forma parte de la historia que me gustaría contarte —dije. Hice una pausa y al fin encontré una forma de empezar, diciendo simplemente—: Había un chico.

—¡Ajá, lo sabía! —bromeó ella, a pesar de que mi actitud indicaba

que no se trataba de un chico cualquiera sobre el que pudiésemos bromear.

—Sí, un chico. —Suspiré—. Serás la única persona a la que le habré hablado de él. Así como de todo lo demás. Pero necesito empezar por el principio. Espero que no te importe escucharme.

—Claro que no.

—Se llamaba Wilson Moon —dije.

Wilson Moon. Hacía más de dos décadas que ese nombre no salía de mis labios. Pero pronunciarlo me recordó que la excitación del primer amor todavía corría por mis venas.

Para cuando había terminado de contar casi toda mi historia, habíamos recorrido un par de kilómetros a lo largo de la zanja de riego y habíamos vuelto, habíamos limpiado y cortado las hortalizas de un cesto que yo había recolectado del huerto esa misma mañana y habíamos empezado a preparar una olla de sopa para comer. Revivirlo todo con detalle fue más difícil y agotador de lo que yo esperaba y, en muchos aspectos, más agradable.

Zelda escuchó con atención cada una de mis palabras. Su semblante revelaba que no podía creer que la chica de la historia, aquella tal Torie, fuese realmente yo, ni que aquel relato hubiese permanecido oculto dentro de mí como un diario secreto durante tantos años. Se llevó una mano al corazón o al vientre varias veces mientras yo hablaba y, cuando me brotaron las lágrimas, me abrazó con cariño. Ella sabía lo que significaba mi pérdida, igual que un sinfín de mujeres antes que nosotras. Sabía que yo seguía sintiendo todo aquello en mi cuerpo, igual que ella lo sentía en el suyo.

Al final, sin dejar de remover la sopa, agotada tras tantas revelaciones, dije:

—Ya he hablado demasiado. Cuéntame qué piensas.

Había conjurado un torbellino de imágenes espantosas, y las contemplé mientras aguardaba la respuesta de Zelda: el cuerpo ensangrentado de Wil lanzado desde el borde de la pared del cañón; yo, demacrada, sucia y desorientada tras el suplicio que había vivido

en el bosque, dejando a mi bebé en el asiento del coche de unos desconocidos y marchándome dando tumbos.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Zelda con la absoluta sinceridad de un regalo escogido con esmero. Era la respuesta más bondadosa que habría podido darme.

—Nunca había tenido valor para hablar de esto —dije.

—¿Por eso lo has mantenido en secreto? ¿Porque de algún modo te sentías culpable?

—Supongo que sí —confesé en voz baja.

Zelda vino hacia mí y nos abrazamos. Me tranquilizó diciéndome cuanto yo necesitaba oír. Pero yo estaba tan acostumbrada a ocultarlo todo sobre Wil y sobre mi hijo, tan conforme con compartir mi dolor sólo con el claro, el río y el melocotonar, que una parte de mí quería huir de sus brazos, echar a correr, salir por la cancela y por la turbera y seguir corriendo.

Zelda se apartó, dejó una mano sobre mi brazo y me preguntó:

—¿Y qué fue de Seth? ¿Lo detuvieron? ¿Llegaron a imputarlo?

La última vez que había visto a Seth yo estaba apuntándole por la espalda con una escopeta, y él, cabizbajo, se alejaba de la casa donde en otros tiempos habíamos formado una familia. No me interesaba saber si había intentado ocupar la granja y al final se había ahogado con ella, o si se había matado bebiendo, o si había acabado en la cárcel o en el paraíso. Quince años atrás, cuando había llegado a estas tierras por primera vez con el camión de papá, había abierto una brecha que dividía mi vida en dos: antes y después de Iola. Seth formaba parte del antes. Sencillamente, ya no existía para mí. Aunque me repugnaba hablar de él, conseguí responder:

—El caso es que, en aquella época, ningún tribunal habría condenado a Davis ni a Seth por el asesinato de Wil, sobre todo después de que lo retrataran como un ladrón. —En mi boca, el nombre de Seth tenía un regusto amargo, mientras que el de Wil era sumamente dulce. El nombre de Davis era puro veneno—. Lyle, el sheriff... era buena gente —conseguí continuar—. Sabía que era necesario hacer justicia, aunque muy pocas personas creyeran que la muerte de Wil... importaba. Pero no investigó el caso. Entonces no

había leyes de derechos civiles para la población india, a nadie le preocupaba todo lo que habían tenido que soportar. Ni siquiera importa mucho ahora, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. —Zelda asintió y se llevó las manos al corazón—. Pero hasta ahora yo sólo conocía noticias lejanas sobre todo esto, o datos históricos. Es impresionante que sea todo tan real. Parece una burla. Ojalá él hubiese regresado a su casa cuando le aconsejaste que se marchara.

Wil sólo me había ofrecido una pequeña pista acerca de dónde podía estar esa casa, un día que, señalando hacia el sudoeste, había dicho: «Vosotros lo llamáis "las cuatro esquinas".» Yo había oído hablar de aquel lugar: era el punto donde convergían Colorado, Nuevo México, Arizona y Utah, y donde los turistas se colocaban sobre las líneas entrecruzadas de un indicador de latón para tocar los cuatro estados a la vez; sin embargo, ignoraba el nombre de aquella región y era demasiado ingenua para entender lo que Wil quería decir con aquello de «lo llamáis». Cuando le pregunté si lo echaba de menos, sólo me contestó: «Ninguna tierra tiene esquinas», como si con eso me estuviese diciendo cuanto yo necesitaba saber.

—Él no podía volver allí —le dije a Zelda—. No sé por qué. Yo sólo era una cría. No tenía ni idea de cómo interpretarlo ni de cómo arreglarlo.

Removí la sopa sin fijarme en lo que hacía, apabullada todavía por la intolerancia y el horror que había desatado aquel joven inocente.

—Luego los habitantes de Iola se diseminaron y empezaron una nueva vida —dije con voz estrangulada—. Y todo quedó borrado.

Alcé la vista y la miré, y sin decir nada le supliqué que dejara el tema de Seth y del asesinato de Wil, y Zelda se apiadó de mí y lo hizo; no obstante, sospeché que seguía pensando en el adolescente negro asesinado Emmett Till y en Martin Luther King, en que yo no había podido acusar a los asesinos de Wil y en la fiereza con que ella habría peleado para que se hiciera justicia si Wil hubiese sido su novio. Corté otra zanahoria y la añadí a la sopa, dándole a mi voz una oportunidad para calmarse.

Zelda dejó que la pausa se prolongara antes de formular la pregunta

inevitable que yo tanto temía, pero que también necesitaba oír.

—¿Alguna vez has intentado encontrar a tu hijo?

Negué con la cabeza.

—No.

Zelda hizo una mueca de dolor. Mi respuesta era inconcebible para ella, evidentemente.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Eran otros tiempos —dije—. Habría sido imposible dar con él.

Zelda asintió en silencio.

—Y aunque lo hubiese encontrado, ¿qué? —continué—. No podía robárselo a su nueva familia. Yo había tomado una decisión. Debía confiar en que ellos lo tratarían bien; confiar en que seguir adelante y crear todo esto —abrí un brazo señalando mis tierras— sería suficiente.

—¿Y lo es? ¿Es suficiente? —me preguntó Zelda con ternura, pero sin miedo a insistir.

No le contesté. Yo había deseado con todas mis fuerzas que fuese suficiente: cuidar a papá, a Ruby-Alice, ocuparme de los árboles de mi familia, salvar cuanto pudiera, empezar una nueva vida en una nueva tierra. Pero por fin podía admitir que no, que no era suficiente. No podía salvar lo suficiente para compensar todo lo que había perdido.

—Es tu hijo —me dijo Zelda—. Y está en algún sitio. Estoy segura de que todavía te preguntas dónde vive y cómo es.

Asentí, porque en aquellos veintiún años no había pasado ni un solo día sin que me preguntara por él.

—Tenemos que encontrarlo, Vi —dijo.

Desvié la mirada. Una parte de mí quería recogerlo todo, volver a esconder mi historia bajo tierra, donde había descansado como un fósil todos aquellos años.

Pero había llegado la hora de enfrentarme al pasado, de admitir que, mientras ignorase el paradero de mi hijo, nunca podría sentirme realmente en casa, y que a él le ocurriría lo mismo, como la historia de Inga Tate me había ayudado a entender. Me acordé del día en que había sacado a *Abel* de su cuadra y me había dirigido a las montañas sabiendo que estaba poniendo en marcha unas fuerzas y unas

consecuencias que ya no podría detener. Enfrentarme a las preguntas de Zelda y decidir cuál sería mi siguiente paso me producía una sensación parecida. Sólo necesitaba reunir el mismo valor.

Fui de la cocina a la mesa del comedor, donde había dejado la historia de Inga Tate. Volví con Zelda y le entregué las hojas de color azul claro. Ella abrió mucho los ojos.

—Encontré esto junto con una nota —dije—. Hace unos días, después de que vinieras aquí a desayunar. Ese día fui al claro. Esto estaba encima de mi círculo de piedras.

Zelda cogió las hojas, atónita.

Yo seguí removiendo mientras ella empezaba a leer. De pronto, el aroma de la sopa me produjo un regusto amargo en la boca.

—Es de... —dijo Zelda.

—Sí, es de aquella mujer —confirmé.

—¡Dios mío! —exclamó, hojeando frenética las páginas—. Entonces, ¿has hablado con ella?

—No.

—¿Por qué no?

Era la pregunta que yo llevaba haciéndome tres días y tres noches. En todo ese tiempo, el nerviosismo no me había dejado dormir. Ni los paseos por el melocotonar a medianoche ni las consultas a la luna creciente me habían dado una respuesta. Todas las decisiones que había tomado desde la primera vez que había percibido los movimientos de mi hijo dentro de mi vientre habían requerido un valor inusitado. Había arriesgado mucho y había superado grandes dificultades, pero la historia de Inga Tate me había recordado que ni siquiera el coraje ganado con esfuerzo es inagotable.

—Ahora él ya es mayor —me aventuré a decir—. Dudo mucho que aceptara que una mujer apareciera de la nada y afirmara ser su madre. No tengo ningún derecho.

—Tienes todo el derecho —repuso Zelda.

—No puedo poner su vida patas arriba. No sería justo. —Mis palabras no tenían sentido, pero necesitaba decirlas en voz alta y dejar que rebotaran en la cara de perplejidad de mi amiga.

—Lo que no es justo es dejar que él siga su vida sin saber por qué

cambió de manos —dijo Zelda, incapaz de contener su exasperación.

—No «cambió de manos», Zelda. No era un animal —repliqué molesta.

Ella no se dejó amilanar por mi actitud defensiva y levantó los brazos en señal de frustración. Yo estaba poniendo mi resolución a prueba confrontándola con ella —una persona capaz de recibir la más absoluta sinceridad y devolverme la más absoluta sinceridad—, y Zelda lo sabía.

—¿Y qué pasa con lo que necesitas tú, Vi? Tú también importas, no estamos hablando sólo de él.

Negué con la cabeza.

—No. Las mujeres aguantamos más. Estamos hechas para eso.

—Eso son bobadas —replicó más enojada de lo que yo había previsto—. Una mujer es algo más que un recipiente para contener bebés y dolor.

—¿Y eso qué significa, Zelda?

—Significa que te mereces recuperar a tu hijo.

—Igual que tú te mereces recuperar a los tuyos.

—Por supuesto que me merezco recuperar a mis bebés. Vamos a dejar eso claro. Me merezco recuperarlos a todos —razonó—. La desgracia que sufrimos no tiene nada que ver con lo que merecemos o no merecemos, por el amor de Dios.

Yo no tenía ni idea de cómo estar segura de si merecía algo mejor. Sólo estaba acostumbrada a resistir.

—Tienes miedo —dijo Zelda intencionadamente, y sentí que había caído en una trampa que yo misma había tendido.

—Claro que tengo miedo —admití. Estaba conteniendo las lágrimas y me escocían los ojos—. No sé cómo no tenerlo.

—Si de verdad lo dices en serio, es que no has escuchado tan atentamente como yo la historia que me acabas de contar —dijo.

Zelda se marchó después de asegurarme que me ayudaría a dar el siguiente paso cuando estuviese preparada. Necesitaba tumbarme. Me llevé la historia de Inga al piso de arriba, a mi dormitorio, con la

intención de volver a leerla, pero la dejé a un lado y apoyé la cabeza en la almohada. Las ventanas que había junto a la cama estaban abiertas de par en par, pero hacía calor y no corría ni pizca de aire. El bochorno, las decisiones y los siguientes pasos pesaban como el plomo. Cerré los ojos y me refugié en el sueño.

Cuando desperté, horas más tarde, una agradable brisa agitaba las cortinas de mi dormitorio, deslizándose por mi cuerpo y refrescándolo. La brisa venía del este, de más allá de las montañas y las estribaciones, y traía los olores del Big Blue: a pino, a artemisa, a tierra y un poco a lluvia. Respiré hondo y me levanté. La historia de Inga Tate estaba encima de mi cómoda. Todavía no sabía cómo responder. Lo único que sabía era que el bosque me llamaba.

Cogí el camión nuevo y me fui hacia el monte Lamborn. La carretera recorría la extensa superficie de la meseta, serpenteando entre prados y casas y granjas dispersas, para luego descender y, por último, ascender describiendo una curva por una ladera empinada. En la cima, donde los abetos azules y los abetos de Douglas envolvían la carretera en las sombras, aparqué y salí del camión al silencio. Me desperecé, inhalé, exhalé despacio y mi mente empezó a desenredarse. Me metí por una vereda de ciervos que conocía bien, entre robles y ericamerias amarillas, hasta llegar a mi pradera favorita, exuberante y llena de vida en verano. Entre los vistosos lirios de maíz y la alta hierba danzaban mariposas blancas. Las abejas y los macaones exploraban los soleados centros de las margaritas violeta, y los saltamontes huían a mi paso. Me senté en la orilla del riachuelo que discurría como una arteria por el centro de la pradera y admiré las trompetitas de las gencianas moradas arracimadas en las zonas húmedas. Ahuequé las manos, las llené de agua helada y me la eché en la cara una y otra vez. Quería sentir aquel lugar en la piel, despertar y escuchar. Cuando me levanté para seguir andando, me sentí más ligera, como si algo que antes llevaba a cuestas se hubiese quedado allí.

Fui siguiendo el curso del riachuelo, que se adentraba en el bosque formando una cascada recubierta de musgo. Descendí la colina junto a la música de la cascada y las rocas envueltas en bruma, con pasos

ágiles y seguros como los de un ciervo. Me pregunté cuándo había aprendido a caminar por el bosque como un animal y no como una torpe humana, cuándo el suelo había dejado de ser para mí demasiado rocoso, o resbaladizo, o empinado, y se había convertido en simple tierra.

Me senté al fresco, bajo la sombra de los pinos. Estiré los brazos hacia los lados y cogí dos puñados de tierra negra, con agujas de pino, guijarros, ramitas, hojas, un caracol diminuto y una pluma blanca y aterciopelada. Miré a mi alrededor y contemplé, superpuestos, el nacimiento, el crecimiento y la muerte: los vientres abiertos de árboles caídos que alimentaban nuevos brotes, la vida que empujaba para salir por cada grieta y cada rendija y cada posibilidad de luz. Era una inteligencia ancestral demasiado rica y compleja para comprenderla realmente, pero era justo lo que yo necesitaba recordarme a mí misma: que es en esas capas de tiempo donde todo se forma.

Sí, Zelda tenía razón al decir que yo, igual que mi melocotonar, había resistido en un suelo nuevo; las circunstancias me habían arrancado de raíz, pero había encontrado el modo de seguir adelante. Pero también había titubeado y caído, había perdido la seguridad y me había dejado aplastar por el miedo en innumerables ocasiones. Había aprendido que la fuerza era como el suelo de aquel bosque, lleno de restos, construido a partir de pequeños triunfos y de infinitos fracasos, de horas de sol seguidas de tormentas repentinas que lo trastocaban todo. Somos todos iguales, aunque sólo sea por la hermosa y terrible forma de crecer, paso a paso, de manera impredecible, cayendo, brotando de los escombros, alzándonos de nuevo y confiando en que todo saldrá bien.

Entonces decidí que eso sería lo que le contestaría a Inga Tate, y lo que le diría a mi hijo si algún día tenía la suerte de conocerlo: que había vivido mi vida dispuesta a enfrentarme a lo que me sucediera, y que siempre había intentado hacer lo correcto. Les explicaría que había aprendido que madurar lleva su tiempo. Les diría que había intentado fluir como si fuera un río, como me había enseñado Wil, pero que había tardado mucho en entender lo que eso significaba. Mi historia no se reducía a fluir hacia delante y afrontar todos los

obstáculos. Porque, como el río, por el camino también había ido reuniendo las pequeñas piezas que me conectaban con todo lo demás, y así era como había llegado hasta allí, con dos puñados de tierra en las manos y un corazón que todavía estaba aprendiendo a no temerse a sí mismo. Me habían moldeado mi familia y mis semejantes: mis parientes perdidos y mi amor perdido; los amigos que había encontrado, aunque fuesen pocos; mis árboles, que habían sobrevivido, y cualquier árbol que me hubiese dado cobijo; cada ser vivo que me había topado por el camino, cada gota de lluvia y cada copo de nieve que había escogido posarse en mi hombro, y cada ráfaga de viento que había sentido danzar; cada sendero tortuoso bajo mis pies, cada lugar donde había apoyado las manos y la cabeza y cada riachuelo como el que tenía delante, descendiendo por la ladera, ganando fuerza gracias a la gravedad, girando en el siguiente remolino, cambiando de dirección en el siguiente meandro, dando y recibiendo en tácito acuerdo con el resto de los seres vivos.

Les diría que todo eso y la tierra que me sustenta es lo que puedo ofrecerle a mi hijo. Si él se parecía un poco a su padre —y yo confiaba de todo corazón en que así fuera—, intuiría el frágil coraje de la persona en que me había convertido, y hallaría un rincón en su asustado corazón para ofrecerme la posibilidad de amarlo.

24

Cuando Zelda y yo salimos del vestíbulo del hotel, el calor que ascendía del asfalto negro del aparcamiento nos golpeó la cara. Me dieron ganas de dar media vuelta y refugiarme en el edificio climatizado.

Había decidido ir a Durango después de reunir el valor para enviarle a Inga Tate una carta en la que primero había intentado explicárselo todo, pero en la que simplemente había acabado escribiendo: «Estoy preparada.» Había sido Zelda quien me había incitado a ir tan pronto, sólo unos días después de que Inga respondiera con una invitación. Al meterme en el caldeado Buick de mi amiga para ir a reunirnos con Inga, yo me iba repitiendo: «Estoy preparada... Estoy preparada...»

—¿Emocionada? —me preguntó Zelda cuando giró la llave de contacto.

—Nerviosa —contesté, y le di unas palmadas en el muslo para agradecerle que hubiese querido acompañarme.

Nos pusimos en marcha y, poco a poco, el aire acondicionado del coche fue venciendo al calor. Apoyé la frente en el cristal de la ventanilla para ver pasar el árido paisaje de Durango. Me pareció hermoso a pesar de su ruda austeridad. Parecía una tierra brutal donde perderse; los barrancos de arenisca dorada y los retorcidos pinos piñoneros, más que una invitación a deambular, eran una advertencia. Me pregunté si mi hijo habría crecido creyendo que aquel paisaje era inhóspito, o si lo consideraba atractivo y seductor, o si era simplemente el lugar en el que se había criado y apenas se fijaba en él.

Cruzamos el río por un tramo ancho y caudaloso, con corrientes de agua blanca y remolinos incluso a principios de septiembre; en las orillas había rocas amarillas, sauces y bosquecillos de desmelenados chopos. El letrero del río rezaba ANIMAS RIVER y, debajo, con letra más

pequeña, RÍO DE LAS ÁNIMAS. Según la historia de Inga Tate, era allí, en el río de las ánimas, donde mi hijo encontraba a veces un poco de solaz.

—Párate aquí, Zelda —dije.

En cuanto encontró el sitio adecuado, mi amiga salió de la carretera y aparcó.

Caminé por el cieno caliente hasta la orilla del río. El rugido del agua hacía que apenas se oyeran los pájaros y el ruido del tráfico; los altos chopos eclipsaban el árido terreno circundante. Estábamos solos el Ánimas, yo y la imagen de un chico que lanzaba piedras a la corriente. Nunca había visto un río tan parecido al que yo había perdido: el tramo del Gunnison antaño libre y salvaje, que había nutrido los campos de Iola y mi infancia. Me quité los zapatos, me enrollé las perneras del pantalón y metí los pies en la fría corriente, sólo por el placer de estar donde un día quizá había estado mi hijo, cautivada por las aguas transparentes. Me pregunté si él habría intentado descifrar lo que aquellas aguas decían sobre el amor y el tiempo, igual que yo; y pensé que, si así era, tal vez no le sorprendería tanto verme.

Recorrimos el camino que conducía a una casita de ladrillo con un jardín muy bien cuidado, en cuyo porche había una mujer con el pelo corto y oscuro sentada en una silla de mimbre. Cogí mi bolso, nerviosa, y Zelda estiró un brazo para acariciarme suavemente el hombro.

—¿Preparada? —me preguntó.

—Vale —dije. «Vale», pensé, y me recordé a mí misma que sí, que lo estaba.

Abrí la portezuela y recibí el calor en la cara. Zelda se apresuró a rodear el coche para poder ayudarme a tenerme en pie.

Detrás de ella, la mujer que esperaba se había levantado y estaba bajando los escalones del porche.

Quise decir algo, pero ella ya venía hacia mí y su cara iba surgiendo como una burbuja del pantano de mi memoria. Inga Tate nos saludaba desde la cancela abierta, y Zelda me animaba suavemente a avanzar, y

yo caminaba con paso vacilante.

En cuanto nos miramos a los ojos, Inga se abalanzó hacia mí. Me cogió las manos, se las llevó a la barbilla y las mantuvo allí como si rezara. Las lágrimas estaban a punto de desbordarse de sus ojos, y eso me indicó que me había tenido en su corazón todos aquellos años, igual que yo la había tenido a ella, de un modo extraño pero indudable, dos madres de un solo hijo precioso. Solté una mano para rodearle los hombros, y esa desconocida que no era una desconocida se derrumbó en mi abrazo. Durante unos largos segundos nos fundimos las dos en el brutal dolor de cuanto habíamos dado y perdido, aferrándonos la una a la otra como si una repentina ráfaga de viento pudiese hacernos pedazos.

Susurré junto a su cabello dulcemente perfumado las palabras que llevaba dos décadas anhelando pronunciar: «Gracias, gracias, gracias...»

Sin separarse de mi hombro, ella negó con la cabeza y, cuando al fin se apartó un poco de mí, me miró con unos ojos tristes y dijo las palabras que yo menos esperaba:

—Lo siento.

—No, Inga.

Levantó una mano mostrándome la palma para acallar mi protesta, y me di cuenta de que ella también llevaba demasiado tiempo reprimiendo lo que necesitaba decir.

—Siento haberlo alejado de ti —dijo—. Y aún siento más haberlo perdido.

25

Zelda nos dejó solas, e Inga y yo pasamos más de una hora en su cocina amarilla, muy limpia y ordenada. Ambas dijimos cuanto fuimos capaces de decir, y nos ofrecimos mutuamente detalles y comprensión, hasta que Inga se levantó para ir a refrescarse la cara, lo que nos permitió a ambas disponer de un rato de silencio después de compartir nuestras historias y nuestras lágrimas.

Me imaginé a Lukas y a su hermano Max sentados a la mesa de formica de aquella cocina, en la que se habían criado y habían pasado de niños a hombres. Inga me contó que lo que más le gustaba a Lukas eran los espaguetis con albóndigas y la tarta de manzana alemana que su madre le había enseñado a preparar. Pensé que cada comida que Inga le había servido a Lukas en aquella mesa la había servido por mí. Cada bañera que le había preparado, cada tarea escolar que le había ayudado a hacer, cada abrazo consolador que le había dado y cada cesto de ropa sucia que le había lavado... todo lo había hecho por mí. Cuando Inga había intuido que Lukas estaba experimentando una sensación de desarraigo, lo había llevado al claro para, al menos, intentar contarle la verdad. Lo había hecho por ella, por él, pero también por mí. Cada día que Inga había amado a su hijo, el amor que le había dado había sustituido al mío.

Por fin había podido cogerle las manos a la otra madre, contarle mi historia y darle las gracias. No obstante, jamás podría expresarle el verdadero alcance de mi gratitud. Después de que Inga compartiera conmigo los detalles de su vida familiar, yo había deducido que su familia era como muchas otras, que su convivencia era un tejido que contenía tristeza, complejidad, felicidad, dulzura y tragedia, todo a la vez. No formaban una familia perfecta, pero al menos habían estado al lado de mi hijo, no como yo.

Miré por la ventana y el enorme chopo que crecía en el centro del

jardín me recordó la historia del brazo roto de Max y las falsas acusaciones contra Lukas. Me quedé mirando el banco que había bajo el árbol y me imaginé a Inga revelándole a Lukas la terrible verdad, y a él levantándose de un brinco, echando a correr, saltando la cancela y desapareciendo. Sentí la extrañeza de conocer los detalles privados de la familia, y me maravilló pensar que gran parte de su vida, debido al extraño y enrevesado funcionamiento del mundo, la había puesto yo en movimiento un día de octubre en que, con diecisiete años, caminaba por el pueblo. Incluso había influido en el hecho de que Inga hubiese acabado pidiéndole el divorcio a su cruel marido, envalentonada, me contó, por el coraje que había encontrado al tomar la decisión de buscarme, al escribir por fin su historia y hacerme llegar aquellas páginas que me habían llevado hasta ella.

Inga estaba en la puerta de la cocina.

—Victoria, ven a ver esto, por favor.

La seguí a la sala de estar, donde ella había colocado una serie de fotografías en la superficie de vidrio de la mesita de centro.

—He pensado que te gustaría verlas —dijo.

Me dio un vuelco el corazón. Mi familia nunca se había molestado en tener una cámara. Yo no conservaba fotografías de mi pasado, ni de las personas ni de la tierra que había amado y perdido. Y sin embargo, allí, delante de mí, había un retrato en color de Wil.

Levanté la fotografía con una mano temblorosa. Un adolescente musculoso en camiseta blanca y vaqueros estaba posando ante una rosaleda, y sus amables ojos castaño oscuro y su generosa sonrisa me hicieron retroceder vertiginosamente en el tiempo. Examiné la imagen; no podía dejar de mirarla.

—Es Lukas el día que cumplió diecisiete años —dijo Inga.

—Es... muy guapo —dije haciendo un esfuerzo para respirar.

Inga me mostró otra fotografía —ésta en blanco y negro— de dos bebés fajados en un cochecito; uno de ellos era mi Baby Blue: su preciosa cara era tal como yo la recordaba. Sentí que se me doblaban las rodillas y me senté en el sofá. Inga siguió enseñándome fotografías: un bebé con pañal, sonriente y desdentado, gateando sobre una alfombra trenzada; un niño pequeño orgullosamente sentado en un

triciclo; dos hermanos con algún diente de menos y con sendos gorros de cumpleaños en la cabeza; dos preadolescentes flacuchos montados en sendas bicicletas idénticas. Lamenté todo lo que me había perdido por no ser la madre que estaba al otro lado de la cámara, por no haber conocido la voz de mi hijo ni haber sido testigo de los sutiles cambios que se producían en él a medida que crecía.

—Ésta se la hice un par de semanas antes de que se marchara —dijo Inga, y me dio una Polaroid en la que se veía a Lukas riendo, sentado a la mesa de la cocina donde Inga y yo acabábamos de sincerarnos—. Mira qué sonrisa —dijo—. Tan dulce y sincera...

Se le quebró la voz, y las dos nos quedamos calladas.

—Victoria —dijo cuando pudo continuar, acariciando la cara de la fotografía con la yema de un dedo—. Fíjate. El arco de sus ojos, su nariz, su barbilla. Se parece mucho a ti.

Yo sólo veía a Wil.

—Supongo que sí —dije de todas formas—. Su piel...

Inga sonrió y asintió.

—Fue oscureciéndose con el tiempo —dijo.

—Claro. —Miré la fotografía y, de pronto, sentí angustia.

Si, como Wil me había dicho una vez, era cierto que había más personas como Seth que estrellas en el firmamento, seguramente Lukas había tenido que soportar durante toda su vida la maldad de los tipos como mi hermano. Seguramente la historia que me había contado Inga del taxidermista intolerante que lo había llamado «mestizo» sólo había sido el principio. Me moría de ganas de contarle todo lo que sabía y lo que no sabía sobre su padre, pero ¿y si descubrir el amor prohibido de sus padres y la brutal muerte de Wil resultaba mucho peor para Lukas que no saberlo?

Por primera vez desde que me había separado de mi hijo, sentí que debía protegerlo.

—¿Y si todo lo que tengo que contarle le hace demasiado daño? —pregunté—. No podemos saber lo que siente Lukas. No podemos entender de qué huye ni qué es lo que está buscando. A lo mejor nosotras no somos las personas indicadas para ayudarlo.

Inga asintió compungida.

—Tienes razón. No lo somos. Lukas es dueño de su propia vida. Nosotras sólo podemos contarle de dónde proviene, y asegurarle que siempre lo hemos amado. Eso es lo único que él necesita de ti ahora, Victoria. Luego podrá elegir qué quiere hacer.

Pensé en mi granja, en mi melocotonar, en el North Fork River, en los bosques, en los prados y en todas las cosas hermosas que llevaba tantos años esperando poder mostrarle. Eché otra larga mirada al joven de la fotografía. Asentí, conformándome con el destino, con el misterio y con todas las fuerzas salvajes e imprevisibles que esculpen nuestra vida, y me prometí que por fin invitaría a mi hijo a casa.

—¿Cómo vamos a decirle que ya estoy preparada? —pregunté con voz trémula.

Inga sonrió y puso una mano sobre la mía.

—Ya encontraré el modo —dijo.

26

1971

Al borde del embalse Blue Mesa, bajo un cielo brumoso de primavera, imaginé los restos del hogar de mi infancia en el fondo del lago: derrumbado y anegado, quizá reducido a un montón de clavos y picaportes.

Zelda e Inga lanzaban piedras al agua mientras yo me paseaba arriba y abajo por la orilla. Hacia el este veía el curso alto del Gunnison, que serpenteaba por el valle hasta que el embalse lo absorbía cerca de un nuevo puente de piedra. Habían cambiado muchas cosas, pero la historia seguía aferrándose a mí como abrojos punzantes y obstinados. Aquel sitio me había parecido idóneo para un reencuentro, un ajuste de cuentas con el pasado antes de enfilar el futuro; pero ahora que contemplaba las aguas inquietas y azules en el punto exacto en que se había alzado Iola, ya no estaba tan segura.

En el aparcamiento cercano sólo se veía la grava blanca y el coche de Zelda, pero yo no podía dejar de mirar en esa dirección. Inga había enviado una carta, y Lukas había contestado. Yo había esperado durante un largo y angustiante invierno a que él accediera a concertar un encuentro y, a continuación, a que concluyera su período de servicio.

Mi hijo llegaría al mediodía.

Por encima del embalse se alzaban las cimas cubiertas de nieve del parque natural Big Blue, donde había nacido mi bebé. Dibujé con la mirada la ruta por la que un día había seguido a Wil hasta la cabaña escondida en aquellas montañas. Todavía me dolía el corazón al pensar en todo lo que él y yo habíamos descubierto allí sobre el amor, y en todo lo que él había arriesgado y perdido a causa de ese amor.

Aquella región se llamaba ahora Uncompahgre, en homenaje a los utes que habían sido desplazados de su tierra, y me pregunté qué pensaría Wil de eso, si le parecería un intento de redención cínico e insuficiente, o si simplemente diría «Como prefiráis».

Volví a mirar hacia el aparcamiento, y luego a mis dos nerviosas acompañantes. Metí una mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué la ramita de flores de melocotón de color rosa que había cortado esa misma mañana para mi hijo. Aspiré su dulce perfume e hice rodar la ramita entre los dedos para ver cómo giraban las delicadas florecillas; después miré hacia el embalse y me imaginé el melocotonar, el pueblo y el caudaloso río de mi infancia. Miré la hora. Era casi mediodía.

Dirigí la vista hacia la carretera vacía del otro lado del puente. No podía negar que me asustaba pensar que mi hijo tenía motivos para estar enfadado: porque su concepción había supuesto un escándalo, porque su padre había muerto de una forma cruel y no se le había hecho justicia, porque yo lo había abandonado y había empezado una nueva vida sin él. Una parte de mí dudaba que Lukas fuese a aparecer, y se preguntaba si él aprovecharía aquella oportunidad para no presentarse y, de ese modo, rechazarme y rechazar a Inga. Y sin embargo, no había perdido el optimismo. Le había propuesto que nos encontráramos en aquellas orillas porque la intuición me decía que debía unir mi pasado con el nuevo espacio de esperanza que había surgido de mi interior.

Cuando las finas nubes se abrieron y el sol hizo centellear el agua, me pregunté qué sentido tenía todo aquello: este viaje que ha sido mi vida, tan parecido a este río anegado que continúa siendo un río aunque lo hayan obligado a ser un lago, que sigue adelante a pesar de los obstáculos y la presa, que sigue fluyendo con todo lo que ha ido recogiendo porque no sabe hacerlo de ninguna otra forma.

Una ranchera plateada y polvorienta salió de la carretera 50, atravesó el puente y entró muy despacio en el aparcamiento. Zelda e Inga se pusieron en guardia. Una expresión de triunfo iluminó la cara de Zelda, como si ayudarme a encontrar a mi hijo hubiese apaciguado su dolorido corazón, como si recuperarlo significase una pequeña victoria para las madres acongojadas del resto del mundo.

Inga vino a mi lado y buscó la complicidad de mi mirada. Volví a guardarme las flores de melocotón en el bolsillo. Le cogí la mano a Inga, y luego se la cogí también a Zelda. Allí estábamos, tres mujeres dispuestas a que pasara lo que tuviese que pasar.

Un joven en vaqueros y camiseta blanca se bajó de la ranchera y, durante un perturbador instante, reescribió la historia. Me pregunté si era posible que me hubiese equivocado, que hubiese cometido un terrible y trágico error; si en realidad Wil había sobrevivido y el cadáver ensangrentado que habían tirado por un barranco del Black Canyon era el de otro chico.

—Es Lukas —me dijo Inga al oído con una temblorosa mezcla de temor y alivio en la voz, como si intuyera que yo necesitaba esa confirmación.

Me apretó la mano más fuerte y yo le devolví el apretón.

Él miró hacia el embalse; luego se dio la vuelta y nos dirigió una sonrisa nerviosa. Entonces lo vi tal como era: no me fijé en su parecido con Wil ni conmigo, sino que lo vi a él, su sólido porte de soldado y su mentón sorprendentemente anguloso; no vi a un niño, sino a un hombre que había conocido la pérdida y la soledad y la guerra y que, sin embargo, había reunido el valor necesario y había acudido a aquella cita para conocerme. Se metió las manos en los bolsillos, ladeó la cabeza y me miró con aire indeciso, y en ese instante también lo reconocí: mi memoria se llenó del momento en que había abierto por primera vez sus ojos de recién nacido y me había mirado de forma parecida; el momento en que, de alguna manera, yo había sentido que ya conocía a mi hijo, del mismo modo que ahora sentía que aún lo conocía.

Aunque no me fiaba de mis piernas, di un paso adelante, impulsada por la fe más pura. Zelda e Inga me soltaron las manos y me animaron a avanzar sola.

Mi hijo caminó hacia mí, y yo caminé hacia él, ambos confiando en que el suelo nos sostuviera mientras avanzábamos por la orilla cubierta de guijarros.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darle las gracias a mi extraordinaria agente, Sandra Bond. Sandra, gracias por ver algo especial en esta novela, incluso cuando aún no era lo que es ahora, y por trabajar incansablemente para encontrarle el hogar perfecto. Tu aliento y tu amistad a lo largo de este viaje han significado mucho para mí.

También le agradezco enormemente a Cindy Spiegel que se arriesgase conmigo. Cindy: tu experiencia como editora, tu paciencia, tu cariño, tu buen humor y tu fe hicieron posible este libro. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Es una alegría y un honor trabajar con Cindy, Julie Grau y todo el equipo de Spiegel & Grau. Gracias a Nicole Dewey, Liza Wachter, Amy Metsch, Andy Tan-Delli Cicchi, Jackie Fischetti, Stephan Moore, Shaya D'Ornano y Nora Tomas, así como a Jeff Farr, Meighan Cavanaugh, Barrett Briske y Charlotte Strick y Claire Williams de Strick & Williams. Mi gratitud y absoluta admiración también para Susanna Lea y sus colegas Mark Kessler, Susie Finlay y Lauren Wendelken por presentar con tanta determinación *Como si fuera un río*, y a Jane Lawson, Larry Finlay, Alison Barrow y Vicky Palmer por su entusiasmo y experiencia. No podía esperar una mezcla tan perfecta de amabilidad y profesionalidad en cada paso de este proceso, y os estoy muy agradecida.

Mi más sincero agradecimiento a mi familia, mis amigos, mi comunidad y mis colegas, que me han animado y apoyado en cada etapa de la escritura de este libro. Espero que sepáis cuánto os aprecio. Un agradecimiento especial para mis primeros lectores, que tanto me han animado: sobre todo, mi marido, mi hija, mi madre y mis queridas amigas Alison Catmur y Jackie Burt, así como para mis queridos Jason Burns, Sean Madsen, Jennifer Read, Jeremy Burns, Mark Bosso, Kiplynn Dickson, Kay Forsythe, Kathy Burns, Jenny

Pankratz, Emma Burt, Lynn Sikkink y Deb Reid. Mi tía Joanne Hall y mi amiga Marie Vargas habrían sido probablemente las primeras lectoras si hubieran estado aquí, pero sin duda siguen apoyándome desde el más allá. Gracias a Dawn Ehlers y a Bill Depper por décadas de amistad inquebrantable, y a Virginia Catmur por su hospitalidad, generosidad y perspicacia editorial; y a mis amigas del cb y a todos nuestros extraordinarios hijos. También agradezco el apoyo de los defensores de los artistas locales: Crested Butte Arts Center, Gunnison Center for the Arts, Vita Institute y Townie Books.

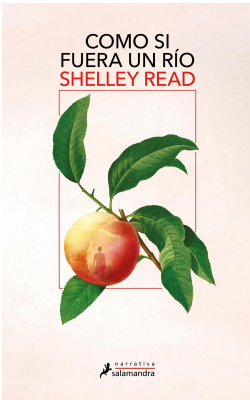
Gracias a mis profesores, que creen que las palabras y las historias son importantes —William Wiser, Bin Ramke, Donald Revell, Eric Gould, Jan Whitt, Susan Stewart, Alan Singer, Toby Olsen, William Van Wert— y a mis alumnos de la Western Colorado University y de la escuela Orsch, que me han inspirado más allá de lo imaginable. Mi conocimiento de la historia de Gunnison County se ha visto profundamente enriquecido gracias a los tesoros locales y a los guardianes de la historia: mis colegas y compañeros de polca Duane Vandenbusch y George Sibley, el venerable Glo Cunningham, el Crested Butte Mountain Heritage Museum y el Gunnison Pioneer Museum. Cualquier error histórico o dato ficticio son enteramente míos. También he tenido el gran privilegio de recibir las enseñanzas de Isabelle Walker y Louise Benali de la Nación Diné de Big Mountain, de muchos generosos miembros de la Nación Lakota de Pine Ridge y Cheyenne River, de la buena gente de Re-Member y del académico de la Universidad de Colorado Charles F. Wilkinson. Lee Bradley, de Orchard Valley Farms, en Paonia, y Doug Mattice, de Mattice's Fruits & Vegetables, en Hotchkiss, tuvieron la amabilidad de asesorarme sobre los melocotones. Las enseñanzas de Thich Nhat Hanh y Anam Thubten han sido una gran inspiración para mí, así como para el título de mi novela. También le doy las gracias a mi abuelo Ferman Burns por enseñarme historia y las historias de nuestra familia, así como al clan Burns y al clan Read y a mi largo linaje de antepasados tenaces, humildes y amantes de Colorado.

Quiero expresar mi más profunda gratitud y amor a mis padres, Kathryn y Richard, cuyo inquebrantable amor y apoyo en todo lo que

hago siempre ha sido decisivo; a mi hermano y amigo Chris, amable y verdadero hombre de montaña; a mi hermano Scott, susurrador de animales, al que tanto echo de menos; a mi abuela Maxine Read, la mejor persona que he conocido jamás; a nuestra fiel cachorrita rescatada y amiga, *Beanie O'Sullivan*, siempre a mi lado; a mis adorables hijos, Avery y Owen, que retozan en el bosque y hacen rebotar conmigo las piedras en el río, y que tanta luz aportan a mi vida y a este mundo; y a mi fabuloso marido, Erik, mi mayor admirador, que lloraba cada vez que leía esta novela (y eso que la leyó muchas, muchas veces) y me animaba a no rendirme en ningún momento.

Por último, gracias a las montañas y ríos de Gunnison Valley por criarnos a mí y a mis hijos, y a los resistentes, salvajes, extraños y maravillosos habitantes del valle, quienes, en el pasado y en el presente, han compartido y protegido este lugar. Tenemos que valorar la tierra y apreciarnos los unos a los otros en homenaje a todos los que vinieron antes y vendrán después.

Una heroína conmovedora en el corazón del Oeste americano.
Una novela que ha cautivado a más de un millón de lectores.
«Absolutamente inolvidable». Bonnie Garmus, autora de *Lecciones de química*



Iola, Colorado, 1948. Victoria Nash es una joven de diecisiete años que ayuda a su familia a cultivar melocotones a orillas del río Gunnison. En un luminoso día de otoño, un desconocido de ojos oscuros como el ala de un cuervo se detiene para preguntarle por el camino. La forma en que ella decida responder sellará el destino de ambos: es un encuentro, el suyo, que enciende la pasión tanto como el peligro. Y cuando la tragedia los golpea, Victoria decide abandonar la vida que conoce y huir a las montañas para protegerse a sí misma y el secreto que guarda. Con el paso de las estaciones, consigue encontrar fuerzas para reconstruirse y seguir adelante, gracias también a su amistad con mujeres tan fuertes y valientes como ella, aunque muy diferentes.

La crítica ha dicho:
«La voz lírica de Shelley Read es una fuerza de la naturaleza, y cuando la presta a una mujer que lleva una vida difícil en el Colorado rural, el

resultado es trágico, edificante y absolutamente inolvidable».
Bonnie Garmus, autora de *Lecciones de química*

«Hermoso. Un testimonio de la resistencia del espíritu humano».
Daily Mail

«Read dibuja personajes y atmósferas, imágenes impactantes metáforas poderosas con extraordinaria autenticidad».
Booklist

«Este precioso y conmovedor relato sobre la resiliencia femenina tiene como telón de fondo una naturaleza impresionante, con sus árboles, sus montañas y su luz».
The Independent

«Nadie que haya leído esta impresionante primera novela olvidará jamás el sabor de los dulces melocotones de Colorado».
Tagesspiegel

«Con delicada precisión, Read evoca tanto la agreste naturaleza de Colorado como los paisajes de los atribulados corazones de sus personajes. Un gran debut».
Kirkus Reviews

«Una sorprendente primera novela de amor, fuerza y crecimiento, ambientada en los bosques y ríos de las tierras altas de Colorado. Read es una escritora con talento, y el libro es un triunfo literario».
The Denver Post

«Una magnífica ópera prima».
Saturday Evening Post

Shelley Read es licenciada en Escritura y Estudios Literarios por la Universidad de Denver y en Escritura Creativa de la Universidad de Temple. Durante casi tres décadas fue profesora titular en la Western Colorado University. Es colaboradora habitual de *Crested Butte Magazine y Gunnison Valley Journal*, y ha escrito para el *Denver Post* y diversas publicaciones. *Como si fuera un río*, su primera novela, se ha convertido en un fenómeno internacional. Read vive con su familia en Colorado, en la vertiente occidental de las montañas Elk.

Título original: *Go as a River*

Primera edición: junio de 2024

© 2023, Shelley Read
Gestión de los derechos internacionales:
Susanna Lea Associates en representación de Spiegel & Grau, LLC
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Gemma Rovira Ortega, por la traducción

Adaptación de Penguin Random House Grupo Editorial, basada en el diseño de Strick & Williams
Imagen de la cubierta: Reproducción digital de un dibujo en acuarela de 1827, por P. J. Redou, Alamy; fotografía de mujer al atardecer © Can Stock Photo Inc. / lostation

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19456-55-7

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd

X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Como si fuera un rio

Prólogo

Primera parte. 1948 - 1949

- Capítulo 1. 1948
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Segunda parte. 1949 - 1955

- Capítulo 10. 1949
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16. 1949 - 1954
- Capítulo 17. 1955

Tercera parte. 1955 - 1970

Capítulo 18. 1955
Capítulo 19. 1955 - 1962
Capítulo 20. 1970
Cuarta parte. 1949 - 1970
Capítulo 21. pájaros
Quinta parte. 1970 - 1971
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26. 1971
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Shelley Read
Créditos